



Universitat Autònoma de Barcelona

ADVERTIMENT. L'accés als continguts d'aquesta tesi queda condicionat a l'acceptació de les condicions d'ús establertes per la següent llicència Creative Commons:  http://cat.creativecommons.org/?page_id=184

ADVERTENCIA. El acceso a los contenidos de esta tesis queda condicionado a la aceptación de las condiciones de uso establecidas por la siguiente licencia Creative Commons:  <http://es.creativecommons.org/blog/licencias/>

WARNING. The access to the contents of this doctoral thesis it is limited to the acceptance of the use conditions set by the following Creative Commons license:  <https://creativecommons.org/licenses/?lang=en>

TESIS DOCTORAL

EL CARLISMO Y EL ABSOLUTISMO ITALIANO

Xavi Izquierdo Genovés

Dirección

Elena Fernández García

Manuel Santirso Rodríguez

Doctorat en Història Comparada, Política i Social
Departament d'Història Moderna i Contemporània
Universitat Autònoma de Barcelona

2018

0. INTRODUCCIÓN

0.1. CARLO ALBERTO, DE REY INESPERADO A MITO DE LA NACIÓN	7
0.2. EL BLANQUEO DEL REY	11
0.3. ENTRE LA HAGIOGRAFÍA Y LA CRÍTICA LIBERAL	15
0.4. LA ITALIA DE ENTREGUERRAS, EN BUSCA DEL PADRE DE LA PATRIA	19
0.5. LA HISTORIOGRAFÍA MODERNA SOBRE CARLO ALBERTO, ENTRE LA HERENCIA DEL PASADO Y EL OLVIDO	25
0.6. LA REVOLUCIÓN LIBERAL Y LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLAS, EN SU ASPECTO INTERNACIONAL	29

1. LA POLÍTICA TENTATIVA SARDA EN ESPAÑA (1832-1834)

1.1. EL CARLISMO INTRIGANTE Y EL EMBAJADOR SARDO EN ESPAÑA	35
1.2. EL LIDERAZGO SARDO EN LA POLÍTICA PENINSULAR ABSOLUTISTA	43
1.3. CLEMENTE SOLARO ASPIRANTE AL MINISTERIO DE EXTERIORES SARDO	55

2. CERDEÑA BUSCA SU SITIO BAJO EL SOL (1834-1835)

2.1. INSATISFACCIÓN CON LA POLÍTICA DE LA SANTA ALIANZA EN ESPAÑA	63
2.2. TENSIONES INTERNAS Y EXTERNAS EN CERDEÑA: NUEVO GOBIERNO Y EL <i>AFFAIRE PONTI</i>	73
2.3. CERDEÑA PREPARA LA REORDENACIÓN DE SU POLÍTICA EXTERIOR	87
2.4. LA NUEVA POLÍTICA EXTERIOR DE CERDEÑA: LA PRINCESA DE BEIRA EN CERDEÑA	95

3. EN CAMINO A LA CRISIS HISPANO SARDA (1835-1836)

3.1. NUEVAS INICIATIVAS SARDAS	101
3.2. LOS SARDOS, A LA ESPERA DE SU OPORTUNIDAD	119

4. EL ESPEJISMO DEL TRIUNFO SARDO-CARLISTA EN ESPAÑA (1836-1837)

4.1. EL CARLISMO CATALÁN SE FABRICA EN TURÍN	129
4.2. LA REPRESENTACIÓN DIPLOMÁTICA SARDA SE TRASLADA AL NORTE	145
4.3. RESURGIMIENTO CARLISTA Y HOSTILIDAD SARDA	155
4.4. DE LA RUPTURA COMERCIAL A LA AMENAZA DE GUERRA	169

5. LA RETIRADA SARDA Y EL DERRUMBE CARLISTA (1837-1839)

5.1. LOS ÚLTIMOS SUBSIDIOS AL CARLISMO	183
5.2. LOS SARDOS A LA ESPERA DEL ÚLTIMO ESFUERZO CARLISTA	199
5.3. EL FINAL DE LAS AYUDAS, EL FINAL DE LA GUERRA	207

6. LAS RELACIONES SARDO ESPAÑOLAS (1839-1848)

6.1. EL EXILIO ITALIANO DEL CARLISMO	221
--------------------------------------	-----

6.2. LOS MATRIMONIOS ESPAÑOLES Y EL RECONOCIMIENTO SARDO	227
---	------------

7. CONCLUSIONES

7.2. CERDEÑA, LÍDER DE LA FACCIÓN ULTRA EN LA INTERNACIONAL ABSOLUTISTA	231
7.3. CARLO ALBERTO, CAMPEÓN DEL ABSOLUTISMO EUROPEO	235
7.3. EL CARLISMO, SUFRAGÁNEO DE LA INTERVENCIÓN EXTRANJERA	239

8. BIBLIOGRAFÍA Y FUENTES

8.1. FUENTES ARCHIVÍSTICAS	243
8.2. PUBLICACIONES PERIÓDICAS	243
8.3. PUBLICACIONES DE LA ÉPOCA	244
8.4. OTRAS PUBLICACIONES	246

0. Introducción

0.1. Carlo Alberto, de rey inesperado a mito de la nación

Carlo Alberto, de la casa de Saboya, rama de los Carignano, llegó al trono del Reino de Cerdeña el 27 de abril de 1831. Hijo de Carlos Manuel de Saboya y de Maria Cristina Albertina Carolina de Sajonia, la ferviente admiración de sus progenitores por la Ilustración y la educación del príncipe Carlo Alberto, a caballo entre París y Ginebra, llevaron a muchos sectores del liberalismo sardo —o así lo interpretan algunos historiadores— a tener esperanzas de que su reinado significase un profundo cambio en la estructura política de la monarquía de los Saboya.¹ En realidad, sus relaciones con el liberalismo estaban bastante dañadas después de los eventos de 1821, de los que hablaremos a continuación. Si algo marcó la vida de Carlo Alberto, fue su capacidad, deliberada o no, de encontrar enemigos en casi todos aquellos con quien se relacionó, fuesen los conservadores de la corte de Turín, los liberales revolucionarios sardos, o cortes extranjeras, incluyendo Francia, Portugal, Gran Bretaña, Austria, y por supuesto, España.

Tras la firma del tratado de Fontainebleau y la abdicación de Napoléon como emperador, en mayo de 1814 Carlo Alberto volvía a Turín, donde fue recibido con calidez por el rey Vittorio Emanuele. Los sectores conservadores de la corte no vieron el retorno del Carignano con los mismos ojos, ya que lo consideraron un intruso por su “educación democrática”.² A pesar de la simpatía del rey, que incluso le consideró su heredero, el rechazo que sufría Carlo Alberto le llevó a mantener contactos con los complotos que se planeaban a principios de los años 20, y que acabarían en la revolución piamontesa de 1821.³ El confuso papel que el príncipe de Carignano interpretó en los hechos —en el curso de los eventos llegaría incluso a ser nombrado regente tras la abdicación de Vittorio Emanuele—, vacilando entre apoyar la revolución o la reacción conservadora, tratando de mantenerse siempre en un segundo plano y sin tomar nunca decisiones de calado,⁴ le llevaron efectivamente a ser rechazado tanto por unos como por otros, al considerarlo un traidor, un indeciso, o un flojo. La vuelta del absolutismo al reino, en la figura del que se convertiría en nuevo monarca, Carlo Felice, llevaría a Carlo Alberto al borde del desastre, pues el nuevo rey era uno de los que habían tenido en muy mala estima al Carignano, y lo consideraban ahora un revolucionario que quería minar los fundamentos del Estado.

¹ VIDAL, César, *Charles-Albert et le Risorgimento italien (1831-1848)*, Paris, E. de Boccard, 1927, pp. 13-14.

² PISCITELLO, Salvatore, *Carlo Alberto e Francesco IV d’Austria d’Este nella storia del nostro Risorgimento*, Roma, Società Editrice Dante Alighieri, 1896, pp. 42-43.

³ VIDAL, *Charles-Albert et le Risorgimento*, pp. 15-16.

⁴ SCIROCCO, Alfonso, *L’Italia del Risorgimento: 1800-1860*, Bologna, Il Mulino, 1990, pp. 102-103; BUTRÓN PRIDA, Gonzalo, “La inspiración española de la revolución piamontesa de 1821”, en *Historia Constitucional*, nº 13 (2012), 73-97.

Convencido de la necesidad de excluirlo de la sucesión al trono, fue la intervención extranjera —aunque los historiadores, como veremos, no se pongan de acuerdo en qué estados exactamente intercedieron a su favor— lo único que salvó a Carlo Alberto de caer en desgracia.

Los hechos de 1821 marcan el inicio de la historiografía favorable a Carlo Alberto. El hijo de Joseph de Maistre, Rodolphe, publicó anónimamente en 1822 un opúsculo en el que dejaba claras sus inclinaciones políticas desde la primera página:

*On attribue généralement en Europe á une vingtaine d'hommes corrompus, sans cervelle comme sans pudeur, la triste gloire d'avoir renversé un gouvernement paternel, et appelé sur leur patrie tous les maux d'une révolution coupable et insensée.*⁵

Según de Maistre, tal idea no se correspondía a la realidad. Defendía él que el ejército sardo — del que formaba parte— estaba infiltrado por una multitud de oficiales que habían servido a Napoleón durante el período de ocupación francesa. Estos oficiales estaban influenciados por las ideas francesas y no eran de confianza: de ahí que colaborasen activamente con los revolucionarios. Sorprendentemente, hacía algunas excepciones, y entre ellas se encontraba Carlo Alberto —a pesar de coincidir plenamente con la descripción ofrecida de los oficiales *peligrosos*—, quien según de Maistre podía ser joven e ingenuo, pero no un revolucionario. Podría decirse que de Maistre conocía bien al joven príncipe, y la defensa que de este realizó sería recompensada muy generosamente cuando Carlo Alberto llegase al trono.

El príncipe fue alejado de la corte, para evitarse problemas unos y otros. Su estancia en Florencia ha sido vista como el período realmente formativo de su personalidad, y la participación de Carlo Alberto en la invasión extranjera de España, en 1823, aunque con distintos matices, ha sido considerada por la historiografía como la causa de que Carlo Felice renunciase definitivamente a eliminar a Carlo Alberto de la sucesión sarda.

Una vez llegado al trono, Carlo Alberto despachó rápidamente cualquier ilusión de un cambio político, incluidas algunas ejecuciones de liberales por complots reales o imaginarios, e inició un programa de reformas del absolutismo que ha llevado a muchos historiadores a ver en él mucho más de lo que sus contemporáneos vieron. Los últimos actos de su reino fueron conceder una carta otorgada, el *Statuto Albertino*, en marzo de 1848, y llamar a la guerra contra Austria por la liberación de la Lombardía y el Véneto, territorios ocupados en el norte de Italia, justamente cuando estos acababan de alzarse contra la dominación austríaca. Junto a su derrota, exilio y

⁵ [MAISTRE, Rodolphe de], *Simple récit des événements arrivés en Piémont dans les mois de mars et d'avril 1821. Par un officier piémontais*. Paris, Mèquignon, 1822, pág. 1.

muerte, estos hechos acabaron por cimentar el mito del monarca entre la historiografía, que lo consideraría como uno de los grandes precursores de la unidad italiana.

En el plano internacional, Carlo Alberto destacó por el logro de romper las relaciones diplomáticas del Reino de Cerdeña con Portugal y España, dos países europeos que sufrieron una guerra civil entre liberales y absolutistas durante los primeros años de su reinado, y en los que el rey de Cerdeña no habría ocultado sus simpatías —y algo más— hacia las fuerzas contrarrevolucionarias, al igual que haría con el legitimismo francés.

0.2. El blanqueo del rey

El cambio de Gobierno en el Reino de Cerdeña tras los eventos de 1848, con la llegada de un gobierno pos absolutista y moderado liderado por Cesare Balbo, hizo necesario *ajustar* el relato histórico de la actuación de Carlo Alberto durante el período precedente. La creación del mito de Carlo Alberto empezó durante su reinado, y la llevaron a cabo aquellos que habían accedido al poder tras la revolución. La operación tuvo tal éxito que hasta recientemente, y con muy aisladas excepciones, la narrativa que se creó por entonces ha sido ampliamente aceptada y compartida como la auténtica versión de los hechos.

Lorenzo Pareto, que había participado en la revolución de 1821 y posteriormente se había unido a la *Joven Italia*, asumiría el Ministerio de Exteriores del nuevo Gobierno.¹ Una de las primeras medidas de su efímero ministerio fue solicitar un memorándum sobre las relaciones sardo españolas.² Parcialmente acertado en algunos puntos, deliberadamente erróneo —en nuestra opinión al menos— en otros, es un auténtico manual de instrucciones que iba a ser seguido casi al pie de la letra en años sucesivos, y bien entrado el siglo XX, para exonerar a Carlo Alberto de los *errores* cometidos por el Reino de Cerdeña en la cuestión española.

La principal responsabilidad del establecimiento de un régimen constitucional en España —que no debía suponer ningún disgusto a Pareto— recaía, no por casualidad, en Austria, y en menor parte en Rusia. El apoyo moral y económico que las dos potencias absolutistas habían brindado a don Carlos y al que habían logrado arrastrar también a Prusia —que se veía ahora obligada a tratar de reconstruir puentes con España, donde el textil belga, decía el Gobierno sardo, había substituido al prusiano a causa del rompimiento de relaciones—, había galvanizado a los partidarios del liberalismo, que se habían unido en defensa de Isabel II, mientras había tenido un resultado similar con los absolutistas, que se habían unido a la causa carlista. Dejando de lado los juicios más o menos acertados sobre la naturaleza de la guerra civil en España, queda claro que, para el nuevo Gobierno de Carlo Alberto, Austria era culpable de los excesos absolutistas que habían afectado tanto a la política española y europea desde la subida del monarca sardo al trono.

¹ SCOTTI DOUGLAS, Vittorio (ed.), *Spagna e Regno di Sardegna dal 1814 al 1860. Studi, inventari e documenti inediti*, Alessandria, Edizioni dell'Orso, 2011, pp. 138-139. Su liberalismo le había atraído problemas en más de una ocasión, como cuando en 1847 las autoridades genovesas se opusieron a que diese un discurso en la inauguración de un monumento a Colón por ser “liberal demasiado impaciente” (GIACALONE-MONACO, Tommaso, “En torno a las *Crónicas* de Wilfredo Pareto”, *Revista de estudios políticos*, nº 140 (1965), 61-80, pág. 64).

² *Archivio di Stato di Torino* (de ahora en adelante ASTO), *Negoziazioni colla Spagna 4, Mémorandum sur les affaires avec l'Espagne désiré par Monsieur le Ministre Premier Pareto*, sin fecha ni número.

Malheureusement á la Cour de Sardaigne des animosités particulières prévalurent sur l'intérêt bien entendu du pays ; suivant l'Autriche dans sa ligne de conduite envers l'Espagne [...retirando a su embajador y rompiendo posteriormente relaciones..] le ministre qui pour malheur des intérêts réciproques dirigeait á Turin le Département des Affaires Etrangères crut pouvoir plus entreprendre ; oubliant les relations commerciales qu'entretenait son pays avec la Péninsule et la position même topographique des Etats Sardes, il sortit brusquement de toute contrainte et exigea que le Consul d'Espagne á Gênes pour pouvoir continuer á exercer ses fonctions Consulaires fit disparaître l'écusson Royal des armes de son pays. Il parait même que l'on fit une loi aux navires Espagnols qui entraient dans le port de Gênes d'amener préalablement leur pavillon.

Recaía sobre el conde Clemente Solaro della Margarita, Ministro de Exteriores sardo desde marzo de 1835, la responsabilidad no solamente de haber tomado las medidas que causarían el rompimiento con España yendo en contra de los intereses sardos, sino algo mucho peor, haber seguido en ello a Austria. Sobre Solaro, y sobre nadie más que él. El nombre de Carlo Alberto no se menciona ni una sola vez, a menos que se sobreentienda en eso de “la Corte de Cerdeña”. Para un Estado que pocos días después de la llegada de Balbo al Gobierno declararía la guerra a los austríacos, una acusación así era de enorme gravedad. Y no se acababa ahí la cosa.

Il fallait avoir une bien fausse idée de la dignité et de l'amour propre de toute nation, il fallait connaître bien peu le caractère Espagnol pour se flatter qu'un tel outrage serait patiemment toléré. Le cabinet de Madrid informé des exigences du Gouvernement Sarde, ou pour mieux préciser la question, du Ministre des Affaires Etrangères qui se laissait entraîner par son exagération politique á une telle extrémité á laquelle l'Autriche elle-même n'est jamais arrivée ; le Cabinet de Madrid rappelant ses agents Consulaires suspendit toute relation commerciale avec les Etats Sardes et ferma ses port á leurs navires.

No era cuestión de haber seguido a Austria, era cuestión de haber *sobrepasado* a Austria en un extremismo absolutista que, precisaban, debía imputarse no a todo el Gobierno sardo, sino solamente a Solaro, que había ignorado completamente la reacción que a todo ello podría tener el Gobierno de Madrid.

Proseguía el documento diciendo que solamente cuando las protestas de los comerciantes genoveses habían empezado a llegar al ministro, por los daños que la interrupción del comercio con España les estaba causando, y cuando se le hizo evidente que cualquier navío sardo que se dirigiese a Gibraltar debería recalar en España si los vientos o problemas técnicos le obligaban a buscar puerto, o incluso los navíos sardos que volvían de América, y que optaron por empezar a navegar bajo distinta bandera, se dio cuenta Solaro —de nuevo él individualmente— del *error* cometido. Y todo ello, finalizaba el texto, para nada. Al final, Cerdeña se había visto obligada a llegar a un acuerdo con España que, aunque no reconocía la legitimidad de Isabel II, desde luego

implicaba tal reconocimiento, como era la concesión del documento equivalente al *exequatur* tras las negociaciones de los diplomáticos sardos y españoles en París.

Tendremos tiempo de ver en profundidad todos y cada uno de los hechos narrados que llevaron al rompimiento hispano-sardo, y a investigar su génesis, sus causas, y sus reponsables. Por ahora, lo que queda claro es que los vientos de la política sarda habían cambiado tras marzo de 1848 lo suficiente como para que el claro objetivo del nuevo Gobierno fuera el de descargar toda responsabilidad sobre lo ocurrido con España en el antiguo Ministro, exonerando al rey. El porqué, en realidad, tiene una fácil explicación. No era sólo el interés en presentar al monarca como un liberal convencido ya desde joven, que sólo se había opuesto al cambio en su reino por las malas artes de unos ministros rancios y anticuados. Es que esos mismos antiguos ministros eran ahora rivales del gobierno, y de alguna manera había que neutralizarlos en la arena política. Solaro se había convertido en el “*leader, sia carismatico che effettivo, della terza ondata reazionario, quella postquarantottesca, quando queste forze furono costrette all’opposizione parlamentare*”.³ No es de extrañar que Solaro publicase pocos años más tarde su *Memorandum*,⁴ en el que trataba de justificarse y recordar que en las monarquías absolutas los ministros eran transmisores de la voluntad del rey —se lo veremos repetir en más de una ocasión durante su mandato— y que alguna responsabilidad tendría Carlo Alberto.

Sin embargo, a versión oficial de los hechos ya estaba establecida. Lo que hacía falta ahora era acabar de legitimarla, a lo que se dedicarían casi todos los autores italianos que reflexionasen sobre la persona de Carlo Alberto en los siguientes decenios.

³ CORNO, *Gli scritti sani. Dottrina e propaganda della reazione italiana dalla Restaurazione all’Unità*, Milán, FrancoAngeli, 1992, pág. 178. Solaro, junto con de Maistre y otros miembros de la nobleza piemontesa, habían formado una asociación religiosa, la *Oblati di Maria Vergine*, con el objetivo de defender el trono y el altar (CARDOZA, Anthony L., *Aristocrats in Bourgeois Italy: The Piedmontese Nobility, 1861-1930*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 77-81. El conflicto de los liberales con el catolicismo militante sería de hecho bastante sonado (SPAVENTA, Bertando, *La politica dei gesuiti nel secolo XVI e nel XIX. Polemica con la Civiltà Cattolica (1854-55)*, Roma, Società editrice Dante Alighieri, 1911.

⁴ SOLARO DELLA MARGARITA, Clemente, *Memorandum storico politico del Conte ____ Ministro e Primo Segretario di Stato per gli Affari Esteri del Re Carlo Alberto, dal 7 febbraio 1835 al 8 ottobre 1847*, Turín, Speirani e Tortone, 1851.

0.3. Entre la hagiografía y la crítica liberal

Los años inmediatamente posteriores a la muerte de Carlo Alberto, y hasta la creación del Reino de Italia, vieron correr auténticos ríos de tinta dedicados a su figura, a sus hechos, y a su significación.¹ Escritas tanto por aquellos que habían conocido en persona al rey —algunos habían sido miembros de su gobierno— como por personajes ajenos a la corte pero cuyo objetivo era muchas veces la mera exaltación de un monarca al que idolatraban, entre estas obras se encuentran tanto puras hagiografías como críticas más o menos mordaces. Estas últimas provenían normalmente de aquellos que habían militado en organizaciones liberales durante los primeros años de reinado de Carlo Alberto —o incluso antes— y habían sufrido persecución por ello, hasta que se vieron súbitamente rehabilitados e incluso invitados a formar parte del gobierno tras la revolución de 1848.

De este período es especialmente interesante la aportación de Solaro.² El cambio político que se había producido en 1848 seguramente debió llevarle a él, acérrimo absolutista, a creerse en la necesidad de justificar sus actos en el Gobierno sardo durante buena parte del reinado de Carlo Alberto. Nos encontramos en realidad ante uno de los primeros trabajos que destacan la política exterior del monarca, y el papel que él mismo representó en ella. En una época en la que a Carlo Alberto se le estaba valorando exclusivamente por su política interna, y más en concreto en la guerra contra Austria del final de su reinado, Solaro recordó que la imagen de liberal y progresista que se estaba vendiendo —y que él no podía más que desaprobar, por cuestiones ideológicas— no se correspondía realmente con la actitud que había mantenido hacia los estados liberales durante su reinado.

Sin embargo, la obra de Solaro en general sería ignorada por los escritos redactados en los siguientes años: para unos, lo realmente importante era la persecución que habían sufrido los liberales a manos de Carlo Alberto, y su triunfo final al forzar al monarca a aceptar cambios políticos; para los otros, la figura de monarca avanzado no debía empañarse con pecados de

¹ BROFFERIO, Angelo, *Storia del Piemonte dal 1814 ai giorni nostri*, Turín, Alessio Fontana, 3 vols. 1849-1851; SINEO, Riccardo, *Alcuni cenni de ____ agli elettori sugli ultimi mesi del regno di Carlo Alberto e sulla situazione attuale*, Turín, Canfari, 1849; MARTINI, Pietro, *memorie intorno alla vita del re Carlo Alberto*, Cagliari, Timon, 1850; ANDREOZZI, Alfonso, *Vita di Carlo Alberto*, Turín, Crivellari y cía., 1850; VECCHI, Candido Augusto, *Vita di Carlo-Alberto*, Turín, Alessio Fontana, 1851; GIOBERTI, Vincenzo, *Del rinnovamento civile d'Italia*, Turín, Bocca, 1851; GUALTIERI, Filippo Antonio, *Gli ultimi rivolgimenti italiani*, Florencia, Felice Le Monnier, 4 vols., 1852; BALBO, Cesare, *Della storia d'Italia, dalle origini fino ai nostri tempi. Sommario*, Florencia, Felice Le Monnier, 1856; CIBRARIO, Luigi, *Notizie sulla vita di Carlo Alberto, iniziatore e martire della indipendenza d'Italia, date al cav. senatore ____ ministro di Stato*, Turín, Botta, 1861; PREDARI, Francesco, *I primi vagiti della libertà italiana in Piemonte*, Milán, Francesco Vallardi, 1861; PARRINI, Cesare, *Carlo Alberto*, Turín, Unione Tipografico-Editrice, 1862; SALICE, Angelo, *Vita di re Carlo Alberto il magnanimo narrata al popolo italiano*, Tortona, Rossi, 1867.

² SOLARO DELLA MARGARITA, Clemente, *Memorandum*.

juventud que en ningún caso serían representativos de sus ideales, sino como mucho una política forzada por el contexto internacional y la presencia austríaca a las puertas del Piamonte.

Sería Nicomede Bianchi el que revisaría la política exterior de Carlo Alberto en su gran historia diplomática.³ La obra de Bianchi no se centraba exclusivamente en la política de Carlo Alberto, ni tan siquiera en la política sarda en general, pero en los apartados dedicados a esta dejaba más que claro, como al fin y al cabo era ya bien conocido, que la diplomacia sarda en los años 30 del siglo XIX había seguido un carácter marcadamente reaccionario, había entrado en conflicto directo con todas las potencias liberales de la época y había llegado a crear sonoros conflictos diplomáticos con algunas de ellas. De especial interés era la comparación que podía establecerse entre la política de las grandes potencias absolutistas, como Austria y Rusia, que siguieron siempre una línea más discreta, con vistas a evitar conflictos bélicos a nivel europeo, y la de algunas potencias italianas, como la Cerdeña de Carlo Alberto, que no parecían tener problemas justamente en tratar de incitar dichos conflictos con sus extremismos.

Antes del fin de siglo hubo todavía tiempo para la aparición de obras que revivieron el interés por la figura de Carlo Alberto,⁴ incluyendo la que posiblemente sea la aportación más interesante sobre él, como mínimo hasta tiempos modernos, la *Storia di Carlo Alberto e del Suo Regno*, de Licurgo Capelletti.⁵ Sin lograr deshacerse del todo de la herencia de los trabajos vistos hasta el momento, Capelletti hacía un buen esfuerzo por tratar de valorar a Carlo Alberto a través de sus actos, no de sus supuestas intenciones o de su estado mental. Las reformas que el monarca instituyó en el reino lo presentaban como un reformador más que como un liberal, mientras que, en su política exterior, considerada por el historiador como “insana”, se mostraba pura y simplemente como un “devoto de la causa de la legitimidad y el absolutismo”, que se había ya decidido a ayudar a don Carlos antes de que Solaro llegase al gobierno sardo en 1835.

La cautela de Capelletti en elogiar a Carlo Alberto —aunque no pudo, como decimos, escapar de ellos completamente— no tuvo mayor continuidad, y en los años siguientes se publicarían dos obras que volverían a la senda ya tan transitada de la hagiografía del rey. Para Luigi Chierici, las reformas y las acciones del rey demostraban que este no tenía en mente otra cosa que la

³ BIANCHI, Nicomede, *Storia documentata della diplomazia europea in Italia dall'anno 1814 all'anno 1861*, Turín, Unione Tipografico-Editrice, 8 vols., 1865-1872.

⁴ Charles-Albert COSTA DE BEAUREGARD, hijo de uno de los principales confidentes del rey, escribiría dos obras dedicadas al monarca (*Prologue d'un regne. La jeunesse du roi Charles-Albert*. París, Plon, 1889; *Épilogue d'un regne. Milan, Novare et Oporto. Les dernières années du roi Charles Albert*. París, Plon, 1890), mientras que Ernesto MASI recuperó la idea del *secreto* de Carlo Alberto, eso es, la explicación detrás de la actuación supuestamente contradictoria del rey (*Il segreto del re Carlo Alberto*. Bologna, Zanichelli, 1890).

⁵ CAPELLETI, Licurgo, *Storia di Carlo Alberto e del Suo Regno*. Roma, Enrico Voghera, 1891.

libertad, la independencia nacional, y los principios liberales,⁶ mientras que Salvatore Piscitello consideró no solo a Carlo Alberto, sino también a Francisco IV de Módena, como símbolos de la libertad para la juventud italiana —si ya era discutible tal consideración con Carlo Alberto, con Francisco de Módena y su sanguinaria lucha contra el liberalismo rayaba en lo grotesco—, y al monarca sardo como el mayor mártir de la independencia italiana:

Circondato da retrivi e da gesuiti, mal servito dai suoi primi ministri, spiato in tutti i suoi atti da una corte bigotta e da una polizia che poteva dirsi austriaca, in sospetto ad un clero fazioso egli procedette assai lentamente sulla via delle riforme malgrado gli incitamenti dei liberali e le minacce dei faziosi.⁷

Resulta interesante el contraste entre estos dos autores, firmemente plantados en el campo favorable a Carlo Alberto, sobre su participación en la invasión de España en 1823. Para el primero, había sido *“un castigo pel suo passato che il re gl’infligge, è una espiazione che gl’impone”*,⁸ mientras que el segundo no solamente no lo consideraba una imposición de Carlo Felice, sino que aseguraba que era Carlo Alberto quien se habría presentado como voluntario en la expedición.⁹ Podemos comprobar aquí cómo en muchas ocasiones se establece una disonancia entre lo que los historiadores defienden que Carlo Alberto pensaba, y lo que en realidad hacía. Ocurría por ejemplo con su política exterior, muy alejada de la de un monarca reformador, liberal y de ideas avanzadas, y también con su intervención en la expedición de 1823. La solución, cuando no se optaba por ignorar completamente un aspecto que no casaba con la visión que el autor quería dar del rey, pasaba por tratar de achacar la responsabilidad de sus actos a otros personajes, como a un Carlo Felice que habría querido castigar a Carlo Alberto, o a unos ministros que pretendían imponerle una política reaccionaria. Luigi Cesare Bollea, en 1910, vino a romper el cimiento de todas estas ideas, primero dejando claro que Carlo Alberto en ningún caso había sido un liberal, sino en todo caso un “conservador inteligente” y “hábil”, y después que no solamente había sido él quien solicitó participar en la expedición del duque de Angulema, sino que cuando se le concedió el permiso para ir a España se mostró loco de alegría.¹⁰

⁶ CHIERICI, Luigi, *Carlo Alberto e il suo ideale*. Roma, Fratelli Pallota, 1892.

⁷ PISCITELLO, *Carlo Alberto e Francesco IV*, pp. 1, 141-143.

⁸ CHIERICI, *Carlo Alberto e il suo ideale*, pág. 31.

⁹ PISCITELLO, *Carlo Alberto e Francesco IV*, pp. 76-78.

¹⁰ BOLLEA, Luigi Cesare, *“Le idee politiche del re Carlo Alberto e un episodio della sua politica estera”*, *Rivista d’Italia*, fasc. X (1910), 647-714.

0.4. La Italia de entreguerras, en busca del padre de la patria

La historiografía italiana de inicios del siglo XX optó por la publicación en masa de documentos, cartas y materiales históricos relacionados con Carlo Alberto, quizá en el convencimiento de que para mostrar las cualidades del monarca, que ya habían sido estudiadas suficientemente en los cincuenta años anteriores, bastaba con exponer simplemente los documentos que este y su administración habían redactado, acompañados de introducciones históricas más o menos extensas que diesen el contexto general y explicasen lo que esperaba demostrarse con los documentos publicados.¹

De todos ellos podrían haberse extraído conclusiones interesantes, especialmente en lo que a la política exterior de Carlo Alberto se refiere y a sus contactos con representantes del legitimismo francés y otros monarcas italianos para establecer un frente común ante lo que Carlo Alberto consideraba la amenaza revolucionaria francesa —que pronto se extendería a Portugal y España—. Pero no era eso lo que necesitaba la Italia de Mussolini, en busca de héroes nacionales.

Curiosamente, fue de Francia, y no de Italia, de donde llegó la primera de las obras que venía a redescubrir al primer prócer de la unidad italiana. En 1927, César Vidal publicaba *Charles-Albert et le Risorgimento italien (1831-1848)*. En Carlo Alberto, Vidal vio a una figura que combinaba el misticismo cristiano y el nacionalismo italiano, logrando unirlos en una sola causa gracias a “une

¹ La tradición ya había empezado, de hecho, con BIANCHI (*Scritti e lettere di Carlo Alberto: Indicazioni documentate*. Roma, Bocca, 1879). También del siglo XIX, ALFIERI, Constanza, *Souvenirs historiques de la Marquise Constance d'Azeglio née Alfieri tirés de sa correspondance avec son fils Emmanuel avec l'addition de quelques lettres de son mari le Marquis Robert d'Azeglio de 1835 à 1861*. Turín, Bocca, 1884; RINIERI, Ilario, *Lo Statuto e il giuramento del Re Carlo Alberto. Studio storico con aggiunta di documenti inediti*. Roma, Befani, 1899. Ya en el siglo XX, FIORINI, Vittorio (ed.), *Gli scritti di Carlo Alberto sul moto piemontese del 1821*. Roma, Società Editrice Dante Alighieri, 1900; ROSATI, Maria Luisa, *Carlo Alberto di Savoia e Francesco IV d'Austria d'Este. Documenti inediti e studi*. Roma, Albrighi-Segati, 1907; ALBERTI, Mario degli, *Dieci anni di storia piemontese (1814-1824): Nuove informazioni sulla restaurazione e sul ventuno in Piemonte: ricavate da lettere inedite di Carlo Emanuele IV, Vittorio Emanuele I, Carlo Felice, Carlo Alberto ed altri. Pubblicate per cura del Comitato Piemontese della Società Nazionale per la Storia del Risorgimento*. Turín, Fratelli Bocca, 1908; *La politica estera del Piemonte sotto Carlo Alberto secondo il carteggio diplomatico del conte Vittorio Amedeo Balbo Bertone di Sambuy, ministro de Sardegna a Vienna (1835-1846)*. Turín, Fratelli Bocca, 3 vols. 1914-1919; LUZIO, Alessandro, *Gli inizi del regno di Carlo Alberto. Nuovi documenti*. Turín, Fratelli Bocca, 1923; ROSSI, Teofilo; DEMAGISTRIS, Carlo Pio, *La Rivoluzione Piemontese del 1821. Studi e documenti*. Turín, Mondovì, 2 vols. 1927; LEMMI, Francesco, “Carlo Alberto e Francesco IV (Lettere inedite)” en *Il Risorgimento Italiano*, nº XX fasc. IV (1927), 305-373; LOVERA, Carlo; RINIERI, Ilario, *Clemente Solaro della Margarita*. Turín, Bocca, 1931; GENTILE, Giovanni (ed.), *Lettere di Carlo Alberto a Ottavio Thaon di Revel*. Milán, Treves, 1931; RODOLICO, Niccolò, “Nuovi documenti sulla crisi ministeriale del 1835 del regno di Carlo Alberto”, en *Rivista Storica*, nº 4 (1931), 499-511; SALATA, Francesco, *Il diario autografo di re Carlo Alberto*. Roma, Bestetti e Tumminelli, 1931; *Carlo Alberto Inedito. Il diario autografo del re, lettere intime ed altri scritti inediti*. Milán, Mondadori, 1931; SALATA, Francesco, RODOLICO, Niccolò (eds.), *Lettere di Carlo Alberto a Federico Truchsess*. Florencia, Felice Le Monnier, 1937.

*imagination ardente, une intelligence claire et un courage militaire indéniable*² aunque al final se mostrase falto de voluntad y de mayor genio político. El francés, sin embargo, recuperaba lo dicho por Bollea: Carlo Alberto era “un conservador inteligente”.

*Si Charles-Albert, sous la pression des événements accorda loyallyment un Statut constitutionnel á son peuple, ce ne fut pas certainement pour couronner ses tendances libérales, car ce Prince fut un absolutiste convaincu. [...] Jusqu'aux heures décisives de 1848, Charles-Albert devait rester l'ennemi des idées libérales. Il accorda le Statut avec douleur et vit dans la mise en vigueur d'institutions parlementaires á la veille de la guerre, un élément de faiblesse et de démagogie devant paralyser l'autorité de l'Etat.*³

Esta última idea, por cierto, la de la *debilidad* que supuso para un Reino de Cerdeña que se preparaba para la guerra con Austria el adoptar instituciones constitucionales, debió ser muy del agrado sin duda del fascismo y sus historiadores. Obviamente, la vertiente *nacional* de Carlo Alberto, su lucha por la unión italiana, era mucho más interesante que la vertiente *política* del rey, en concreto, su mito de monarca liberal y casi demócrata, que debía encajar bien poco con lo que se esperaba de él en los años de entreguerras en Italia.

La coincidencia del interés en buscar a ese héroe nacional, junto con la efeméride del centenario de la llegada de Carlo Alberto al trono, contribuyeron a que apareciesen, en los años 30 del siglo XX, una nueva hornada de obras sobre el rey, a la cual más entusiasta que la anterior.

Para Alessandro Tassoni

*Carlo Alberto non fu carbonaro, pensò soltanto alla bella guerra contro l'Austria, e non smentì mai la fama di liberale che si era procurata. In fondo, egli parlava di costituzioni e di riforme, perché quello era il linguaggio della sua generazione, ma, militare nell'anima, non desiderava che una lotta nazionale.*⁴

Comprobamos el interés de separar la cuestión *nacional* de la cuestión *liberal*. Para Tassoni Carlo Alberto acertó plenamente al oponerse a las demandas liberales durante la revolución de 1821. Según él, la Constitución española era “*una costituzione tronfia de intolerante che, se conosciuta, avrebbe fatto levare alte grida ai liberali stessi*”. I no solamente eso, sino que se permitía también redimir la política exterior de Carlo Alberto: “*condotta dal 1835 da Solaro della Margarita, oggi restituito nella sua vera luce di piemontese, non profeta, ma onesto, intelligente, antiaustriaco, fu dignitosa con tutti de attiva anche nei particolari.*”⁵

² VIDAL, *Charles-Albert et le Risorgimento*, pág. 20.

³ *Ibidem*, pp. 22-23.

⁴ TASSONI ESTENSE, Alessandro, *Carlo Alberto Principe e Re*. Fratelli Treves, Torino, 1931, pág. 20.

⁵ *Ibidem*, pp. 23, 43.

Para Adolfo Colombo,⁶ la política exterior de Carlo Alberto se justificaba por su temor a que los revolucionarios italianos abortasen su proyecto reformador —de nuevo, el liberalismo aparece como un elemento disruptivo de las acertadas políticas del rey—, y en el plano psicológico, que volvía a recibir gran atención de la historiografía del momento, la convicción cristiana y caballerisca de Carlo Alberto le habría llevado a defender aquellas causas que él consideraba legítimas, en la convicción de que la voluntad divina acabaría por hacerlas triunfar.

Carlo Alberto, che per la causa legittimista aveva combattuto strenuamente al Trocadero, si buttò subito a capofitto dalla parte di Don Carlos; mentre le potenze nordiche, anticostituzionali, Austria, Russia e Prussia, si appagavano di appoggi platonici, egli invece ne sosteneva la causa con slancio cavalleresco, senza abbandonarla mai, neppure quando ne precipitò la fortuna, neppure quando esperti consiglieri, come il Sales da Parigi e il d'Agliè da Londa lasciavano travedere gli errori di una politica così imprudente.⁷

La cumbre de la exaltación a Carlo Alberto se alcanzó, probablemente, en 1933, con *Studi Carlo-Albertini*.⁸ Se presentaba a un Carlo Alberto que ya desde que había llegado al trono había mostrado tener

una visione dello stato quale soltanto un Re Sabauda nello Stato Piemontese, quadrato, unitario, monolitico, poteva avere; e si trova intorno lo sfacelo e l'anarchia, figli in tutta la penisola della sua divisione, de ultima conseguenza in definitiva analisi della caduta dell'Impero di Roma. [...] Rivoluzionario e guerriero, prudente e pio, mistico e audace, volontà di ferro per lo fino ultimo e coscienza veggente di capo di Stati che sa sempre piegarsi alla contingenza: inflessibile soltanto e sempre nel non perdere di vista la meta.⁹

En la Italia del momento, la descripción de Carlo Alberto como un líder guerrero, audaz y de fuerte voluntad debió ser especialmente bien acogida por el Gobierno de la nación, sobre todo si tenemos en cuenta que las veleidades revolucionarias —las erróneas, las liberales— de la juventud de Carlo Alberto debían perdonársele, siendo la principal responsable de ellas la “*diabolica e falsa educazione giacobina che aveva ricevuta*”.¹⁰

Poco después se publicarían todavía un par de estudios sin excesivo interés histórico, al limitarse a repetir básicamente todo lo dicho hasta el momento: por un lado, Arturo Codignola¹¹ recuperaba la mística cristiana como explicación del apoyo de Carlo Alberto al absolutismo

⁶ COLOMBO, Adolfo, *Carlo Alberto*. Roma, Proja, 1932.

⁷ *Ibidem*, pág. 94.

⁸ VECCHI DI VAL CISMON, Cesare Maria de, et al (eds.), *Studi Carlo-Albertini*, Turín, Ermanno Loescher, 1933.

⁹ *Ibidem*, pág. 8.

¹⁰ *Ibidem*, pág. 16.

¹¹ CODIGNOLA, Arturo, *Carlo Alberto in attesa del trono*. Florencia, La Nuova Italia, 1935.

europeo; por el otro, Niccolò Rodolico¹² reiteraba el espíritu caballeresco y la vocación de sacrificio de Carlo Alberto como el factor que debe explicar su actitud hacia el legitimismo francés, y el absolutismo portugués y español, expresando también de manera bastante injustificada, como veremos, que el fin del carlismo fue el fin de un viejo mundo, que Carlo Alberto abandonó, mientras que según Rodolico no hizo lo mismo Solaro, lo que explicaría el devenir de los acontecimientos posteriores.¹³

También renacería en esta época el interés por los escritos de Carlo Alberto con la publicación de sus *Réflexions historiques*, un texto que el rey había publicado en 1838 y del que quedaban muy pocas copias al haber sido después secuestrado y destruido por el mismo monarca en 1849.¹⁴ Del estudio meticuloso, casi obsesivo al que lo sometieron los historiadores italianos se puede sacar como mayor conclusión que no merecían tal atención, por su escasa altura intelectual y literaria y su total falta de cualquier aportación novedosa al pensamiento reaccionario del siglo XIX. Se trata de un escrito profundamente religioso, que defendía que todo gobernante, como representante de Dios en la Tierra, debía seguir las leyes cristianas y oponerse a los revolucionarios, que eran siempre contrarios a la religión.¹⁵ Nada que por supuesto no se hubiese escrito anteriormente, y de forma mucho más interesante, a pesar del intento de cierta historiografía italiana de comparar a Carlo Alberto con el pensamiento de Luis XIV o de Joseph de Maistre,¹⁶ lo que Carlo Alberto, por habilidad administrativa o relevancia del país que gobernaba, difícilmente ameritaba.

La política exterior de Carlo Alberto, sin embargo, seguía apareciendo como el mayor obstáculo a su presentación como renovador y gran líder, pues un examen medianamente serio de la misma no podía mostrar, como ya habían indicado otros historiadores, otra cosa que a la diplomacia sarda embarcándose en una política exterior más espectacular que efectiva, que en ningún momento le valió para aumentar el prestigio del reino, y en cambio sí que amenazó con dañar seriamente los intereses comerciales del país. La principal diferencia es que en estos años hubo algunos estudiosos que, en lugar de hacer un repaso somero de dicha política, o de ignorarla deliberadamente, la eligieron como objeto específico de estudio. En 1927 era Arturo Segre quien estudiaba el caso de la detención del cónsul sardo en Barcelona en 1835¹⁷ —de la

¹² RODOLICO, Niccolò, *Carlo Alberto negli anni di regno*. Florencia, Felice Le Monnier, 1936.

¹³ *Ibidem*, pág. 188.

¹⁴ MONTI, Antonio (ed.), *Le "Réflexions historiques"*, Módena, Società Tipografica Modenese, 1936.

¹⁵ MONTI, Antonio, *La politica di Carlo Alberto e le sue "Réflexions historiques"*, Milán, Hoepli, 1936.

¹⁶ CAZZULANI, Piero, "Sulle «Réflexions historiques» di Carlo Alberto", *Aevum*, nº XI, fasc. III (1937), 441-451.

¹⁷ SEGRE, Arturo, "Un episodio della prima guerra carlista. L'arresto e lo sfratto del Console Generalo Sardo a Barcellona Luigi Ponti (1835)", *Il Risorgimento Italiano*, nº XX (1927) fasc. II, 249-280.

que tendremos ocasión de hablar en este trabajo—, que mostraba no solamente los problemas que el Gobierno sardo encontró a la hora de defender sus acciones ante otros, también daba indicios de un conflicto entre los representantes sardos en otros países y el propio Gobierno. Al año siguiente era Francesco Lemmi¹⁸ quien nos mostraba a un Carlo Alberto dispuesto casi a embarcarse en una especie de cruzada absolutista europea en vistas a plantar cara a la revolución, para lo que no dudaría en enfrentarse a Francia y Gran Bretaña, con los consiguientes problemas que le acarrearía tal decisión. El juicio a la diplomacia de Carlo Alberto lo completaría, en la segunda mitad de los años 30, Nello Rosselli.¹⁹ Socialista y acérrimo opositor de Mussolini —por lo que acabaría siendo asesinado en 1937 a manos del fascismo francés, bajo órdenes del gobierno italiano—, acabó de redactar *Inghilterra e Regno di Sardegna dal 1815 al 1847* en 1936, pero el libro no pudo ser publicado hasta los años cincuenta. En su obra, Rosselli nos muestra a un Carlo Alberto que una vez llegado a la regencia en 1821 como gran esperanza del liberalismo, tratará de dar posteriormente marcha atrás. El hecho de que el Gobierno británico tomase una postura pasiva durante la revolución —a pesar de que Rosselli muestra que dicho Gobierno protegió a Carlo Alberto de las represalias que la facción ultra de la corte quiso tomar contra él— serían posiblemente parte de la explicación del posterior y paulatino distanciamiento entre el Reino de Cerdeña y Gran Bretaña tras su llegada al trono. Las cada vez más provocadoras acciones tomadas contra los gobierno portugués y español llevarían a Gran Bretaña a amenazar con retirar el tradicional apoyo a la casa de Saboya, lo que conduciría a Cerdeña al borde del desastre.

La crítica más descarnada a la historiografía italiana llegó de Adolfo Omodeo en 1940. Aunque no era fascista, Omodeo acabó transigiendo con el nuevo Gobierno italiano, así que debió sentirse más libre para atacar a los otros historiadores sin correr tantos riesgos como Roselli. En *La Leggenda di Carlo Alberto nella recente storiografia*²⁰ realizaba una crítica completa a la apología de Carlo Alberto. Siendo un estudioso de Cavour, no podían dejar de ofenderle lo que él consideraba comparaciones bastante erradas, que le daban a Carlo Alberto un protagonismo en el Risorgimento italiano que no consideraba fuese real:

¹⁸ LEMMI, Francesco, *La politica estera di Carlo Alberto nei suoi primi anni di regno*. Florencia, Felice Le Monnier, 1928.

¹⁹ ROSSELLI, Nello, “Nuovi documenti inglesi su Carlo Alberto Principe di Carignano”, en *Anuario del Reale Istituto Storico Italiano per l’età moderna e contemporanea*, vol. I (1835), 89-126; *Inghilterra e Regno di Sardegna dal 1815 al 1847*, Turín, Einaudi, 1954.

²⁰ OMODEO, Adolfo, *La leggenda di Carlo Alberto nella recente storiografia*. Turín, Einaudi, 1940.

*Si annunzia di poter provare che il Carignano è stato un artefice del Risorgimento tale da poter essere posto a fianco del Mazzini e del Cavour: che opera sua è il Piemonte rinnovato e riformato, che divenne poi lo strumento del Cavour.*²¹

Lejos de considerar las reformas del reinado de Carlo Alberto como una operación de preparación política y administrativa para la independencia, la libertad, o la unidad italiana, las consideraba una mera recuperación del sistema napoleónico, mezcladas con ideas reaccionarias de Joseph de Maistre y los ultras franceses de Carlos X. Criticaba a una historiografía que, en su opinión, se había dedicado con tal entusiasmo a la publicación acrítica de documentos que corría el riesgo de convertir a los historiadores en archiveros, y a estos en amanuenses que transcriben documentos. Acababa concluyendo que en Carlo Alberto la grandeza de sus ideas y de la imagen que tenía de sí mismo habían sido poco proporcionales a su capacidad como gobernante.

Tal evaluación de sus colegas causó, como no podía ser de otra manera, una respuesta rápida y feroz. El encargado de ello fue Carlo Lovera di Castiglione.²² Proveniente del catolicismo, más concretamente, del “catolicismo fascista”,²³ consideró que el ataque de Omodeo buscaba destruir un ídolo. Lovera, en cambio, presentaba a un Carlo Alberto religioso, leal y firme, al que la historia objetiva vindicaría sin ninguna duda:

*Certamente la vera critica storica ne compone oggi la figura in tratti che non sono quelli dell’Omodeo, cioè, di un fatuo, di un superstizioso, di uno sleale, e da perfetta ragione all’opinione che gli italiani ebbero ed hanno di lui [...] “primo cavaliere d’Italia”, anzi del primogenito della Patria nostra.*²⁴

²¹ *Ibidem*, pág. 9.

²² LOVERA DI CASTIGLIONE, Carlo, *Carlo Alberto, “leggenda” e “realtà”*, Milán, Ludovico Necchi, 1941.

²³ PIVA, Francesco, *“La gioventù cattolica in cammino...”*. Memoria e storia del gruppo dirigente (1946-1954), Milán, FrancoAngeli, 2003, pág. 115.

²⁴ LOVERA DI CASTIGLIONE, *Carlo Alberto*, pág. 19.

0.5. La historiografía moderna sobre Carlo Alberto, entre la herencia del pasado y el olvido

Los historiadores italianos parecieron entender el mensaje que se había enviado con el asesinato de Rosselli en 1937 y los problemas que Omodeo tuvo para continuar con su carrera hasta los últimos días del fascismo, y renunciaron a ninguna revisión de la figura de Carlo Alberto. La publicación póstuma de la obra del socialista despertó de nuevo un cierto interés hacia la figura del rey sardo, aunque sorprendentemente no desde el campo de la historia, sino de la psicología, en el que hemos comprobado que muchos historiadores italianos se internaron sin demasiada preocupación, y que ahora parecía producirse a la inversa.

En 1957, Carlo Arrigoni publicaba *La sfinge carlo-albertina ed Esculapio suo Edipo*.²⁵ El título es bastante explicativo de la intención del médico, que recuperaba la idea de Carlo Alberto como un acertijo o un misterio que descifrar, y que pretendía solucionar a partir de la ciencia médica. Según Arrigoni, la “incompletez moral” y la “pérdida de la función de la realidad” que podían apreciarse en Carlo Alberto le servían para diagnosticarlo como “psiconeurótico” y “psicasténico”. Consideraba a Carlo Alberto preso de una tristeza tal que sólo encontraba alivio en Dios, de quien creía recibir un encargo tan enorme que se convertiría en una obsesión.

Hubo entre los años 60 y los 80 un intento por parte de los historiadores de recuperar el estudio de Carlo Alberto para la disciplina, y —en algunos casos al menos— de apartarse de la apología que había predominado hasta entonces. En 1963 Rosario Romeo²⁶ se mostraba muy crítico con Carlo Alberto, tanto en la vertiente de sus reformas internas, cuya importancia consideraba que se había exagerado históricamente, como en su política exterior. Relataba cómo el Piamonte se había convertido en “campeón” del legitimismo europeo, al acercarse a Austria después de la revolución de julio de 1830 en Francia, y cómo los sardos, creyendo inminente la guerra entre los partidos del orden y el de la revolución, trataron de presionar a una Austria que no se mostraba excesivamente dispuesta, para que les brindase apoyo y declarase la guerra a Luis Felipe. La política exterior de Carlo Alberto, que Romeo consideraba totalmente errónea, habría tenido también como objetivo convertir el Reino de Cerdeña en uno de los principales líderes del absolutismo europeo, lo que habría llevado a Carlo Alberto a tomar decisiones cada vez más arriesgadas, dejando al país al borde de la guerra con España, y yendo más lejos de lo que Austria o Rusia estaban dispuestas a ir. En resumen, Romeo nos presenta a un Carlo Alberto muy lejano de cualquier liberalismo, y en cambio bajo una enorme influencia católica, especialmente de los jesuitas.

²⁵ ARRIGONI, Carlo, “*La sfinge carlo-albertina ed Esculapio suo Edipo*”, *Minerva Medica*, nº 12 (1957).

²⁶ ROMEO, Rosario, *Dal Piemonte sabaudo all'Italia liberale*, Turín, Einaudi, 1963.

Unos años más tarde, en un volumen dedicado a las biografías de destacados personajes del *Risorgimento*, Ettore Rota²⁷ volvería al siglo XIX, esto es, nos volvería a mostrar a un Carlo Alberto misterioso y cambiante de opinión, ofreciendo una visión romántica del monarca, que en su política exterior se habría encontrado, según el autor, rodeado de hábiles colaboradores que le habrían permitido mantener una reivindicación constante de la independencia nacional ante las presiones extranjeras sufridas en diversos frentes internacionales, que el rey se mostraría bien capacitado para navegar sin excesivos problemas.

Finalmente, en 1980 sería Narciso Nada el que hiciese la aportación más seria de la historiografía moderna sobre Carlo Alberto.²⁸ Alejándose tanto de visiones románticas como de valoraciones psicológicas del personaje, pero también de condenas incondicionales, optaba por una visión más cabal y equilibrada del reino de Carlo Alberto. En su política interna lo veía sin lugar a dudas como un absolutista, pero que logró transformar la monarquía militar de los Saboya en una monarquía civil, administrativa y consultiva, llevando a cabo reformas económicas que lograron contrarrestar el inmovilismo del pasado, y que acabarían, aunque no fuese esa la intención del rey, minando poco a poco las bases del absolutismo, para permitir la evolución política posterior del reino. En lo que a la política exterior se refiere, Nada muestra, como lo hacía Romeo, un Carlo Alberto convencido de la inevitabilidad de la guerra con Francia, que le lleva a acercarse a Austria y a querer destruir el Gobierno de Luis Felipe para reponer a Carlos X como medida de tranquilidad para toda Europa, pero destacaba también la importancia de los factores internos en la diplomacia piemontesa: el temor a que los revolucionarios italianos se estableciesen en los nuevos estados liberales europeos y planeasen derrocarlo desde ellos. Ello habría llevado también a la dura represión interna, para evitar que cualquier desorden pudiese dar a los austríacos una excusa para intervenir en el Reino de Cerdeña. Consideraba Nada a Carlo Alberto como “sinceramente anti austríaco”, pero no liberal, lo que según el historiador explicaría las contradicciones de su reinado, aunque no parezca esto más que otra herencia de la historiografía italiana que le había precedido, pues no queda claro qué contradicción puede encontrarse entre ser anti austríaco y a la vez absolutista: no sería Carlo Alberto el primer monarca absoluto que mantenía una política propia, alejada de la de Metternich, y que llegase a entrar en conflicto con Austria.

²⁷ ROTA, Ettore, “Carlo Alberto nel contrastato giudizio della storiografia”, en Romain Rainero (ed.), *I personaggi della storia del Risorgimento*, Milán, Marzorati, 1976.

²⁸ NADA, Narciso, *Dallo Stato assoluto allo Stato costituzionale. Storia del Regno di Carlo Alberto dal 1831 al 1848*. Turín, Istituto per la Storia del Risorgimento italiano, 1980.

Más allá de eso, la historiografía italiana ha relegado a Carlo Alberto a las historias generales de Italia o de su unificación, dejando en manos de aficionados y periodistas la figura del rey.²⁹ Solo se ha recuperado de manera específica en 1999 para retomar la tradición de la publicación de epistolarios y documentos originales³⁰ y para obras de carácter más delimitado, como el estudio de la corte del rey que publicó Pierangelo Gentile en 2013.³¹

²⁹ PINTO, Paolo, *Carlo Alberto il Savoia amletico*, Florencia, Camunia, 1986; RUGGERIO, Michele, *L'eredità di Carlo Alberto*, Milán, Rusconi, 1995; BERTOLDI, Silvio, *Il re che tento di fare l'Italia. Vita di Carlo Alberto di Savoia*, Milán, Rizzoli, 2000.

³⁰ MASSABÒ RICCI, Isabella, *L'epistolario di un Re. Carlo Alberto a Maria di Robilant 1827-1844*, Turín, UTET, 1999.

³¹ GENTILE, Pierangelo, *Alla corte di Re Carlo Alberto. Personaggi, cariche e vita a palazzo nel Piemonte risorgimentale*, Turín, Centro Studi Piemontesi, 2013.

0.6. La Revolución Liberal y la guerra civil españolas, en su aspecto internacional

El estudio de las relaciones internacionales en la España del siglo XIX ha despertado un interés bastante variable a lo largo del tiempo. De ahí que buena parte de las obras que se escribieron contemporáneamente a los hechos sigan siendo hoy en día bastante válidas para los historiadores, siempre que se tenga en cuenta, ante todo, que estamos hablando de trabajos escritos por personas que en ocasiones participaron directamente en los hechos narrados. Así, siguen siendo vigentes hoy en día las obras de Manuel de Marliani,¹ el marqués de Miraflores,² Javier de Burgos,³ o José del Castillo y Ayensa.⁴ Ya en el primer tercio del siglo XX, aparecerían los trabajos de Jerónimo Becker⁵ y Ginés Vidal y Saura.⁶ Todas ellas adolecían, más allá del problema de la falta de acceso a diversas fuentes documentales internacionales, claro está, de una visión *positivista* de la política internacional, muy concentrada en los documentos y en las acciones de los distintos agentes diplomáticos, pero sin permitirse demasiadas hipótesis sobre los planes o intenciones que podían encontrarse detrás de estas. A parte de eso, tendían a dar una importancia menor a los estados considerados secundarios, como es el caso de Cerdeña, a la que se prestaba una cierta atención únicamente por la espectacularidad de su rompimiento con España, pero que veremos merecía mucha más.

La intervención extranjera en la guerra civil de 1833-1840 ha sido también víctima de la desigual atención que la historiografía española ha prestado a los aspectos internacionales del siglo XIX. La importancia de dicha intervención la revelaba, ya desde los años inmediatamente posteriores al fin del conflicto, el alud de memorias de los voluntarios que vinieron a luchar en ella desde Gran Bretaña, Francia o los estados alemanes.⁷ Piralá y Angelón también examinarían, aunque

¹ MARLIANI, Manuel de, *Reseña de las relaciones diplomáticas de España, desde Carlos I hasta nuestros días*, Madrid, Suarez, 1841.

² PANDO FERNÁNDEZ, Manuel, *Memorias para escribir la historia contemporánea de los siete primeros años del reinado de Isabel II. Por el marqués de Miraflores, conde de Villapaterna, grande de España, ministro plenipotenciario de S. M. C. en Londres en el año 1834, embajador extraordinario en Londres y París en los años 1838, 1839 y 1840, prócer y senador en las épocas desde 1834 á 1841*, Madrid, viuda de Calero, 1843.

³ BURGOS, Javier de, *Anales del reinado de D^a Isabel II*, Madrid, Mellado, 6 vols. 1850-1851.

⁴ CASTILLO Y AYENSA, José del, *Historia crítica de las negociaciones con Roma desde la muerte del Rey D. Fernando VIII*, Madrid, Tejado, 2 vols. 1859.

⁵ BECKER, Jerónimo, *España e Inglaterra. Sus relaciones políticas desde las paces de Utrecht*, Madrid, Pérez y cía., 1906; *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX: Apuntes para una historia diplomática*. Madrid, Jaime Ratés, 3 vols. 1924-1926.

⁶ VIDAL Y SAURA, Ginés. *La política exterior de España durante la menor edad de Isabel II*, Madrid, Reus, 1929.

⁷ CLAUSEL DE COUSSERGUES, Jean-Claude, *Nouvelles considerations sur la succession d'Espagne et sur la convocation des cortès au 20 juin 1833*, Paris, Pihal de la Forest, 1833; HENNINGSEN, Charles Frederick, *The Most Striking Event of a twelvemonth's campaign with Zumalacarregui in Navarre and the Basque Provinces*, Londres, Murray, 2 vols. 1836; SABATIER, Alexis, *Tio Tomas. Souvenirs d'un soldat de Charles V, par _____, lieutenant-colonel d'infanterie au service d'Espagne, deux fois chevalier de première classe de*

nunca en gran profundidad dada la naturaleza de la obra, los aspectos internacionales y diplomáticos de la guerra civil.⁸

Ya en el siglo XX, empezarían a aparecer obras que o bien tomarían dichos aspectos como el principal objeto de estudio, y como novedad, afrontándolo desde el bando carlista,⁹ o que los estudiarían, de nuevo de manera bastante aislada, en el contexto general de la guerra.¹⁰ La escuela tradicionalista entró con fuerza en la historiografía española de la mano de Federico Suárez Verdeguer, quien vio en la intervención extranjera en España el principal motivo por el que el liberalismo consiguió imponerse al carlismo, el movimiento que él consideraba como verdaderamente popular.¹¹ Él mismo estudiaría unos años más tarde el papel que los diplomáticos absolutistas jugaron en el golpe de estado de La Granja de 1832,¹² una cuestión que en las décadas siguientes atraería también la atención de Carmen Llorca¹³ y de Julio Gorricho,¹⁴ que son de especial relevancia tanto por la evidencia de que el apoyo de las monarquías absolutas europeas a la facción ultra del absolutismo español existió ya antes de la muerte de Fernando VII, como por la implicación bastante directa del conde Solaro, embajador sardo en Madrid, que sería un primer acto de lo que iba a ocurrir posteriormente, cuando Carlo Alberto llegase al trono de Cerdeña.

l'ordre royal et militaire de Saint-Ferdinand. Burdeos, Granet, 1836 ; BARRÈS DU MOLLARD, Alphonse, *Mémoires sur la guerre de la Navarre et des provinces basques, depuis son origine en 1833, jusqu'au traité de Bergara en 1839*, Paris, Dentu, 1842 ; BERNELLE, Joseph-Nicolas, COLEVILLE, Auguste de, *Histoire de l'ancienne légion étrangère*, Paris, Marc-Aurel, 1850 ; DUNCAN, Francis, *The english in Spain ; or, the story of the War of Succession between 1834 and 1840*, Londres, Murray, 1877; LICHNOWSKY, Félix, *Recuerdos de la Guerra Carlista 1837-1839*, Madrid, Espasa-Calpe, 1942; RAHDEN, Guillermo von, *Andanzas de un veterano de la Guerra de España (1833-1840)*, Pamplona, I. Príncipe de Viana – Diputación Foral de Navarra, 1965; GOEBEN, Augusto von, *Cuatro años en España (1836-1840) Los carlistas: su levantamiento, su lucha y su ocaso. Esbozos y recuerdos de la guerra civil*, Pamplona, I. Príncipe de Viana – Diputación Foral de Navarra, 1966.

⁸ ANGELÓN, Manuel, *Isabel II: Historia de la reina de España*, Madrid, Librería Española, 1860; PIRALA, Antonio, *Historia de la guerra civil, y de los partidos liberal y carlista. Segunda edición, refundida, y aumentada con la historia de la regencia de Espartero*, Madrid, Mellado y cía, 6 vols. 1868-1870.

⁹ CAMARA CUMELLA, Mariano de la, *Las relaciones exteriores del gobierno carlista durante la primera guerra civil (1833-1839)*, Sevilla, Librería e Imprenta modernas, 1933.

¹⁰ FERRER, Melchor, TEJERA, Domingo, ACEDO, José F., *Historia del Tradicionalismo Español*, Sevilla, Trajano, 1941-1979.

¹¹ SUÁREZ VERDEGUER, Federico, "La intervención extranjera en los comienzos del régimen liberal español", *Revista de estudios políticos*, nº 13-14 (1944), 409-471.

¹² SUÁREZ VERDEGUER, *Los sucesos de La Granja*. Madrid, CSIC, 1951.

¹³ LLORCA, Carmen, "Los sucesos de La Granja y el conde Solaro", *Revista de la Universidad de Madrid*, nº 11, vol. III (1954), 347-356.

¹⁴ GORRICO MORENO, Julio, *Los sucesos de La Granja y el cuerpo diplomático*, Roma, Iglesia Nacional Española, 1967.

La intervención extranjera en España durante la guerra recibiría mayor atención desde la historiografía anglosajona, no por casualidad. Philip Mosely primero,¹⁵ y ya en los años 70, Peter Edward Jones¹⁶, Roger Bullen¹⁷ y Alexander Gallardo¹⁸ dirigieron su interés especialmente al estudio de la diplomacia francesa y británica en los años 30 del siglo XIX, lo que por supuesto les llevaría también a tratar, si bien secundariamente, a la diplomacia absolutista. Desgraciadamente, aquellos estados considerados menores en la política europea del momento se verían relegados una vez más a una posición secundaria, a pesar de que ello llevase a la conclusión, como también había hecho la historiografía tradicionalista española, de que la colaboración absolutista con el carlismo en España fue más bien menor, a la vista de las actitudes oficiales de Austria y Rusia.

También en los años 70 realizó su tesis doctoral Brian John Fitzpatrick, autor del primer estudio que tocaría un tema de especial interés para las relaciones internacionales no ya españolas, sino europeas, del siglo XIX: las relaciones entre los movimientos contrarrevolucionarios europeos, que obviamente no podían comprenderse mediante el estudio de la diplomacia de las grandes potencias europeas, pues no contaban estos movimientos con estados propios, sino que debían limitarse a la vía insurreccional. En *Catholic royalism in the department of the Gard*¹⁹ Fitzpatrick mostraba como los legitimistas franceses habían considerado la guerra en España como la gran oportunidad de lograr la llegada de un monarca afín a España, así como las consecuencias que ello podía tener para el régimen de Luis Felipe en Francia.

Las relaciones internacionales en el contexto de la guerra carlista dejaron de estar en boga en España en los años 70 y 80, seguramente por la irrupción de otros debates sobre la interpretación del carlismo y su supuesto carácter popular. De todos modos, algunos autores, como Alfonso Bullón de Mendoza,²⁰ retomarían la visión tradicionalista, presentando la intervención de Francia y Gran Bretaña en la guerra como uno de los principales aspectos que

¹⁵ MOSELY, Philip. E, "Intervention and Nonintervention in Spain, 1838-39", *The Journal of Modern History*, nº 2 vol. XIII (1941), 195-217.

¹⁶ JONES, Peter Edward, *British Foreign Policy and the carlist wars, 1833-1841*, Tesis Doctoral, Universidad de Oklahoma, 1973.

¹⁷ BULLEN, Roger, "France and the problem of intervention in Spain, 1834-1836", *The Historical Journal*, nº 2 vol. XX (1977), 363-393; "Party politics and foreign policy: whigs, tories and Iberian affairs, 1830-6", *Historical Research* nº 51 (1978), 37-59.

¹⁸ GALLARDO, Alexander, *Britain and the first Carlist War*, Norwood, Norwood Editions, 1978.

¹⁹ FITZPATRICK, Brian John, *Catholic Royalism in the department of the Gard, 1814-1851*, Tesis Doctoral, Universidad de Warwick, 1977. Se publicó, con el mismo título, Nueva York, Cambridge University Press, 1983. Un pequeño resumen de la parte referida a los contactos con el carlismo se publicó en España: "La dimensió española de l'ultrareialisme del migdia francés (1814-1848)", *Recerques: Història, economia i cultura*, nº 26 (1992), 167-176.

²⁰ BULLÓN DE MENDOZA, Alfonso, *La Primera Guerra Carlista*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1991. Se publicaría en Madrid, Actas, 1992.

explicarían la victoria gubernamental y la estabilización del régimen liberal, mientras minimizarían la colaboración que se ofreció al carlismo por parte del absolutismo europeo, de nuevo basándose principalmente en la política de las grandes potencias de la Santa Alianza.

Los últimos 30 años han visto un renovado interés por la cuestión de las relaciones internacionales en el siglo XIX, y no solamente en su aspecto diplomático, también en el cultural y social, lo que ha contribuido a una gran diversificación en los estudios de esta temática. Se han publicado, por un lado, obras que han vuelto a revisar la intervención de las potencias liberales en España.²¹ Centrándose no solamente en el aspecto diplomático, sino también en el militar, estos estudios han venido a discutir las conclusiones de la historiografía tradicionalista sobre la importancia y envergadura de la ayuda que se prestó desde Gran Bretaña, y muy especialmente desde Francia, al Gobierno español. También desde Francia se ha prestado especial atención a un fenómeno que hasta entonces no había sido demasiado estudiado, el de las migraciones y exilios absolutistas desde España hacia más allá de la frontera,²² lo que ha llevado de nuevo a descubrir los estrechos contactos que el legitimismo francés estableció con el carlismo español, y al trasvase de personal entre unos y otros.

Las relaciones hispano italianas también han recibido gran atención en estos años. En 1990 aparecían las actas del I Coloquio Hispano-Italiano de Historiografía Contemporánea.²³ De entre las valiosas aportaciones recogidas en el volumen, caben destacar las de Manuel Morán Ortí, “España e Italia: Historiografía sobre el primer tercio del siglo XIX”, justamente porque venía a constatar el magro estado del estudio de dichas relaciones, y el de Marco Mugnaini, “*Un esempio di circolazione delle élites: Italia e Spagna dal 1808 al 1860, rassegna della storiografia italiana*”, porque aportaba un enfoque novedoso a la investigación, más allá de las relaciones diplomáticas. Este autor no ha abandonado ese campo, pues en 1994 publicaría su trabajo sobre las relaciones hispano-italianas,²⁴ tema que también han tratado Nicola del Corno,

²¹ RODRÍGUEZ ALONSO, Manuel, *Gran Bretaña y España: diplomacia, guerra, revolución y comercio 1833-1839*, Madrid, Actas, 1991; CONDADO MADERA, Emilio, *La intervención francesa en España, 1835-1839*, Madrid, Fundamentos, 2002; BRETT, Edward M., *The British Auxiliary Legion in the first Carlist War in Spain, 1835-1838*, Dublín, Four Courts, 2005; SANTACARA, Carlos, *La Primera Guerra Carlista vista por los británicos 1833-1840*, Madrid, Antonio Machado, 2015; SANTIRSO, Manuel, *El informe Tanski y la guerra civil carlista de 1833-1840*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2011.

²² RICHARD-JALABERT, Elaine, “*Les réfugiés Carlistes à Marseille sous la Monarchie de Juillet*”, *Provence Historique*, vol. XXIV nº 96 (1974), 161-173 ; CLARENC, Vèronique, “*Toulouse, capitale du carlisme catalan (1830-1840)*”, *Annales du Midi: revue archéologique, historique et philologique de la France Méridionale*, vol. CV nº 202 (1993), 225-246 ; TRONCO, Emmanuel, *Les carlistes espagnols dans l’ouest de la France 1833-1883*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2010.

²³ GARCÍA SANZ, Fernando (comp.), *Españoles e Italianos en el mundo contemporáneo*, Madrid, CSIC, 1990.

²⁴ MUGNAINI, Marco, *Italia e Spagna nell’età conteporanea. Cultura, politica e diplomazia (1814-1870)*, Alesandria, Edizioni dell’Orso, 1994.

concentrándose en las relaciones entre el absolutismo italiano y el español,²⁵ Gonzalo Butrón Prida, centrándose en el papel que jugó España y su diplomacia en la revolución del Piamonte de 1821.²⁶ Se ha analizado también el exilio político, en esta ocasión en perspectiva italiana²⁷ y, muy especialmente, se ha publicado el volumen *Spagna e Regno di Sardegna*²⁸ que, siguiendo la tradición de la historiografía italiana de publicar materiales referentes a las relaciones internacionales del Reino de Cerdeña iniciada en la segunda mitad del siglo XX,²⁹ reunió a una serie de investigadores italianos y españoles para analizar la diplomacia entre ambos países, y realizar un profundo estudio e indexación de los documentos referentes a dicha materia en el Archivo de Estado de Turín.

Más recientemente, ha habido algunos intentos de sintetizar la temática de las relaciones internacionales,³⁰ que adolecen sobre todo de la falta de estudios referidos a la colaboración establecida por las redes del absolutismo europeo para ayudar al carlismo, lo que obviamente da una visión sesgada del asunto. Los trabajos de Manuel Santirso,³¹ quien ha destacado la importancia que tuvo para la existencia de un movimiento carlista en Cataluña su proximidad a la frontera con Francia y la cercanía geográfica del Reino de Cerdeña, que le permitía utilizar la costa catalana para desembarcar todo tipo de ayudas para los carlistas, y sobre todo, la producción de José Ramón Urquijo, que ha dedicado múltiples obras a estudiar las políticas de los distintos estados absolutistas hacia el carlismo,³² más que a paliar la carencia de estudios, han venido a hacer todavía más patente la importancia del estudio de las redes absolutistas de

²⁵ CORNO, Nicola del, "Don Carlos e i «nuovi mori»: la Primera Guerra Carlista nella pubblicistica reazionaria italiana dell'epoca", *Spagna Contemporanea* nº 3 (1993), 7-22.

²⁶ BUTRÓN PRIDA, Gonzalo, *La inspiración española de la revolución piamontesa de 1821*.

²⁷ PULVIRENTI, Chiara Maria, *Il presagio spagnolo. Diplomazie e volontari italiani nella prima guerra carlista*, Tesis doctoral, Università degli Studi di Catania, 2011.

²⁸ SCOTTI DOUGLAS, Vittorio (ed.), *Spagna e Regno di Sardegna*.

²⁹ CURATO, Federico; GIARIZZO, Giuseppe (eds.), *Le relazioni diplomatiche fra la Gran Bretagna e il Regno di Sardegna*, Roma, Istituto Storico italiano per l'età moderna e contemporanea, 3 series, 1955-1973; NADA, Narciso (ed.), *Le relazioni diplomatiche fra l'Austria e il Regno di Sardegna*, Roma, Istituto Storico italiano per l'età moderna e contemporanea, 3 series, 1961-1967; SAITTA, Armando, *Le relazioni diplomatiche fra la Francia e il Regno di Sardegna*, Roma, Istituto Storico italiano per l'età moderna e contemporanea, 2 vols., 1974-1976.

³⁰ VILAR, Juan B., "Aproximación a las relaciones internacionales de España (1834-1874)", *Historia Contemporánea* nº 34 (2007), 7-42.

³¹ SANTIRSO, Manuel, *Revolució liberal i guerra civil a Catalunya*, Lleida, Pagès, 1999.

³² URQUIJO GOITIA, José Ramón, "El carlismo y Rusia", *Hispania*, vol. XLVIII nº 169 (1988), 599-623; "Empréstitos y ayudas financieras en favor del pretendiente carlista (1833-1834)", *Museo Tomás Zumalacarregui. Estudios Históricos*, nº 1 (1990), 107-127; "Los estados italianos y España durante la primera guerra carlista (1833-1840)", *Hispania*, vol. LII nº 3 (1992), 947-997; *Relaciones entre España y Nápoles durante la Primera Guerra Carlista*, Madrid, Actas, 1998; "Crisis de las relaciones hispano-sardas: de la cuestión sucesoria a la guerra contrarrevolucionaria", *Rassegna storica del Risorgimento*, vol. XC, fasc. IV (2003), 499-536; "Interferencias de las cortes conservadoras ante el pretendiente carlista", *Hispania*, vol. LXVI, nº 223 (2006), 583-632; "Hacia la ruptura de las relaciones entre España y el reino de Cerdeña-Piamonte", *Rassegna storica del Risorgimento*, vol. XCIV (2007), 163-205.

ayuda establecidas en el período de las revoluciones liberales del siglo XIX, y como esa colaboración no se estableció únicamente de Estado a Estado, también entre los distintos movimientos contrarrevolucionarios, entre los que se encuentra, claro está, el carlismo.

La intención del presente estudio es mostrar que estados *secundarios*, como el Reino de Cerdeña, pusieron una inmensa cantidad de sus recursos para ayudar a los movimientos insurreccionales que se opusieron a los nuevos regímenes liberales europeos, así como la conveniencia de conectar todos estos movimientos a una escala europea, pues fue a través de la colaboración de diversos agentes, pertenecientes tanto a estados como a facciones insurreccionales dentro de otros estados, que se hizo llegar a estos últimos enormes cantidades de dinero y suministros para que pusiesen mantener la lucha, incluso más allá del momento en que su victoria era ya poco probable.

Veremos a Carlo Alberto empeñar su Reino en la colaboración con el carlismo español, lo que le llevará a una confrontación directa con el Gobierno de María Cristina, a la ruptura de las relaciones diplomáticas y comerciales, y a estar a punto de causar una guerra entre ambos estados que hubiera podido tener graves consecuencias no solamente para España —y tras ella, Portugal y Francia— sino para Europa entera, pues el juego de alianzas podría haber extendido el conflicto a las grandes potencias que apoyaban a unos o a otros.

Comprobaremos también cómo cuanto más avanza la guerra, y más evidente se hace la incapacidad de don Carlos para lograr una victoria decisiva sobre las fuerzas gubernamentales, mayor será el desgaste y deterioro de las fuerzas carlistas, mayor será el agotamiento de los recursos de aquellos territorios ocupados por ellas, y mayor será la dependencia del carlismo de las ayudas extranjeras, hasta el punto que acabará siendo mantenido casi exclusivamente por estas.

1. La política tentativa sarda en España (1832-1834)

1.1. El carlismo intrigante y el embajador sardo en España (septiembre 1832-abril 1834)

Clemente Solaro, conde della Margarita, nació en Cuneo, en el norte de Italia, en 1792. Su carrera diplomática había empezado en 1816, y diez años más tarde, tras su paso por Nápoles, recaló en la corte de Fernando VII de España como embajador sardo.¹ Si por algo destacaría su estancia en el país, sería esencialmente por su intromisión en todo tipo de asuntos fuera de su teórica responsabilidad; y su apoyo al absolutismo y a cualquier personaje o movimiento que él considerase como favorecedor de los intereses de la contrarrevolución, ya fuese a favor del Gobierno de España cuando era este quien adoptaba medidas de semejante tipo, ya en su contra si eran opositores los que lo hacían, entre los cuales se encontrará el carlismo a partir de 1832.

Solo unos años después de haber llegado a su puesto, en 1828, Solaro se había permitido inmiscuirse de tal manera en el proceso diplomático iniciado por el matrimonio del infante don Sebastián, incluso en contra de las órdenes de sus superiores, que estos habían tenido que advertirle de que desistiera de su actitud.² Y todavía más grave fue su actuación en 1832, tras la publicación de la Pragmática Sanción.

En lo que se ha venido a conocer como los Sucesos de la Granja, los elementos más ultras del Gobierno de Fernando VII aprovecharon un grave ataque de gota del monarca, que se daba por hecho causaría su muerte en escasos días, para aterrorizar a su esposa la reina María Cristina, una joven con una hija de menos de dos años, amenazándola con el futuro que les esperaba a las dos cuando el rey muriese y se encontrasen aisladas sin apoyo en España. Consiguieron así que la reina convenciese a su convaleciente esposo de sancionar la revocación de la Pragmática, devolviendo a don Carlos la prioridad en la sucesión al trono de España. La intervención de Luisa Carlota, hermana de María Cristina; de su marido, Francisco de Paula, a su vez hermano de Fernando VII, y otros elementos contrarios a los ultras logró abortar el golpe de Estado. El efecto más inmediato de todo ello fue, una vez que el rey hubo recobrado su salud, la destitución de todos los participantes en la conjura, como Francisco Tadeo Calomarde, hasta entonces ministro de Gracia y Justicia, o el conde de Alcudia, hasta aquél momento ministro de Estado. Este último fue sustituido por Francisco Cea Bermúdez, quien se colocaría también a la cabeza del Gobierno.³

¹ Una nota biográfica de él puede encontrarse en SCOTTI DOUGLAS, *Spagna e regno di Sardegna*, pp. 136-137.

² URQUIJO GOITIA, *Crisis de las relaciones hispano-sardas*, pp. 500-501.

³ ENCIMA Y PIEDRA, Victoriano de, *De los sucesos del Real sitio de san Ildefonso o la Granja, a fines del año de 1832; de las disposiciones tomadas por el ministerio que se nombró en 1 de octubre del mismo año;*

En toda la debacle había tenido Solaro un importante papel, como integrante de la terna de italianos —junto con los embajadores de Nápoles, Antonini, y Austria, Brunetti— que había colaborado activamente en la presión sobre la reina.⁴ Él mismo reconocería sin ningún pudor su papel, al igual que sus contactos directos con don Carlos, al que había presionado también para que en tan delicado momento tomase acciones decisivas que le condujesen a la toma del trono:

*L'infant D. Carlos est averti de tout ce que se passe ; on lui a bien recommandé l'énergie, et de se rappeler que pour une couronne lorsque tant des vies, et d'intérêts vont être exposés, il faut aussi qu'il s'expose et qu'il se montre digne de ses hautes destinées.*⁵

Un satisfecho Solaro escribiría, al informar sobre el papel que los embajadores habían representado en todo el drama, que *“trois italiens ont eu le courage de toucher á une question que l'on croyait ne pouvoir se résoudre que par de torrents de sang”*.

Después del fracaso del golpe, Solaro se dedicaría a enviar despachos a Turín en los que presentaría la situación de España como próxima al caos y a la revolución sangrienta. De entre los embajadores absolutistas en Madrid se mostraría siempre el más belicoso con el Gobierno español, y defendería, antes incluso de la muerte de Fernando VII, que el reconocimiento de don Carlos como monarca español era la única manera de evitar que estallase la guerra civil en España, que conduciría a la revolución liberal y a la según él segura intervención francesa.⁶

y de las causas inmediatas del estado actual de España. París, Librería de Rosa, 2 vols. 1837, pp. 30-39; *Panorama Español, crónica contemporánea*, Madrid, Imprenta del Panorama Español, 4 vols. 1842-1845, vol. I, pp. 1-2; PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. I, pp. 123-126; *Fastos españoles ó efeméridas de la guerra civil desde octubre de 1832*, Madrid, Ignacio Boix, 1839, 2 vols., vol. I, pág. 1. Si se busca una obra más reciente, pero cuyas conclusiones conviene tomar con cautela, SUAREZ VERDEGUER, *Los sucesos de la Granja*.

⁴ “Antonini, Calomarde, el confesor de la Reina, Alcudia, Solaro y Brunetti actúan cerca de la Reina y la convencen de que no tiene el apoyo de la nación”, y sobre Solaro en concreto, “se ha visto en la obligación de presionarle [a Antonini, ante su carácter vacilante]”, LLORCA, *Los sucesos de la Granja y el conde Solaro*, pp. 353,356. Sobre diplomáticos italianos y los sucesos de La Granja, ver también SUAREZ VERDEGUER, *Los sucesos de La Granja*, pp. 94-97, 193-198; BIANCHI, *Storia documentata*, vol. IV, pp. 107-108. Según Jerónimo BECKER, “Cerdeña fue la que más resuelta se mostró, pues no bien recibió la noticia de lo ocurrido [el rechazo de Fernando VII a derogar la Pragmática Sanción tras los sucesos de La Granja] consultó el Gabinete de Turín a los de Rusia, Prusia y Austria si sería conveniente retirar de Madrid los Ministros que en dicha época se hubiesen mostrado partidarios de los derechos de D. Carlos” (*Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. I, pág. 610.).

⁵ Citado en GORRICO, *Los sucesos de La Granja y el Cuerpo diplomático*, pp. 54, 88-89. En 61-66 se tratan las fuertes presiones de Solaro sobre Antonini para que interviniese ante María Cristina.

⁶ Sus subalternos compartían plenamente su visión, como puede comprobarse en las opiniones que le hacía llegar el cónsul sardo en Málaga, Paolo Cerruti, en los que alertaba a Solaro de la amenaza revolucionaria, y de que Cea no era más que una etapa intermedia hacia la revolución. Por eso Solaro expresaba fuertes protestas contra la actitud de las otras potencias absolutistas, a las que veía negligentemente inactivas en su oposición al nuevo Gobierno (URQUIJO, *Crisis de las relaciones hispano-sardas*, pp. 525, 528). En LEMMI, *La política estera di Carlo Alberto*, por ejemplo, puede comprobarse el contraste de opiniones entre el embajador austríaco, que proponía reconocer a Isabel II para mantener

Las consecuencias del frustrado golpe fueron mucho más allá de las meras destituciones de miembros del Gobierno, y muchos de sus protagonistas fueron expulsados de España. Entre ellos, el mismo don Carlos debió abandonar el país. Optó por dirigirse a Portugal, donde en julio de 1832 Pedro de Portugal había desembarcado con el objetivo de expulsar del trono a su hermano Miguel e instalar en el mismo a su hija María.⁷

La política española en Portugal había sido hasta el momento de abierto apoyo a don Miguel, al coincidir sus principios absolutistas con los de Fernando VII. Una vez muerto el monarca español, Cea optó por mantener dicha política,⁸ lo que Miguel agradeció convirtiéndose en protector de los carlistas españoles —de los legitimistas franceses lo era desde hacía ya bastante tiempo, pero por motivos evidentes eso no había preocupado al Gobierno español hasta el momento—, y recibiendo a Carlos con todas las atenciones debidas a un monarca.⁹

Portugal se convertiría en el principal refugio de la corte carlista, y al mismo Carlos no tardaron en sumársele María Teresa de Portugal, la princesa de Beira, que era cuñada del infante español por el matrimonio de este con María Francisca de Portugal, y una firme defensora de los derechos al trono tanto de su hermano Miguel en Portugal como de Carlos en España.¹⁰

El seísmo de 1832 tuvo réplicas en 1833, en forma de todo tipo de movimientos y conjuras para tratar de derrocar a Fernando VII del trono español en favor de Carlos. En ellos participaron algunos de los personajes que después formarían parte de la corte carlista, y con los que Solaro seguramente establecería una estrecha relación en esta época, vistas la coincidencia de sus inclinaciones políticas.¹¹

su puesto en España, y Solaro, que se oponía frontalmente a cualquier reconocimiento del Gobierno español (pág. 237).

⁷ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. I, pp. 153-154; *Fastos españoles*, vol. I, pp. 192-194. Para la guerra civil en Portugal, desde ambas perspectivas, CUNHA DE PINA MANIQUE, Francisco Antonio da, *Portugal desde 1828 a 1834*, Lisboa, Sousa & filho, 1872; LUZ SORIANO, Simão José da, *Historia da guerra civil e do estabelecimento do governo parlamentar em Portugal, compreendendo a historia diplomática, militar e politica d'este reino desde 1777 até 1834*, Lisboa, Imprensa Nacional, 19 vols, 1866-1890.

⁸ Tratando infructuosamente de demostrar a las potencias absolutistas que el Gobierno español era de fiar, y atrayéndose al mismo tiempo la ira del Gobierno inglés (JONES, *British foreign policy*, pp. 24-25).

⁹ LUZ SORIANO, *Historia da guerra civil*, época III, vol. V, pp. 99-100; BECKER, *Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. I pp. 602-611.

¹⁰ *Fastos españoles*, vol. I, pp. 192-194.

¹¹ Colaboración en los complots realistas, por supuesto, pero también en otros asuntos más públicos. Solaro había retenido a Abarca como consejero en materia eclesiástica en España cuando el embajador sardo fue nombrado temporalmente como encargado de asuntos por la Santa Sede en 1833, durante el período de espera de sustitución de Giustiniani, antiguo nuncio en España, por el recién nombrado Tiberi (CÁRCEL ORTÍ, Vicente, *Política eclesial de los Gobiernos liberales españoles (1830-1840)*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1975, pp. 74-77). Este último nombramiento fue visto por Solaro con gran desagrado, al ser Tiberi mucho más tolerante con la política de nombramientos eclesiásticos seguida por

Entre ellos encontramos a Joaquín Abarca, el obispo de León¹², que en enero de 1833 estuvo implicado en un pronunciamiento realista en dicha diócesis.¹³ Desbaratada la conjura por las autoridades, el obispo Abarca se fugó antes de que pudiera ser arrestado, y en junio de 1833 se conocería que había pasado también a Portugal, para convertirse en consejero áulico de Carlos.¹⁴

La calurosa acogida que el gobierno de don Miguel dispensaría a los exiliados carlistas causó el giro completo de la política española para con el Gobierno portugués. Entre insistentes —y desatendidas— reclamaciones de que evitase que Carlos crease una base de operaciones en su territorio, y exigencias de que se expulsase al pretendiente español de Portugal y tomase este el camino hacia Italia,¹⁵ se produjo en septiembre de 1833 el rompimiento definitivo de España con don Miguel, por la necesidad que se presentó al Gobierno de Cea de tratar de acabar con el carlismo en Portugal, que tantos dolores de cabeza le estaba causando. Se alinearía ahora con los intereses franceses, pedristas, e ingleses, una situación que tendría en pocos meses consecuencias de peso sobre la política exterior de los cuatro estados, y sobre la política sarda hacia los conflictos en la Península Ibérica.¹⁶

Otro de los damnificados por su participación en los complots realistas fue el conde de España.¹⁷ Capitán general en Cataluña hasta diciembre de 1832, cuando había sido sustituido por Manuel Llauder,¹⁸ se vería implicado también en enero de 1833 en una conspiración para crear una Junta Realista en Urgell. A raíz de todo ello, sería forzado a embarcarse en Barcelona hacia Mallorca, de donde huiría en un barco sardo en dirección a Génova.¹⁹ Su llegada a territorio sardo supuso la primera tensión —si bien leve— entre los Gobiernos de Turín y Madrid. En febrero de 1833

el Gobierno, tendente a nombrar obispos más transigentes con el liberalismo, que su predecesor (para las diferencias entre Tiberi y Giustiniani, *Ibidem*, pp. 410-411).

¹² Nacido en Huesca en 1781, tuvo que huir de España ya durante el Trienio, y a su vuelta fue recompensado con el obispado de León y el puesto de consejero de Estado (*Panorama Español*, vol. I, pp. 75-87). Era descendiente de destacadas familias infanzonas aragonesas como los Abarca, los Blanque y los Palacín, otro de cuyos miembros, Luis Joaquín Palacín, había sido firmante del Manifiesto de los Persas (INCAUSA MOROS, José M^a, “Los clérigos absolutistas: Luis Joaquín Palacín y Jerónimo Castellón”, *Jerónimo Zutira*, nº 87 (2012), 85-96).

¹³ FOZ, José García de la, *Crónica de la provincia de León*, Madrid, Rubio y C^a, 1867, pp. 82-83; *Fastos españoles*, vol. I, pp. 115-123; PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. I, pp. 138-147.

¹⁴ *Fastos españoles*, vol. I, pp. 127, 353; PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. I, pp. 330-331.

¹⁵ *Fastos españoles*, vol. I, pág. 444

¹⁶ BECKER, *Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. I, pp. 634-642.

¹⁷ Charles d’Espagnac, descendiente de una familia de la nobleza francesa que había tenido que huir de la Revolución e instalarse en España. Se uniría al ejército español, con el que luchará contra la Francia revolucionaria y napoleónica. Combatiría igualmente en el bando absolutista contra los liberales, y sería el representante de la monarquía española en los congresos de Viena y Verona.

¹⁸ *Fastos españoles*, vol. I, pág. 53.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 107, 128, 138, 142, URQUIJO, *Crisis de las relaciones hispano-sardas*, pp. 512-513.

se celebraron sendas reuniones entre el embajador español en Turín y el conde de la Tour, ministro de exteriores sardo, donde el primero le comunicaba al conde la llegada a su reino del fugitivo.²⁰

...le Comte d'Espagne, Lieutenant Général au service de Sa Majesté Catholique, était arrivé à Gênes un fugitif, sans aucun passeport et sans la permission dont tout officier doit être pourvu pour pouvoir quitter son poste...²¹

Se le pedía al Gobierno sardo que enviase órdenes al gobernador de Génova para que obligase al conde de España a internarse en el país y alejarse de la costa lo más pronto posible, a lo que de la Tour contestaba que sí, por supuesto, pero también

...fit part [...] de l'extrême étonnement que le Roi avait éprouvé en entendant traiter de criminel le Comte d'Espagne, qu'il avait vu combattre vaillamment en Espagne pour le rétablissement du trône de Ferdinand VII en 1823.

Y le expresaba al embajador lo duro que se le hacía, a Carlo Alberto y a todo su Gobierno, actuar contra un general

dont Elle avait reçu durant son séjour dans la Péninsule des preuves de déférence et d'attachement respectueux ; et que ses motifs portaient S. M. à penser qu'il serait peut-être convenable de s'expliquer auparavant avec le Gouvernement Espagnol...

En la situación en la que se encontraba, rodeado de conspiraciones y pronunciamientos, no parece que estuviese el Gobierno español dispuesto a andarse con los rodeos a los que la diplomacia sarda estaba tan acostumbrada, como indica el carácter de su respuesta:

Comme le soussigné n'a pas pu voir dans cette communication de S. E. une résolution définitive sur la demande qu'il avait eu l'honneur de lui adresser [...] il a dû craindre que l'hésitation du Roi pour y acquiescer eut pour cause que le soussigné ne se fut pas expliqué assez clairement...

Volvió pues a explicar el caso, y terminaba recordándole la actitud pasada del Gobierno español, que se había mostrado siempre dispuesto a atender cualquier reclamación que la legación sarda en Madrid les había dirigido relativa a los emigrados piamonteses en España.

²⁰ Vittorio Amedeo Sallier de la Tour, nacido en Chambéry en 1774, se había enrolado en el ejército sardo y luchado contra Napoleón, lo que le valdría ser nombrado general tras la Restauración. Su fidelidad a Carlo Felice en los motines de 1821 le supondría obtener el ministerio de exteriores sardo y la representación del país en los congresos de Liubliana y Verona. Mantuvo su cargo tras la llegada de Carlo Alberto al trono. SCOTTI, *Spagna e regno di Sardegna*. pág. 135.

²¹ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna 1*, despacho de 14 de febrero de 1833.

Desconocemos hasta qué punto fue efectiva la reclamación española, pero lo cierto es que poco después el conde de España pasó de Génova a Marsella el 5 de abril de 1833, desde donde pretendía pasar a Toulouse.²²

Si con Fernando VII en vida Solaro había colaborado con los carlistas en sus planes, su actitud después de la muerte del monarca español y ante la cuestión del reconocimiento de Isabel II fue de un carlismo abierto y casi desafiante. La actuación del embajador sardo llevaría no por primera vez ni tampoco última, al Gobierno español a plantear la conveniencia de su retirada. Cuando el embajador español en Turín, Gabriel Flórez, trató de presentar la carta autógrafa de la Reina Gobernadora anunciando el fallecimiento de Fernando VII, el conde de la Tour manifestó

que el Rey de Cerdeña no hubiera acaso tenido el menor inconveniente en recibir la carta consabida de S. M. la Reina Gobernadora, si el contenido de ella hubiese sido solo el de anunciarle el fallecimiento de su augusto esposo; pero que como en aquel escrito se anunciaba también el advenimiento al Trono de su augusta Hija, cuyos pretendidos derechos habían dado margen a varias reclamaciones de algunas Cortes extranjerías, no era factible que el Rey de Cerdeña contestase por mucho tiempo a aquella participación, aun dado el caso dudoso de que la recibiese. Que S. M. Sarda no solo se proponía imitar en este asunto la madura y prudente reflexión de las otras Cortes, para proceder de común acuerdo con ellas, sino que hallando también en su misma persona algunos derechos, aunque muy lejanos, que se oponían a aquel advenimiento, se vería forzado por conveniencia política y particular a obrar de modo diferente.²³

El lenguaje que usa Flórez, hablando de los *pretendidos derechos* de Isabel II, ya nos da una pista de su actitud hacia el Gobierno que le había nombrado. En junio de 1831 se había nombrado como embajador en Turín a Joaquín Anduaga. Su papel en los años anteriores en los que había cambiado de chaqueta numerosas veces para unirse al bando ganador en los conflictos civiles que habían sacudido a España, lo convertían en un sujeto sospechoso para ambos bandos, y despreciado por todos. Tampoco a él le había satisfecho en exceso el puesto, pues Turín era una de las plazas más complicadas para los diplomáticos españoles, como estamos empezando a entrever. Recién llegado, empezaría a solicitar repetidamente permisos para dejar su puesto por motivos personales, que le sería concedido solamente a finales de 1833. En septiembre de ese mismo año, llegaría Flórez para hacerse cargo de la embajada en Turín.²⁴ Unos meses más tarde,

²² *Fastos españoles*, vol. I, pp. 234, 246. En octubre de 1833, el conde de España estaría implicado en un intento de levantamiento carlista en Cataluña (*Ibidem*, pág. 716), y en noviembre, a instancias seguramente del Gobierno español, se le obligaría a salir de Tolosa para dirigirse a Tours bajo escolta policial (*Le Constitutionnel* nº 317, 13 de noviembre de 1833).

²³ Despacho de 13 de diciembre de 1833 de Gabriel Flórez citado en BECKER, *Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. I pp. 621-622.

²⁴ URQUIJO, *Crisis de las relaciones hispano-sardas*, pp. 510-512, 514.

ya iniciado 1834, se haría evidente que Flórez era un carlista convencido, y que estaba en total acuerdo con el ministro sardo para engañar al Gobierno español haciéndole creer que la embajada en Turín seguía siendo leal.²⁵

En Madrid, a Solaro empezaban a acumularse tales presiones que su posición se volvía difícilmente sostenible. A la del Gobierno, para que reconociese a Isabel II y cesase en su apoyo a los carlistas se unió la de estos mismos: como él mismo informaba, a inicios de 1834 recibió un despacho confidencial del obispo Abarca —que había sido enviado también a los embajadores de Prusia, Rusia y Austria— reafirmando los derechos de don Carlos al trono de España, buscando consolidar su posición y esperando muy posiblemente el reconocimiento explícito de la legitimidad del pretendiente por parte de las potencias absolutistas. Aunque infructuoso en este último objetivo, el despacho sirvió como mínimo para ratificar la mala opinión que Solaro tenía de las capacidades de la corte carlista y su creencia en la necesidad de colocar en ella a agentes propios para empezar a controlar el Gobierno carlista. En otro despacho con la misma fecha, el embajador se preguntaba sobre la conveniencia de abandonar España en *vacaciones*, dejando en Madrid solo a un encargado de negocios.²⁶

En previsión de tal eventualidad, Solaro redactó unas instrucciones para el conde de San Martino, quien se quedaría en la legación sarda en Madrid cuando Solaro partiese. En ellas, Solaro criticaba la falta de energía de don Carlos y presentaba la guerra civil como "*la grande lutte du royalisme avec la révolution*". No era, pues, una mera cuestión dinástica o un suceso que se circunscribiese a España, ni tan siquiera a la Península, sino "*un événement de haute importance pour toutes les Puissances et auquel les Cabinets étrangers ne pouvaient rester indifférents*". También advertía a San Martino que bajo ningún concepto había que entender el hecho de que la diplomacia sarda hubiese imitado hasta entonces a las de las demás potencias absolutistas, como "*une adhésion aveugle aux vues des autres Cours*". Finalmente, destacaba la importancia de mantener una relación conciliadora con el Gobierno español, la cual, sin poner

²⁵ URQUIJO, *Los estados italianos y España durante la primera guerra carlista*, pág. 972.

²⁶ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 112, despachos de 18 de febrero de 1834. "*Les personnes qui entourent D. Carlos ont si peine d'expérience des affaires*", decía Solaro, una opinión que, por otro lado, ya había expresado anteriormente de forma bastante más generalizada: "*Les Grandes d'Espagne dont l'incapacité pour les affaires et la nullité politique sont les qualités distinctives...*" (citado en LLORCA, *Los sucesos de la Granja*, pág. 353). LEMMI, *La política estera di Carlo*, también cita el despacho, y otro en el que Abarca solicitaba ayuda del reino de Cerdeña para viajar de Inglaterra a España, aunque los sardos acabaron dándole largas y recomendándole si quería viajar a España que buscase el apoyo de agentes legitimistas franceses, pág. 238.

en peligro la posición sarda, tampoco supusiera la realización de ningún servicio que pudiese ser beneficioso para la causa de Isabel II.²⁷

El mismo Solaro recordaría años después en su *Memorandum* lo fútil que le parecía su permanencia en Madrid:

*... io non poteva pretendere di contrastare in Madrid l'influenza della Francia o dell'Inghilterra, né di arrestar la marcia del Governo, né cambiar le sorti di Don Carlos, non di meno per le mie strette relazioni coi Capi del suo partito aveva potuto rendere a questo utili servigi.*²⁸

Así pues, en las instrucciones a San Martino y en sus propias memorias vemos la visión de Solaro sobre la guerra civil de España, grandiosa y muy acorde con su mentalidad absolutista: los principios de la legitimidad monárquica y el caos de la revolución se enfrentaban en una lucha a muerte, mientras él se encontraba en Madrid, impotente para prestar ningún servicio útil a la causa e impaciente por encontrar un puesto en el que servir mejor a esta y a los intereses sardos, que no coincidían enteramente con los de las otras potencias absolutistas, por lo que el Reino de Cerdeña debía tomar una actitud mucho más activa en su defensa.

El puesto desde el que finalmente trataría de poner en práctica sus planes sería el de ministro de Exteriores de Carlo Alberto, pero antes de ser nombrado para él, Solaro ya tenía algunas ideas sobre cómo podría ser mejor servida la monarquía sarda, obviamente con un papel central reservado para él. En el ínterin, el 9 de abril de 1834, San Martino anunciaba que Clemente Solaro della Margarita había partido de Madrid el día anterior.²⁹

²⁷ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 112, *memorándum* de 3 de abril de 1834. Citado igualmente en BIANCHI, Nicomede, *Storia documentata della diplomazia europea*, vol. IV, pp. 329-334; y también en SEGRE, Arturo, *Un episodio della prima guerra carlista*, pp. 268-274; ver también URQUIJO, *Hacia la ruptura de las relaciones entre España y el Reino de Cerdeña-Piamonte*, pp. 165-166.

²⁸ SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pp. 46-47.

²⁹ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 112, despacho de 9 de abril de 1834.

1.2. El liderazgo sardo en la política peninsular absolutista (enero-septiembre 1834)

La evolución de los hechos en 1834, en la escena internacional y en el interior de España, causó en el Gobierno sardo un profundo impacto. Si bien nunca se habían hecho grandes ilusiones sobre el papel que las potencias absolutistas iban a tomar en la guerra civil española, era evidente que en ningún caso Austria iba a adoptar la política directa e intervencionista que Carlo Alberto esperaba. A ello se sumaban los nuevos acuerdos que iban surgiendo entre los países *enemigos*, que dejaban claro, o al menos así se interpretaba en la corte de Turín, que el Gobierno de España sí estaba buscando, y obteniendo, apoyo exterior en su lucha contra los absolutistas rebeldes. Todo ello hacía bastante evidente a los sardos que eran ellos los únicos prestos y dispuestos a adoptar el papel que a todas luces habría correspondido a otros países de mayor importancia, el de tomar la iniciativa en el apoyo a don Carlos, y asegurar la derrota de la revolución en España. Por si fuera poco, los carlistas optarían por presionar ellos mismos al absolutismo europeo reclamándoles ayudas, pues eran también conscientes de que, sin el apoyo de otros estados, difícilmente iban a poder ganar la guerra.

Ya a finales de 1833, el carlismo había iniciado la presión diplomática sobre las potencias absolutistas. En ella se enmarca el despacho del obispo Abarca de febrero de 1834 con el objetivo de lograr ayudas para la causa, ya fuese dinero, armas, suministros, o el tan ansiado reconocimiento diplomático. Este último era el principal objetivo de la entrevista que Manuel Aznárez mantendría en Turín con el conde de la Tour en febrero de 1834.³⁰ El ministro sardo dejó claro en ella que, a pesar del apoyo del Gobierno de Carlo Alberto a la causa de don Carlos, no sería el primero en reconocerle, sino que esperaría a que lo hiciera algún Estado más importante; que el carlismo no recibiría “dinero, armas ni otros auxilios de esta especie, que S. M. S. suministraría acaso estos medios al Rey N. S. si no estuviese ligada su opinión particular a la del Gabinete de Austria”, y que sería extremadamente conveniente que don Carlos tomase iniciativas que favoreciesen el reconocimiento de la seriedad de su causa, como por ejemplo,

³⁰ En junio de 1833, Aznárez, presentándose como *Secrétaire de la Légation de S. M. Catholique*, le había hecho llegar a de la Tour un ejemplar del *Diálogo histórico-legal sobre el modo de suceder en La Corona de España* (ASTO, *Letteri ministri esteri* 1, despacho de 29 de junio de 1833. El panfleto en cuestión (Perpiñán, J. Alzine, 1833) dice entre otras cosas: “la mujer sujeta siempre á obedecer nunca es hábil para mandar, y es irrisorio que la que está escluida en todas las repúblicas de todos los cargos públicos se considere el origen de estos mismos cargos, y de consiguiente que ella pueda ejercerlos, lo que necesaria y especialmente debería suceder en una Monarquía absoluta” (pág. 5). La entrevista de 1834 se enmarca en una misión que el Gobierno le había encargado a Aznárez en febrero de ese año para recabar apoyos de las potencias absolutistas europeas, que no tuvo demasiado éxito (URQUIJO, *Empréstitos y ayudas financieras en favor del pretendiente carlista*, pp. 123-125).

retornar a España y tomar el mando de la rebelión.³¹ En definitiva, que nada se haría apartándose de Austria, y mucho menos con el pretendiente en Portugal.

El mismo pretendiente se unió a la campaña con cartas redactadas anteriormente, a fines de 1833, y entregadas a distintos enviados para que fueran remitidas a las principales potencias absolutistas, incluida Cerdeña, en este caso por el ya mencionado Aznárez. En ellas se defendía la necesidad de defender sus derechos a la corona y también “*la tranquillité de l’Europe, qui se voit menacée de nouveau par l’usurpation qui tente de s’établir en Espagne.*” No era una mera querrela dinástica, sino una lucha de principios, pues era la revolución la que se enfrentaba a la monarquía en España, tras haber forzado a María Cristina a convertirse en su instrumento; si se permitía a los revolucionarios españoles consolidarse, poco tardarían en unirse a los de Portugal, de Francia y de Inglaterra y formar una liga que pondría en peligro los tronos de toda Europa.³² Con los enemigos ya identificados, don Carlos defendía que su lucha era del interés de todo soberano europeo para evitar la formación de una internacional revolucionaria.

En el caso de la Tour, parece bastante claro que llovía sobre mojado. Influenciado por la perspectiva que Solaro hacía llegar desde Madrid, y por la voluntad declarada del rey, llevaba ya un cierto tiempo presionando a su embajador ante el emperador para que Austria se decidiese a reconocer a don Carlos, lo que supondría el impulso definitivo para el triunfo del pretendiente. De la Tour, servidor del rey de Cerdeña desde los tiempos de Carlo Felice, estaba siempre pendiente de los movimientos austríacos,³³ y por convencido que estuviera de la necesidad de reconocer a don Carlos para garantizar la estabilidad en España, no estaba para nada dispuesto a que fuese Cerdeña quien diese el primer paso. De ahí que a las presiones carlistas sobre Viena se uniesen también las sardas, incluidas las de Carlo Alberto en persona.³⁴ El Reino de Cerdeña necesitaba que los austríacos reconociesen a don Carlos primero.

El carlismo y la corte de Turín ya estaban, sin embargo, estableciendo en secreto las bases de su colaboración. En febrero de 1834, llegaba a Génova un agente de don Carlos con las instrucciones de dirigirse a Turín y entregar al ministro una solicitud de cualquier tipo de ayudas, fuesen armas o dinero, y que en caso de que Carlo Alberto tuviese la intención de responder a ella, lo hiciese a través del mismo agente, que se la haría llegar a don Carlos.³⁵

³¹ URQUIJO, *Los estados italianos*, pp. 972-974.

³² ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 11 de diciembre de 1833.

³³ CAPELLETI, Licurgo, *Storia di Carlo Alberto e del Suo Regno*, pp. 170-171.

³⁴ URQUIJO, *Crisis de las relaciones hispano-sardas*, pp. 532-534.

³⁵ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 26 de febrero de 1834.

El Gobierno español no debía ser ajeno a toda esta situación, pero desde luego no sería gracias a su representación diplomática en Cerdeña, que requería de una urgente renovación a fondo para eliminar a elementos sospechosos. El cónsul general de Génova, Isidoro de Montenegro,³⁶ escribía al Gobierno de Madrid para informarle de cómo la estrecha y diligente vigilancia del Gobierno sardo hacía absolutamente imposible la adquisición de armas y municiones en todo el país, por lo que no era necesario preocuparse de la posibilidad de que los carlistas las obtuvieran allí, o que pudieran lanzar expediciones hacia las costas españolas.³⁷

Poco después el conde de Alcudia, plenamente integrado ya en la sublevación carlista, comunicaba a de la Tour la próxima llegada de Manuel Aznárez a Turín, esta vez como representante de don Carlos ante la corte de Carlo Alberto, y de quien certificaba su buena conducta, pureza ideológica y demás méritos.³⁸

Mientras tanto, los eventos se precipitaban en España. Los mensajes que Madrid había lanzado a las cortes absolutistas se habían mostrado completamente inútiles para evitar el apoyo de estas a don Carlos, y el Gobierno Cea, después de su resbalón en la cuestión de Portugal, se mostraba absolutamente incapaz de atajar el carlismo que desde el país vecino causaba tan

³⁶ Isidoro de Montenegro Marentes, nacido en Barcelona en 1780, era el mayor de cuatro hermanos — Isidoro, Joaquín, Antonio y Juan—, todos ellos hidalgos y miembros de la Orden de Carlos III (CADENAS Y VICENT, Vicente, *Extracto de los expedientes de la Orden de Carlos 3º*. Madrid, Hidalguía, 13 vols., 1979-1988, vol. VIII pp. 198-200). Joaquín sería comandante de la artillería carlista y moriría en el primer sitio de Bilbao (PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. III, pág. 598. Juan —que fue también director de la artillería junto a su hermano Joaquín— e Isidoro eran miembros de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (NAVARRETE MARTÍNEZ, Esperanza, *La Academia de Bellas Artes de San Fernando y la pintura en la primera mitad del siglo XIX*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1999, pág. 458) y una vez acabada la guerra y tras acogerse a un indulto después de la guerra, llegarían a exponer en distintas exposiciones en Barcelona (FONTBONA, Francesc (dir.) et al., *Repertori de Catàlegs d'exposicions col·lectives d'art a Catalunya (fins l'any 1938)*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 2002, pp. 28-29). Isidoro había participado en la conspiración del escorial en 1807 (ver LA PARRA LÓPEZ, Emilio, “En vísperas de la guerra: el triunfo de Fernando VII en El Escorial y Aranjuez”, *Revista general de marina*, vol. 255, nº 8-9 (2008), 201-215), y sería después gentilhomme y tesorero del bolsillo secreto. Juan era un antiguo gentilhomme del infante Francisco de Paula, puesto al que tuvo que renunciar por los recortes presupuestarios, e instructor militar del primogénito del pretendiente —al que acompañaría cuando abandonase España— hasta acogerse a la amnistía de 1849 (SÁNCHEZ, Raquel, “Los gentilhombrs de Palacio y la política informal en torno al monarca en España (1835-1885)”, *Aportes* vol. 33 nº 96 (2018), 33-64, pp. 49-51).

³⁷ Archivo Histórico Nacional (de aquí en adelante, AHN), Estado, 8290, despacho nº 668, de 29 de marzo de 1834. Los manejos de Montenegro, de todos modos, no pasarían desapercibidos en Madrid, pues el 14 de abril de 1834 se informaba de que Montenegro, habiendo recibido la orden de comunicar al ministerio los movimientos de españoles que se encontrasen o hubiesen transitado recientemente por Génova, por temor a que se estuviese organizando en aquél momento una expedición carlista desde dicha ciudad en dirección a las Baleares, Cataluña o Valencia, lo hace “tarde y no de una manera satisfactoria.” (AHN, Estado, 8290, despacho de 14 de abril de 1834).

³⁸ ASTO, *Carte politique diverse* 18, despacho particular y secreto de 12 de abril de 1834. En marzo de 1834, don Carlos había nombrado a Carlos Cruz Mayor como secretario de Estado. El carlismo se encontraba en pleno rearme de sus fuerzas diplomáticas (PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. I, pág. 455).

grandes problemas. La necesidad de un cambio era más que evidente, o de lo contrario la regencia de María Cristina amenazaba con venirse abajo. Era mucho más fácil que se viniese abajo el Gobierno de Cea, y se abriese la puerta a nuevos aires en el Gobierno español. Bajo la presión de los liberales, que no estaban nada satisfechos con el devenir de las cosas, de María Cristina, y del mismísimo Palmerston, ministro de Asuntos Exteriores británico, a quien Cea desagradaba profundamente, tanto por su reaccionarismo como por su —en opinión del ministro británico— excesiva cercanía a Francia,³⁹ eso fue exactamente lo que sucedió. Los contactos que María Cristina había mantenido con sectores liberales fructificaron en la llegada al Gobierno de Francisco Martínez de la Rosa. La sospecha de que la recuperación de la Constitución de 1812 —hacia lo que de todos modos Martínez de la Rosa tampoco estaba demasiado inclinado— confirmase los peores temores de media Europa —Francia incluida— y mostrase a un Gobierno español revolucionario y radical, llevaron al nuevo Gobierno a gestar durante tres meses el Estatuto Real, sancionado el 10 de abril de 1834.⁴⁰ A la *magnum opus* del Gobierno de Martínez de la Rosa se le puede reconocer el mérito de, a pesar de no gustarle realmente a nadie en España, y a muy pocos en el extranjero, sí haberle gustado a Palmerston, que era al fin y al cabo a quien más interesaba mantener contento.⁴¹

En efecto, el giro copernicano de la política exterior española hacia la guerra en Portugal había ya allanado el camino hacia una colaboración aún más estrecha con Gran Bretaña, y el cambio de Cea por Martínez de la Rosa acabó abriendo las puertas a la formación de una alianza tripartita entre los Gobiernos de España, Portugal y Gran Bretaña, al que se invitó también al de Francia, que se acabó manifestando en el tratado de la Cuádruple Alianza, firmado en abril de 1834. Su objetivo era el de sancionar una intervención anglo española en Portugal con el doble objetivo de desalojar a don Carlos de su refugio portugués, y de estabilizar en el Gobierno de dicho país a la reina María.⁴²

El efecto fue inmediato. El general Rodil penetró en Portugal al mando de tropas españolas, con la orden expresa de capturar a don Carlos,⁴³ y la resistencia miguelista se disolvió casi de inmediato. En mayo de 1834, se firmó el convenio de Évora-Monte, mediante el cual se daba

³⁹ JONES, *British foreign policy*, pp. 24-26.

⁴⁰ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. I, pp. 421-430; SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pp. 101-102.

⁴¹ JONES, *British foreign policy*, pág. 29.

⁴² MARLIANI, *Reseña de las relaciones diplomáticas de España*, pág. 95 y ss.; PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. I, pp. 430-434; BECKER, *Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. I, pp. 637-643; *España e Inglaterra*, pp. 72-77, JONES, *British foreign policy*, pág. 20 y ss.

⁴³ De hecho, ya había recibido órdenes de hacerlo en octubre de 1833, pero la falta de acuerdo con Gran Bretaña y Francia había abortado el intento (*Fastos españoles*, vol. I, pp. 681, 753).

por terminada la contienda en Portugal, renunciaba don Miguel a todos sus derechos a la corona portuguesa y se exiliaba en Italia.⁴⁴

Todavía se vio de nuevo burlado el Gobierno español, cuando se hizo evidente que ni portugueses ni británicos —que lo acogieron en uno de sus barcos— estaban dispuestos a permitir que España pusiese sus manos sobre don Carlos, sino que le permitieron huir tranquilamente a Gran Bretaña.⁴⁵ Tal actitud ha recibido numerosas explicaciones, desde el temor a que se produjese alguna *barbaridad* —su inmediato fusilamiento— en caso de captura del pretendiente, hasta que los británicos considerasen que don Carlos estaba definitivamente acabado tras la derrota absolutista en Portugal.⁴⁶

Para el absolutismo europeo, y especialmente para Carlo Alberto, que era el monarca que más favorable se había mostrado al triunfo del absolutismo en Francia, Portugal y España,⁴⁷ el golpe debió ser demoledor. De una tacada se había confirmado el carácter revolucionario del Gobierno español, que se había definitivamente quitado la máscara con Martínez de la Rosa y el Estatuto real, y poco después se habían derrumbado sus sueños de establecer dos regímenes afines en la Península. Todo ello ante la inactividad de Austria y las demás potencias absolutistas, que se habían limitado a observar cómo la internacional revolucionaria se unía en alianza para acabar con la legitimidad monárquica en España y Portugal, nada más que un primer paso en sus planes para derrocar a las monarquías de toda Europa. Y por si no fuera bastante, el Gobierno español, envalentonado seguramente por el apoyo internacional recibido, empezaba a expresarse de manera más contundente contra los embajadores de aquellos países que todavía no habían reconocido a Isabel II.⁴⁸

⁴⁴ En contra de la opinión del mariscal de Bourmont, viejo legitimista francés que había ya participado en las insurrecciones de 1832 contra Luis Felipe de Orleans, dirigente ahora del ejército miguelista (sobre este personaje, ver MUGNAINI, *Italia e Spagna nell'età contemporanea*, pp. 118-119), y que proponía unir fuerzas con los carlistas y seguir luchando. (CUNHA DE PINA MANIQUE, *Portugal desde 1828 a 1834*, pág. 284; LUZ SORIANO, *Historia da guerra civil*, época III, vol. V, pp. 318-325).

⁴⁵ BECKER, *Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. I, pág. 650.

⁴⁶ Esto último lo defiende, a partir de la correspondencia entre Palmerston y el embajador británico en Madrid, BULLEN, Roger. (*France and the Problem of Intervention in Spain*, pág. 372).

⁴⁷ El abierto y *personal* apoyo de Carlo Alberto a la duquesa de Berry en sus intentonas insurreccionales en Francia en LEMMI, *La política estera di Carlo Alberto*, pp. 129-177; también en SALATA, *Carlo Alberto inédito*, pp. 60-65, 412-414. Sobre la preocupación que el Gobierno francés había expresado ya anteriormente por la presencia de legitimistas franceses en el miguelismo ver TRONCO, *Les Carlistes espagnols dans l'Ouest de la France*, pp. 44-45.

⁴⁸ *El Vapor. Periódico político, literario y mercantil de Cataluña*, nº 64, 30 de mayo de 1834, reproduciendo un artículo del *Eco del Comercio*. Una traducción llegó al ministerio sardo a través del consulado de Barcelona (ASTO, *Consolati Nazionali Barcellona* 3).

El 20 de junio de 1834 llegaba a Génova procedente de Portugal don Miguel, a quien, nada más desembarcar, Carlo Alberto entregó 50.000 francos.⁴⁹ En julio de 1834, y quizá como respuesta a las amenazas sobre los representantes diplomáticos absolutistas, al tiempo que España se quedaba sin representación diplomática por la falta de reconocimiento del Gobierno sardo, llegaba a Turín el mismo Alcudia, que era, él sí, recibido de manera casi oficial por el ministro de la Tour, ante quien reclamó armas y municiones para el carlismo.⁵⁰ Parecía que, si Carlo Alberto no había podido auxiliar al miguelismo y al carlismo en Portugal, al menos pensaba compensarlos dándoles todas las facilidades para transitar y reunirse en su territorio.

El infante portugués contó de inmediato con el apoyo y el consejo de conde de Maistre, quien seguramente intervino en la denuncia de su abdicación que hizo poco después el pretendiente portugués.⁵¹ Por su parte, el infante don Sebastián, que había sido expulsado de Barcelona, llegó a Génova el primero de septiembre con su esposa para seguir su viaje en dirección a Nápoles. Y el mismo don Miguel, después de haber salido de Cerdeña, volvía a Génova el 28 de octubre.⁵²

El miguelismo había contado con la total colaboración del Gobierno sardo incluso antes de que don Miguel recalara en su territorio. No solamente siguieron reconociendo al cónsul designado por el pretendiente portugués para la ciudad de Génova, negándose al mismo tiempo obcecadamente a conceder el *exequatur* al designado por el Gobierno de Lisboa, sino que la concentración de miguelistas de toda ralea en dicha ciudad fue no ya tolerada por el Gobierno de Carlo Alberto, sino activamente promovida por parte de este, a base sobre todo de subsidios y generosas donaciones a todo exiliado que se presentase en la ciudad.

Obviamente el Gobierno portugués consideró semejantes hechos de la máxima gravedad. De hecho, la interferencia piemontesa llegó a tal intensidad que incluso Gran Bretaña, siempre tan

⁴⁹ La llegada de don Miguel a Génova en *Gazzetta Piemontese* nº 77, 28 de junio de 1834. Con él llegaron varios miguelistas y el conde de Bourmont (nº 84, 15 de julio de 1834). El subsidio sardo a don Miguel, en LEMMI, *La politica estera di Carlo Alberto*, pág. 259. La principal preocupación española era ahora Bourmont, de quien se sospechaba planeaba unirse al carlismo (TRONCO, *Les Carlistes espagnols*, pág. 48), y de hecho en noviembre de 1834 lo encontraremos en España con ese mismo objetivo (*Panorama español*, vol. I, pp. 62-63).

⁵⁰ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 29 de julio de 1834. ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 600.

⁵¹ Lo que le supuso a de la Tour tener que lidiar con las protestas de la Cuádruple Alianza, que él y Carlo Alberto se sacaron de encima, en una muestra más de su doblez, ridiculizando el asunto y pretendiendo que todo era una peregrina idea del duque de Módena (ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pp. 591-593).

⁵² *Gazzetta Piemontese*, nº 108, 9 septiembre 1834; nº 1, 3 noviembre 1834. Don Sebastián residiría en Nápoles hasta bien entrado 1835, lo que causaría gran alarma en el gobierno español, nunca seguro del todo sobre sus intenciones. Los napolitanos tendrían bastante urgencia en sacarse de encima a un huésped tan costoso para las arcas del reino, pero el Infante estaba esperando la llegada de su madre, la princesa de Beira, a Cerdeña (URQUIJO, *Relaciones entre España y Nápoles*, pp. 127-130).

remisa a aplicar serias presiones diplomáticas para no correr el riesgo de causar conflictos, se consideró obligada a recordar a Cerdeña que Portugal estaba en la esfera de influencia británica y que cualquier intromisión en su política interna, y ya de paso, en la de España, sería como poco imprudente. Pero como los británicos también denegaron la posibilidad, tan solicitada por los portugueses, de que se iniciase una vigilancia naval intensiva y eficaz en el Mediterráneo occidental, los sardos contestaron, como siempre, con buenas palabras que eran totalmente contrarias a sus actos.⁵³

La llegada de don Miguel a Génova vino a dejar todavía más clara la estrecha colaboración con la que este encontraba en el Gobierno de Turín. Ya hemos hablado de los fondos que inmediatamente se pusieron a su disposición, de cómo contó con contactos y consejeros entre altos funcionarios del Gobierno sardo, y de cómo se encontró con todas las comodidades para empezar a planear un nuevo intento de ocupar el trono del que pretendía haber sido derrocado de manera ilegítima. El Gobierno inglés volvió a intervenir, recordando a Cerdeña la necesidad de respetar la neutralidad a la que se habían comprometido y las obligaciones que Gran Bretaña había contraído por su parte, en la defensa de los Gobiernos de Portugal y España. La prensa francesa informaría a inicios de noviembre del paso por Génova de la duquesa de Berri, acompañada de todo un séquito de legitimistas, en su viaje hacia los dominios del emperador austríaco, siguiendo una ruta que *“ne serait pas la plus courte”*, lo que no pudo dejar de causar alarma en el Gobierno francés.⁵⁴ Todo ello sucedía mientras Carlo Alberto, en correspondencia privada con el duque de Módena, confesaba cuanto ansiaba ayudar en todo lo posible a don Miguel por cualquier medio necesario.⁵⁵ Para acabar de echar leña al fuego, unos meses antes, en julio de 1834, don Carlos había logrado burlar la —por llamarla de alguna manera— vigilancia inglesa y francesa, embarcarse hacia Francia, cruzar el país y la frontera de los Pirineos con gran placidez, y plantarse en las provincias del Norte para revivir la maltrecha insurrección carlista.⁵⁶

El enfado que se vivió en el Gobierno de Madrid con sus teóricos aliados fue colosal, al mismo nivel que la alarma que causaron los movimientos miguelistas en Cerdeña que acabamos de narrar. A tal punto que el duque de Frías⁵⁷ informó dando gran credibilidad a los rumores que corrían de que don Miguel pretendía embarcar en Génova para dirigirse a Cataluña. Ello dio

⁵³ ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 594 y ss.

⁵⁴ *Le Constitutionnel*, nº 316, 15 de noviembre de 1834

⁵⁵ LEMMI, *La política estera di Carlo Alberto*, pág. 259 y ss.

⁵⁶ *Panorama Español*, vol. I, pp. 225-231; PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. I, pp. 339-344; BECKER, *Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. I, pág. 656.

⁵⁷ Bernardino de Velasco, duque de Frías. Había sido embajador en Londres durante el Trienio, y tras la muerte de Fernando VII sería enviado con ese mismo encargo a París.

lugar a una amarga protesta de Martínez de la Rosa enviada a sus embajadores ante las potencias de la Cuádruple Alianza:

Por manera, que si se confirma esta noticia resultará con escándalo a los ojos de Europa que el solo premio que ha sacado España de su noble y desinteresada cooperación a la libertad de Portugal, y el solo fruto del Tratado de Londres, sería en último análisis: haber facilitado a D. Carlos la venida segura a nuestras provincias sublevadas para alentar con su presencia y robustecer la insurrección; y haber atraído a D. Miguel desde Santarem a Cataluña.⁵⁸

La respuesta no se hizo esperar, y en agosto de 1834 se firmaban los artículos adicionales al tratado de la Cuádruple Alianza, en los que Francia se comprometía a un mayor control de su frontera, y Gran Bretaña a hacer llegar al Gobierno español auxilios materiales y económicos e implicar en todos lo posible a sus fuerzas navales para evitar la llegada de suministros al carlismo.⁵⁹

La vuelta del pretendiente a España en julio de 1834 serviría al carlismo para renovar su presión sobre la corte sarda para obtener el reconocimiento, en tanto que el mismo de la Tour había dejado claro que nada haría Cerdeña mientras don Carlos no se encontrase en España. El conde de Alcudia se encontraba en Turín, de nuevo solicitando dinero y armas al Gobierno sardo.⁶⁰ Al tiempo, los sardos renovaban sus reclamaciones a Metternich para que reconociese a don Carlos, a lo que el canciller austríaco respondía que ayudas materiales sí, pero que el reconocimiento no se produciría bajo ningún concepto porque provocaría la intervención inmediata de Francia e Inglaterra.⁶¹

Parecida era la respuesta que daba Rusia: dicho reconocimiento sería contraproducente: estando demasiado lejos de España como para darle apoyo inmediato, sería en cambio Francia quien tendría vía libre para intervenir en España a favor de Isabel II. En un despacho de Nesselrode —ministro de Asuntos Exteriores del emperador de Rusia— al embajador ruso en

⁵⁸ BECKER, *Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. I pp. 656-657.

⁵⁹ *Ibidem*, pág. 660. No parece que los artículos impresionasen demasiado a las potencias absolutistas, pues en una entrevista entre Metternich y el embajador francés en Viena, aquel le dijo al francés que nada de lo que Francia e Inglaterra se comprometían a hacer no estaba antes del tratado entre sus capacidades como naciones independientes y soberanas (*Mémoires documents et écrits divers laissés par le Prince de Metternich, chancelier de cour et d'état*, Paris, Plon y C^a, 8 vols. 1880-1884, vol. V, pp. 637-638), —lo que no dejaba de ser verdad—. Esta política ambigua puede explicarse por la mutua desconfianza entre Gran Bretaña y Francia, especialmente cuando el Gobierno de Luis Felipe estaba todavía tratando de mantener una política lo más neutral posible entre Gran Bretaña y Austria, por el temor a quedarse aislada en caso de un cambio de Gobierno en Londres, y que no dejaría de seguir hasta marzo de 1835, cuando Austria comunicaría a los franceses que cualquier colaboración entre ambos países era imposible (BULLEN, *France and the Problem of Intervention*, pp. 374-378).

⁶⁰ ROSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 600.

⁶¹ SCOTTI DOUGLAS, *Spagna e regno di Sardegna*, pág. 57; *Mémoires documents et écrits divers*, vol. V, pág. 641.

Turín, aquel dejaba claro que la naturaleza del apoyo ruso a don Carlos sería únicamente material mientras no se produjese la victoria carlista por las armas, y negaba incluso la posibilidad de que un agente ruso se instalase en el cuartel carlista, por el temor a provocar a Inglaterra con semejante acción.⁶²

Era evidente que nada sólido ni importante podía esperarse de las grandes potencias absolutistas. El único remedio que le quedaba a Carlo Alberto era dar respuesta a la unión de la Cuádruple con un golpe de efecto que se uniese a la llegada de don Carlos a España y despejase sin ninguna duda su camino al trono español. Para ello, nada mejor que una intervención directa del Gobierno sardo en apoyo del carlismo, preferiblemente en la costa de Cataluña, que era donde más fácil lo tenían los sardos para hacer llegar sus recursos, que extendiese el frente de la guerra y colapsase los esfuerzos del Gobierno de María Cristina por defender el país, y, por consiguiente, la misma regencia. La mejor opción parecía un desembarco de armas y medios pecuniarios, junto con algún personaje capaz de liderar un alzamiento a gran escala en Cataluña. El elegido para tal cometido fue Juan Romagosa, quien había iniciado sus andanzas militares en la Guerra de la Independencia, había participado en la guerra civil del Trienio en el bando absolutista⁶³ y se había unido a la corte de don Carlos en Portugal, donde se le nombraría teniente general en abril de 1834. Acompañaría posteriormente al pretendiente a Inglaterra, y a finales de junio se le concedería la comandancia general de las tropas carlistas en Cataluña.⁶⁴ Desde Inglaterra, partiría al reino de Carlo Alberto, donde empezaría la organización de la expedición que debía llevarle a Cataluña.⁶⁵

Los primeros avisos de lo que estaba por producirse llegaron desde Livorno. El cónsul español en la ciudad avisaba que a finales de agosto de 1834 había partido un barco sardo, el *Fenomeno*, con 5.000 francos a bordo, y que presumiblemente se dirigía a Barcelona.⁶⁶ Otros hechos fueron reafirmando esa impresión: la breve presencia del infante don Sebastián en Barcelona —donde fue expulsado por el capitán general Llauder—, una intensificación de las actividades de las partidas carlistas en Cataluña, algunos desembarcos clandestinos de armas y rumores sobre la vuelta de líderes carlistas.⁶⁷

Embarcado en Cerdeña en el mismo *Fenomeno* que ya había puesto bajo sospecha el cónsul español, Romagosa desembarcó en las costas catalanas en septiembre de 1834.

⁶² BIANCHI, *Storia documentata*, vol. IV, pp. 113-115.

⁶³ FERRER; TEJERA; ACEDO, *Historia del Tradicionalismo Español*, vol. II, pág. 119.

⁶⁴ *Ibidem*, vol. IV, pág. 99.

⁶⁵ *Ibidem*, vol. V, pp. 17, 32-33, 205-206; SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pág. 89.

⁶⁶ AHN, Estado, 8325, despacho de 28 de agosto de 1834.

⁶⁷ SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pág. 90.

Desgraciadamente para él, y para los sardos, que al fin y al cabo corrían con todos los gastos, el general fue denunciado al poco de desembarcar y expeditivamente fusilado el 18 de septiembre de 1834 junto con un cura que lo cobijaba y su segundo al mando.⁶⁸ Entre sus posesiones al ser capturado se había encontrado un pasaporte falso bajo el nombre de Antonio Ribas, firmado por Isidoro de Montenegro en Génova, diversas órdenes del pretendiente,⁶⁹ y moneda piamontesa, la misma con la que el guerrillero Agustín Saperes, *Caragol*, pagaría a las tropas con las que realizaría poco después incursiones en el norte del país.⁷⁰

El efecto que causó la fallida expedición de Romagosa debió de ser tremendo. En primer lugar, para sus valedores y organizadores, los sardos y los carlistas —que empiezan a confundirse cada vez más—. La intervención directa de los sardos, aportando barcos y dinero, había terminado en un sonoro fracaso en el que se habían invertido importantes cantidades de tiempo y fondos.

En segundo lugar, para el Gobierno español, al que se le confirmaban sus peores temores: había en Turín un Gobierno *enemigo*, dispuesto no ya a dar cobijo al carlismo, si no a suministrarle todo lo necesario para realizar la guerra en España. El dinero intervenido a los conjurados de septiembre era inapelable.

Y, en tercer lugar, a las potencias absolutistas. Un día antes de la debacle en Cataluña, Metternich reiteraba la necesidad de mantener los esfuerzos que la Santa Alianza realizaba para hacer llegar ayudas a don Carlos en el más absoluto de los secretos, y de tratar de separar la causa del carlismo de la del legitimismo francés para no provocar más de lo necesario al Gobierno francés.⁷¹ Un día más tarde Carlo Alberto de Cerdeña, el más firme defensor del carlismo y del legitimismo francés, proclamaba a los cuatro vientos —aunque de manera involuntaria— su apoyo al carlismo.

Pese al descalabro, en octubre de 1834 los carlistas volvieron a la carga. Cuando José Álvarez de Toledo presentaba sus credenciales como representante de don Carlos en Turín, hacía entrega de una carta de don Carlos para Carlo Alberto, fechada en 20 de julio de 1834, desde Munárriz:

⁶⁸ FERRER, TEJERA, ACEDO, *Historia del Tradicionalismo Español*, vol. V, pp. 212-213.

⁶⁹ *El Vapor*, nº 128, domingo, 21 de septiembre de 1834.

⁷⁰ Por más que, según el guerrillero, el Carlo Alberto que figuraba en dichas monedas era en realidad Carlos V de España (SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pág. 91). Los sardos no se tomaron la pérdida demasiado bien, y durante las negociaciones de un empréstito para don Carlos en 1835, decidirían retener 200.000 francos “a cuenta de las cantidades facilitadas al teniente general Romagosa y antes al mariscal de campo Saperes para obtener el alzamiento de Cataluña” (FERRER, TEJERA, ACEDO, *Historia del Tradicionalismo Español*, vol. VI, pág. 18).

⁷¹ *Mémoires documents et écrits divers*, vol. V, pág. 611. En agosto de 1835 el mismo Metternich diría que el Enrique V de los legitimistas no era más que un crío que no podía gobernar, y que “*Il n’y a de possible aujourd’hui que Louis-Philippe ou la république*”, (*Ibidem*, vol. VI, pág. 45).

Les expressions affectueuses et encourageantes contenues dans la réponse de Votre Majesté à ma première lettre et Vos démarches officielles après de Nos puissances alliées, me sont garantes de l'empressement que Votre Majesté mettra à la coopération d'un acte si vivement désiré et que je crois très-important pour la pacification de la péninsule.⁷²

Vemos, pues, una clara diferencia entre las actitudes de las potencias de la Santa Alianza y el reino de Cerdeña: las primeras consideraban que el reconocimiento explícito de don Carlos provocaría la actuación de Inglaterra y Francia, lo que las obligaría o bien a intervenir a su vez, provocando una nueva guerra europea, o a retirarse de España y permitir el triunfo de Isabel II; para los sardos, en cambio, el reconocimiento del pretendiente como legítimo soberano era una condición indispensable para que este pudiese establecer su Gobierno de manera efectiva. Y si Austria no estaba dispuesta a tomar la iniciativa y a hacer lo que era necesario hacer, Carlo Alberto lo estaba completamente.

⁷² ASTO, *Carte politique diverse* 18, despacho de 3 de octubre de 1834. En marzo, Álvarez de Toledo también se había presentado como embajador carlista ante el rey Fernando II de Nápoles (URQUIJO, *Relaciones entre España y Nápoles*, pág. 145).

1.3. Clemente Solaro aspirante al ministerio de exteriores sardo (otoño 1834)

El reino de Cerdeña se encontraba en un momento crucial. La intención de su soberano de adoptar una política más directa e intervencionista en la guerra civil en España hacía necesario un distanciamiento de Austria, al menos en lo que a política exterior se refería. Tal cosa, sin embargo, comportaba el riesgo de dejar a Cerdeña aislada de sus principales aliados, y enemistada con sus enemigos en España y Francia. Carlo Alberto había demostrado ya su capacidad tomar decisiones que podrían tildarse de temerarias. Algunos de los miembros de su Gobierno, sin embargo, no estaban igual de dispuestos, ya fuese porque mantenían relaciones muy estrechas con los intereses austríacos, y por lo tanto estaban poco inclinados a oponerse a los intereses de Metternich; ya fuese porque su propia naturaleza no les hacía propensos a la adopción de riesgos innecesarios. En el caso del conde de la Tour, ministro de Exteriores de Carlo Alberto, viejo hombre de Estado y que había sido ministro ya de Carlo Felice, se sumaban ambas circunstancias. Era necesario para Carlo Alberto y su nueva política exterior desembarazarse de los últimos vestigios del régimen pro austríaco que le había precedido. Y algunos de los actores que encontraremos en otoño de 1834 en Turín comprenderían perfectamente las necesidades del rey, y sabrían como colocarse en posición preferente para recibir cargos de importancia en su Gobierno. Solaro, de vuelta a Turín después de haber abandonado España, fue uno de ellos.

Hemos hecho referencia a la desconfianza que Solaro sentía hacia todos los personajes que rodeaban a don Carlos en su corte, quizá no tanto por su personalidad o por su lealtad, pues con muchos de ellos mantenía buenas relaciones, pero desde luego sí por sus capacidades. En agosto de 1834, mientras se encontraba en Turín esperando nuevo destino, había escrito desde Nápoles a de la Tour advirtiéndole que no se podía dejar a Carlos en manos de los consejos de *aventureros*, sino que era necesario enviar a la corte de don Carlos a alguien de confianza.¹

Y efectivamente, el Gobierno sardo tenía la intención de mandar al mismo Solaro. El nombramiento como enlace del Reino de Cerdeña con el pretendiente carlista parecía razonable toda vez que el conde había establecido ya las relaciones de confianza necesarias con los personajes de la corte carlista, conocía bien su funcionamiento y estaba perfectamente alineado con la causa:

Si aveva avuto sulle istanze del Conte dell'Alcudia già Ministro degli Affari Esteri di Ferdinando VII, e dopo la di lui morte, zelante, e attivissimo agente di D. Carlo, il progetto di mandarmi presso di questo Principe al suo campo in Biscaglia. Era egli circondato da molti prodi Generali e da Consiglieri zelanti, ma pur troppo affatto al buio de 'negozi di Stato, delle teorie diplomatiche, degli usi dei gabinetti del modo di trattar gli affari colle altre Corti per rendersele favorevoli.

¹ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 112, despacho de 3 de agosto de 1834.

*Più tardi alcuni personaggi distinti, come il signor Erro, il Vescovo di Leon, l'Arcivescovo di Cuba lo raggiunsero al Quartiere Reale, ma in sul principio non un solo uomo di Stato era al suo fianco.*²

Sin embargo, no solo el conde de Alcudia tenía ideas sobre el papel que Solaro podía representar, no ya en Vizcaya, sino más allá. El mismo Solaro presionaba a de la Tour para que accediese a sus planes. El 22 de septiembre de 1834 escribía un despacho con un explícito título: *“Exposé sommaire du but et des chances de la mission dont le Comte Solar pourrait être chargé pour faire monter sur le trône D. Carlos présenté par le même à Son Excellence Monsieur le Comte De la Tour.”*³

A través de negociaciones tanto abiertas como secretas, el objetivo de la misión era el de garantizar el acceso al trono de España de don Carlos, obteniendo para ello el apoyo de todas las potencias europeas, incluidas, y ahí se encuentra la clave de todo el asunto, Inglaterra y Francia, que o bien serían convencidas de apoyar al carlismo, o bien serían engañadas por las artes diplomáticas de Solaro hasta que se viesan obligadas a reconocer unos hechos consumados.

La mission que l'on propose aura pour but principal et réel d'ôter les obstacles qui empêchent le succès de D. Carlos et pour but apparent une démarche officieuse de la part de S. M. en faveur du même Prince près des principales Cours de l'Europe.

Ce second but sera rempli se rendant à Vienne et à Berlin pour solliciter la reconnaissance du Roi des Espagnes, appuyant les offices de S. M. Sicilienne et témoignant le vif intérêt que le Roi prend à la pacification de la Péninsule.

Le vrai travail mystérieux et important sera à Londres et à Paris. Pour atteindre le but dont peut dépendre un revirement total dans les affaires de l'Europe il faudra établir une négociation entre D. Carlos, la France et l'Angleterre [...] dès qu'on traitera l'action hostile des deux puissances ralentira et ce sera la première condition, le premier avantage qu'on se propose.

Aspirar a implicar activamente a Francia e Inglaterra directamente en una operación para llevar a don Carlos al trono español puede parecer sorprendente,⁴ pero en estas mismas fechas, Metternich afirmaba que Luis Felipe tenía la necesidad de escoger entre que le resultaba menos peligroso, aquello que *se escondía* detrás de Martía Cristina, o aquello que se le oponía,⁵ así que

² SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pp. 47-48.

³ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 22 de septiembre de 1834.

⁴ RODOLICO se cuestionaba si en la mente de solaro podía encontrarte *“furberia politica, o non piuttosto miope ingenuità?”* (Carlo Alberto negli anni di regno, pp. 182-183), mientras que LEMMI, que también cita literalmente el *memorandum* de septiembre de 1834 de Solaro, afirma de él que demostraba *“nel contenuto en ella forma, quanto in lui l'immaginazione prevalesses sul freddo raziocinio”* (La politica estera di Carlo Alberto, pp. 242-248).

⁵ *Mémoires documents et écrits divers*, vol. V, pág. 611. Y en enero de 1835, Metternich, en conversación con el embajador francés en Viena, le recomendaría que Francia al menos considerase mantenerse neutral en el asunto de España, ya que el acceso de don Carlos al trono español no supondría ningún

parece claro que los absolutistas europeos contaban con poder convencer a Luis Felipe de que se mostrase condescendiente con el carlismo. Y seguirían haciéndolo en el futuro.

En la mente de Solaro, las negociaciones con Francia e Inglaterra podían servir incluso como una mascarada del apoyo del absolutismo europeo al carlismo. Si se lograba, en el transcurso de las discusiones, moderar la postura de las potencias de la Cuádruple Alianza, ya se habría obtenido algún beneficio de todo el asunto. Si además se lograba la victoria de don Carlos a través de las ayudas que se le harían llegar, tanto mejor. Podemos comprobar como las miras de Solaro apuntaban siempre bastante alto, lo que también incurría el riesgo de meterse en un buen atolladero en caso de fallar el tiro.

Dans l'intervalle des négociations les Cours du Nord pourront prendre ceux parti si tant est qu'elles en veuillent prendre, et dans cette hypothèse si les moyens qu'elles emploieront en faveur de D. Carlos seront tels á amener tous seuls un résultat, les négociations avec la France et l'Angleterre deviendront inutiles et come non avenues ; si les Puissances restent dans leur inaction elles devront être conduites á termes.

Se repite, de nuevo, el desprecio de los sardos hacia la política de las potencias absolutistas, en su apoyo callado al carlismo y su rechazo a hacer nada más en público. El reconocimiento abierto del carlismo era el mínimo aceptable, y si hacía falta que Cerdeña tomase la iniciativa, él mismo se encargaría de hacerlo, algo que le hacía coincidir plenamente con la política que había adoptado Carlo Alberto a partir de abril de 1834. Había que presionar a las potencias absolutistas para que reconocieran a don Carlos, no reconocerlo unilateralmente, algo que, por el momento, estaba fuera incluso de los planes de Solaro por temor a la posible reacción austríaca.

No todo sería negativo para las dos supuestas víctimas de todo esto, Inglaterra y sobre todo Francia, pues, según Solaro, *“Louis Philippe pourra avoir toute confiance dans la parole de D. Carlos s'il lui promettra de ne pas devenir le champion des légitimistes français”*. No hay, en esto al menos, motivo alguno para cuestionar la honestidad de Solaro, pues para campeón del legitimismo francés, y del de cualquier otra parte, ya estaba Carlo Alberto, a quien muy posiblemente no le haría ninguna gracia que un segundo monarca se arrogara dicho título.

riesgo para Luis Felipe. Por si esta última afirmación no fuera suficiente para demostrar la falta de honestidad —o de realismo político, si realmente creía que don Carlos en el trono de España no supondría una revitalización inmediata del legitimismo francés, que tendría una base de operaciones a lo largo de toda la frontera de los Pirineos—, respondería al embajador francés, cuando este se defendió diciendo que ya procuraban ser lo más neutral posible, que Austria sabía perfectamente que Francia ayudaba al Gobierno de María Cristina con dinero, armas y soldados, como si las potencias absolutistas no hicieran otro tanto (*Ibidem*, pp. 666-669).

Por lo visto hasta ahora de la postura austríaca y rusa, la visión de Solaro entraba en conflicto directo con la de las potencias absolutistas. Por ello, tenía otra argucia preparada, no solo para apaciguar los ánimos de estas, sino también para hacer frente a las objeciones que de la Tour pudiera presentar al plan. El conde no solamente era mucho más moderado -o quizás más sensato- que Solaro, sino que estaba siempre pendiente de los intereses austríacos y de no enemistarse con el emperador, por lo que a menudo pedía consejo sobre cuál debía ser la política de Cerdeña:

Cette affaire si grave conduite par un Ministre Sarde au premier abord parait avoir l'inconvénient de séparer S. M. de ses alliés pour coopérer á une combinaison contraire á leurs vues [...pero el inconveniente era fácilmente salvable si el ministro sardo en cuestión se dedicaba] á agir au nom de son Souverain en tout ce qui est officieux en faveur de D. Carlos et si lorsqu'il prendra part á d'autres négociations il ne se montrera jamais l'agent de sa Cour, mais comme dévoué á la cause de D. Carlos et autorisé secrètement par ce prince

Un papel, el de *devoto* de don Carlos, que parecía hecho expresamente para Solaro.

Finalmente, llegaba Solaro al fondo de la cuestión: el establecimiento de una cooperación directa y encubierta entre el Reino de Cerdeña y el Gobierno del pretendiente para, sin comprometer del todo a Carlo Alberto, hacer llegar al carlismo cualquier ayuda necesaria para garantizar su eventual triunfo:

Pour réussir dans cette entreprise il faudra mettre de l'ensemble et de l'accord entre les Agents Diplomatiques de D. Carlos, les faire marcher dans la même voie, établir une seule correspondance avec lui, et un seul centre d'action ; obtenir enfin son autorisation pour toute espèce d'affaires. Ce dernier point qui est le principal dépendra de la confiance de D. Carlos, et il n'est pas si improbable qu'il l'accorde á un ministre Sarde, car ce Prince qui apprécie déjà si hautement nôtre Auguste Souverain ne craindra aucune surprise, aucune tromperie de notre part, et il reconnaitra l'intérêt réel du Roi qui ne pouvant faire marcher son armée á son secours, l'aide effectivement par tous les moyens qui sont au pouvoir de la Diplomatie.

Encontramos así a un Solaro que confía plenamente en su capacidad de convencer a Inglaterra y Francia de que tendrán las mismas oportunidades y menos peligros poniendo a don Carlos en el trono de España que dejándolo en manos del *jacobinismo*. Según Solaro, la diplomacia europea había hecho un horrendo trabajo desde 1830, y para enmendarla estaban él y el Reino de Cerdeña. Este es visto como una potencia en auge que no tiene más que reclamar su legítimo lugar entre las principales cortes de Europa para poner orden en semejante caos, pues es en España donde se decide ahora el destino de Europa: *“le service que l'on rendra á D. Carlos sera rendu á l'Europe entière á la plus grande gloire de la Maison de Savoie”*. Difícilmente podía un

monarca de la personalidad de Carlo Alberto ignorar semejantes palabras. Difícilmente podía Carlo Alberto desear un mejor ministro de exteriores para su política respecto a España.⁶

Un mes después de la presentación de su audaz plan, siguió presionando a de la Tour, tratando de impresionar a Carlo Alberto y apremiando a ambos a actuar con la mayor celeridad posible para aprovechar las favorables circunstancias —tras la llegada del pretendiente a la Península— en las que decía se encontraba el asunto de España:⁷

Puisque S. M. est dans l'intention de secourir D. Carlos il est urgent que cette détermination généreuse soit rendue effective dans ce moment même que les affaires de la Péninsule commencent à présenter des chances de succès pour la bonne cause [...] et il faudrait non plus que nos secours arrivassent quand le triomphe de D. Carlos étant assumé notre coopération n'aurait plus la même importance et n'exciterait plus la même gratitude...

Convenía darse prisa, no fueran los carlistas ganar la guerra sin la colaboración sarda, lo que dejaría a Carlo Alberto fuera de juego. Aquí vemos otra de las características clave de la actitud y la política que el conde seguirá en la intervención sarda en la guerra civil española: un optimismo muchas veces injustificado sobre la situación militar del carlismo y de su capacidad, no ya de resistir, sino de acabar ganando la contienda. Muchos agentes carlistas se afanarán en alimentar esa fantasía con sus optimistas despachos, en los que le presentarán una situación idílica. La falta de información sólida y veraz sobre lo que estaba ocurriendo realmente en España será una de las principales debilidades de la política sarda, y una de las explicaciones a las medidas que se irán tomando.

...je soumets à V. E. le plan d'exécution qui suit comme tendant à secourir par les armes et de l'argent D. Carlos sans compromettre le Gouvernement du Roi. Je crois que M. Cerrutti remplirait avec prudence cette commission et à cet effet il faudrait qu'il se mit en marche pour Marseille sous prétexte de voir le Midi de la France [...] et pénétrer dans la vaille d'Andorra, là se mettant en relation avec [...] le Syndic il aura tous les moyens d'acheter des armes, de les faire passer aux Carlistes de la Catalogne, d'exciter la levie de nouvelles guérillas le tout se tenant caché [...] nous avons les moyens de lui fournir de lettres non seulement pour les Autorités de la petite république d'Andorra, mais aussi pour différents Officiers Carlistes qui sont dans les dépôts de France, et des quels il pourra avoir tous les renseignements plus nécessaires. C'est ainsi que s'il venait à vérifier que les deux Officiers établis à Béziers sont dignes de confiance, il pourrait traiter avec eux selon le premier plan....

⁶ “L’idea di far servire l’Inghilterra e la Francia al trionfo del legittimismo nella Spagna non poteva non sembrare audace, per non dir altro, ad un uomo come il De La Tour; ma nella calda parola del Solaro era una fede che rinfrancava e trascinava, e l’affermazione poi che il Piemonte, ergendosi risoluto tra governi timidi e dubbiosi, poteva salvare esso, suo malgrado, l’Europa, toccava proprio le corde più sensibili dell’anima di Carlo Alberto.” (LEMMI, *La politica estera di Carlo Alberto*, pp. 248-249.

⁷ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 24 de octubre de 1834.

Es aquí, en esencia, donde Solaro expone la naturaleza de la intervención sarda en la guerra de España. Encontramos el deseo de incitar una sublevación mediante la penetración de guerrillas reclutadas en Francia;⁸ el papel destacado que deben representar Andorra y sus autoridades en todo el asunto, como un santuario desde el que organizar las acciones sin que las fuerzas militares españolas pudieran importunar los preparativos.⁹ Aunque pueda parecerlo, no un mero refrito del plan ya usado —y fracasado— con Romagosa, sino un plan nuevo, usando vías nuevas y medios distintos, pues en septiembre ya se habían visto las limitaciones de lo planeado hasta entonces.

El interés, en definitiva, en que dicha sublevación se concentre en Cataluña, que se convertirá en la prioridad absoluta del Reino de Cerdeña. Incluso se nombra como mejor candidato a desempeñar dicha misión a Paolo Cerruti, quien hasta 1833 había sido cónsul sardo en Málaga, para luego pasar a Mahón y acabaría convirtiéndose en uno de los principales hombres de confianza de Solaro en lo que concierne al carlismo español.¹⁰

Los motivos, geográficos al menos, pueden parecer bastante evidentes, aunque desde el punto de vista militar, político y económico podía parecer una enorme pérdida de tiempo, esfuerzos y recursos pecuniarios. Al fin y al cabo, la intervención sarda en España acababa de sufrir una derrota en toda regla que había impedido una insurrección de este tipo en Cataluña, y que todavía debía estar en mente de todos los implicados.

J'insiste Monsieur le Comte pour l'envoi de M. Cerruti dans la vallée d'Andorra plutôt qu'en Biscaye, et en Navarre, d'abord parce que nous ne saurions pas comme expédier des armes à des Provinces si éloignées et lorsqu'on pourrait le faire il y faudrait toujours un laps de temps trop long pour satisfaire les besoins urgents. Ensuite parce que l'insurrection est tellement animée en Biscaye et en Navarre que même sans des secours extraordinaires elle doit continuer alimentée par une nécessité irrésistible qui augmente en raison des calamités et des fureurs de la guerre civile. Il serait bien plus utile à D. Carlos que l'on opère (sic) une puissante diversion mettant le feu à Catalogne, et en Aragon, où tous les éléments moraux existent, ou tous les esprits sont disposés, et le défaut des moyens matériels est la seule cause que l'explosion générale n'a pas eu lieu.

⁸ La importancia para el carlismo catalán del sur de Francia durante la guerra de los siete años ha sido bastante estudiada: RICHARD-JALABERT, *Les réfugiés Carlistes à Marseille*; CLARENC, *Toulouse, capitale du carlisme catalan*; SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pp. 81-85, 89, 92; TRONCO, *Les Carlistes espagnols*, pp. 69-93.

⁹ Sobre Andorra y el carlismo catalán, LÓPEZ, Esteve; PERUGA, Joan, "Andorra i la Primera Guerra Carlina", *L'Avenç*, nº 151, 1991, pp. 8-13, SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pp. 83, 93. De hecho, Andorra ya había sido usada por los carlistas como vía para penetrar en Cataluña desde al menos mayo de 1833 (*Fastos españoles*, vol. I, pág. 316, ver también BECKER, *Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. I pp. 783-786).

¹⁰ URQUIJO, *Interferencias de las cortes conservadoras*, pág. 599; *Los estados italianos*, pág. 975.)

La apertura de un nuevo frente debería por tanto convertirse en la prioridad de cualquier ayuda sarda enviada al carlismo. Cataluña y Aragón estaban listas para una insurrección, y lo único que hacía falta sería una chispa —que no saltaba única y exclusivamente por falta de medios materiales— para que allí se produjera un alzamiento masivo en favor de don Carlos que le otorgase una ventaja decisiva en el conflicto. No fue el único lugar donde se planeó, ya fuese por parte de los sardos, ya de los carlistas españoles, abrir nuevos frentes con el objetivo de reducir la presión militar sobre las provincias del Morte, pero fue sin duda el más importante, y donde mayor éxito acabarían teniendo.

Como acompañante de Cerruti, Solaro proponía a Antonio Jesús de Serradilla, oficial carlista y testigo de algunos hechos hacia el final de la guerra en Cataluña de los que tendremos ocasión de hablar en su momento.¹¹ Serradilla se encontraba en aquel momento en Génova, conocía perfectamente a los carlistas de Francia —siempre a juicio de Solaro— y era un muy buen candidato para, una vez pasada la frontera, convertirse en el principal intermediario a través del cual los sardos enviasen armas y se mantuviesen en contacto con don Carlos y sus adictos.

Era necesario, añadía Solaro, *“faire venir tout de suite M. Serradilla pour prendre avec lui, et avec les deux Professeurs de l’Université de Cervera qui se trouvent ici les arrangements qui doivent assurer le résultat que nous avons en vue”*. Todo eso llevaría *“au plus grand préjudice du Gouvernement de la Reine en Espagne et sans le moindre inconvénient pour celui de Sa Majesté”*.

De nuevo, conviene destacar un par de aspectos que cobrarán especial relevancia más adelante. El primero es el interés, bastante obvio por otro lado, de mantener todas estas gestiones en el mayor de los secretos. No se engañaba Solaro sobre la necesidad de que el Reino de Cerdeña no se revelase públicamente como auxiliador del carlismo, pues de conocerse su apoyo al pretendiente las consecuencias podrían ser muy graves para el reino, como lo acabarían siendo. En segundo lugar, nótese la mención, casi de pasada, de un par de profesores de la Universidad de Cervera, que debían acompañar también a Serradilla en su expedición. Los *universitarios*, antiguos profesores de la Universidad de Cervera, que se destacó por la formación de cuadros absolutistas que se oponían a cualquier tipo, no ya de progresismo, sino directamente de moderación, serían los principales protagonistas de la vertebración del carlismo catalán a partir de 1837, en la que tendría mucho que ver la intervención sarda en la guerra, en su papel de facilitadora de materiales y contactos financieros.¹²

¹¹ SERRADILLA, Antonio Jesús de, *El último día del Conde de España y de la causa de Carlos V en Cataluña*, Palma de Mallorca, Ediciones Vich, 1949.

¹² Una visión general de la Universidad, en PRATS, Joaquim, *La Universitat de Cervera i el reformisme borbònic*, Lleida, Pagès, 1993, y el intento de revivirla, después del mencionado establecimiento del

Unos días más tarde, Solaro daba los últimos toques a su plan. Reiteraba la necesidad de enviar a Cerruti con Serradilla a Francia por temor a que este sufriese “*une mort certaine tombant dans les mains des christinos á peine qu’il toucherait le sol d’Espagne comme le Général Romagosa*”, y aprovechaba para explicar el plan con un poco más de detalle. Serradilla se presentaría en Béziers para entrar en contacto con oficiales carlistas que se encontraban en la ciudad. De allí se trasladaría de la mejor manera posible a Andorra para establecer comunicaciones con cabecillas carlistas y organizar la compra y entrada de armas en territorio español. Por su parte, Cerruti se establecería en Toulouse o Burdeos a la espera de que Serradilla volviese a Béziers, donde ambos se reunirían para que el italiano proveyese al español con todos los fondos necesarios para llevar a cabo la operación. Igualmente, desde Burdeos, Cerruti entraría en contacto con don Carlos, para que se enviara desde su corte a alguien de suficiente entidad como para encargarse de liderar la sublevación.¹³

No era el plan de Solaro una idea totalmente original, pues hacía tiempo que el carlismo recibía ayuda material desde Cerdeña: en todo caso, la mayor vigilancia de las flotas de los estados liberales tras la firma de la Cuádruple Alianza llevó a un mayor interés por substituir la ruta marítima mediterránea de tráfico de armamento por una nueva red terrestre desde el sur de Francia a Cataluña, con escala a Andorra. Sí que se encontraba en línea, sin embargo, con la visión que Carlo Alberto tenía del papel que su reino debía jugar en el escenario internacional. De hecho, él mismo acabaría convencido, si no lo estaba ya, de que la ampliación del frente de la guerra y la ocupación por parte del carlismo de nuevos territorios era la llave para la victoria final del absolutismo en España de la mano de la casa de Saboya, que reivindicaría un papel central en Europa.

carlismo en Cataluña, por parte de los *universitarios*, en MONTAÑA, Daniel, y PUJOL, Joan, *La Universitat Carlina a Catalunya: Solsona (1838), Sant Pere de la Portella (1838-1840)*, Valls, Cossetània, 1997. Sobre los *universitarios*, véase IZQUIERDO, Xavi, “La Subdelegación Apostólica y la Comisión del Subsidio Eclesiástico: los *universitarios* en el Gobierno del carlismo catalán”, *Vínculos de Historia*, núm. 7 (2018), 269-290.

¹³ ASTO, *Carte politique diverse* 18, despacho de 28 de octubre de 1834.

2. Cerdeña busca su sitio bajo el sol (1834-1835)

2.1. Insatisfacción con la política de la Santa Alianza en España (noviembre 1834-febrero 1835)

El deseo de Carlo Alberto de situar a su reino en pleno centro del legitimismo europeo le llevó a redoblar la apuesta que había iniciado en el primer tercio de 1834, y empezar a hacer extensiva su colaboración con los carlistas a todos los campos posibles. De ahí, que a finales de 1834 optase por ofrecerles —como había hecho el Portugal de don Miguel con don Carlos, y como el mismo Carlo Alberto había hecho en verano con don Miguel— el reino de Cerdeña como un refugio seguro al que dirigirse cuando abandonaran España y desde el cual organizarse y planificar sus movimientos futuros.

Los carlistas acudirían así en masa a un reino desde donde podían mantenerse en fácil comunicación tanto con los núcleos carlistas en Francia, como con aquellos localizados en las otras potencias absolutistas, sobre todo Austria, y a tiro de piedra, o al menos a fácil singladura de las costas españolas, y por supuesto, entre ellos y los demás *legitimistas* llegados a Génova, franceses, portugueses o carlistas españoles. El 7 de noviembre, llegaban a Génova los carlistas Álvarez de Toledo, Aznárez y Serradilla, quienes nada más llegar solicitaban y obtenían una reunión con Isidoro de Montenegro.¹ El que informaba de todo esto no era, por supuesto, Montenegro mismo, pues había sido ya sustituido por Andrés Andrades en el consulado de Génova.²

Pero no solo políticos carlistas llegan a Turín, sino que pronto la naturaleza de los refugiados que llegan a los dominios de Carlo Alberto empieza a diversificarse notablemente, con la adición de eclesiásticos, y, sobre todo, soldados, que son quienes más atención y medios recibirán por parte del Gobierno sardo, cosa bastante lógica si lo que se espera es que el carlismo gane la guerra en España.

El 25 de noviembre de 1834 Mariano Zalón, que firmaba como “*Officier Espagnol Legitimiste*”, escribía a de la Tour desde Génova:

J'vous remercie beaucoup de ce que votre Excellence a faite en mont faveur; et actuellement suis obligé de reclamer votre proteccion, pour pouvoir rejoindre l'armée de Charles V, en Espagne ; j'ai surpris la delégacion française a Turin ét

¹ AHN, Estado, 8290, despacho nº 20 de 7 de noviembre de 1834.

² URQUIJO, *Hacia la ruptura de las relaciones*, pág. 176. Nada más llegar, ya tuvo su primer encontronazo cuando quiso restituir las armas españolas en el consulado, que Montenegro había retirado, cosa que evitaron el gobernador de Génova y la policía, al no contar Andrades con el *exequatur* para ejercer de cónsul (*Ibidem*, despacho nº 12 de 11 de noviembre de 1834).

e signé mont passaport pour retourne en France, ét pour consequent j'faire tout le possible pour passé en Espagne.

Monsieur le Ministre il a 14 jours que Messieur le comte Vignet me donne 100 francs pour faire le voyage, ét ne pas sufissant pour arrive dans me Patrie, ét pour consequent j'espere de la bonté de V. E. que viendra amont secours, pour pouvoir être util a la cause de la Legitimite Espagnole, je pártire si faite lan temps demain matin en Nizé con direccion a Espagne.³

Los carlistas que pasarían por Cerdeña se mostrarían bastante adeptos en “sorprender” a los cónsules franceses en Cerdeña y obtener de ellos el visado de su pasaporte, especialmente ante la falta de interés, cuando no abierta complicidad de dichos cónsules con los absolutistas. Los cónsules españoles deberán estar siempre ojo avizor para, en caso de que se produjese tal eventualidad, obligar al embajador francés para tratar de evitar el paso franco de los carlistas por Cerdeña. Así, informaba el cónsul de Niza:

Se halla desde varios meses en este convento de Franciscos el Frayle Manuel Gómez Negrete, también se halla aquí desde primeros de septiembre último el Ex. General Maroto, y en su compañía viene otro llamado José Martínez que se dice Theniente Coronel, que fue, dicen han venido a esta para gozar de su dulce clima.⁴

En noviembre de 1834 se manifestaban también los contactos directos que el Gobierno sardo había mantenido con los agentes carlistas en febrero de ese mismo año. Paolo Cerruti, agente sardo que había ostentado anteriormente distintos cargos diplomáticos en consulados del reino, salía con destinación al sur de Francia, pasando por Ginebra, Marsella, Sète, Béziers, Toulouse, Burdeos y Bayona, para llevar a cabo una operación de reconocimiento con un doble objetivo. Por un lado, acompañado de un incógnito Serradilla, y como había adelantado Solaro un mes antes, realizaría las gestiones necesarias para crear una red de apoyo al carlismo que garantizase el suministro para la realización de actividades militares en Cataluña. En segundo lugar, entraría en contacto con figuras del legitimismo francés para valorar el estado de las provincias francesas que visitaba. Según escribió, las encontró prestas al levantamiento contra Luis Felipe en cuanto la Santa Alianza realizase una mínima presión militar.⁵

La posible neutralización de Francia como oponente de la política intervencionista sarda en España era una necesidad, si lo que se pretendía ahora era establecer un canal para la llegada de armas a través de traficantes de armas del sur de Francia. Ello explica el interés por antiguos guerrilleros de la Vendée, buscando posiblemente matar dos pájaros de un tiro: de un lado, iniciar nuevas revueltas en Francia, lo que obviamente debilitaría el control de París sobre las

³ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna* 1, despacho de 25 de noviembre de 1834.

⁴ AHN, Estado, 8347, despacho nº 5 de 8 de noviembre de 1834.

⁵ SCOTTI, *Spagna e regno di Sardegna*, pág. 58. LEMMI, *La politica estera di Carlo Alberto*, pp. 282-283.

fronteras de los Pirineos; y del otro, lograr que la llegada de armas al carlismo se viese algo más facilitada por unas vías mucho menos vigiladas que las marítimas, que se encontraba ya por entonces bajo la intensa presión de las marinas británica y francesa. Todo ello con la idea que había quedado grabada en la mente de Carlo Alberto, y que seguía manteniendo en sus conversaciones con diplomáticos de las potencias absolutistas, la de la necesidad del carlismo de ocupar nuevos territorios para explotar y poder avanzar en su lucha.⁶

La situación era, de hecho, muy propicia para lograr tal objetivo, pues en el mismo mes de noviembre de 1834, el Gobierno *whig* en Londres caía, y se veía sustituido por uno *tory*, dirigido en primera instancia por el duque de Wellington —que pasaría luego a ser el ministro de Exteriores—. ⁷

Mientras Cerruti empezaba su misión, los diplomáticos de todas las potencias absolutistas se frotaban las manos y los franceses se desesperaban, el reino de Cerdeña se ponía manos a la obra para hacer llegar todas las ayudas disponibles a los carlistas. Que de la Tour fuese cauto, o que dependiera de la política austríaca, no significaba en absoluto que no considerase la victoria de la contrarrevolución en España como una necesidad de la política exterior sarda, o que no estuviese dispuesto a destinarle grandes esfuerzos. El 5 de noviembre de 1834, de la Tour escribía a Ermolao Asinari di San Marzano,⁸ destacado en Viena, un adjunto a una carta del

⁶ URQUIJO, *Interferencias de las cortes conservadoras*, pág. 597.

⁷ BECKER, *Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. I pp. 662-664. Se confirmaban así los peores temores de Talleyrand, quien en abril de 1834 tenía pánico a la idea de que una mayor implicación de Francia en la cuestión española y un posterior cambio de Gobierno en Gran Bretaña condujesen al aislamiento internacional de Francia. Para empeorar las cosas en enero de 1835 se nombraría como embajador británico en Rusia a Lord Londonderry, destacado opositor a Francia (BULLEN, *France and the Problem of Intervention*, pp. 368, 377; JONES, *British foreign policy*, pág. 56). Metternich, por su parte, pasó de expresar grandes esperanzas en el cambio de Gobierno inglés, a dudar sobre la posibilidad de lograr nada por la existencia muy precaria del Gobierno *tory* en menos de un mes, lo que da muestra de la enorme confusión que causó tal evento (*Mémoires documents et écrits divers*, vol. V, pp. 621-622, 643). También en España causó un gran temor la llegada de Wellington al gobierno inglés. Se temía que los *tories* diesen un giro a la política exterior británica favorable al carlismo. Para tratar de atenuar las inclinaciones de Wellington, se envió como embajador a Londres a Miguel Ricardo de Álava, que había hecho buenas migas con el inglés durante la Guerra de Independencia (VIDAL Y SAURA, *La política exterior de España*, pp. 90-91).

⁸ San Marzano había sido en 1830 el sustituto temporal de Solaro en Madrid en 1830, y después de su paso por Viena, sería enviado a Baviera, en donde sería encargado por Solaro para ser su persona de confianza en la conferencia de Töplitz, y acabaría sustituyéndolo interinamente al frente de Exteriores; se trataba, en definitiva, de una persona de la máxima confianza del Gobierno sardo y de alguien muy familiarizado con la situación de España y de la política hacia ella de los estados absolutistas (URQUIJO, *Crisis de las relaciones hispano-sardas*, pág. 502; *Interferencias de las cortes conservadoras*, pág. 591; SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pág. 57; una breve nota biográfica, en SCOTTI, *Spagna e regno di Sardegna*, pp. 137-138).

conde de Pralormo, ministro de Finanzas del Gobierno sardo, para el duque de Blacas.⁹ De la Tour le decía al diplomático sardo:

Cette lettre fait connaître l'intention où est S. M. de profiter, pour l'envoi à D. Carlos des avances qui le concernent, des moyens dont Mr. Le Duc s'est déjà servi pour faire parvenir à ce Prince les premiers fonds fournis par S. M. I. R. Ap. – Mr. Le Duc de Blacas pourra en conséquence se prévaloir pour cet objet jusqu'à la concurrence d'un million de francs de la manière indiquée par Mr. Le Comte de Pralormo, c'est-à-dire soit au moyen de lettres de change qui seraient tirées sur l'amiral Des Geneys à Gênes par un Banquier assez prudent pour garder le secret, soit au moyen d'une personne de confiance qui serait désignée par le Duc de Blacas, à laquelle on remettrait à Turin ou à Gênes la somme convenue en trois paiements différés sans avoir aussi recours à aucune lettre de change.¹⁰

Mientras todo esto se gestaba, seguían llegando a Cerdeña agentes de los movimientos legitimistas de toda Europa. El cónsul español en Génova empezó a informar, ya a finales de 1834, de los movimientos de los miguelistas en la ciudad, y por supuesto, de la colaboración que se estableció entre ellos y los carlistas, que ya en aquel momento estaban llegando también con fuerza a la ciudad.

me han asegurado haber entrado en esta ciudad un oficial ytaliano que correspondía al exercito francés y en la actualidad sirve con Don Carlos el que se dice trae pliegos para Don Miguel quien marchó a las 11 de la noche del 17 del presente despachando antes algunos emisarios para España y Portugal de los oficiales de su comitiva, y otros sardos retirados en esta plaza con instrucciones y bastante dinero [...] También sé por conducto seguro que del 4 al 5 del actual embarcaron en Liorna diez mil duros en un pequeño buque sardo con destino a Niza; y recelo no sin fundamento que esta suma pueda ser remitida a los agentes [carlistas...]

Y en el mismo despacho, describía cómo el cónsul portugués de la ciudad —el reconocido oficialmente por el Gobierno de Carlo Alberto, que había sido nombrado en tiempos de don Miguel— era el principal conducto a través del cual los emisarios o agentes absolutistas portugueses y españoles obtenían pasaportes autorizados para penetrar en territorio español.¹¹

⁹ Antiquario y diplomático francés, el duque de Blacas se había enrolado ya muy joven en el ejército de Condé que buscaba invadir la Francia revolucionaria, y posteriormente serviría también en el ejército ruso en Italia en 1799. Serviría posteriormente a Luis XVIII, antes y después de su llegada al trono, como consejero y par de Francia, y haría lo mismo con Carlos X, a quien seguiría al exilio. Carlo Alberto y Blacas habían tenido contacto ya durante la década de 1810, cuando Blacas había sido embajador en Italia (COSTA DE BEAUREGARD, Charles-Albert, *Prologue d'un regne. La jeunesse du roi Charles-Albert*, Paris, Plon, 1889, pág. 144).

¹⁰ Citado en LEMMI, *La politica estera di Carlo Alberto*, pp. 280-281. Giorgio Des Geneys era el jefe de la armada sarda.

¹¹ AHN, Estado, 8290, despacho nº 32 de 22 de noviembre de 1834. Poco menos de un mes después, volvía a insistir en cómo los agentes miguelistas estaban usando Italia entera, no solo Cerdeña, como punto de partida hacia España: "Por conducto muy seguro tengo noticia que el 30 de noviembre último salió de

A todo ello el Gobierno de Portugal optaría por contestar con contundencia, especialmente teniendo en cuenta que sus reclamaciones a Gran Bretaña habían sido menos que satisfactorias para lo que Lisboa realmente deseaba. Así, el mismo cónsul español informaba el 18 de diciembre de la llegada de una fragata portuguesa al puerto de Génova con la misión de vigilar las actividades de los miguelistas, e incluso llegaba a recomendar que España adoptase una decisión semejante, puesto que ya estaba más que claro que miguelistas y carlistas trabajaban en unión con el mismo objetivo de ver caer ambos Gobiernos peninsulares.¹²

La respuesta de los sardos fue bastante similar a la que habían dado anteriormente cuando sus actividades en apoyo de la subversión en otros países, ya fuera Francia, España o Portugal, les causaban problemas que amenazaban con volverse realmente serios. Negar toda acusación, responder con mesurada agresividad, y apelar a una Gran Bretaña que volvió a optar por tirar por el camino de en medio, asegurando que el barco portugués iba a retirarse en breve, y recordando una vez más a Cerdeña su responsabilidad en evitar que Génova se convirtiera en un vivero de conspiraciones.¹³

Cerruti, mientras tanto, había llegado ya a Béziers, desde donde el 8 de diciembre escribía a de la Tour, informando de que en los alrededores de dicha ciudad podían encontrarse un mínimo de 150 carlistas refugiados, dispuestos a tomar las armas y a marchar inmediatamente hacia la frontera para iniciar actividades guerrilleras en Cataluña. Lo único que se requería para poner en marcha todo el plan era efectivo, que Cerruti reclamaba con urgencia y lamentaba no haber tenido ya en su salida del país: *“Il est essentiel que cet argent arrive le plus tôt possible, et si j’eusse eu moi-même cette somme, j’aurais pu dès à présent achever cette affaire”*.

Informaba igualmente sobre sus contactos con los franceses, que al parecer consideraba extremadamente positivos:

*Je vois que jamais une restauration serait plus facile qu’à présent, et même les légitimistes tâcheraient de la préparer tout de suite s’ils pouvaient être sûrs que les Puissances étrangères se moquent bien de toutes les fanfaronnades du Ministère Français...*¹⁴

Roma el portugués Manuel Goncalves [...] acompañado de un joben [...] los que deben embarcarse en uno de estos puertos con dirección a Gibraltar, para, desde dicha plaza, introducirse en España como emisarios de Don Miguel” (*Ibidem*, despacho nº 33 de 10 de diciembre de 1834).

¹² *Ibidem*, despacho nº 36 de 18 de diciembre de 1834. El marqués de Lavradio, miguelista portugués, aprovecha la llegada del barco portugués para presionar a Solaro con el objetivo de que este tome medidas más duras contra el Gobierno de Lisboa (ASTO, *Carte politique diverse* 18, despacho de 17 de diciembre de 1834).

¹³ ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 611.

¹⁴ ASTO, *Missioni diplomatiche speciale e temporarie* 3, despacho de 8 de diciembre de 1834.

En la misma fecha, y con las mismas lamentaciones, pero con mayor detalle sobre sus intenciones, se dirigía esta vez a Solaro, al que pedía, de nuevo, que mandase dinero en cuanto fuese posible a un tal Monsieur Vincent, y que Cerruti ya se encargaría del resto:

*...si io avessi soltanto avuto 5 o 6/mila franchi a mie mani avessimo potuto [...] mettere in piedi 150 rifugiati militari Catalani e farli entrare in Catalogna sotto gli ordini del Generale Plandolit che si trova nascosto verso la frontiera.*¹⁵

Unos días más tarde, Cerruti había llegado a Toulouse, desde donde informaría haber entrado en contacto con un importante agente carlista, que al parecer se encontraba en comunicación con el cuartel general carlista, concretamente con el conde de Villemur, ministro de la Guerra de don Carlos.¹⁶ Dicho agente estaba en Toulouse dedicado a pasar municiones, armas y dinero a don Carlos, desde la misma ciudad, y muy especialmente, desde Bayona, adonde dicho agente recomendó que Cerruti se dirigiese si su intención era la de pasar a Navarra. También desde allí hacía acuse de recibo de 7.500 francos.¹⁷

De la primera misión de Cerruti no conocemos mayores detalles, salvo la información que un tal Meyer, corresponsal al parecer del cónsul de Nápoles, hacía llegar a de la Tour desde Bayona, donde había empezado a colaborar con Cerruti, que parece haber tomado nota de las recomendaciones del agente carlista.¹⁸

El 30 de diciembre, de la Tour recibía noticias desde Milán de Franz von Hartig, gobernador austríaco de la Lombardía, que le informaba del cumplimiento del primer pago del subsidio anteriormente mencionado:

*J'ai fait remettre par Mr. Vegezzi la Somme de trois cent cinquante mille francs, dont il était porteur, á Mr. Frappart trésorier général comme dépôt, et je me suis empressé en même temps de faire parvenir á S. A. Mr le Prince de Metternich la lettre, que Votre Excellence lui avait adressée á ce sujet, en lui rapportant le versement exact de la dette donne.*¹⁹

¹⁵ *Ibidem*, despacho de 8 de diciembre de 1834 a Solaro. Algún éxito debió tener Cerruti en sus reclamaciones, en tanto en cuanto en esos días se produjo una incursión en Cataluña de unos 200 soldados encabezados por el mismo Plandolit, que acabó en un nuevo fracaso (SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pág. 92).

¹⁶ Luis de Villemur, conde de Penne-Villemur. Nacido en Montegut, Francia, en 1761, era Caballero de la Orden de Alcántara (CADENAS Y VICENT, *Caballeros de la Orden de Alcántara que efectuaron sus pruebas de ingreso durante el siglo XIX*, Madrid, Hidalguía, 1956, pág. 103). Había sido segundo cabo del Conde de España durante la Capitanía General de este en Cataluña, y el principal impulsor de un plan para asesinar a Llauder, su substituto, cuando este llegase a la región (CALVO, Juan Jacob; JORDÀ OLIVES, Mercedes, "La repercusión de los sucesos de La Granja en Cataluña. Notas para el estudio de los voluntarios realistas" *Universitas Tarraconensis. Revista de geografía, historia i filosofia*, nº 2 (1977), 171-183, pp. 178-179).

¹⁷ ASTO, *Missioni diplomatiche speciale e temporarie* 3, despacho de 14 de diciembre de 1834; despacho de 17 de diciembre de 1834.

¹⁸ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 17 de enero de 1835.

¹⁹ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 30 de diciembre de 1834.

Igualmente, encontramos una comunicación sin fechar -pero que por sus protagonistas y naturaleza seguramente se realizó en estas fechas- con el título de *Brouillon de la Dépêche Secrète écrite à M. de S. Marsan pour le prestit de 1.250.000*:

S. M. me charge de vous dire que bien qu'elle soit persuadée que la Reconnaissance de D. Carlos par les grandes puissances [...] ferait beaucoup plus pour le succès de la cause de ce Prince qu'un secours en argent [...] si les autres Cours s'inclinent pour procurer à D. Carlos un secours de 3.000.000 de florins [propuesto por Metternich], S. M. en donnera 500.000 pour Sa part.²⁰

Queda claro que Carlo Alberto estaba dispuesto a realizar considerables sacrificios en favor de don Carlos, superando en largueza a cualquier otro soberano absolutista europeo, posiblemente como un nuevo método de presión hacia estos para que su compromiso con el absolutismo español fuese un paso más allá.

Esta generosidad no pasó desapercibida a los carlistas, que no por ello cesaron de reclamar mayor compromiso y mayor cantidad de dinero y suministros para mantener la lucha. Así, el 4 de enero de 1835 Carlos Cruz Mayor escribía a Cerruti sobre el papel que se esperaba representase en los planes de Solaro:

C'est avec la plus satisfaction que le Roi mon Auguste Maître a pris connaissance de ce vous Lui faites savoir au nom de Votre Souverain dans la lettre que vous lui avez adressée en date du 26 du mois dernier. S. M. était convaincue d'jà de l'intérêt sincère et éclairé que votre Cour prenait au succès de la cause de la légitimité en Espagne et qu'il pouvait attendre d'un aussi bon Parent tout l'aide que sa position lui permettrait de lui donner. [...]

Je dois en conséquence vous manifester d'abord que nous avons reçu jusqu'à présent, sans savoir exactement de qui, la somme d'un million cent mille francs ; qu'ayant procuré d'en découvrir la source, et nous ayant assuré que c'était S. M. Charles X, qui envoyait cet argent [...] Maintenant il serait extrêmement convenable que les Souverains qui désirent si ardemment le triomphe de Charles V continuassent la belle œuvre qu'ils ont entrepris en mettant de suites à Sa disposition le restant des sommes qu'ils ont bien voulu destiner à cet intéressant objet ; car ce puissant secours nous serait d'un utilité immense, lorsque l'emprunt royal ne produit rien et ne nous donne même aucune espérance de produire des quelques temps, lorsque nos propres ressources sont épuisées, lorsque la rigueur de la saison accroît nos besoins pour habiller nos vaillantes troupes.

En definitiva, que por mucho dinero que le hubiesen entregado ya, haría falta mucho más si realmente se esperaba que se ganase la guerra.

²⁰ ASTO, *Carte politique diverse* 18, comunicación sin fecha. URQUIJO sitúa, a partir de la documentación del archivo del ministerio de asuntos exteriores italiano, la negociación de dicho empréstito a mediados de agosto de 1834 (*Empréstitos y ayudas*, pp. 125-126).

La mención a Carlos X, junto al protagonismo del duque de Blacas y el destacado papel que Carlo Alberto había tenido en el apoyo a la duquesa de Berry en 1832, empiezan a mostrarnos la densidad de las redes contrarrevolucionarias que se tejieron en estos años. Se podría hablar de una auténtica Internacional Absolutista, de la cual la Cerdeña de Carlo Alberto sería uno de sus más importantes pivotes, por su posición geográfica y por el considerable ardor de dicho monarca a la hora de inmiscuirse en asuntos de otros países. De allí salieron enormes caudales para todas las causas *legitimistas* europeas, y allí encontraron los agentes de todo pretendiente absolutista un santuario desde el que planear sus actividades, incluidas las militares, y en el que adquirir cualquier armamento que les fuese necesario.

Pero volvamos a Cruz Mayor, quien como hemos dicho reclamaba todavía mayores esfuerzos de las potencias absolutistas:

S. M. ne doute pas que votre Auguste Maître informé pour vous de cet état des choses s'empressera conjointement avec ses alliés de Le mettre à même de donner un coup décisif, car avec de l'argent, des armes, et des munitions, on peut garantir le terme prochain de la lutte en faveur de mon Roi. [...] Mr. Darby vous aura mis au courant de bien de choses et vous aura dit que nous attendons des armes ; par conséquent celles que votre Souverain á la bonté d'offrir pourraient servir pour la Catalogne où il sera plus court et plus facile de les transporter et où l'in en pressent un besoin urgent.

Efectivamente, no era solamente dinero lo que necesitaba don Carlos —hemos visto ya que le llegaba en cantidades— sino armamento que, como decía el plan de Solaro, se enviase a Cataluña para realizar allí un levantamiento. Recuérdese que en dicho plan se pretendía que Serradilla, enviado a Andorra, fuese el enlace a través del cual hacer llegar armas a la insurrección en Cataluña, pero la cosa no funcionó como se esperaba. Serradilla fue descubierto en Francia y tuvo que huir como buenamente pudo, ayudado por una buena dosis de suerte: *“Mr Serradilla après avoir été arrêté en quittant Bayonne et d'être échappé miraculeusement, vient d'arriver á l'instant même au quartier Royal.”*²¹

Una segunda vía de hacer llegar ayudas a los carlistas la encontró el reino de Cerdeña mucho más cerca de casa. En cuanto los barcos genoveses y sardos comenzaron a ser objeto de una especial vigilancia por parte de las marinas de Francia, Inglaterra y España, surgió la figura de un monarca no menos dispuesto que Carlo Alberto a la hora de colaborar, o de tomar las armas si fuera menester, en defensa de la legitimidad monárquica en Europa: Francisco IV de Módena.

A inicios de 1835 se quiso establecer una ruta de tráfico de armas hacia Cataluña que uniera Cerdeña-Piamonte —sobre todo el puerto de Génova—, Módena —especialmente el puerto de

²¹ ASTO, *Carte politique diverse 18*, despacho de 4 de enero de 1835.

Massa— y las costas españolas, unos envíos que los diplomáticos españoles y franceses tuvieron que aplicarse a fondo para cortar, o al menos reducir.²²

Es a inicios de 1835 cuando se producirá el cambio que confirmará definitivamente las intenciones de Carlo Alberto de adoptar una política en España mucho más dinámica y agresiva de la que había seguido hasta el momento, imitando a la de Austria. Se librerá de su ministro de exteriores, y pondrá en su lugar a alguien de mucha más confianza, y que despertaba menos sospechas de ser demasiado favorable a los intereses austríacos y demasiado cauto para la política que buscaba el rey.²³

²² El cónsul español en Génova informaba en enero de 1835 del envío de 200 fusiles a Módena. Según los rumores que corrían el duque pretendía defender la causa de don Miguel en Portugal. En marzo de ese mismo año sería el cónsul francés en Génova el que alertase de que una expedición del ducado de Módena se dirigía hacia el puerto de Massa con intención de embarcar hacia las costas ibéricas. De nuevo en abril siguiente, el cónsul español escribiría sobre la presencia en Módena de 1.600 fusiles y 30 piezas de artillería que se pretendía transportar ya fuese a España, ya fuese a Portugal, a la primera oportunidad. El 27 de mayo, no obstante, el mismo cónsul informaría de que el temor a un embarco de tropas en Massa parecía haberse desvanecido. AHN, Estado, 8290, nº 46 30 de enero de 1835, nº 135 23 de marzo de 1835, nº 93 3 de abril de 1835, nº 141 27 de mayo de 1835. El duque de Módena parecía haberse sobrepuesto a la inquina que sentía por Carlo Alberto cuando, en 1821, conspiró para dejarle sin la sucesión a la corona de Cerdeña, y para que nombrasen en su lugar al mismo Francisco (BIANCHI, Nicomede, *I ducati Estensi dall'anno 1815 all'anno 1850. Con documenti inediti*, Torino, Società editricie italiana, 2 vols. 1852, vol. I, pp. 33-36).

²³ El conde de Cavour, por ejemplo, trataría tanto a de la Tour como a Solaro de *exaltados* filocarlistas, pero estableciendo la diferencia entre ellos de que el primero era bastante inofensivo, mientras el segundo era un auténtico *enragé* carlista (MUGNAINI, *Italia e Spagna nell'età contemporanea*, pág. 118).

2.2. Tensiones internas y externas en Cerdeña: nuevo Gobierno y el *affaire* Ponti (febrero-mayo 1835)

A inicios de 1835, Solaro era uno de los más firmes candidatos a sustituir al conde de Pralormo, hasta aquel momento embajador sardo en Viena.¹ Era muy del agrado de Metternich, que lo consideraba persona de confianza y que no se opondría a la política que Austria había seguido hasta el momento.² A Carlo Alberto, sin embargo, se le presentaba una oportunidad de oro para sus planes. Un aumento de las tensiones en el seno del Gobierno sardo ya a finales de 1834 hizo inaplazable una renovación del mismo, lo que suponía para el monarca la mejor ocasión de deshacerse de aquellos ministros demasiado cercanos a Austria, principal impedimento para actuar con plena libertad e implantar su propia política exterior. Como nos explica el mismo Solaro,

La promozione del Conte della Scarena [a ministro del Interior] aveva rallegrato gli amici della Monarchia: [...] Diversa impressione produsse la scelta del Cavaliere Di Villamarina [a ministro de Marina y Guerra] che aveva fama di inclinare ad un ordine di cose più liberale, rimasero gli animi incerti qual dei due, di tendenze così diverse, fosse più accetto al Re, e principiò quella funesta divisione di gabinetto, che impedì poi sempre un accordo fra i vari Ministri.³

Carlo Alberto no desaprovechó la ocasión: decidió ascender al conde de la Tour a mariscal de Saboya y gobernador de la ciudad de Turín, y el 7 de febrero nombró con carácter de interinidad a un Solaro que estaba ya plenamente inmerso en preparar su partida de Turín para la corte de Viena. Su nombramiento definitivo se efectuaría el 21 de marzo.⁴

La tarea que se le presentaba era difícil. Tenía que reordenar la política exterior sarda, apartándose de Austria y tomando una postura todavía más agresiva contra España, sin al tiempo implicar al reino en un conflicto a gran escala, especialmente con los aliados del Gobierno de Madrid, Gran Bretaña y Francia, y sin irritar tampoco en exceso a los austríacos. Todo un desafío, que Solaro se consideraba plenamente capacitado para afrontar.

Las sospechas del Gobierno español, que acumulaba cada vez más pruebas de la continua colaboración entre agentes sardos y carlistas,⁵ hacían difícil lo primero. Y en cuanto a lo segundo,

¹ Otro de los cargos que se habían barajado para él había sido el de enviarlo a la corte carlista de Vizcaya para que fuese el enlace entre el Gobierno sardo y el de don Carlos (SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pág. 16).

² LEMMI, *La politica estera di Carlo Alberto*, pág. 250.

³ SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pág. 14.

⁴ *Ibidem*, pág. 18. Su nombramiento temporal en *Gazzetta Piemontese*, nº 31, 10 de febrero de 1835, y el definitivo, en el nº 65, 23 de marzo de 1835.

⁵ Pocos días después de su llegada al cargo, dos sardos eran detenidos en Galicia y trasladados a Madrid, sospechosos de transportar cartas de un convento de monjas dirigidas al carlismo. El superintendente de la policía, ante las reclamaciones de San Martino, decidirá ponerles en libertad siempre que acepten ser escoltados hasta la frontera y abandonar España (ASTO, *Lettere ministri Spagna* 113, despacho de 11 de

ya hemos visto que Metternich no deseaba ningún escándalo que pudiese atraer la atención de la Cuádruple Alianza sobre las actividades de apoyo al carlismo de las potencias absolutistas, y desde luego la intervención sarda había creado ya y crearía todavía, numerosos escándalos alrededor del tema.

Los carlistas recibieron como agua de mayo el nombramiento de Solaro, una prueba más que les daba Carlo Alberto de su favor al colocar a su principal interlocutor como teórico principal responsable de la política exterior sarda. El Gobierno de don Carlos se esmeró en hacerle llegar a este cuán importante era esta colaboración para la causa, especialmente en el tema de la llegada de agentes carlistas a Cerdeña. Ya en Viena, donde iba a asumir la representación del carlismo ante el emperador, Alcudia había llegado a Solaro en febrero de 1835 el acuse de recibo de

*le gracieux agrément que le Roi de Sardaigne a donné á la demande que S. M. Charles V lui a adressée pour qu'il permise le séjour dans ses Etats á quelques fidels Espagnols qui ne peuvent pas pour le moment rentrer dans leur patrie.*⁶

El mismo Alcudia volvió a escribir el 28 de febrero para reiterar sus felicitaciones, y el ministro de Estado del carlismo, Carlos Cruz Mayor, lo hizo el 1 de marzo de 1835:

me asiste la persuasión de que con los rectos sentimientos que V. E. tiene acreditados hacia S. M. y con el ilustrado conocimiento que ha adquirido durante su permanencia en España de los asuntos de este país, V. E. no podrá menos de abogar y cooperar por cuantos medios estén á su alcance en favor de la causa del Rey mi Augusto Amo de cuya justicia legitimidad y conveniencia nadie mejor que V. E. podrá atestiguar, y nadie mejor que V. E. será capaz de secundar eficazmente y desarrollar del modo más provechoso para S. M. Católica las benévolas disposiciones de su digno Soberano, que tan evidentes pruebas tiene suministradas de afecto y vivo interés por su Augusto primo.⁷

febrero de 1835). Andrades, en el consulado de Génova, por su parte, reclamaba a Montenegro una serie de papeles que este había retenido al abandonar su puesto, y había iniciado nada más llegar una depuración de la representación diplomática española en Cerdeña, solicitando la substitución del vicecónsul en Génova, Gavazo, por ser este nombramiento de Montenegro y no contar con la confianza del nuevo cónsul (AHN, Estado, 8290, despacho nº 57 de 24 de febrero de 1835; despacho nº 37 de 24 de diciembre de 1834).

⁶ ASTO, *Carte politique diverse* 18, despacho de 21 de febrero de 1835.

⁷ ASTO, *Carte politique diverse* 18. Despacho de 18 de febrero de 1835, despacho de 1 de marzo de 1835. Ver también URQUIJO, *Hacia la ruptura de las relaciones*, pág. 164. Menos fervorosa fue la reacción de la diplomacia española. Francisco de Paula Quadrado, que era el representante del Gobierno español en Cerdeña desde abril de 1835, escribiría unos meses después del nombramiento de Solaro que “lo debe á sus relaciones de familia con su antecesor el Conde della Torre, y á no haberse hallado en Turín alguno de los otros diplomáticos que pudieran haber sido más del agrado de este monarca”. Y no solamente eso, sino que, como veremos en numerosas ocasiones a lo largo de este trabajo, el representante español tenía, y no era el único, serias dudas sobre la honradez con la que Solaro trataba con él: “En la misma política que observa conmigo [...], en las instancias que me ha hecho para que lo vea a menudo; en el afecto que repite tener á la nación española; y en la decantada neutralidad que quiere aparentar sigue su Gobierno con respecto a los derechos de nuestra legítima soberana; observo *un plan muy estudiado* y

Sin embargo, el ministro de exteriores del Gobierno francés, Henri de Rigny, se mostró atónito por el nombramiento de Solaro, y confesó sin ambages al barón de Blonay, embajador de Carlo Alberto en París, que consideraba su llegada al ministerio de exteriores sardo como una explícita declaración política.

*La nomination du Comte de la Marguerite nous a surpris. Il s'est pendant son séjour en Espagne, tellement prononcé en faveur d'un parti; il s'est montré si opposé au système du Gouvernement qui régit aujourd'hui l'Espagne, que la position politique qu'il s'était faite semblait devoir l'éloigner, plutôt que le rapprocher du poste qu'il occupe aujourd'hui.*⁸

En marzo de 1835, de vuelta en suelo italiano, Cerruti mantenía a su nuevo jefe al tanto de las noticias que le llegaban de Béziers, Bayona y Perpiñán, y en septiembre le informaría de que *“Mi scrivono pure intorno ai fucili che aspettano con molta ansietà, e mi indicano nell' aiunto biglietto il luogo dove dovranno essere sbarcati presso Vendrell”*.⁹ Se encargaría también de funcionar como enlace con la corte carlista, y recibiría todo tipo de correspondencia cifrada proveniente del cuartel general para personajes como la princesa de Beira, o el duque de Módena.¹⁰

En abril de 1835 llegaban a Madrid informaciones sobre la partida de José Martínez,¹¹ el 22 de febrero, y de que Maroto lo había hecho 15 días antes, ambos en dirección a Burdeos. Gómez Negrete por su parte continuaba en Niza, y había llegado otro cura español con pasaporte francés, que el cónsul todavía no había logrado identificar.

En este mismo despacho, aparecía por primera vez el nombre de Juan Bautista Estarico

que en varias épocas ha estado encargado interinamente de este consulado, y últimamente lo fue por nombramiento de Don Isidoro de Montenegro ex-cónsul General de Génova, se halló aquí en íntimas relaciones con todos estos revoltosos, sirviéndoles de agente de sus negocios, y para llevarles cartas, gacetas y noticias, debiendo además hacer presente V. E. que este mismo sujeto se titula con la más necia petulancia Cónsul General del Pretendiente en esta Ciudad.¹²

poco natural, una política poco franca, y una reserva que violentando sus ideas le hace caer en algunas contradicciones. [...] Otras particularidades me han hecho dudar de la sinceridad con que habla el Conde de la Margarita, y no soy el único de los diplomáticos extranjeros que piensa de este modo en Turín.” A pesar de todos los defectos manifestados, Quadrado sentía plenamente capaz de descubrir mucho de la política sarda para con el Gobierno de Isabel II a poco que pueda hablar con Solaro. Termina el poco favorecedor retrato del nuevo ministro de Carlo Alberto diciendo de él que “no posee el arte de ocultar lo que no ignora”, al tiempo que reclama más fondos para realizar un mejor servicio mediante agentes y la interceptación de cartas (AHN, Estado, 5727, despacho nº 28 de 12 de junio de 1835).

⁸ SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pág. 47.

⁹ ASTO, *Missioni diplomatiche speciale e temporarie* 3, despacho de 28 de noviembre de 1835. Citado también en LEMMI, *La política estera di Carlo Alberto*, pág. 283.

¹⁰ ASTO, *Missioni diplomatiche speciale e temporarie* 3, despacho de 26 de noviembre de 1835.

¹¹ Mencionado anteriormente en un despacho de noviembre de 1834.

¹² AHN, Estado, 8347, despacho nº 8 de abril de 1835.

Tras la llegada al Gobierno sardo, Solaro mantuvo, al menos en apariencia, una política continuista con la de de la Tour, eso es, perseverar en el envío de dinero, armas y la planificación de nuevas expediciones dirigidas a las costas de España. No había ningún motivo para variarla, o eso mismo daba a entender el mismo Carlo Alberto cuando escribía al duque de Módena en marzo de 1835, poco antes de la confirmación definitiva de Solaro en el puesto que por entonces todavía ocupaba temporalmente:

*J'ai d'assez bonnes nouvelles d'Espagne : les Royalistes y sont plein d'esperance, leur dévouement est vraiment héroïque en face de l'innimitié de quelques puissances et de l'apathie des autres. Pourtant l'argent qu'on leur a envoyé a fait un très grand bien.*¹³

Todo parecía andar sobre ruedas, el dinero sardo seguía llegando a los carlistas, y aparentemente estos estaban logrando sus objetivos, con lo que solo era necesario mantener fijo el rumbo y en todo caso tratar de convencer a aquellas potencias a las que se refiere como *apáticas* a que se decidieran a dar su abierto apoyo a Carlos para garantizar su victoria final.

Un despacho de Luigi Ponti, cónsul sardo en Barcelona, vino a interrumpir de forma bastante ruda el idilio.¹⁴

*Dopo tre ore che per disposizione del Capitano Generale di questo Principato trovasi in casa mia la Polizia a fare una rigorosa perquisizione, rispettando però la Cancelleria Consolare, sono costretto a passare agli arresti della Cittadella lasciando il Consolato Generale alla cura del Signore Vincenzo Bacigalup.*¹⁵

Ponti había llegado al consulado sardo en Barcelona en octubre de 1829, con el apoyo expreso del entonces embajador sardo en la corte de Fernando VII, Clemente Solaro.¹⁶ Había servido desde el inicio de la guerra en España como correo de los carlistas de manera tan descaradamente abierta que todos estuvieron de acuerdo en su culpabilidad.¹⁷

En marzo de 1835 fue descubierto por la policía tratando de pasar las cartas de un carlista a su esposa, y el capitán general Llauder no se lo pensó demasiado e hizo arrestarlos a él y a un notario ante el que Ponti pretendió presentar queja por el trato dispensado. El cónsul sardo solicitó inmediatamente ayuda al Gobierno español, al embajador francés, y a San Martino.¹⁸

¹³ LEMMI, *Carlo Alberto e Francesco IV*, pág. 338.

¹⁴ Aunque un primer aviso de que algo de envergadura iba a ocurrir ya se dio el mismo abril, cuando el bergantín sardo *San Francesco* fue arrestado en Málaga por las autoridades militares (ASTO, *Lettere ministri Spagna* 122, despacho nº 834 de 27 de julio de 1835).

¹⁵ ASTO, *Consolati nazionali Barcellona* 3, despacho de 29 de marzo de 1835.

¹⁶ SEGRE, *Un episodio della prima guerra carlista*, pp. 258-259.

¹⁷ LEMMI, *La política estera di Carlo Alberto*, pág. 285; URQUIJO, *Los estados italianos*, pág. 977.

¹⁸ Logró Ponti mantenerse en contacto con todos ellos porque, al fin y al cabo, su arresto no era tan duro como para que Bacigalup no pudiera introducir material de escritura al visitarlo al día siguiente (ASTO,

Todo ello haría cambiar de opinión a Llauder, que no deseando ahora nada más que quitarse de encima al arisco cónsul sardo, le ofreció la libertad si aceptaba salir de Barcelona y de España, a lo que Ponti se negó en redondo.¹⁹

San Martino, que de momento no conocía lo que se estaba por caerle encima, escribía el 3 de abril a Solaro un despacho bastante inane, en el que se limitaba a desesperar sobre una solución a la cuestión española, pues según él el partido liberal era incapaz de gobernar, y una hipotética llegada al poder de los carlistas no serviría más que para eternizar la guerra.²⁰ Una vez Solaro hubo recibido noticia de la detención de Ponti, le envió una carta a San Martino en la que le exigía que actuara con firmeza y solicitara o bien la liberación de Ponti o bien el pasaporte para abandonar el país, al tiempo que se enviaba al marqués Alberto Ricci a Barcelona para hacerse cargo del asunto.²¹

Obviamente asustado por el tono del ministro, el embajador sardo acudió inmediatamente a Martínez de la Rosa a pedir explicaciones. Este le dijo que todavía no tenía el informe de Llauder, pero que, según el superintendente de la policía, Ponti habría sido detenido por participar en una conspiración carlista. San Martino respondió que se le deberían haber comunicado las sospechas inmediatamente, y que él mismo habría despachado a Ponti, pero que hacía falta ponerlo en libertad, lo que Martínez de la Rosa le dijo que ordenaría a Llauder. Se entrevistó San Martino también con el embajador francés, que dijo que Llauder se había precipitado, y que también pediría al Gobierno español la libertad de Ponti.²²

El 30 de abril, Martínez de la Rosa respondía a San Martino, una vez había podido estudiar el caso con mayor detenimiento. Según él, las autoridades de Barcelona habían obtenido mediante la interceptación de correspondencia pruebas suficientes de que Ponti estaba efectivamente implicado en una conspiración. El presidente del gobierno le decía también que María Cristina había expresado su pesar por el arresto del cónsul sardo. San Martino respondió que pesar no era lo mismo que desaprobación por el violento proceder de las autoridades españolas, y volvió a insistir ante el embajador francés para que mediase. Martínez de la Rosa, que debía estar ya bastante cansado de los sardos, y que al mismo tiempo era consciente del clima que se estaba

Consolati nazionali Barcellona 3, despacho de 1 de abril de 1835). Ver también URQUIJO, *Hacia la ruptura de las relaciones*, pp. 182-202.

¹⁹ SEGRE, *Un episodio della prima guerra carlista*, pp. 262-263.

²⁰ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 113, despacho de 3 de abril de 1835.

²¹ SEGRE, *Un episodio della prima guerra carlista*, pp. 264.

²² ASTO, *Lettere ministri Spagna* 113, despacho de 8 de abril de 1835.

creando en Madrid, que no dejaba demasiado espacio a gestos conciliadores a menos que quisiera uno jugarse algo más que el cargo, respondió que

*le gouvernement Espagnol était dans le droit de poursuivi juridiquement M. Ponti, dont la culpabilité serait manifeste, qu'il avait d'autres motifs de se plaindre de l'attitude hostile que le Gouvernement du Roi avait prise envers celui de la Reine Isabelle, en favorisant les projets du Prétendant, et qu'enfin la satisfaction demandée de note part était accordée par le fait en remettant en fonctions M. Ponti, et rayant son nom du procès où il figurait. De plus, que dans un moment de crise, où les esprits sont dans une grande effervescence il ne pourrait pas, même en voulant, donner une satisfaction plus explicite au Gouvernement Sarde, sans s'exposer à des résultats dont on ne pourrait pas prévoir toute la portée, mais qu'il n'était pas prudent de braver; que M. Ponti s'était refusé de sortir des arrête malgré le message envoyé par le Capitaine Général de pouvoir rentrer chez-lui; qu'il savait qu'à Barcelone on était furieux contre la conduite du Consul, et que M. Llauder avait déjà pris des mesures pour empêcher qu'on ne l'insultait lorsqu'il serait mis en liberté; mais qu'il était dans l'intérêt du Gouvernement Espagnol et de celui de notre Auguste Maître de se faire rappeler au plutôt.*²³

Y adjuntaba San Martino, en su envío a Solaro, dos despachos confidenciales de Martínez de la Rosa, uno de 14 de abril en el que le proponía este a San Martino la, en su opinión, mejor solución para todos:

Hace ya mucho tiempo que el Consul General de S. M. Sarda en Barcelona Don Luis Ponti ha dado motivos justos de queja al Gobierno de la Reyna, mi augusta Ama, ya pronunciándose públicamente sin recato contra sus legítimos derechos, ya patrocinando á las claras los criminales manejos de las personas desafectas á S. M. [...] daría V. S. Una muestra de la cordura propia de su carácter que seria indudablemente aprobada por su Corte, si aconsejase a dicho Consul que saliese voluntariamente de la Península.

Y otro, de 21 de abril, el que venía a decir que a Ponti se le debería haber expulsado hace ya tiempo:

S.M. ha visto con sentimiento este incidente á que tal vez ha dado lugar la longanimidad del Gobierno de S. M. que por guardar todo género de consideraciones con un súbdito de S.M. Sarda y por evitar hasta el hacer á su Corte justas reclamaciones á que daría lugar la conducta manifiesta así de ese como de otros agentes de dicho Augusto Soberano no menos opuesta a sus leales miras que al comportamiento que observa el Gobierno Español ha dejado por largo espacio á dicho Cónsul General en Barcelona, siendo uno de los agentes más activos del partido rebelde y el conducto de sus comunicaciones [...] hizo la casualidad que al descubrir las tramas de los partidarios del Pretendiente en Barcelona y en Gerona se hallase un nuevo testimonio de que el Consul D. Luis Ponti recibía la correspondencia de los complicados en estas tramas; habiéndose comprobado después que recibía igualmente la de algunos Gefes del partido rebelde en las Provincias Sublevadas del Norte,

²³ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 113, despacho de 30 de abril de 1835.

constituyéndose así dicho Cónsul el centro de criminales intrigas y comunicaciones.²⁴

Efectivamente debía estar bastante hartos el Gobierno español de las estridencias de los sardos, pues a principios de mayo de 1835 se presentaba en Génova un barco de guerra español, mandando un mensaje bastante claro al Gobierno sardo.²⁵ San Martino hacía llegar nuevos despachos a Solaro, en los que comunicaba que el embajador francés le había dicho que era imprescindible que Ponti abandonase España a la mayor brevedad posible, y que a menos que el Gobierno sardo estuviese planeando romper relaciones con el de España, era necesario que se hiciese entender a los agentes consulares de Cerdeña en España que no se sobrepasasen en sus atribuciones. También explicaba San Martino el no haber pedido ayuda igualmente al embajador británico en el hecho de que este y el francés estaban peleados por ver quién podía tener mayor influencia sobre el Gobierno español, pero que le constaba que, en una reunión con Martínez de la Rosa, el británico le había dicho que las autoridades barcelonesas habían ido demasiado rápido, y demasiado lejos, en su actuación contra Ponti.²⁶

Con misma fecha, volvía a informar San Martino que Ponti se negaba a salir de la Ciudadela sin órdenes del Gobierno sardo. Decía San Martino —que debía estar tan o más hartos que Martínez de la Rosa y se encontraba metido en un barrizal que no era de su creación— que le ordenaría que se dejase de aspavientos y saliese de una vez de prisión, y también que vigilase Ponti con las “impertinentes” cartas que le venía escribiendo a Llauder desde su celda, pues sus contactos en el Gobierno español le habían dicho que este estaba tratando de encontrar la mejor manera de satisfacer a los sardos sin ofender la susceptibilidad del capitán general.²⁷

La presión que el Gobierno español ejercía sobre el sardo²⁸ y las que el representante sardo en Madrid realizó sobre Ponti, surtieron efecto. Después de todas las idas y venidas, el general Bassa, que sustituía a Llauder —encontrándose este persiguiendo a las partidas carlistas— volvió a hacer a Ponti la misma oferta que ya se le había hecho anteriormente: su libertad a cambio de

²⁴ El mismo Ponti reconocía estar en posesión de un legajo de proclamas de *Carlos V*, recibidas de Navarra, según él eran de un comerciante extranjero (ASTO, *Consolati nazionali Barcellona* 3, sin fecha, nº 13422.)

²⁵ ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 616.

²⁶ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 113, despacho de 1 de mayo de 1835.

²⁷ *Ibidem*.

²⁸ Un barco sardo que se dirigía a Málaga cargado de grano, había sido retenido en el puerto de Roses en esos mismos días (ASTO, *Consolati nazionali Barcellona* 3, despacho de 5 de mayo de 1835). El 13 de ese mismo mes, Solaro trataba de reducir la cuestión a un mero cónsul díscolo, asegurando al representante español en Turín que los cónsules sardos en España más allá de Ponti no podían ser conspiradores “cuando el de la Coruña estaba en Madrid escribiendo un periódico, que llamó ministerial; el de Málaga era hermano de un empleado de la embajada española en París; el de Cádiz incapaz de cosa alguna, se hallaba en esta con licencia; y los demás eran muy insignificantes.” (AHN, Estado, 5727, despacho nº 16 de 13 de mayo de 1835).

abandonar España, que Ponti aceptó. El enfado de Solaro fue mayúsculo, con San Martino en concreto.²⁹ Este trató de defenderse como buenamente pudo, diciendo que no creía haber sido negligente en ninguna de sus actuaciones, y en cuanto a las acusaciones que sobre él había vertido Ponti una vez estuvo en Turín, decía que solamente el estado de agitación el que se encontraba Ponti durante su arresto podrían haber causado que Ponti malinterpretase de tal manera sus palabras, y también que creía que el ex cónsul en Barcelona estaba tratando de hacer responsable a San Martino de su comportamiento.³⁰

Mientras se desarrollaba todo el drama en Barcelona, la representación española en Cerdeña había recaído, en abril de 1835, en Francisco de Paula Quadrado³¹, que nada más llegar, y vista la falta de coordinación entre los diplomáticos de la Cuádruple —con cónsules franceses visando pasaportes a carlistas— decidió reunirse con los embajadores francés e inglés, quienes le ofrecieron su plena colaboración para hacer frente a las conspiraciones carlistas.³² Se entrevistó también con Solaro, a quien habló del tema de las armas españolas en los consulados, a lo que el ministro sardo respondió que, aun sin *exequatur*, el Gobierno sardo no impediría a los cónsules españoles desarrollar sus funciones, lo que Quadrado consideraba una situación muy precaria.³³

Tanto Solaro como Carlo Alberto estaban convencidos de que las autoridades españolas eran totalmente ignorantes de sus esfuerzos. Y de nuevo, seguramente tenían buenas razones para creer tal cosa a la vista de lo que Quadrado seguía comunicando a sus superiores. El 30 de abril, escribía al Ministerio comunicándoles que el cónsul portugués en Génova le había hecho llegar la noticia de un cargamento de armas presente en Civitavecchia, con la intención de que estas fueran cargadas por un vapor sardo que debería desembarcarlas en algún lugar cercano a Rosas. Quadrado decía no poder verificar los hechos, pero que sí sabía que un vapor se encuentra anclado en la zona porque su capitán habría tenido algún protagonismo en el desbaratamiento

²⁹ SEGRE, *Un episodio della prima guerra carlista*, pp. 265.

³⁰ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 113, despachos de 1 y 2 de junio de 1835.

³¹ Su llegada no había estado exenta de polémica, por cierto, especialmente con Austria, que no entendía cómo podía ser que el Gobierno sardo aceptase un representante del Gobierno de Madrid. En un alarde de ironía que quedará patente cuando veamos lo que sucedería más adelante, los sardos defendieron su transigencia con Quadrado apelando a la importancia del comercio genovés con España (URQUIJO, *Hacia la ruptura de las relaciones*, pág. 172).

³² AHN, Estado, 5727, despacho nº 6 de 30 de abril de 1835.

³³ AHN, Estado, 5727, despacho nº 2 de 29 de abril de 1835. Tanto él como el cónsul español en Génova estaban en riesgo ahora mismo de ser arrestados por orden de Carlo Alberto para ser usados como rehenes con los que presionar a España sobre Ponti (URQUIJO, *Hacia la ruptura de las relaciones*, pp. 191-192).

de la insurrección de la duquesa de Berry en 1832³⁴ y se estaría preparando por tanto su sustitución. En contra de lo ya visto hasta ahora, escribía Quadrado que “aunque entrara en sus ideas [del reino de Cerdeña] la de ver derrocado el trono legítimo español, no me parece hay mucho que temer de las conspiraciones que fomente.”. Decía también que, a falta de carácter oficial de su papel confiaría especialmente en el futuro en los cónsules inglés y francés para seguir recibiendo información y tratando de prevenir nuevos envíos de armas.³⁵

En Viena, donde se encontraba como representante el conde de Sambuy³⁶ después que Solaro no hubiese tomado ese puesto, se mostraba especialmente activa la colaboración entre sardos y carlistas. El 24 de mayo, en un cifrado, informaba de la íntima relación que había establecido con él:

L’analogie d’opinions, celle d’intérêts et tant d’autres motifs de rapprochement avaient formé naturellement des relations entre le C. de l’Alcudia et moi.

Il connaît parfaitement l’intérêt que nous portons au succès de la cause qu’il sert ; il n’en a jamais douté et il y compte comme sur une chose connue.

Y volvía a surgir el tema de las armas para Cataluña, en un trato que se habría apalabrado en agosto de 1834, y por tanto bajo de la Tour, poco antes del inicio de la expedición Romagosa, y que ahora se volvía a sacar a la luz.

C’est d’après un ancien arrangement fait en août de l’année passée que Montenegro vous a demandé des armes pour envoyer en Catalogne. Le C. de l’Alcudia vous prie d’en parler avec le C. de la Tour et de faire chercher les antécédents dans vos bureaux. On lui avait promis 4 m. fusils qu’on devait embarquer á Gênes pour Massa où des bâtiments catalans devaient aller les chercher en portant d’Espagne des signes pour se faire reconnaître de Montenegro qui devait alors les expédier. La mort de Romagosa a retardé tout cela. Il ne s’agirait á présent que de savoir si la demande vient de Catalogne et par quel moyen il veut les envoyer. Si vous ne voulez pas traiter cela par écrit, il

³⁴ Ver COURSON, Aurélien de, *Le dernier effort de la Vendée (1832). D’après des documents inédits*. París, Émile-Paul, 1909.

³⁵ AHN, Estado, 5727, nº5 30 de abril de 1835. El cónsul español en Livorno también se oía algo, y había informado unos días antes de una goleta proveniente de Civitavecchia y que salía en dirección Barcelona, que había sido comprada en febrero de aquél mismo año en subasta pública por agentes carlistas. Llevaba a bordo cajas cuyo contenido no se había podido verificar, pero se sospechaba fueran efectos de guerra (AHN, Estado, 8325, nº 12 11 abril de 1835). Unos días después el mismo cónsul informaría de que la bombardera sarda *El Dulce Nombre de María* salía de aquél puerto hacia el de Alicante, llevando a bordo “siete ú ocho cajas, cuyo contenido, según se me ha asegurado, son efectos de guerra para los carlistas”, lo que le llevaba a pasar aviso a los capitanes generales de Cataluña y Valencia de que todos los barcos salidos de Livorno en dirección Gibraltar llevaban suministros de guerra para los carlistas que transbordaban en la bahía de Gibraltar e introducían en España (AHN, Estado, 8325, despacho nº 14 de 29 de abril de 1835).

³⁶ Vittorio Amedeo Blabo Bertone, nacido en 1793 en Turín, había servido en el ejército napoleónico y posteriormente en el sardo, que abandonaría en 1821 para tomar el puesto de secretario de la legación sarda en Madrid, y substituiría a San Marzano en la legación de Viena en 1835 (ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I pp. XXII-XXIII).

vous prie de mander Montenegro á Turin et de lui demander verbalement les renseignements nécessaires.³⁷

Se mencionaba una vez más el ducado de Módena, y concretamente la ciudad de Massa, como uno de los centros a través de los cuales los sardos realizaban sus envíos de armas hacia España, dado que Génova estaba siendo vigilada con especial atención. Y efectivamente, se reiniciaban en este momento los contactos entre ambos Gobiernos para tratar de recuperar esta vía de tráfico de armas que se había visto abortada por la actuación de los cónsules de la Cuádruple a principios de 1835.

Connaissant tout l'intérêt que V. A. R porte á la cause du Roi Charles V et ayant reçu moi-même tant de preuves de votre précieuse amitié, je viens vous prier de me dire en toute sincérité si vous ne trouveriez point inconvenable que l'on embarque sur les côtes de vos états mille et cinq cent fusils pour les Royalistes de la Catalogne.

Así se dirige Carlo Alberto a Francisco de Módena en una carta de 27 de mayo de 1835 que le hizo llegar a través de Gabriel Flórez.³⁸ Podemos comprobar el intento continuado por parte del Gobierno sardo de seguir enviando armamento a Cataluña con el objeto de causar allí un levantamiento carlista. O como el mismo rey sardo dice, *"Cette province, surtout la partie des montagnes, est excéente et manque seulement d'armes : dès qu'ils les auront-ils se souléveront en masse."*

Se lamentaba de las dificultades que estaba encontrando para realizar estos envíos desde sus propios puertos, repletos de *espías* ingleses, franceses y españoles, que hacían casi imposible el embarco de esas armas desde puertos sardos, y además convirtían en impracticable su desembarco en España, pues el Gobierno de Isabel II era inmediatamente alertado de tal actividad. Seguramente, debía tener en mente el destino de Romagosa, las presiones recibidas unos pocos meses antes cuando ya había intentado enviar armas a Módena, los arrestos y revisiones de barcos sardos y de otros reinos italianos por parte de las autoridades militares españolas en busca de armas y suministros para el carlismo y la detención de Ponti.³⁹

Le navire qui doit les transporter est déjà tout prêt. Dans le cas que ce projet ne vous déplaie point, mon très cher Cousin, l'envoi de ces armes pourrait se faire de deux manières : la première serait que j'envoyas á Massa les fusils comme si vous me les eussiez demandé pour vos troupes, et alors une personne dont vous seriez sure les ferait embarquer clandestinement. La seconde serait que vous fassiez embarquer mille cinq cent des fusils que j'eus le plaisir de vous envoyer

³⁷ ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pp. 35-36.

³⁸ LEMMI, *Carlo Alberto e Francesco IV*, pp. 340-343.

³⁹ El mismo 27 de mayo, el Gobierno sardo reclamaba al bergantín español *El Realista* que abandonase inmediatamente el puerto de Génova, en represalia a lo que consideraban actos agresivos ilegítimos del Gobierno español (AHN, Estado, 8290, despacho de 27 de mayo de 1835).

et dont je vous réexpédierais immédiatement un nombre égal, bien entendu que je me charge de tous les frais que cette affaire pourrait occasionner.

También encontramos en esta carta algo de lo que ya habíamos hablado, y que de hecho permea todos los planes sardos para la intervención en la guerra civil, a saber, el hecho de que la situación de la rebelión es excelente, que cuenta con un gran apoyo en España, y que lo único necesario, en Cataluña y en otras partes de España, es un pequeño empujón, en forma de armas, para que la revuelta sea general y el Gobierno liberal caiga con estrépito. Empujón que obviamente pretende dar Carlo Alberto.

A part quelques grandes villes, toutes les populations sont pour le Roi et ne demandent que des armes pour se soulever. Le Gouvernement de la Reine est tombé dans le dernier mépris : le découragement de son armée est au comble ; les régimens sont presque détruits et l'indiscipline y est telle que les soldats dans les dernières affaires arrachaient les épauettes de leurs officiers. Les généraux prétendent que sans intervention la cause de la Reine est sous peu perdue : et Louis Philippe y est absolument opposé. Il la juge opposée à son intérêt personnel en ce moment. Ce qu'il y a de plus heureux encore c'est que le Ministère anglais y est aussi totalement contraire.

Con tan halagüeño panorama no es de extrañar que Carlo Alberto empezase a dar pasos en ayuda a sus compañeros absolutistas europeos cada vez más abiertamente, como conceder ayudas económicas a todo general y eclesiástico miguelista que se presentase en su Corte, como indica en esta misma carta.

El optimismo no parecía descabellado si se tiene en cuenta la situación internacional, que efectivamente parecía haberse vuelto bastante favorable al carlismo. La llegada del duque de Wellington al ministerio de exteriores británico había llevado a que en abril de 1835 se enviara a España a lord Eliot, encargado —públicamente al menos— de negociar un convenio entre los ejércitos en liza para tratar de acabar con los fusilamientos indiscriminados de prisioneros.⁴⁰

Las suspicacias que tal misión despertó, vistas las simpatías de Wellington con el carlismo, fueron notables. Desde temores a que se produjese algún arreglo anglo-francés con el carlismo, hasta que Wellington tuviese interés en evitar la derrota total del carlismo y buscarse mantener la situación mientras se encontraba un pacto, y también que se buscase dar mayor vigor al levantamiento carlista, con la mera presencia de enviados británicos.⁴¹ Desgraciadamente para

⁴⁰ *Papers relating to lord Eliot's mission to Spain in the spring of 1835*, London, s.e., 1871.

⁴¹ BECKER, *Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. I, pp. 662-664, PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. I, pp. 541-544. Las suspicacias fueron especialmente virulentas en Madrid, donde Martínez de la Rosa sufrió un atentado (*Panorama Español*, vol. II, pp. 29-32). El Gobierno británico era perfectamente consciente del efecto que tendría la misión de lord Eliot en dar esperanzas al carlismo, pues el embajador británico en Madrid se lo había advertido (*Papers relating to lord Eliot's mission*, pág. 60. En pág. 126, los enviados británicos eran recibidos al grito de "¡Vivan los embajadores ingleses!"). Las intenciones de

ellos, el Gobierno *tory* cayó estando Eliot en España, así que cualquier esperanza que tuvieran en Wellington se desvaneció.

También en esta época tuvo lugar el último acto de la reorganización del Gobierno sardo para lograr una mayor distancia de Austria y una mayor libertad en la política exterior de Carlo Alberto: la caída del conde della Scarena. Ya desde su llegada al trono, la religiosidad exacerbada de Carlo Alberto le había ganado algunas críticas en círculos liberales, que lo consideraron bajo el influjo de la *Società dell'Amicizia Cattolica*, una especie de asociación creada durante el reino de Carlo Felice para “*la diffusione di buone massime per opporsi alle pessime dei nemici della Religione e del Trono*”. De ella formaban parte importantes figuras de la nobleza —como de Maistre— y el clero piemontés. La Sociedad fue teóricamente disuelta por el mismo Carlo Felice por las habladurías que existían sobre ella y sobre su influencia sobre el trono y el Gobierno del reino.⁴²

Solaro comentaba de sus colegas en el gabinete de Carlo Alberto que el caballero de Villamarina, ministro de la Guerra, “*professava principii politici più larghi de ‘miei*”, y que este y el conde della Scarena, exacerbado absolutista, se la tenían jurada. También nos habla de su conflicto con el conde de Pralormo, ministro de Finanzas, con quien había esperado contar como aliado, pero que “*mi avvidi fin dal primo giorno che l’avrei invece contrario e censore*”, y “*tal mancanza di cordiali rapporti produrrebbe funeste conseguenze*.” En definitiva, eran unos ministros “*poco unanimi*”⁴³ que hacían imprescindible un nuevo cambio en el seno del Gobierno. Solo eran necesarias una excusa y una víctima propiciatoria: alguien como el conde della Scarena, de un absolutismo tan exaltado que solo era tolerado por aquellos que compartían su mismo credo. Más aún, el conde mantenía una relación tan estrecha con el embajador austríaco en Turín que las sospechas de que fuese poco más que un agente del emperador en la corte sarda estaban en boca de todos.

Fra i cardinali su cui il principe di Metternich faceva girare la sua politica in Italia, stava quello d’aver confidenti cooperatori nei ministri e consiglieri de ‘Sovrani della penisola. [...] Il conte Tonduti della Scarena ciò faceva negli affari della Sardegna, tenendosi nelle più intime confidenze col conte di Bombelles ministro austriaco a Torino. Attorno e sotto la direzione di questi due uomini lavoravano ad impiantare stabilmente il patronato imperiale nella reggia sabauda fuorusciti

Wellington eran, de hecho, un secreto a voces: El embajador austríaco en Gran Bretaña decía que Wellington se lo había *insinuado* (*Mémoires documents et écrits divers*, vol. VI, pág. 35), y hasta en el parlamento inglés se empezó a preguntar abiertamente al Gobierno si iba a comenzar a dar ahora apoyo a don Carlos (JONES, *British foreign policy*, pp. 75-76). Ver también SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pp. 131-132.

⁴² SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pp. 10-13.

⁴³ *Ibidem*, pp. 29-30.

*legittimisti e intromettenti Gesuiti, raggruppati in un sol fascio che era quello dell'Amicizia cattolica, richiamata in vita adulterandone l'origine.*⁴⁴

O como el mismo Solaro escribió,

*Sapeva il Re geloso dell'influenza Austriaca, ed egli senza esservi astretto da alcun dovere d'uffizio era in un'intimità tale colla Legazione Imperiale, che pareva non muovesse passo che a seconda dei suggerimenti della medesima.*⁴⁵

Todas las tensiones internas y externas, producidas tanto por los desencuentros entre los ministros sardos como entre el Gobierno sardo y las cortes extranjeras e incluso entre esas mismas cortes extranjeras, estallaron cuando della Scarena fue víctima, sea de su propia incompetencia, sea de conspiraciones, según la versión que quiera creerse. Había nombrado como jefe de policía al intrigante conde Tiberio Pacca, que había servido anteriormente en la Santa Sede y de donde tuvo que huir acusado de malversación. Después de que Scarena presentase al rey evidencias de una conspiración liberal que parece ser no fueron más que una torpe invención de Pacca, el rey optó por destituir a su ministro del Interior.⁴⁶

La caída de Scarena era, al fin y al cabo, mera cuestión de tiempo, pues como Solaro exponía:

*il Cavaliere di Villamarina inaspriva contro il Conte della Scarena [...] e non faceva meno il Conte Truchsses Ministro di Prussia [...]. Questi dava consigli da buon Protestante avverso ad un Ministro eccellente Cattolico, e che aveva inoltre il torto di mostrar più amicizia al Ministro d'Austria che a Lui.*⁴⁷

El mismo Solaro fue el encargado de comunicar a Scarena su destitución.⁴⁸

La caída de Scarena causó un terremoto en la corte de Turín, si nos atenemos a lo que Quadrado escribió el 29 de abril:

Se atribuye la dimisión que se ha dado al conde Tonduti de la Scarena secretario de interior á ideas demasiado exageradas en cuanto al uso absoluto que debía hacer S. M. Sarda de su autoridad [...]. Este cambio [...] ha producido bastante sensación en esta corte por ser muchos los partidarios del Conde de la Scarena en los que se cuenta todo el clero secular y regular [...]. Algunos de ellos se han atrevido a presentar a S. M. quejas contra los ministros actuales, tachándoles de liberales y revolucionarios, e incluyéndolos en una lista de las personas más notables de la corte acusadas de iguales principios. [...] Se ha llegado a decir aunque ignoro con que fundamento, que el ministro del interior exonerado se hallaba en correspondencia seguida con Mr. Ponti, cónsul sardo en Barcelona, y

⁴⁴ BIANCHI, *Storia documentata*, vol. IV, pág. 86.

⁴⁵ SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pág. 31.

⁴⁶ BIANCHI, *Storia documentata*, Vol IV, pp. 86-88.

⁴⁷ SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pp. 32-33.

⁴⁸ El nombramiento de Scarena como ministro de Estado y por tanto su salida del de Interior, en *Gazzetta Piemontese*, nº 90 de 23 de abril de 1835. Se recoge igualmente el nombre de su sustituto, el ya anteriormente nombrado monje de Pralormo, del que Solaro no iba a librarse tan fácilmente, y el nuevo ministro de Finanzas, el marqués Raggi.

que la prisión de este había contribuido también a que aquel fuese retirado del ministerio.⁴⁹

Sabemos que lo de que el conde della Scarena se mantuviese en contacto con Ponti era falso, pero no tenía Carlo Alberto ningún interés en destituir a quien sí que estaba en contacto con él. Habían sido eliminados dos ministros seguramente demasiado refractarios a los deseos intervencionistas de Carlo Alberto en la guerra civil en España: el uno, de la Tour, aunque plenamente procarlista, era demasiado tímido o sensato para creer que entrometerse de manera tan abierta y destacada en el conflicto fuese recomendable ante los evidentes riesgos de que una provocación tan fuerte forzase la intervención en el conflicto de Francia y Gran Bretaña; el segundo se mostraba excesivamente amigo de Austria, y por tanto, de su política discreta y contemporalizadora, más preocupada por no provocar al Gobierno de Luis Felipe que por garantizar el establecimiento de monarcas absolutistas en los tronos ibéricos. Tenía ahora Carlo Alberto un Gobierno más a su gusto, preparado para embarcarse en cualquier aventura que el monarca sardo considerase adecuada. De hecho, va a dar Cerdeña muestras de su disposición bien pronto, aumentando la tensión con los estados ibéricos a un nuevo nivel.

⁴⁹ AHN, Estado, 5727, despacho nº 4 de 29 de abril de 1835.

2.3. Cerdeña prepara la reordenación de su política exterior (mayo-junio 1835)

La llegada de la fragata portuguesa en diciembre de 1834, y la presión que los británicos habían ejercido sobre el Gobierno sardo para que mantuviese esta su pretendida neutralidad habrían dado sus frutos cuando se comprueba que desde entonces las actividades de miguelistas y carlistas se habían visto reducidas, o al menos no habían sido llevadas a cabo tan abiertamente como hasta entonces.⁵⁰ Los portugueses, por otro lado, puede que no quedaran demasiado satisfechos de la falta de apoyo de sus teóricos aliados, que les habían obligado a retirarse de Génova, y como se demostró casi inmediatamente, con toda la razón del mundo, pues una nueva llegada a Turín iba a causar una nueva pelea entre portugueses y españoles en un lado, y los sardos en el otro.

Il Vescovo di Leon mi scrisse alla fine di aprile da Londra che la Serenissima Principessa Di Beira desiderava di venire presso questa amica Reggia con due Infanti figli di D. Carlo affidati alle cure di Lei. Tosto gli risposi che il Re la riceverebbe con somma soddisfazione; Essa esegui il suo progetto nel luglio; ebbe stanza nella villa di Stupinigi, e fu accolta da S. M. con ogni dimostrazione più atta a temperar l'amarezza di sua situazione.⁵¹

Resulta imposible creer que Solaro y Carlo Alberto no fueran conscientes del efecto que la llegada de la Princesa de Beira a Turín causaría en Europa, especialmente después de que Cerdeña hubiese prometido repetidas veces su más estricta observancia de la neutralidad esperada de cualquier país que no quisiese verse convertido en beligerante en la guerra civil. Para tratar de defenderse preventivamente, optó por una de las armas más comunes de su arsenal escapista, y mintió a los Gobiernos francés e inglés, asegurándoles que Carlo Alberto jamás había ordenado a sus agentes inmiscuirse en los asuntos internos de la Península.⁵² También trató de atemperar los ánimos afirmando que bajo ningún concepto se permitiría a don Miguel recalar en territorio sardo mientras se encontrase en él su hermana.⁵³

Los sardo-carlistas, mientras tanto, estaban preparando la llegada de la princesa de Beira y la familia de don Carlos. El conde de Alcudia había comunicado su intención de volver a Turín tan pronto se confirmase la llegada de la portuguesa. Unos planes que se vieron dificultados por las

⁵⁰ Posiblemente se habían trasladado a otros lugares de Italia, como los seis portugueses que, según el cónsul español en Génova, se embarcaban a finales de abril en dirección a Cádiz “con planes hostiles para con España y Portugal” (AHN, Estado, 8290, despacho nº 102 de 28 de abril de 1835).

⁵¹ SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pág. 49-50.

⁵² URQUIJO, *Hacia la ruptura de las relaciones*, pág. 167. ROSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 613. Carlo Alberto tenía sus propios planes en mente, como era el de casar a una prima suya con don Miguel, lo que le obligaría, según él, a animar a su nuevo pariente para que retomase su trono a cualquier precio. Aunque por otro lado también estaba considerando el enlace de María I de Portugal con otro primo de Carlo Alberto (ROSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pp. 611-614).

⁵³ AHN, Estado, 5727, cifrado nº 18 de 27 de mayo de 1835.

reticencias del embajador sardo en Londres, quien no veía nada claros los efectos que podía producir en el ánimo de las cortes europeas el hecho de que se acogiese en Turín a tanto revoltoso:

Le but du C. de l'Alcudia en priant la Princesse de Beira de retarder son départ de l'Angleterre, n'était pas tant de connaître auparavant les intentions du Roi, N. A. M., d'autant plus qu'il savait que S. E. le C. d'Agliè était contraire à cette détermination, et qu'il disait que la présence de tant de Français réfugiés à Turin, et leurs liaisons avec la Princesse, et leurs démarches pourraient susciter des embarras à notre Gouvernement, comme de donner le tems de prendre toutes les dispositions nécessaires pour la translation du Gouvernement Espagnol ou de la partie, au moins, qui se trouve auprès de la Princesse et de l'Evêque de Léon.⁵⁴

Los sardos, por supuesto, le hicieron llegar a Alcudia todas las garantías posibles sobre el recibimiento que la princesa tendría en Turín, a lo que Alcudia respondió que no lo había dudado por un momento, pero que comprendía que la situación podría hacer incómoda la presencia de la Beira en el reino de Cerdeña.

Los diplomáticos españoles, ya antes incluso de la llegada de la princesa, decidieron redoblar su ofensiva contra los agentes carlistas en Cerdeña, y empezar a preocuparse por dos cuestiones que tendrían en el futuro una importancia capital: el comercio, y la expedición de pasaportes. El primero de mayo de 1835, el cónsul español en Génova escribía al ministerio para solicitar que se prohibiese taxativamente a los mercaderes españoles que tratasen con Estarico en Niza, ya fuese para obtener pasaportes, como auto denominado cónsul carlista, ya fuese en sus actividades comerciales, pues era corredor de navíos.⁵⁵ A su vez, a finales de mes el cónsul de Niza recibiría órdenes de no expedir ni sellar pasaportes a quien no ofreciese las debidas garantías, a lo que el cónsul pudo responder con satisfacción que ya llevaba haciéndolo desde hacía un tiempo, y que también se había puesto de acuerdo con el cónsul francés para que tampoco él concediese pasaporte a los enemigos de la reina.⁵⁶

Quadrado, por su parte, parecía empeñado en colaborar en la política de distensión con Cerdeña, hasta el punto de ignorar la realidad:

No hay duda en que este Gobierno desearía ver derrocado el legítimo trono español, no tanto por afecto al que aspira a subir a él, cuanto porque se creería mas asegurado viendo establecido en la Península un Gobierno análogo al de su administración, y poder absoluto; pero tampoco la hay en que evitara todo paso que pueda comprometerle; y si ha facilitado algunos socorros a los enemigos de S. M. La Reina Nuestra Señora no será fácil podérselo probar. Los sentimientos de S. M. sarda en poco pueden influir en su política, pues ciego observador de

⁵⁴ ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pp. 31-32, 45-48.

⁵⁵ AHN, Estado, 8290, despacho nº 106 de 1 de mayo de 1835.

⁵⁶ AHN, Estado, 8347, despacho nº 11 de 23 de mayo de 1835.

la austriaca, tiene que seguirla en todo menos en lo que le haga parecer más hostil que los demás. De esto ha dado una prueba reciente, pues de resultados de la prisión del cónsul sardo en Barcelona, se incitó a este Gobierno para que retirase de España a sus agentes consulares, y se me ha asegurado que el conde de Bombelles Ministro de Austria en esta corte, que parece animado de gran odiosidad contra nuestro Gobierno, aconsejó semejante medida instando para que se llevase a efecto; pero como solo hubiese producido á la Cerdeña la paralización de su comercio, y aumentar el disgusto general en Génova por no haberse reconocido aun el Gobierno de S. M., no se pensó en adoptar el consejo de Bombelles.⁵⁷

Afirmar que sería difícil tratar de demostrar las ayudas de Cerdeña al carlismo después de septiembre de 1834 parece difícil de aceptar, pero que se asegure que el Gobierno sardo no pensaba tomar ninguna medida que le comprometiese, en plenas preparaciones para la llegada a Turín de la princesa de Beira, no tiene una explicación demasiado convincente. Si no fuera por las acciones del mismo Quadrado, tanto las ya realizadas como las que realizaría posteriormente, bien podría sospecharse que fuese el encargado de negocios español en Turín, como lo habían sido anteriormente Flórez y Montenegro, un agente carlista encubierto tratando de engañar al Gobierno de Madrid.⁵⁸

Sobre el supuesto obligado seguidismo de la política exterior austríaca por parte de Carlo Alberto, y a su supuesta aversión a tomar medidas más decisivas, es necesario dar un pequeño salto atrás, para comprender hasta qué punto estaba Quadrado equivocado, pues se iba a reactivar en esas mismas fechas la conexión modenese para el envío de armas a España. Recién llegado al ministerio, Solaro había celebrado un encuentro con el embajador austríaco en Turín, el conde de Bombelles, a quien consideraba un *“uomo di Stato perfetto”*, salvo por el defecto de entrometerse siempre en los asuntos sardos, lo que producía enorme malestar en Carlo Alberto y su Gobierno. Solaro había aprovechado la reunión para *“far cadere l’opinione che noi, alleati dell’Austria, non fossimo liberi delle nostre azioni al suo cospetto e pienamente indipendenti”*.⁵⁹

En abril de 1835, el conde de Sambuy, enviado sardo en Viena, había escrito a Solaro expresándole su opinión de que don Carlos, sin base estable de operaciones, se encontraba a la merced de Francia e Inglaterra, quienes se oponían a él. La respuesta no podía ser otra que *“sa*

⁵⁷ AHN, Estado, 5727, despacho nº 28 de 12 de junio de 1835.

⁵⁸ Es quizás más verosímil pensar que nos encontramos con un caso parecido al del cónsul español en Perpiñán quien, a finales de junio de 1834: *“va desmentir a Llauder que existís una Junta Apostòlica a la capital dels Pirineus Orientals i que el clergat del Principat hagués aplegat diners per a un alçament, però Llauder no sols no s’ho va creure sinó que va escriure a Madrid assegurant que el diplomàtic en qüestió era un inútil”* (SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pág. 89).

⁵⁹ SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pp. 40-42.

reconnaissance par quelques Puissances, qui pourrait tenir la balance égale". Ante la marcada tendencia a remolonear de algunas de esas potencias, a Sambuy se le había ocurrido la idea de lanzar un nuevo nombre a la palestra:

Il ne peut y avoir de doute que c'est au Roi de Naples á donner l'exemple, même dans l'intérêt et pour la dignité de sa dynastie, et c'est ensuite immédiatement au Roi, N. A. M., á suivre cet exemple, puisque les traités lui donnent un droit éventuel au trône d'Espagne ; ces deux reconnaissances opérées, la Russie accorderait sans doute la sienne, et quel prétexte pourrait alléguer l'Autriche pour se refuser á en faire autant?⁶⁰

Conseguido esto, Inglaterra poco podría hacer, ocupada como estaba en sus asuntos internos, y en cuanto a Francia, Sambuy parecía compartir el optimismo de Solaro sobre la posibilidad de convencer a Luis Felipe de la conveniencia de mantener relaciones amistosas con el nuevo soberano español.

El 19 de mayo, Sambuy había escrito a Solaro diciéndole que Metternich había descartado cualquier intervención francesa en la Península porque ni Luis Felipe ni Palmerston la deseaban. Viena les había dejado claro que eso era una línea roja que no se podía traspasar y que, ya puestos, ni el ejército francés podía realizar dicha intervención, cuando a duras penas podía mantener el orden público en Francia; ni el tesoro francés podía permitirse aventuras semejantes a las de 1823, que debería realizarla en un país arruinado, y que a diferencia de entonces, según Viena, se encontraría ahora mucho menos apoyo por parte de la población española.⁶¹

El 8 de junio, Quadrado recibía aviso del cónsul español en Roma de que no le constaba la existencia de armas en Civitavecchia, pero sí de la presencia de un depósito de ellas en Módena. Consultados los cónsules francés e inglés, le expresaron estos sus dudas por el hecho de que en Módena no había puerto. De todas maneras, los cónsules de la Cuádruple trataron de calmar a Quadrado y al Gobierno español comunicándole que un barco francés se encontraba en aquel mismo momento en Génova, con el encargo expreso de evitar cualquier envío de armas.⁶²

El 14 de junio Carlo Alberto volvía a escribir a Francisco de Módena, que al parecer había expresado su aquiescencia a lo que se le había planteado en la misiva de mayo de este mismo año: *"J'ai donné l'ordre pour qu'on lui expédie de Gênes pour Massa les deux mille fusils."*. Le

⁶⁰ ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pág. 6. Los carlistas al menos se lo tomarían con la suficiente seriedad para apelar al monarca napolitano hasta el punto que los diplomáticos españoles temieron que el reconocimiento de don Carlos por Nápoles estaba al caer (URQUIJO, *Relaciones entre España y Nápoles*, pág. 90).

⁶¹ ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, pp. 32-33.

⁶² AHN, Estado, 5727, nº 26 despacho de 8 de junio de 1835.

reiteraba que el estado de la guerra favorecía a don Carlos, que lo máximo que se esperaba del Gobierno francés es el envío de la legión extranjera desde Argelia a España, y que en caso de que Francia acabase denegando la intervención directa en España, se esperaba que se produjese un golpe de Estado favorable al carlismo.⁶³

No parece que el secreto de tal envío, si es que se intentó tan siquiera mantenerlo bajo tal, fuese excesivamente efectivo, pues unos pocos días después el cónsul español en Génova entró en alerta máxima y empezó a enviar frenéticos informes sobre las actividades sardas en apoyo del carlismo. El 28 de junio se informaba de que se estarían fabricando en Génova cajones para el transporte de fusiles, que se pretendían mandar ya fuese desde la misma Cerdeña, ya fuese desde Módena. El 1 de julio, informaba de que se habrían colocado en Niza 120 participaciones de 1.000 francos de un empréstito en nombre de don Carlos realizado en Amsterdam. El 2 de julio, decía tener noticias de los preparativos de una expedición que debía partir de Módena en breve, para dirigirse a las Baleares. Y finalmente, el 16 de julio pedía que se extremase la vigilancia naval hacia los barcos modenese, pues se sospechaba que en mayo se habían embarcado armas hacia España, cosa que, como ya hemos visto, era cierta, al menos en grado de tentativa.⁶⁴

Quadrado, quizá influenciado por el cónsul francés, despertó de sus fantasías y se presentó junto a este ante Solaro para pedir explicaciones sobre el envío de 2.000 fusiles del Gobierno sardo hacia Módena, que efectivamente también ellos habían detectado, y que le exigían parase inmediatamente. Solaro, siguiendo las instrucciones que Carlo Alberto ya había detallado en sus cartas a Francisco de Módena, les dijo que dichos fusiles en ningún caso serían enviados a España, sino que debían ser utilizados para la milicia modenese.⁶⁵ Los envíos se vieron parados, o al menos dificultados, por la intervención de los diplomáticos de la Cuádruple, que le dejaban a cada paso bien claro a Carlo Alberto que su reino se encontraba bajo una estrecha vigilancia, y que tendría que emplearse a fondo para hacer efectivas sus intenciones de enviar armamento a los carlistas. Las protestas de los diplomáticos liberales no serían olvidadas por Carlo Alberto.⁶⁶

⁶³ LEMMI, *Carlo Alberto e Francesco IV*, 343-344.

⁶⁴ AHN, Estado, 8290, nº 154 despacho de 28 de junio de 1835; nº 157 despacho de 1 de julio de 1835; nº 158 despacho de 2 de julio de 1835; nº 167 despacho de 16 de julio de 1835.

⁶⁵ AHN, Estado, 5727, nº 47 despacho de 18 de julio de 1835. En septiembre, de nuevo con los mismos protagonistas, se detendría el envío de pólvora hacia Módena (*Ibidem*, nº 104 despacho de 26 de septiembre de 1835).

⁶⁶ Tanto Flórez como Alcudia presionarían, en julio de 1835, para que se expulsase a Quadrado de Turín, bajo la acusación de espía (URQUIJO, *Hacia la ruptura de las relaciones*, pág. 178). Veremos pronto como Carlo Alberto estaba muy influenciado por este tipo de acusaciones.

Volviendo a ese tímido intento por parte de algunos diplomáticos sardos y españoles de mejorar las relaciones de ambos Gobiernos, desde Madrid, San Martino comunicaba la recepción de la respuesta a un despacho que había mandado al Gobierno español protestando por la expulsión de Ponti. El conde de Toreno⁶⁷ le respondía que

me manda S. M. La Reina Gobernadora diga a V. S. En respuesta á la comunicación que motiva la presente que, lejos de creer que el Gobierno Sardo pudiese abrigar la menor apariencia de queja de resultas de la disposición adoptada últimamente por el Capitán General de Cataluña, estaba por el contrario S. M. Persuadida de que vería en ella una prueba de los deseos del Gobierno Español de evitar las complicaciones á que no puede ocultarse á la penetración del Gobierno Sardo habría tal vez dado lugar la permanencia en una ciudad como la de Barcelona, tan decidida por las instituciones que felizmente rigen en España, de sujeto tan marcado por sus casi públicos criminales manejos, si la seguridad personal de este con los antecedentes que contra él existen hubiese sido comprometida á pesar de la vigilancia de las autoridades.⁶⁸

Lo que parece indicar que también el Gobierno español estaba comprometido con rebajar la tensión con el sardo. Los acontecimientos iban a demostrar cuan inútil se antojaba tal esfuerzo.⁶⁹

Antes de que la princesa de Beira llegase a Turín, en verano de 1835 se produjo un caso —que se extendería a lo largo de varios años, por lo que irá apareciendo en distintos puntos del trabajo— que nos permitirá ver en mayor detalle de qué manera la red absolutista se extendía por todo el Mediterráneo occidental, y cómo a través de ella se lograría auxiliar de manera efectiva al carlismo en España, y especialmente, el papel central que jugaría en todo el asunto el reino de Cerdeña. A principios de julio, el bergantín *Lancero* salía de Barcelona con destinación

⁶⁷ El conde de Toreno había substituido a principios de junio al dimisionario Martínez de la Rosa, que entre las secuelas de la llegada de don Carlos a España, las duras críticas por el convenio Eliot, el atentado sufrido, y los avances carlistas que habían logrado entrar en contacto con la frontera francesa, no había aguantado más (SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pág. 133).

⁶⁸ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 113, despacho de 14 de junio de 1835.

⁶⁹ Conviene sin embargo matizar todo esto, pues la tensión seguía bastante latente, especialmente por las continuas intervenciones de las autoridades militares españolas cada vez que descubrían a algún sardo colaborando con el carlismo. El 19 de junio el mismo San Martino informaba de la detención de un ex cónsul sardo por un altercado con un noble español; de el de un barco genovés en Alicante, donde se había encerrado en prisión a todos sus marineros; y de otros dos navíos sardos arrestados en Málaga (*Ibidem*, despacho de 19 de junio de 1835). El Gobierno sardo, por su lado, le concedería el mismo 19 de junio a Ponti la cruz de Caballero de la Orden de San Mauricio y Lázaro, para compensarlo "*dai danni della dura prigionia a cui venne non è guari arbitrariamente assoggettato dal Capitano generale di Catalogna*" (*Gazzetta Piemontese*, nº 143 30 de junio de 1835). La detención en Alicante causaría la protesta ante Quadrado de Solaro, que también aprovecharía para reclamar de nuevo que se restituyera a Ponti en su cargo (AHN, Estado, 5727, despacho nº 34 de 3 de julio de 1835). Unos días más tarde sería Quadrado el que trataría de convencer a Solaro de que conceder el *exequatour* a un cónsul no suponía el reconocimiento del Gobierno que lo había enviado, y que se lo diese de una vez al de Génova, a lo que Solaro dio largas alegando que en Nápoles tampoco les daban el *exequatour* a los cónsules españoles. Se plantearía en esta reunión la posibilidad de que el Gobierno español conteste recíprocamente, y retire el *exequatour* a los cónsules sardos en España (*Ibidem*, despacho nº 44 de 11 de julio de 1835).

a Cuba. En una de sus escalas el 11 del mismo mes, en Málaga, embarcó a 150 prisioneros carlistas que debían ser llevados a La Habana. Al día siguiente, poco después de la partida del barco de dicho puerto, los prisioneros carlistas se rebelaron y acabaron tomando el mando del barco, que hicieron entrar a puerto en Gibraltar el día 13. Allí decidieron pedir asilo político, a pesar de los esfuerzos del cónsul español en la ciudad, mientras el gobernador británico pedía instrucciones sobre qué hacer con los carlistas. Pasada la cuarentena por los prisioneros, el Almirantazgo británico decretó que el barco fuera devuelto a su armador, y que los carlistas fueran puestos en libertad. Para enero de 1836, habían ya abandonado todos Gibraltar hacia el norte de África, desde donde el cónsul consideraba muy probable que trataran de volver al ejército carlista.⁷⁰

Hemos ya hablado de la importancia de Gibraltar para los miguelistas portugueses que, procedentes de Italia, pretendían entrar en Portugal para unirse a la lucha contra el liberalismo, y que usaban Gibraltar como el punto de desembarco inicial. Igualmente, era el lugar a través del cual, iniciada ya la guerra en España, muchos carlistas huían cuando la presión de las tropas gubernamentales se hacía demasiado fuerte, al igual que ocurría, por ejemplo, con las fronteras francesa y andorrana, que también eran usadas como vías de escape.

Conocemos los planes que tenían los carlistas para tratar de extender su control hacia otros territorios españoles, con el deseo de reducir la presión que el ejército liberal realizaba sobre las provincias del norte. Así lo revela un despacho del obispo Abarca enviado al conde de Alcudia, el representante carlista en Viena, a través del Ministerio de Exteriores sardo:

Los proyectos que el Gobierno de S. M. ha concebido para sublevar la Andalucía á fin de distraer de las Provincias Vascongadas parte de las tropas enemigas que allí se hallan [...] hacen necesario que haya en Gibraltar alguna persona autorizada que pueda auxiliar indirectamente y socorrer en un caso adverso á los fieles Españoles que ya sea para llevar á cabo sus planes ò para evitar un descalabro fatal se vean obligados á entrar en aquella Plaza. [...Don Carlos] ha meditado que nadie mejor que el Cónsul de Cerdeña residente en aquella Plaza podría proporcionar á los Españoles el apoyo que necesitan para sus loables operaciones. á este fin prevengo a V. E. procure entablar con el Gobierno Sardo las gestiones convenientes para que comunique sus instrucciones á su Cónsul en Gibraltar, á fin de que sin comprometer su Carácter Consular, y por medios indirectos pero constantes y seguros procure auxiliar los esfuerzos que hagan los habitantes de aquella Provincia, proporcionándoles los socorros y consejos que estén a su alcance y que no embaracen su posición.

⁷⁰ FERNÁNDEZ GAYTÁN, JOSÉ, “La Marina carlista en las guerras civiles del siglo XIX”, *Revista de historia naval*, nº 20, 1998, 5-31, pp. 9-10; POSAC MON, CARLOS, “Repercusiones de la Primera Guerra Carlista en Gibraltar y el Campo de Gibraltar”, *Almoraima: revista de estudios campogibaltareños*, nº 25, 2001, 357-368, pág. 363; SANTACARA, CARLOS, *La Primera Guerra Carlista vista por los británicos*.

[...Le consta que] José Magneto, Agente Consular sardo en aquella Plaza [...] ha prestado ya varios servicios á la causa de S. M.; que tiene deseos de prestar aún otros; que se halla en relaciones de amistad con el Gobernador de aquella Plaza y con las demás Autoridades, y que disfruta en la Ciudad de una reputación tan bien establecida que prevaliéndose de ella puede hacer con más seguridad que ninguna otra persona todos los servicios que se juzguen útiles a la causa de S. M.⁷¹

La colaboración de los cónsules sardos con los enemigos del liberalismo ya ha quedado patente con el caso Ponti. Lo que nos parece especialmente interesante ahora mismo es la mención de que el cónsul sardo en Gibraltar estaba en buenas relaciones con las autoridades británicas, y que, se sobreentiende, podría usar esas relaciones para tratar de favorecer de alguna manera u otra a los carlistas de la zona. Aunque no contemos con pruebas directas de ello, y de hecho, tras la detención del cónsul sardo en Barcelona seguramente los cónsules de las otras ciudades trataron de mantener un perfil más bajo para no atraer la atención de las autoridades, el papel que en toda esta aventura jugarán las autoridades británicas tanto en Gibraltar como en otras plazas nos hace pensar que es perfectamente plausible que contasen con los *consejos* del cónsul Magneto para decidir qué hacer con los prisioneros carlistas que se habían refugiado en Gibraltar.⁷²

El gran acontecimiento se produciría, sin embargo, en el escenario principal, que era Turín, adonde la princesa de Beira llegaba el 20 de julio de 1835.⁷³

⁷¹ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 4 de abril de 1835.

⁷² Efectivamente, estaban los carlistas necesitados de alguien de confianza en Gibraltar, en tanto el antiguo cónsul español en la ciudad, que se había significado como gran perseguidor de los liberales cuando estos habían buscado refugio de la represión en la ciudad en la década anterior, había sido pillado a contrapié con el cambio de régimen, hasta el punto de que sería relevado de manera casi inmediata tras el cambio de gabinete, y en su lugar se nombraría a Agustín de Letamendi, que como veremos, era el azote de los carlistas allá donde estuviese su puesto, fuese en Gibraltar, fuese, después, en Génova. El antiguo cónsul se mantendría en Gibraltar, donde auxiliaría a los carlistas en todo lo que pudiera, llegando a presidir la presunta Junta Carlista de la ciudad, hasta que la presión española acabó obligándole a embarcarse para Londres a finales de 1834 (POSAC MON, *Repercusiones de la Primera Guerra Carlista en Gibraltar*, pp. 357-361).

⁷³ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 122, despacho nº 832 de 25 de julio de 1835. Desgraciadamente para los carlistas, el cólera llegó a la ciudad poco después de que hiciese lo propio la princesa, así que esta tuvo que recoger sus enseres y salir apresuradamente para Milán, y de allí, a Liubliana (ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 31 de agosto de 1835). La visita de la Beira sería, pues, breve, pero de profundas consecuencias.

2.4. La nueva política exterior de Cerdeña: La princesa de Beira en Cerdeña (julio-septiembre 1835)

Gabriel Flórez le comunicó la llegada de la princesa de Beira a Solaro, y también que el comandante de la ciudad le había brindado todo tipo de servicios y atenciones para solucionar el tema de los alojamientos. Igualmente, se hacía patente como se encontraba en contacto con la corte de don Carlos, a la que decía que también remitiría una carta. Más tarde sería Solaro el que enviaría cartas de Beira y Flórez hacia el cuartel general carlista.⁷⁴ El Ministerio de Exteriores sardo se convertiría, en resumidas cuentas, en una estafeta carlista. EL 20 de agosto encontramos, por ejemplo, a Alejandro Ferrari, ex cónsul español en Amsterdam, enviando una carta destinada a Montenegro vía Solaro, pues él confiesa no saber dónde se encuentra Montenegro, ni si le llegaría la carta por correo ordinario. La carta encontraría a Montenegro, de hecho, en Voghera, el 5 de octubre.⁷⁵ El mismo 20 de agosto, es Solaro quien le haría llegar a Flórez una carta destinada a la princesa de Beira.⁷⁶

Quadrado hizo lo que buenamente pudo para tratar de dificultar al máximo las actividades carlistas. Así, el 22 de agosto, ante las noticias de que Gómez Negrete, a quien hemos visto anteriormente en un convento en Niza, pretendía reunirse con la princesa en Turín, acudiría a Solaro para que este impidiese su llegada a la ciudad, lo que Solaro prometió, al menos, hacer.⁷⁷

La actividad carlista, sin embargo, seguía frenética. El 23 de agosto, Flórez pedía pasaporte para un correo de la princesa de Beira. El 28, él mismo informaba de la llegada del infante don Sebastián y su esposa a Cerdeña.⁷⁸ Con tanto trajín se corría el riesgo de que se colase entre los refugiados algún elemento indeseable, ante lo que Flórez se mostró tan o más vigilante que los diplomáticos del Gobierno:

Tenemos noticia reservada de que dos Españoles diciéndose Realistas deben llegar a Turín procedentes de Inglaterra. Son personas más que sospechosas y convendría que V. E. tuviese la bondad de dar las disposiciones convenientes...⁷⁹

Prometía pasarle a la policía los nombres y apellidos de los individuos en cuestión en cuanto los tuviese.

⁷⁴ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 13 de agosto de 1835. La correspondencia entre Solaro, Flórez, Beira y Carlo Alberto, y también con otros como Bombelles, el embajador austríaco en Turín, será significativamente numerosa, a juzgar por los acuses de recibo que se conservan, aunque no ocurre lo mismo con las cartas en sí.

⁷⁵ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna* 2, despacho de 20 de agosto de 1835, despacho de 5 de octubre de 1835.

⁷⁶ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 20 de agosto de 1835.

⁷⁷ AHN, Estado, 5727, despacho nº 75 de 23 de agosto de 1835.

⁷⁸ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 23 de agosto de 1835, despacho de 28 de agosto de 1835.

⁷⁹ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 30 de agosto de 1835.

La llegada de tan insigne huésped al reino de Cerdeña se podría haber hecho de muchas maneras. Se podría haber tenido en cuenta, como pedían algunos embajadores sardos, el efecto que produciría en las cortes de toda Europa, especialmente en las de los miembros de la Cuádruple Alianza. Se podría haber optado por la discreción, por tratar de aliviar el golpe, como parece que incluso Solaro, personaje poco dado a las sutilezas, estaba tratando de conseguir. Nada de todo ello encajaba con el estilo de Carlo Alberto, y la Princesa de Beira fue recibida en Turín con “*onori ostentatamente regali*”.⁸⁰

La fragata portuguesa reapareció en el puerto de Génova, mientras se rumoreaba que una segunda nave haría también acto de presencia.⁸¹ Solaro seguía negando ridículamente a todo aquél que quisiera escucharle que nada de ello fuese una muestra del apoyo explícito que Cerdeña prestaba a miguelistas y carlistas. Mientras el Gobierno británico —de nuevo en manos de los *whigs* desde abril— incrementaba cada vez más el tono de las advertencias a Carlo Alberto para que depusiese su actitud, el cónsul portugués en Génova José Rodríguez —el no reconocido por el Gobierno sardo— se dirigió a Turín con la intención de vigilar de cerca las actividades de la princesa. A los pocos días, entre acusaciones de “atrevido”, “intrigante”, “malvado” y “revolucionario”, además de actuar más como espía que como cónsul, fue expulsado de la forma más ruda y expeditiva de la ciudad y del reino, sin darle tiempo ni tan siquiera para recoger sus enseres.⁸²

Aquello fue Troya. Mientras las naves portuguesas se dirigían a Génova, Solaro mandaba frenéticos despachos a sus embajadores en París y Londres para que explicasen a sus colegas portugueses que la decisión no era política, sino *personal*,⁸³ y se lamentaba públicamente de que dichos subalternos no le hubieran hecho caso con la debida celeridad, lo que según Solaro habría evitado todo el lío.⁸⁴ Portugal respondió inmediatamente y de manera airada, retirando

⁸⁰ ROSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 618.

⁸¹ Solaro envió a Des Geneys para que le hiciera llegar al capitán portugués la declaración de la neutralidad sarda y que el Gobierno de Carlo Alberto se reservaba el derecho a tomar las medidas adecuadas si no se atendían sus protestas (LEMMI, *La politica estera di Carlo Alberto*, pág. 262-263).

⁸² AHN, Estado, 5727, despacho nº 59 de 6 de agosto de 1835; ROSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 618 y ss.; LEMMI, *La politica estera di Carlo Alberto*, pág. 264 y ss.

⁸³ Qué significa eso exactamente, solo Solaro lo sabe, aunque no es la excusa más peregrina que usaría en estos años para justificar las acciones del Gobierno sardo. Quizá se refería a lo que las malas lenguas decían, que la decisión de expulsar a Rodríguez la había tomado el mismísimo Carlo Alberto, a instancias de la princesa de Beira (LEMMI, *La politica estera di Carlo Alberto*, pág. 266-278).

⁸⁴ Los condes d’Aglí y de Sales, embajadores sardos en Londres y París, respectivamente, ya habían expresado sus reservas a acoger a la princesa y predicho lo que iba a suceder, así que quizá no se sentían demasiado predispuestos a sacarle las castañas del fuego a Solaro. En el caso del primero, además, se sumaba el hecho de que consideraba que el nombramiento de Solaro por delante suyo como ministro de exteriores había sido un insulto (SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pp. 55-56).

el *exequatur* a todos los cónsules sardos en el país, y cerrando sus puertos a todos los navíos sardos, lo que impactó con gran fuerza en el comercio genovés.⁸⁵

Las quejas de los comerciantes genoveses, la presencia de los barcos portugueses en Génova, y las presiones de un Palmerston que cada vez daba más señales de hastío ante las ocurrencias sardas debieron producirle a Solaro tal impresión que este llegó a ofrecer la concesión del *exequatur* al cónsul portugués —y, por tanto, según su propia doctrina para con España, el reconocimiento oficial de María I— a cambio de que se retirasen las naves portuguesas y se olvidase todo el asunto.⁸⁶

De todo ello sería testigo privilegiado Quadrado, quien había mantenido una estrecha colaboración con Rodríguez —era quien le había avisado de un cargamento de armas en Civitavecchia en abril de 1835—, y que consideraría que, en su actuación contra Rodríguez

El Gobierno de Cerdeña no ha ocultado en esta ocasión, ni su parcialidad ni el miedo que le infundía la presencia de Rodríguez en la Capital; pues las relaciones de este, y los medios pecuniarios que había empleado en Génova para vigilar a Don Miguel, puestos en movimiento aquí, hubieran producido el efecto de saber mucho de lo que hiciera la Princesa de Beira. Sospecho que sabedora esta de la llegada de aquel, hubo de quejarse á este Monarca bajo el aspecto de que viniese á observar su conducta.⁸⁷

⁸⁵ SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pp. 53-54.

⁸⁶ ROSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 624. Las medidas de Solaro parecieron apaciguar a los portugueses, que poco después suspenderían el decreto de represalias mientras se negociaba el tratado final (ASTO, *Lettere ministri Spagna* 122, despacho de 22 de septiembre de 1835; despacho de 9 de noviembre de 1835). Tendría este tema aún repercusiones en España. El armamento de una escuadra de guerra sarda en Génova causó el pánico en Madrid, como ocurría cada vez que la armada sarda realizaba el más mínimo movimiento después de septiembre de 1834, por la posibilidad de que fuese el prolegómeno de una intervención en Cataluña. Solaro se apresuró a conminar a San Martino para que lo negase todo, y dejase claro que dichos rumores eran absurdos, pues el único motivo por el que se movilizaba la flota era por los problemas con Portugal y la presencia de barcos de guerra portugueses cerca de las costas sardas (*Ibidem*, despacho de 14 de diciembre de 1835).

⁸⁷ AHN, Estado, 5727, despacho nº 57 de 30 de julio de 1835. También informaba Quadrado que había hablado con Solaro para que evitase este que Gómez Negrete se reuniese en Turín con la Beira, como era su intención; y que el estropicio causado por el asunto de la Beira había sido tan profundo que se rumoreaba estuviese Carlo Alberto sospesando la substitución por Sambuy de Solaro, “representado por unos como demasiado liberal, y por otros como estremado partidario del poder absoluto” (*Ibidem*, despacho nº 75 22 de agosto de 1835; despacho nº 76 de 23 de agosto de 1835). Que hubiese en la corte de Turín elementos más extremistas que Solaro, como el conde de Maistre, que pudiesen considerarlo demasiado flojo en sus ideales, está más allá de toda duda. Que Carlo Alberto estuviese considerando realmente la posibilidad de deshacerse de alguien que era un perfecto pararrayos para todas las ocurrencias del rey es bastante más discutible.

Sea como fuere, el hecho de que Cerdeña se encontrase en negociaciones con Portugal⁸⁸ no comportó bajo ningún concepto que la colaboración y los contactos del Gobierno sardo con los miguelistas se suspendiesen. Más bien todo lo contrario.⁸⁹

Los acontecimientos en España seguían teniendo gran influencia en la política sarda. Si a mediados de 1834 la firma de la Cuádruple Alianza y la derrota del absolutismo en Portugal habían sido respondidos con el desembarco de Romagosa en Cataluña, en verano de 1835 la situación española había variado, pero seguía siendo igualmente el patrón por el que se guiaba Carlo Alberto. Después de la llegada de don Carlos hacía un año, el carlismo había conseguido una serie de éxitos militares que le habían llevado a la toma de Bergara, donde se estableció el cuartel general carlista en junio de 1835,⁹⁰ y de allí se veían capaces de amenazar las principales ciudades vascas y navarras. No eran solo los carlistas los que veían cerca la victoria, toda Europa, o al menos las potencias absolutistas, estaban convencidas de que era solo cuestión de tiempo ver a don Carlos en el trono de España.⁹¹ No parece extraño, pues, que los sardos se implicasen de manera cada vez más abierta en su apoyo al carlismo, pues lo veían, una vez triunfante gracias a su ayuda, como el vehículo a través del cual establecer el reino de Cerdeña como un actor de primer nivel en el teatro europeo.

Desgraciadamente para ellos, una vez más la situación española daría un giro tan brusco como el de 1834 y todas sus esperanzas se iban a mostrar absolutamente vanas. Por un lado, el ejército carlista, que hasta entonces había basado sus éxitos esencialmente en la movilidad guerrillera, evitando comprometerse en batallas campales, optaría sin embargo por tratar de tomar Bilbao en junio de 1835, sufriendo un desgaste terrible del que les costaría recuperarse, incluida la muerte del general Zumalacárregui.⁹² Poco después se vería dicho ejército comprometido en la batalla de Mendigorriá, de la que logró escapar a duras penas y que podría haber significado la

⁸⁸ Que acabarían fructificando con la firma de un protocolo entre ambos países en enero de 1836 (ASTO, *Lettere ministri spagna* 122, despacho de 21 de enero de 1836. *Traités publics de la royale maison de Savoie avec les puissances étrangères, depuis la paix de Cateau-Cambrésis jusqu'à nos jours*, Turín, Imprimerie Royale, 8 vols., 1836-1861, vol. V, pp. 82-83).

⁸⁹ En septiembre de 1835 el Caballero della Gamma, "*scrittore legittimista*", escribía desde Módena a Solaro, "*Ministro d'una Potenza altamente legittimista*", para protestar porque el gobernador de Génova le había impedido distribuir un número de "*O Precursor*", diario miguelista, en la ciudad (ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna* 2, despacho de 2 de septiembre de 1835). Y nada más haber firmado el Gobierno de Carlo Alberto el nuevo protocolo con el que se comprometían a establecer relaciones diplomáticas con Portugal y reconocer a sus representantes en Cerdeña, enviaría un barco sardo repleto de miguelistas a Gibraltar con el objetivo de incitar una revuelta en el Algarve (ROSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 643).

⁹⁰ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. I, pp. 568-569

⁹¹ "*Quando la Principessa di Beira giunse fra noi, si nutrivano le più belle speranze per la causa di D. Carlos*" escribiría SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pág. 50.

⁹² PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. II, pp. 10-37.

derrota total del carlismo de haber mediado algo más de iniciativa por parte de los generales del ejército gubernamental, pero que desde luego supuso un vuelco de la suerte del ejército liberal en el Norte.⁹³

Y por si eso fuera poco, en estos mismos meses la revolución, que ya se había dejado ver en la primavera de 1834, volvía ahora a sacar la cabeza, pero esta vez con mayor fortaleza. Empezando en julio de 1835, y como consecuencia de una subida del precio del pan, se producirían, primero en Zaragoza, para luego contagiarse a Reus y finalmente a Barcelona, una serie de motines populares. Espoleados por algunos pronunciamientos militares, los revoltosos se lanzaron primero sobre los conventos de las ciudades, asesinando a todo fraile al que lograron atrapar, y posteriormente sobre algunas de las autoridades militares y policiales, que en algunos casos también acabaron perdiendo la vida. El Gobierno Toreno, que al igual que el de Martínez de la Rosa no había logrado nunca satisfacer realmente las esperanzas de reforma y victoria militar sobre el carlismo —las de junio de 1835 llegaban ya tarde—, cayó, y en su lugar, en septiembre de 1835, se formó el Gobierno Mendizábal tras un breve interregno de once días en los que presidió el Gobierno el general Álava, que vista la situación prefirió no moverse de Londres y rechazar el nombramiento.⁹⁴

Los golpes les seguían cayendo por todos lados a los sardos. Solaro expresó su temor a que al nombramiento de Mendizábal le siguiese la destitución de María Cristina y una república, ante lo que San Martino debía salir de España, como se esperaba que hicieran los demás embajadores absolutistas.⁹⁵ Tal cariz tomaban las cosas que, cuando en septiembre se ordenó a Sambuy que volviese a Turín, se intensificaron los rumores de que Austria iba a reconocer oficialmente a don Carlos, y que por tanto Carlo Alberto haría lo propio, aunque según Quadrado no eran más que

⁹³ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. II, pp. 181-187. Poco después de esta derrota, en agosto, el carlismo volvería a la estrategia de lanzar expediciones hacia otras partes del territorio español para tratar de ampliar el frente de la guerra. En este caso, sería el general Guergué el comandante de la misma, y el objetivo, como no, sería Cataluña. (*Ibidem*, pp. 250-287).

⁹⁴ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. II, pp. 121-168; SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pp. 150-186. La llegada de Mendizábal, “*exclusivement l’homme de l’Angleterre*” según el embajador francés (BULLEN, “France and the Problem of Intervention”, pp. 383-384) causó al Gobierno de París tanta consternación como al sardo, y en los meses siguientes el conflicto entre franceses y españoles por la falta de compromiso de Luis Felipe en parar las rutas de suministros carlistas a través de los Pirineos sería bastante fuerte, una circunstancia que ni carlistas ni sardos pudieron o supieron aprovechar. Los británicos, en cambio, se mostraron bastante satisfechos con el cambio, siendo Mendizábal el candidato favorito del embajador británico en Madrid (JONES, *British foreign policy*, pág. 99). Para la obra de Mendizábal, ver JANKE, Peter, *Mendizábal y la instauración de la monarquía constitucional en España (1790-1854)*. Madrid, Siglo XXI editores, 1974, pp. 199-232.

⁹⁵ URQUIJO, *Hacia la ruptura de las relaciones*, pág. 170.

maniobras de Solaro contra un posible rival que, se suponía, estaba a punto de sustituirlo al frente del Ministerio.⁹⁶

Todavía no vencidos, y quizá viendo una nueva oportunidad en el teatro internacional tras el cambio de Gobierno en España, los carlistas siguieron con sus movimientos hacia y desde Francia y Cerdeña. A principios de septiembre de 1836, Flórez trataba de interceder a favor del barón de Foxà, que se encontraba en aquel momento en el Var, tratando de obtener el visado del cónsul sardo de Tolón para poder cruzar la frontera sarda y dirigirse a Turín.⁹⁷ A finales de octubre, era Quadrado el que advertía a Solaro sobre la próxima llegada de tres oficiales carlistas fugados de las baleares, a Niza, donde pretendían pedir pensión como refugiados y entrar al servicio del rey sardo. Solaro le respondió que no se les permitiría ni dirigirse a Turín ni entrar a dicho servicio.⁹⁸

Llegados a verano de 1835, la diplomacia sarda se encontraba atrapada entre un carlismo que había pasado de tener la victoria al alcance de la mano, a la necesidad de obtener nuevas ayudas con las que paliar el desgaste que habían sufrido tras los recientes desastres. Mientras tanto, en España, la mudanza de Gobierno abría una oportunidad, según Solaro, en el campo de las relaciones internacionales y de los apoyos internos al carlismo, pues ofrecía al pretendiente la posibilidad de atraerse el apoyo de aquellos a quienes hubiese atemorizado la llegada al poder de Mendizábal.⁹⁹

⁹⁶ AHN, Estado, 5727, despacho nº 106 de 26 de septiembre de 1835.

⁹⁷ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 16 de septiembre de 1835.

⁹⁸ AHN, Estado, 5727, despacho nº 127 de 31 de octubre de 1835. Parece que ni los sardos tuvieron agallas para aguantarles, pues unos días más tarde Quadrado informaba de la expulsión de Niza de los tres susodichos por "la conducta que han observado desde su llegada" (*Ibidem*, despacho nº 138, de 15 de noviembre de 1835.).

⁹⁹ URQUIJO, *Hacia la ruptura de las relaciones*, pág. 170.

3. En camino a la crisis hispano sarda (1835-1836)

3.1. Nuevas iniciativas sardas (octubre 1835-enero 1836)

El nuevo Gobierno español llegaba lleno de entusiasmo e iniciativa, decidido a retomar la lucha contra el carlismo y todos sus aliados con la mayor de las firmezas. La hostilidad del Gobierno sardo hacia Madrid era por todos conocida, y ahora incluso más que antes de septiembre de 1835. El conflicto estaba servido, y solo era necesaria una chispa para que se produjese la deflagración. A tal punto llegó el asunto que fueron los diplomáticos españoles en Cerdeña los que debieron intervenir para tratar de rebajar la tensión creada por rumores de todo tipo.¹

En el ínterin, las potencias absolutistas se reunían en Töplitz, y los absolutistas de toda Europa, los carlistas en especial, esperaban que se produjesen grandes avances en el apoyo a la causa de estos, incluido el reconocimiento a don Carlos. En realidad, más preocupadas las potencias por la Cuestión de Oriente —en este caso, los problemas que el emperador turco estaba teniendo con el sultán de Egipto— que por nada de lo que ocurría en España, los documentos que se aprobaron se redujeron a poco más que una declaración sobre lo satisfechas que las potencias estaban consigo mismas por haber evitado, con su influencia, la intervención francesa e inglesa en España. Reafirmaban su intención de mantener una neutralidad *pública* mientras el asunto no estuviese del todo claro, reclamaban que se encontrase una solución pactada al conflicto lo más pronto posible, y se advertía al carlismo de que no podía permitirse repetir los errores de otros. Las potencias temían que se aplicase una represión brutal si Carlos llegaba al poder, por lo que avisaban de la necesidad de comprometerse en algunos asuntos como la no recuperación de la Inquisición o la promesa de una amnistía.²

¹ El cónsul español en Génova, por ejemplo, tuvo que escribir en octubre de 1835 para negar los insistentes rumores de que don Miguel —cuya presencia en Turín en verano de 1834 ya había causado bastantes temores en el Gobierno español— se encontrase en Módena, preparándose para dirigir una expedición hacia las costas españolas (AHN, Estado, 8290, despacho nº 246 de 15 de octubre de 1835). En esta misma época era Gran Bretaña la que se encontró envuelta en un desagradable aprieto cuando el periódico *La Voce della Verità*, uno de los mayores altavoces del absolutismo italiano, y publicado en Módena, empezó a criticar a los ingleses por su intervención en Portugal y España, hasta el punto de que el duque Francisco se vería obligado a cerrarlo en 1841 por las presiones de Londres (CORNO, *Don Carlos e i «nuovi mori»*). Uno de los autores que más se prodigó en dicho periódico había publicado en 1834 un opúsculo que dejaba bastante claro el cariz que estaban tomando las críticas del reaccionarismo italiano, y europeo de hecho, hacia los aliados, SANMINATELLI, Cosimo Andrea, *Il re Carlo quinto trionfante in Spagna ed il Trattato dei contraenti Quadrupedi agonizzante in Europa*, s.l., s.e., 1834.

² URQUIJO, *Interferencias de las cortes conservadoras*, pp. 591-594. Según Metternich, “*Toujours conséquentes dans leur marche, les puissances conservatrices n’ont rien changé ni ne changeront rien á l’attitude libre et expectative qu’elles ont adoptée.*” (*Mémoires documents et écrits divers*, vol. VI, pp. 90-91). La misma impresión se llevó de la reunión Sambuy, que le transmitió a Solaro que en Töplitz ni se había hecho nada, ni se había hablado de nada, y que todos sus intentos por sacar el tema con Metternich habían acabado con este negándose a hablar de ello (ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pág. 69). En España, en cambio, el asunto fue recibido con la redacción de comedias (*El chasco de los*

El enfado de Carlo Alberto con sus teóricos aliados fue mayúsculo, como no pudo evitar expresar el 23 de noviembre de 1835, cuando escribió a Francisco IV de Módena:

Je n'ai pas cru un seul instant á la volonté du Roi de Naples de reconnaître Charles V; il était sûrement convaincu que Vous et moi aurions été les seuls qui lui aurions répondu de le faire, qui l'aurions loué sur cette intention. Il désirait seulement par cette démarche pouvoir couvrir un jour l'avarice bien peu honorable qu'il montre en ne lui envoyant point la somme qu'il avait promis de lui faire passer [...].

Un grand malheur pour lui est de n'avoir pu être reconnu par les Grandes Puissances. Cette reconnaissance eut fait un effet immense pour sa cause et n'aurait pourtant pas été une cause de guerre pour ceux qui ne veulent point la faire.³

Sin embargo, este pesimismo era compensado por la completa inopia en la que, según la opinión del Gobierno sardo, estaba el Gobierno español respecto a sus actividades en apoyo del carlismo. Solaro recibió en esta época a Quadrado, quien le expresó lo mucho que se apreciaba en Madrid la conducta del Gobierno sardo hacia España y el poco fundamento que tenían los rumores del envío de armamento al carlismo. Solaro estaba plenamente convencido de que no eran palabras irónicas, sino totalmente serias. De hecho, el mismo Quadrado había asegurado a la legación inglesa que no daba ningún crédito a la posibilidad de la expedición de armas desde Cerdeña a Cataluña, e incluso trató de disuadirla de su intención de enviar una escuadra para vigilar la costa de Génova.⁴

Aunque Solaro se equivocaba completamente en cuanto a la credibilidad que el Gobierno español daba a los rumores sobre las ayudas materiales del reino de Cerdeña a don Carlos, no parece que fuese muy desencaminado en su idea de que Quadrado en realidad no se apercibía de nada de lo que ocurría a su alrededor. Así se puede ratificar con lo que este escribiría a Madrid el 1 de enero de 1836:

La política de este Gobierno está definida en pocas palabras, es y será por ahora, la que siga el Emperador de Austria. Sus principios son los de conservar el poder absoluto, poner diques á la propagación de las luces, y engrandecerse si las circunstancias lo permiten. Por esto no es extraño se crea y con fundamento, desea el triunfo de Don Carlos en España, de Don Miguel en Portugal, y de la desgraciada familia de Carlos X en Francia. Mas estos deseos no pueden inspirar temor ni en Madrid ni en Lisboa ni en Paris. La Cerdeña nada puede sola, y su monarca parece contentarse con poder continuar su reinado en la apatía y oscuridad a que le excitan su carácter. [...España puede estar segura de que...]

pretendientes, ó sea la disolución del congreso de Toeplitz. Drama político en tres actos, Barcelona, Oliva, 1835).

³ LEMMI, *Carlo Alberto e Francesco IV*, pp. 345-346.

⁴ ROSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pp. 644-645.

el Rey Carlo Alberto no puede indisponerse con la Francia su limítrofe, y que teme atraerse la enemistad de Gran Bretaña, tanto como no complacer al Austria. Por otra parte, la Cerdeña no tiene armas de que disponer, hombres que reclutar, ni numerario que cubra sus gastos.⁵

Si bien las apreciaciones de Quadrado sobre la situación diplomática de Cerdeña y lo muy limitadas que, en teoría, eran sus opciones son bastante acertadas —pues ni Solaro ni Carlo Alberto se preocuparían lo más mínimo por el riesgo de quedar aislados de todos sus aliados y enemistados con todos sus enemigos, al menos hasta que se encuentren con el agua al cuello— lo que escribe sobre las capacidades y las intenciones de los sardos de enviar ayudas materiales al carlismo era de tan pasmosa inexactitud que una vez más podríamos sospechar de las lealtades de Quadrado si no fuese por su hoja de servicios.

Conscientes de que los carlistas requerían nuevas ayudas para recuperarse de los desastres de verano de 1835, y de que lo de Töplitz había sido un fracaso total que había que remediar lo más pronto posible bajo la amenaza de que la situación en España se les escapase definitivamente de las manos, los diplomáticos sardos volvieron una vez más a la carga, aprovechando cualquier oportunidad para atosigar a los diplomáticos de las otras potencias. Sambuy escribía a Solaro, ya en noviembre de 1835:

*Causant un de ces jours avec M. le Bailly de Tatischeff, je lui exprimai mon étonnement de ce que l'Empereur de Russie, dont l'esprit chevaleresque, les bons principes et l'énergie de caractère sont si connus, ne cherchât point à favoriser la réussite de la cause de Don Carlos.*⁶

El diplomático ruso, no obstante, no parecía estar mucho por la labor, y le respondió que todo eso no incumbía más que a las potencias italianas interesadas, entre las que incluía a Austria. Una respuesta, al fin y al cabo, muy parecida a la que ya habían dado anteriormente, España está muy lejos, y no se va a producir ninguna intervención directa ni indirecta por parte de Rusia más allá de colaborar económicamente, y que Austria debía ser la que llevase la voz cantante, si tal cosa le convenía. Sambuy tampoco pareció estar muy de acuerdo con lo que oía, y replicó *“qu’elles ont déjà beaucoup fait, mais qu’elles ne peuvent pas tout faire et qu’il faut s’unir entre plusieurs pour que toutes ces quotes parts forment un total suffisant”*, al tiempo que trataba al ruso de mentiroso cuando este se quejaba de que se había pedido la imposible cantidad de 22 millones de francos para el carlismo. Llegaba el italiano a la conclusión de que era todo esto una prueba de *“les mauvaises dispositions de la Russie et combien peu on doit compter sur elle au besoin”*.⁷ Seguía Sambuy diciendo que la misma impresión sobre los rusos le había transmitido

⁵ AHN, Estado, 5727, despacho de 1 de enero de 1836.

⁶ ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pág. 78.

⁷ Para seguir la evolución de la posición rusa hacia el carlismo, ver URQUIJO, *El carlismo y Rusia*.

el duque de Blacas,⁸ quien había encontrado a Nicolás de Rusia “inflexible” ante sus intentos personales de persuadirle.

En lo que a dinero se refiere, Blacas comunicaba que había pasado 800.000 francos a don Carlos, de los que 100.000 le habían sido reembolsados por el duque de Módena, y que el rey de Holanda le había prometido 500.000 florines, la mitad recibida ahora, y la otra mitad se recibiría en enero en caso de que don Carlos siguiese en España. Sobre un empréstito que se había acordado abrir durante la conferencia de Töplitz para don Carlos, Blacas le decía a Sambuy que parecía que no iba a tener ningún efecto, y, en resumen, el francés le reconoce bastante francamente “*qu’on ne fait rien et qu’on ne fera rien du tout pour Don Carlos*”.⁹

Idéntica impresión le transmitió Blacas a Sambuy en diciembre, poco antes de salir de Viena para Praga, con alguna nueva revelación como el hecho de que el empréstito había naufragado porque a Alcudia no se le había ocurrido otra cosa que empezar a gestionar su apertura en la banca Arnstein sin haberlo consultado antes con Metternich, quien prefería que todo el asunto se llevase a través de los Rothschild.

El mismo Metternich, sin embargo, era todo buenas palabras para Sambuy, asegurándole que permitir una España revolucionaria era incompatible con la paz en Europa, que todas las potencias absolutistas debían colaborar a asegurar una victoria conveniente a sus intereses, y que, aunque la extraordinaria terquedad del emperador ruso era por todos conocida, Metternich no tiraba la toalla y confiaba todavía en convencerlo. Sambuy no se mostraba excesivamente optimista: “*Ces phrases sont belles, mais elles prouvent plutôt l’optimisme habituel du Prince que des espérances véritables, et elles sont d’ailleurs, en général, contraires aux faits.*”¹⁰

La decepción de los italianos puede parecer injustificada, pues al fin y al cabo no solamente siguieron llegando enormes sumas de dinero a los carlistas para que estos pudieran mantener la lucha y reponerse del verano de 1835, sino que se fueron sumando nuevos nombres a aquellos que colaboraban activamente en el soporte a la rebelión en España. En este caso, el monarca holandés aportaba también su granito de arena a la causa, ampliando todavía más el alcance de

⁸ Que se encontraba en Viena junto con el mariscal Bourmont, este pidiendo caridad para don Miguel, aquel para negociar un empréstito a favor de don Carlos, pero que estaba paralizado en espera de la respuesta del rey de Holanda sobre su posible contribución al mismo (ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pág. 75).

⁹ ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pp. 79-80.

¹⁰ ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pp. 86-87.

la Internacional Absolutista a prácticamente todos los satélites o estados subordinados a las potencias de la Santa Alianza.

Pero, por otro lado, si tenemos en cuenta la opinión ya conocida de los sardos de que el reconocimiento de don Carlos era indispensable para garantizar su victoria, se entiende que nada que no sea ese explícito reconocimiento, especialmente si a la hora de pasar por caja algunos se dedicaban a dar largas, fuera considerado poco menos que un abandono de los carlistas. Además, cada vez cundiría más la idea de que no era solamente dinero lo que le hacía falta al carlismo, sino que tenían una auténtica necesidad de establecer canales efectivos a través de los cuales recibir suministros militares y, sobre todo, armas, sin las que difícilmente podrían mantenerse en la lucha y extender la guerra a otros territorios, como deseaban tanto los carlistas como los sardos. No es de extrañar, por tanto, que tras Töplitz los sardos empezasen a preparar, ahora ya si sin ninguna vacilación, su propia e independiente política exterior respecto a la situación en España y Portugal, y la separación definitiva de la diplomacia austríaca.

En octubre de 1835, había sido Solaro el que comunicaba verbalmente a Sambuy:

Votre but constant dans vos relation avec le Prince de Metternich doit être de maintenir sa confiance dans la loyauté des intentions du Roi nôtre Maître et sa ferme résolution de suivre la ligne politique qu'il a adoptée. Votre tâche sur ce point n'est pas difficile ; un intérêt commun rassemble les deux monarchies contre un ennemi nouveaux, l'esprit de révolte universelle, dont la présence en Europe a changé les bases ordinaires de la politique et contraint les cabinets á suivre invariablement d'autres maximes.

El objetivo de Sambuy debía ser convencer a Metternich de concertar con sus aliados una política “des formes qui ne changent rien au fond, telle est la manière dont vous devez définir tout démarche de votre Gouvernement”. Debía asegurar igualmente el apoyo austríaco de toda acción sarda, pues “la position de la Monarchie Sarde est remarquable : placée en première ligne en face du danger, touchant á cette région d'où partent les orages, la tâche qui lui est imposée comme puissance conservatrice, est noble et difficile”.

Vous vous trouverez á Vienne en contact avec les Agents de Don Carlos ; dans l'état de choses actuel la plus grande prudence doit couvrir les sympathies que nous professons pour la cause de cet illustre Prince. Quand vous aurez á traiter avec ses Agents ce ne sera que secrètement et de manière á ne point donner prise aux observations des Ambassadeurs de France et d'Angleterre. Peut-être les conférences de Toeplitz amèneront-elles une nouvelle combinaison politique qui nous permette de nous prononcer plus ouvertement, mais ce résultat, s'il est possible, n'est pas encore probable, et, a tout événement, s'il se présente, Vous recevrez de nouvelles directions ; en attendant, vous ne montrerez de la

*confiance qu'à ceux parmi les Agens de Don Carlos qui sont bien connus et sur la sagesse des quels on peut compter.*¹¹

Un día después, escribía de nuevo a Sambuy y ahora se mostraba bastante más explícito sobre lo que se esperaba de este y sobre la visión que el Gobierno sardo tenía de Austria:

votre attitude publique sera celle d'un Ministre qui se trouve dans un pays ami et vis-à-vis d'une puissance dont il n'a que des bons procédés á attendre. Mais, Monsieur le Comte, si le Ministre du Roi doit avoir en apparence cette attitude, il doit-être profondément convaincu que la Cour de Sardaigne n'a pas d'ami moins sûr que le Cabinet Impérial [...].

*Mais rappelez-vous-en, Monsieur le Comte, aucune foi dans leurs paroles, aucun crédit dans leurs promesses.*¹²

La oposición a Austria de Solaro era solo igualada por la de Carlo Alberto, y era evidente que el mantenimiento de una política de emulación ciega de la de Viena solo se mantenía por el temor a la reacción que Metternich pudiera tener en caso de que Cerdeña se apartase de ella. Eso no significaba, sin embargo, que Solaro no intentase hacerlo de la manera más solapada posible, sin darse cuenta de las graves consecuencias que podía tener el aislarse del único aliado real con el que podía contar estando Cerdeña rodeada de enemigos. Ese aislamiento estaría a punto de suponer un auténtico desastre para Carlo Alberto. Sin embargo, la situación había cambiado notablemente desde octubre, y era hora de desembarazarse de las limitaciones austríacas.

El mismo mes de noviembre se prepararía una nueva misión para Paolo Cerruti, muy parecida a la que ya había desempeñado anteriormente. El día 23, Solaro informaba al gobernador de Niza que Cerruti le pediría “*un passaporto per la Francia sotto il nome di Pietro Cerretti*”, que debía concederle de la manera más secreta y confidencial.¹³

El día de su partida tuvo Cerruti todavía tiempo de un nuevo mensaje a Solaro, en el que reclamaba aún mayores esfuerzos a favor del carlismo en Cataluña:

*Sapendo quanto sia reale il bisogno de cui hanno in Catalogna d'armi e di munizioni [...insiste en que...] si V. E. ne parlasse al Signore Conte Des Geneys [almirante de la armada sarda] troverebbe senza dubbio il modo di ciò eseguire con tutta facilità e senza alcun rischio pel Reale Governo.*¹⁴

Había encontrado en Cerruti el Gobierno sardo a su hombre de confianza en el sur de Francia, a través del cual impulsar sus planes para organizar la sublevación de Cataluña y la ampliación del frente que tanto ansiaban los sardo-carlistas. Para ello, se le ordenó que estableciese contacto

¹¹ ASTO, *Istruzioni agli ambasciatori* 3, despacho de 8 de octubre de 1835.

¹² Citado en *Curiosità e ricerche di storia subalpina pubblicate da una società di studiosi di patrie memorie*, Turín, Bocca, 1879, vol. III, pp. 218-221.

¹³ ASTO, *Missioni diplomatiche speciale e temporarie* 3, despacho de 23 de noviembre de 1835.

¹⁴ ASTO, *Missioni diplomatiche speciale e temporarie* 3, despacho de 28 de noviembre de 1835.

tanto con los legitimistas franceses, para que le informasen sobre las posibilidades de suministrar armas hacia Cataluña, y, aunque fuera de pasada, para sondear las posibilidades de atizar a la oposición contra el Gobierno francés, que habría contribuido a hacer una ya de por sí porosa frontera en un auténtico coladero por el que los carlistas circularían a placer entrando y saliendo de España. Se le enviaron también sumas de dinero para que las usase, según su juicio, para organizar partidas entre los carlistas catalanes concentrados en el sur de Francia, equiparlos y mandarlos hacia la frontera con la intención de que se introdujesen en el país e iniciasen sus actividades insurreccionales. Y para todo ello, estableció contactos obviamente con los carlistas, pero contó también con la colaboración de otros diplomáticos, al menos napolitanos. Veremos la importancia que Cerruti, o al menos, sus esfuerzos para establecer una infraestructura en el sur de Francia, asentada por supuesto en la enorme concentración de exiliados carlistas que se encontraban en la zona, tendrán en el futuro del carlismo catalán, pues eso es lo que hizo: establecer una red de informadores y colaboradores que incluso después de su vuelta a Italia, le mantenían al tanto de las novedades que se iban produciendo, le hacían llegar las peticiones de envíos de suministros de los carlistas, y se coordinaban con él, y por tanto con el Gobierno sardo, para realizar el desembarco de dichos envíos en zonas predeterminadas de fácil alcance para las partidas carlistas.

En conversaciones mantenidas con el embajador prusiano en las que Carlo Alberto había reiterado la necesidad del carlismo de encontrar nuevos territorios que explotar, también se había expuesto por parte del diplomático alemán, la conveniencia de que don Carlos publicase algún manifiesto en el que expusiese su programa de Gobierno, y tratase de atraerse el apoyo de la población prometiendo el respeto de libertades y demás. Carlo Alberto, por su parte, se había comprometido a hacerle llegar a don Carlos cualquier consejo que los prusianos quisieran enviarle.¹⁵

La misión de hacer llegar estos mensajes fue encomendada, cómo no, a Cerruti, que a finales de noviembre de 1835 salía desde Niza, con un nombre falso, para retomar el camino hacia el cuartel general carlista, al que llegó el 24 de diciembre.¹⁶ Unos días antes de su partida del reino de Cerdeña, había recibido Cerruti una serie de instrucciones de Solaro en las que se trataba el objetivo, el contexto y la manera en la que debía realizarse su nueva misión.¹⁷

¹⁵ URQUIJO, *Interferencias de las cortes conservadoras*, pág. 597. Las ideas que enviaron los prusianos, 598-599.

¹⁶ LEMMI, *La política estera di Carlo Alberto*, pág. 283.

¹⁷ ASTO, *Negoziaroni colla spagna* 4, sin fecha. Una versión algo modificada del mismo documento, en BIANCHI, *Storia documentata*, vol. IV pág. 335, fechado en 15 de noviembre de 1835. Ver también URQUIJO, *Interferencias de las cortes conservadoras*, pp. 599-602.

Dejaba claro, en primer lugar, la necesidad de absoluto secreto de la misión, y que Cerruti debería servirse precisamente de la red de agentes que tejió en su primera misión, para realizar el trayecto hasta el cuartel general.

L'intention de S.M. est que vous vous rendiez en Espagne auprès de D. Carlos, mais avec toute la prudence et le secret convenable, afin qu'on ne puisse pas en être instruit en France ni en Angleterre. Vous tâcherez de pénétrer en Espagne au moyen des relations, que vous êtes déjà procurées, et vous vous rendrez au plutôt possible au Quartier Général de D. Carlos, où la réserve et le secret de votre expédition, doivent être également gardés: Vous ne verrez quelles personnes avec lesquelles il vous sera absolument indispensable de vous entretenir, et vous aurez soin qu'aucune indiscretion ne vienne vous compromettre, et dévoiler le but de votre voyage.

Como con tantos otros aspectos de la intervención sarda en España, el secreto con que debía desenvolverse la misión de Cerruti duró lo que tardaban los correos en llegar a Londres, París y Madrid. Solaro trataría de arreglarlo tirando de imaginación, afirmando que en realidad lo que se había producido era el nombramiento de Cerruti como cónsul sardo en Barcelona, motivo por el que se dirigía a España. En febrero de 1836, Quadrado le mostraría la extrañeza que le produjo conocer tal noticia, ya que, dado el intenso conflicto diplomático que mantenían España y Cerdeña en aquél momento, tenía el legado español entendido que Cerdeña se negaba a nombrar nuevos cónsules en España. En un nuevo alarde de improvisación, a un Solaro a quien Quadrado decía haber pillado a contrapié por estar informado del nombramiento de Cerruti, no se le ocurriría otra cosa que decirle al español que, en realidad, el nombramiento era para cuando se hubiese reconocido a Isabel II por parte del reino de Cerdeña, y que, si a Cerruti se le había ocurrido visitar la corte de don Carlos, habría sido por su propia decisión, y jamás bajo órdenes del Gobierno. No había acabado el día en que se produjo tal reunión que Solaro, consciente del monumental lío que estaba creando, y quizá temiendo que las mentiras empezasen a acumulársele y no supiese mantener una única versión del asunto, le diría a Quadrado que el *nombramiento* de Cerruti como cónsul de Barcelona había sido revocado.¹⁸

Volviendo a las instrucciones a Cerruti, este se presentaría ante don Carlos y le dejaría clara la profunda devoción que Carlo Alberto sentía por el pretendiente y su causa, y que bajo ningún concepto se le ocurriría darle consejos ni indicarle cómo debía regir en su reino, sino que eran los prusianos los que en realidad contactaban con él de tal manera.

Los detalles de las reclamaciones que los prusianos, y las que añadieron los sardos por su propia iniciativa, ya han sido tratados en los estudios que hemos ido citando. De forma muy somera,

¹⁸ AHN, 5727, nº 188, despacho de 2 de febrero de 1836. Ver también ROSELLI, *Inghilterra e Regno di Sardegna*, pág. 647; URQUIJO, *Interferencias de las cortes conservadoras*, pág. 603.

Prusia lamentaba que don Carlos no hubiese publicado todavía su programa de Gobierno. En él le recomendaban proclamar la intención de mantener las instituciones provinciales, los fueros y los privilegios de las distintas regiones y localidades, para oponerse con esa, la *auténtica* libertad, a la libertad *simulada*, que ellos llamaban popular, que solo podía llevar a la anarquía, y a una funesta centralización. Según los prusianos, una proclama de esa naturaleza le abriría a don Carlos las puertas de otras provincias más allá de las ocupadas en aquel momento.

Los sardos, por su parte, tenían en vista la *internacionalización* del conflicto, y añadían que el carlismo debería dirigirse también al resto de cortes europeas, reafirmando su derecho al trono y dándoles garantías de moderación. Debía el pretendiente llamar a su corte a una figura de prestigio, que inspirase confianza en los otros estados, y ya de paso, acabase con la "*multitude d'intrigues qui sèment la discorde entre les Chefs et fond croire aux Puissances que le gouvernement de D. Carlos bien loin de s'établir, ne parvient pas même á se former.*" Un tema, el de las rencillas y conflictos en el seno del Gobierno carlista, del que Cerruti tendría que informar pronto, para mal, a sus superiores.

En lo que a su relación con Francia y Gran Bretaña concernía, se le recomendaba que limitase las invectivas que se lanzaban hacia ambos Gobiernos desde los periódicos carlistas, y que empezase a actuar como un jefe de Estado, pensando en los efectos que la conducta política del carlismo en ese momento podría tener en el futuro, cuando hubiese ocupado el trono español.

Finalmente, se refería Solaro a la Inquisición, y al temor que, según él, excitaba a toda Europa, de que a don Carlos se le ocurriese restablecerla. Tal posibilidad la desechaba Solaro como "*un fantôme ou un prétexte qu'on exploite pour soulever des ennemis á ce digne Prince*", pero advertía al pretendiente que no ayudaba nada cuando alguno de sus partidarios realizaban declaraciones en ese sentido que causaban pavor en el resto de Europa.¹⁹

Se le pedía a Cerruti que informase sobre las ideas de don Carlos y sobre la impresión que le produjesen los mensajes que le transmitiría. También convenía que les escribiese sobre el estado del ejército carlista, de sus medios materiales, de la situación en la corte carlista, y de cualquier intento que se hubiese realizado desde las filas carlistas para llegar a algún compromiso con personalidades del partido de la reina.²⁰

¹⁹ De lo fantástica que era tal reclamación nos da prueba la respuesta que dieron los Voluntarios Realistas de Aragón en septiembre de 1833 a la reclamación del Capitán General para que retirasen de sus banderas el lema "¡Viva la Inquisición!": Negativa frontal (*Fastos españoles*, vol. I, pág. 474).

²⁰ Los informes de Cerruti, en URQUIJO, *Interferencias de las cortes conservadoras*, 606-608.

Finalmente, previendo que los carlistas reclamasen, de nuevo, más dinero, o el reconocimiento de la legitimidad de don Carlos, Solaro encomendaba a Cerruti responder que

La Prusse et la Sardaigne ont déjà fourni les sommes que l'état de leurs finances leur ont permis et elles aviseront aux moyens de faire quelques nouveaux sacrifices encore : Quant à la reconnaissance, c'est précisément parce qu'elles désirent d'en approcher l'époque qu'on portait à la connaissance de D Carlos ce qu'à leur avis peut contribuer à son triomphe, et à rapprocher l'époque de cette reconnaissance, qui en sera la conséquence immédiate.

Quadrado seguía, por su parte, tratando de convencer al Gobierno sardo de que era en su mayor interés establecer relaciones formales con el Gobierno español. El 26 de noviembre informaba en un despacho reservado de que, al haber conocido unas declaraciones privadas de Metternich en las que este habría presuntamente dicho que Austria no rompería relaciones con aquellos países que reconocieran a Isabel II, intentó sacar el tema con Solaro, quien rápidamente le cortó, respondiéndole que en ningún caso podría ser Cerdeña el primer país en hacerlo.²¹ Sin embargo, difícilmente podían recomponerse las relaciones en un momento de semejante tensión, especialmente teniendo en cuenta la situación de Portugal, que todavía estaba candente.²²

Quadrado seguía comunicando al Gobierno español que en Cerdeña no ocurría nada que pudiera favorecer a don Carlos. El 24 de diciembre escribía que, ante nuevos rumores de embarcos de armas en Génova, se había dado aviso a Solaro para que los evitase, aunque el encargado de la legación española se mostraba muy escéptico pues, según él, “ni este Gobierno ni sus súbditos tienen armas de que disponer”.²³ Unos pocos días antes había sido el embajador francés el que había alertado igualmente al Gobierno sardo del mismo asunto, un envío de armas y municiones que se estaría preparando desde Génova, a lo que Solaro daba por respuesta que, habiéndose investigado, no se había encontrado ningún rastro de tales actividades.²⁴

A pesar de los esfuerzos de Quadrado, el deterioro de las relaciones diplomáticas del Reino de Cerdeña con el de España no tenía freno. La evidencia de que Carlo Alberto ofrecía no ya santuario y una base de operaciones a los agentes del absolutismo europeo, sino que él mismo participaba tanto en la planificación de dichas operaciones como en su financiación y suministro era innegable. Y cuando la vigilancia de la Cuádruple Alianza se mostraba de tal intensidad que

²¹ AHN, Estado, 5727, despacho nº 142 de 26 de noviembre de 1835.

²² En estas mismas fechas la flota sarda realizaba otra vez preparativos para zarpar desde Génova —lo que causó de nuevo la alarma en el Gobierno español— y Carlo Alberto decía estar preparado para hacer la guerra a Portugal, si era eso lo que querían los portugueses (ROSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 633).

²³ AHN, Estado, 5727, nº 163, despacho de 24 de diciembre de 1835.

²⁴ ASTO, *Lettere ministri spagna* 122, despacho de 19 de diciembre de 1835.

se antojaba prácticamente imposible que ningún embarque de armas se produjese en Génova sin que España fuese inmediatamente informada y las autoridades militares españolas lograsen interceptar de manera casi instantánea muchos de los desembarcos de material de guerra que se producían en las costas de España; no tenía el rey Sardo ningún problema en colaborar con otros monarcas italianos para que fuese desde sus puertos desde los que se llevasen a cabo los envíos de armas sardas hacia Cataluña. En diciembre, Coelho y La Cruz, agentes miguelistas, se presentaron en Génova con nombres falsos y pasaportes para continuar su trayecto a España. Advertidos por el legado español, los franceses pararon a ambos en la frontera, y estos tuvieron que volverse a Roma, de donde procedían.²⁵

A su vez, Sambuy, desde Viena, seguía insistiendo en la necesidad de preparar nuevos envíos monetarios al carlismo. En este caso, aventuraba la posibilidad de que Nápoles reembolsase las sumas ya enviadas por Blacas, de tal manera que se pudiese realizar aún un nuevo envío de un millón de francos. Aunque, como ya hemos dicho, también revelaba haber recibido información de agentes en el cuartel general carlista que le aseguraban que el ejército rebelde había logrado extender su base de operaciones y, por tanto, era más capaz de recoger víveres, pero que seguían teniendo una enorme necesidad de uniformes y calzado para el ejército, y especialmente, de hacer llegar armas a Cataluña.²⁶

Ahuyentada la princesa de Beira de Turín, el Gobierno español no cesó en sus esfuerzos por dificultar el establecimiento de cualquier grupo de carlistas en el reino de Cerdeña, tratando de descabezarlos por cualquier medio. Así, a principios de noviembre llegaba a las manos de Solaro una carta del conde de Toreno, redactada el 22 de junio de 1835 —para entonces todavía era jefe de Gobierno—, reclamando al infante Sebastián su vuelta a España en el plazo de 30 días, retirándosele a él y a su esposa el permiso dado para viajar por Italia. Ya hemos visto las circunstancias algo tumultuosas en las que el infante abandonó Barcelona en 1834, y no parece que se hubiese sobrepuesto a la impresión. Su respuesta fue poner en duda la Pragmática Sanción, no obedecer la orden de la “titulada Reyna Gobernadora”, y añadir a todo ello su opinión personal sobre dicha orden:

para hacerla más humillante e indecorosa solo faltó el que se le señalara también el rumbo con dirección a Barcelona, para ser allí otra vez el objeto de desprecio, amenazas é insultos de su Capitán general Llauder, á quien sin duda

²⁵ AHN, Estado, 5727, despacho de 27 de diciembre de 1835.

²⁶ ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pág. 102.

el haber atropellado, hace un año, á un Ynfante de España, sirvió de mérito para obtener nuevos premios y más estrechas confianzas del Gobierno.²⁷

Las cosas se iban poniendo cada vez mejor para los carlistas en territorio sardo, pues al parecer, además de la colaboración con el mismo Gobierno del reino, también la que establecieron con los refugiados portugueses parecía ir viento en popa, o al menos así parece si atendemos a lo que el cónsul español en Génova escribía en noviembre:

los enemigos de nuestro legítimo Gobierno [...] cuentan con algunos ex oficiales facultativos miguelistas que bajo diferentes disfraces deben introducirse en [...Espana...], los que corresponden a los emigrados en este estado que deberan embarcarse unos, y otros lo an berificado para dicho objeto, y como me aseguran ser Gibraltar la puerta por donde parece an de introducirse²⁸

Solaro seguía con su labor de correo carlista, en este caso, recibiendo de Flórez un paquete en febrero de 1836 que debía hacer llegar a su destinación, de la que no dejaba constancia escrita.²⁹

En diciembre de 1835, los diplomáticos franceses y españoles reclamaban poder inspeccionar el puerto de Génova, desde donde sospechaban que un barco sardo, *L'Impossibile*, estaría cargando armas para desembarcarlas en Gibraltar. En un ejemplo paradigmático de la diplomacia sarda en estos años, Solaro escribió a Des Geneys que permitiese la inspección, y que en caso de que no encontrasen pruebas de tales envíos de armas, debía darle a tal hecho la máxima publicidad posible. En caso de que los franceses y españoles se las arreglasen para encontrar pruebas de ello —dando por hecho, por lo tanto, que tales envíos eran reales—, debía tratar de despistarles todo lo posible para que no tomaran represalias.³⁰

Llegamos así a finales de 1835 con los temores de los aliados europeos del carlismo al exagerado absolutismo del pretendiente y el intento de aquellos de tratar de moderar las posiciones del carlismo con la misión encomendada a Cerruti,³¹ en tanto que los carlistas seguían reclamando el reconocimiento de don Carlos como legítimo monarca español y ayudas materiales para

²⁷ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna 2*, despacho de 3 de noviembre de 1835. No por nada decía tal cosa don Sebastián, pues Llauder había sido nombrado ministro de la guerra poco más tarde de los hechos de 1834, aunque su paso por el Gobierno español fue bastante efímero y, de hecho, poco después de la fecha de redacción de la carta, incluso acabaría dimitiendo de la capitanía general (SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pp. 114-125, 140).

²⁸ AHN, Estado, 8290, reservado de 24 de noviembre de 1835.

²⁹ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna 2*, despacho de 17 de febrero de 1836.

³⁰ LEMMI, *La política estera di Carlo Alberto*, pág. 288.

³¹ URQUIJO, *Interferencias de las cortes conservadoras*, pp. 594-596; PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. III, pág. 461. Ya había demostrado su intransigencia el pretendiente en febrero de 1835, cuando había negado cualquier posibilidad de llegar a un acuerdo con la reina María Cristina mediante un matrimonio entre sus respectivos hijos, algo que habría sido tan del agrado de Francia como de Austria. (*Ibidem*, vol. III, pág. 459). Francia volvería a insistir en esta vía en primavera y verano de 1836, lo que llevaría a Palmerston a acusar al gabinete francés de hacer la política de Austria (EDWARD JONES, *British foreign policy*, pp. 132-133).

seguir la lucha. La respuesta del Gobierno sardo a estas reclamaciones fue que las ayudas materiales se encontraban en el interior de España y que se conquistaban con las armas.³²

La corte carlista se tomó seriamente el aviso, y a principios de 1836 se dedicaba a organizar su administración interior y a tratar de encontrar nuevas fuentes de financiación, en forma de empréstitos, como ya habían intentado en años anteriores. En lo que se refiere a la primera cuestión, en enero de 1836 se decretó la formación de una Junta de gobierno en Cataluña formada por eclesiásticos y nobles, aunque entonces el intento quedaría en un mero deseo, y no sería hasta un año más tarde, y después de muchas vicisitudes —en las que el Reino de Cerdeña desempeñaría un papel protagonista—, cuando finalmente dicha Junta lograra establecerse en Cataluña.³³ Sobre los empréstitos carlistas, en enero de 1836 se negociaba en Londres uno nuevo, en el que participó el banquero francés Gabriel-Julien Ouvrard, un negociante que encontró la fortuna durante la restauración de Luis XVIII, pero acabó arruinado y negociando desde Londres fallidos empréstitos con varios pretendientes europeos. Carlo Alberto y el Gobierno sardo se implicaron con gran entusiasmo en el proyecto, invirtiendo dinero y sobre todo publicitándolo por toda Europa.³⁴

En España llegaban señales de que efectivamente el carlismo estaba recuperando el impulso gracias al Gobierno sardo. El cónsul español en Perpiñán informaba al capitán general de Cataluña que se encontraban en Génova 20.000 fusiles para el ejército carlista que al no haber

³² SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pp. 65-67.

³³ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. III, pág. 28. De hecho, ya se había intentado formar una junta catalana en septiembre de 1834, que acabó disolviéndose al no poder encontrar una localidad en la que establecerse. En mayo de 1836, se volvería a realizar un nuevo intento, que acabó igual que el de 1834 (IZQUIERDO, *La Subdelegación Apostólica*, pág. 271).

³⁴ BIANCHI, *Storia documentata*, vol. IV, pp. 123-124, ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 649. Unos meses más tarde, a la vista del resultado del empréstito, Carlo Alberto escribiría a Francisco de Módena describiendo todo el negocio como “*une espèce d’assassinat*” del que sólo sacaban provecho los banqueros (LEMMI, *La política estera di Carlo Alberto*, pág. 282). El empréstito no sería anulado por don Carlos hasta abril de 1837 (*Resúmen histórico de la campaña sostenida en el territorio vasco-navarro de D. Carlos María Isidro de Borbón de 1833 a 1839 é impugnación del libro que sale a la luz con el título de Vindicación del general Maroto*, Madrid, José C. de la Peña, 2 vols. 1846-1847, vol II pág. 91. PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. IV, pp. 669-671). Philip E. MOSELY achaca buena parte de la responsabilidad del fracaso del empréstito Ouvrard a la familia Rothschild, quien habría evitado que fuese aceptado en la Bolsa de París (*Intervention and Nonintervention in Spain*, pág. 205). Los Rothschild habían invertido fuertemente en España (LÓPEZ MORELL, Miguel Ángel, *La Casa Rothschild en España (1812-1941)*, Madrid, Marcial Pons, 2005, pág. 61 y ss.), y no estaban dispuestos a perder dichas inversiones, lo que les llevó a financiar el esfuerzo de guerra del Gobierno español, muy a pesar del embajador austríaco en París, que informaba a Metternich que sin los Rothschild María Cristina se habría encontrado en bancarrota hacía ya tiempo (APPONYI, Rudolf, *Ving-cinq ans a Paris (1826-1850)*. *Journal du Comte ... attaché de l’ambassade d’Autriche á Paris*, Paris, Plon-Nourrit, 4 vols. 1913-1926, vol. III pp. 234-235). Tampoco los carlistas se lo tomaron demasiado bien: en verano de 1836 se produciría la expedición carlista de Gómez, que atravesó la península de arriba abajo, y que aprovechó la toma de Almadén para saquear las minas, que explotaban justamente los Rothschild (SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pág. 243).

sido pagados eran ofrecidos al Gobierno español por si estaba interesado.³⁵ El 31 de diciembre de 1835 se había publicado en el periódico *El Español* un artículo dedicado a la política sarda, en el que se decía que Carlo Alberto habría enviado a Töplitz un *memorandum* defendiendo a don Carlos y se advertía Cerdeña estaría preparando una expedición militar contra España.³⁶ Finalmente, en estos mismos días se empezaba ya a gestar la crisis diplomática del Gobierno español con las potencias absolutistas. El Gobierno austríaco rechazaba reconocer al representante español en su corte, y ante la posibilidad de que el español respondiese expulsando al embajador austriaco en Madrid, Solaro ordenaba a San Martino que no abandonase inmediatamente Madrid, sino que actuase en todo momento imitando a los embajadores de Prusia y Rusia.³⁷

En la corta carlista, la alegría con la que se recibió a Cerruti se desinfló considerablemente nada más llegar este, cuando se hizo evidente que “el buen amigo”, don Carlos, creía que “la joven persona”, Cerruti, le había traído una buena dote, cuando en realidad no le había traído ni un real.³⁸ Aun así, tres días más tarde, *Frédéric* —de nuevo Cerruti, inmerso en un mar de nombres falsos— informó de un encuentro muy positivo con el pretendiente

La jeune personne a vu son ami : elle a été reçue avec une effusion de cœur irréprimible, et avec des sentiments très-marqués de joie et de plaisir. Elle lui a exprimé ceux de Sa Famille et lui a fait connaître toute l'étendue du véritable attachement, que de ce côté on a pour Lui. Son ami a été on ne peut plus reconnaissant á la preuve manifeste de ces sentiments qu'on vient de lui donner : Il a écouté tout ce que la jeune personne lui a dit, et il est parfaitement entré dans toutes les idées qu'Elle lui a expliquées. Enfin Elle est contente au-delá de tout ce qu'on peut imaginer, et Elle espère qu'Elle aura le bonheur de satisfaire á toute la Famille, qui l'a choisie pour être l'intermédiaire de ses sentiments auprès de son excellent ami.³⁹

³⁵ *Ibidem*, pp. 225-226. El embajador sardo en Londres alertaba de la falta de secreto de los envíos de armas desde territorio sardo, pues los mismos carlistas se dedicaban a ir contándoselo a todo el mundo (LEMMI, *La politica estera di Carlo Alberto*, pp. 287-288). Los comerciantes genoveses ya empezaban a mostrar su preocupación por los efectos que el conflicto con España pudiese tener en el comercio, y en lo que podría pasar si dicho conflicto se recrudecía aún más (ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pp. 647-648).

³⁶ *El Español*, diario de las doctrinas y de los intereses sociales, nº 61, 31 de diciembre de 1835. Solaro recibió una copia del mismo en el siguiente correo del embajador sardo en Madrid (ASTO, *Lettere ministri Spagna* 114, despacho de 1 de enero de 1836).

³⁷ URQUIJO, *Hacia la ruptura de las relaciones*, pág. 170. El 2 de enero, Metternich había enviado un despacho a su embajador en París dándole órdenes para que, en caso de fuga o derrocamiento de María Cristina y de su Gobierno, y siempre después de haber recibido órdenes de Metternich, se dirigiese al Gobierno francés acompañado de los embajadores ruso y prusiano para comunicarle el reconocimiento de don Carlos (*Mémoires documents et écrits divers*, vol. VI, pp. 133-134).

³⁸ ASTO, *Missioni diplomatiche speciale e temporarie* 3, despacho de 24 de diciembre de 1835.

³⁹ *Ibidem*, despacho de 27 de diciembre de 1835.

Las buenas sensaciones le duraron más bien poco a la “joven persona”. Aunque el “buen amigo” parece que no tuvo excesivos problemas con el *memorándum* que le habían hecho llegar, no ocurrió lo mismo cuando este pasó a quien Cerruti llamó su *ayudante*, que según el italiano “*n’aime pas les modes étrangères*” y no únicamente no compartió para nada la opinión de su jefe, sino que lo convenció de no embarcarse en peligrosas innovaciones que no solamente no le serían de ninguna ayuda, sino que podrían llegar a arruinarlo. Ante el derrumbe tan súbito de su misión, Cerruti se confesó “*fort embarrassée, ne sachant pas comment faire usage de son schall [el memorándum] sans déplaire á son ami*”.⁴⁰

Unos pocos días después reiteraba que la influencia del “ayudante” sobre su jefe y su cerrazón ante cualquier intento de moderación, dejaban a Cerruti muy poco margen para tratar de reconducir la situación y convencer a don Carlos de atender a las indicaciones prusianas y sardas. Al fin y al cabo, parecía pensar el “ayudante”, si no le traían dinero, a santo de qué venía traerles recomendaciones sobre cómo gobernar el país:

*La jeune personne voit bien qu’un des motifs pour les quels le Commis s’est si vivement déclaré contre elle, c’est parce qu’elle n’a pu apporter de Dote ; Comme il y comptait, il espérait par lá pouvoir arranger les affaires de Son maître ; se voyant détrompé il a froidement accueilli les propositions qu’on a faites á Son principal, et il a repoussé tout ce que la jeune personne a présenté.*⁴¹

Todo ello se producía en un contexto de continuas luchas intestinas en el poder carlista, que llevan a Cerruti a enviar un cifrado exponiendo de manera bastante palmaria la situación en la que se encontraban los asuntos en el cuartel general carlista: “*Gli intrighi di questa Corte hanno preso un aspetto assai serio; fra breve avravvi totale cambiamento di ministero.*”⁴²

La misión, al menos en lo que a conseguir una proclama moderada por parte del pretendiente que le atrajese mayores apoyos entre las cortes europeas, era un rotundo fracaso. Unas semanas después de todo el asunto, Cerruti iniciaba su vuelta a Cerdeña, y no parecía hacerlo de muy buen humor:

⁴⁰ *Ibidem*, despacho de 3 de enero de 1836, URQUIJO, *Interferencias de las cortes conservadoras*, pág. 604.

⁴¹ *Ibidem*, despacho de 12 de enero de 1836.

⁴² *Ibidem*, despacho cifrado de 17 de enero de 1836. El cambio de ministerio del que habla Cerruti se verificaría en abril, cuando se nombraría como *ministro universal* a Juan Bautista Erro. Una de las primeras víctimas del cambio fue justamente Cruz Mayor, que se vio sustituido al frente del despacho de Estado carlista por Wenceslao Sierra y fue obligado a salir de Navarra en *comisión*, en realidad un exilio al haber perdido la guerra interna por el favor del pretendiente (PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. III, pp. 444-445, 448, 464). Cruz Mayor acabó recalando en Niza, como nos confirma el mismo SOLARO DELLA MARGARITA: “*Il sig. Cruzmayor, che sosteneva fin da principio le funzioni di Segretario di Stato cadde in disgrazia, dovette anzi fuggire dal Quartiere Reale e ricoverarsi in Nizza, ove il Re Carlo Alberto gli diede una pensione.*” (Memorandum, pág. 87).

J'ai reçu le billet qui m'a été adressé et dans deux jours je me mettrai en route ; [...] J'ai beaucoup de choses à dire ; elles ne seront pas agréables ni satisfaisantes ; les affaires de la maison ne sont pas bien ; toutes les opérations restent sans bénéfice à cause des entrantes qu'elles rencontrent dans une concurrence occulte, qui prend le dessus et qui bientôt s'emparera de toute la place.⁴³

Ya en Turín, en marzo, Cerruti trataría de aclarar un poco el asunto para que Solaro pudiera entender qué es lo que en realidad ocurrió en la corte carlista. Al parecer, al llegar a Oñate, se presentó en primer lugar ante Carlos Cruz Mayor, quien esa misma noche lo presentó a don Carlos. Cerruti comunicó al pretendiente que Carlo Alberto deseaba contribuir eficazmente a la causa carlista tanto mediante dinero, que le enviaba directamente, como de otros elementos, que le procuraba por mediación de las cortes de las potencias aliadas. Después de eso, le hizo entrega a don Carlos de la comunicación que le había traído y el pretendiente le encargó a Cruz Mayor la responsabilidad de ocuparse del tema, de lo que se extrae que posiblemente sea este el *ayudante* que finalmente acabó disuadiendo a don Carlos de atender a las razones de los prusianos que Solaro le hacía llegar.⁴⁴ Poco después volvería a partir Cerruti hacia el sur de Francia, pues había sido nombrado cónsul sardo en Lyon, y al mismo tiempo iba a actuar como coordinador de la red de agentes y correos que debían enlazar el cuartel general del carlismo con la corte de Turín.

El 20 de enero de 1836, el Ministro de Exteriores sardo convocaba a Quadrado para expresarle su protesta por el hecho de que los *rumores* sobre cargamentos de armas, municiones y suministros de guerra que se preparaban presuntamente en Génova con destino a las tropas carlistas estaban causando que el capitán general de Cataluña, Mina, exigiese revisar todos y cada uno de los barcos sardos que se acercaban a las costas catalanas, lo cual era visto por Solaro como una agresión y una descortesía intolerable hacia el Reino de Cerdeña. Quadrado se mostraba convencido de que lo que realmente preocupa a Solaro era que al Gobierno español le diese por empezar a interceptar el contrabando genovés que se dirigía a Gibraltar, lo cual podría causar, y de hecho lo estaba causando ya, una ola de protestas genovesas de consecuencias funestas para el Gobierno sardo. El día anterior, Quadrado había respondido a una petición por parte del Gobierno español de información sobre los movimientos de la flota sarda, que él confirmó había salido de Génova en dirección a Livorno y luego vuelto a su puerto de origen, sin acercarse en ningún momento a la costa española, pues sus órdenes se lo

⁴³ ASTO, *Missioni diplomatiche speciale e temporarie* 3, despacho de 26 de enero de 1836.

⁴⁴ *Ibidem*, despacho de 12 de marzo de 1836.

prohibían expresamente.⁴⁵ La situación era, por tanto, extremadamente volátil, y con personajes como Solaro y Carlo Alberto implicados en ella, se corría el riesgo de que cualquier movimiento pudiese ser malinterpretado y causase una ruptura violenta entre ambos estados. Julián Villalba, subsecretario del Ministerio de Estado de España, llamaba a consultas a San Martino para pedirle explicaciones sobre unos artículos aparecidos en el periódico *El Grito de Cartagena* referidos a los preparativos sardos para enviar armas y municiones a los carlistas catalanes, lo que el embajador sardo por supuesto negó.⁴⁶

⁴⁵ AHN, Estado, 5727, nº 176, despacho de 19 de enero de 1836; nº 179, despacho de 20 de enero de 1836.

⁴⁶ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 114, despacho de 25 de enero de 1836. Ante la protesta de San Martino, Villalba conminó al periódico a retirar el artículo (*Ibidem*, despacho de 4 de febrero de 1836).

3.2. Los sardos, a la espera de su oportunidad (febrero-mayo 1836)

Paralelo al aumento de la tensión entre España y Cerdeña, encontramos el aumento de la colaboración del Gobierno sardo con los agentes carlistas en el Piamonte. Solaro seguía con su labor de correo carlista, en este caso, recibiendo de Flórez un paquete en febrero de 1836 que debía hacer llegar a su destinación, de la que no dejaba constancia escrita.¹ Y el gobernador de Niza informaba de que, siguiendo las órdenes de Solaro:

je me suis empressé d'appeler le jeune fils du général Guergué, et á qui j'ai moi-même consigné en propres mains les cent livres pour votre compte que vous m'avez chargé de lui remettre [...] et en même temps j'ai fait connaitre á Madame la Comtessa Torres Matallana et au P. Negretti qui se chargent d'en avoir soin tant qu'il restera dans cette ville et qu'on lui cherchera les moyens de rejoindre son estimable père.²

En marzo, el mismo gobernador escribiría de nuevo a Solaro, diciéndole que el joven Guergué,³ bajo el falso nombre de Guerra, había solicitado pasaporte para entrar en Francia pero que, disuadido de intentar esa vía, pensaba ahora ir a Génova desde donde quería embarcarse o bien en un contrabandista hacia España, o bien en un barco de pasajeros hacia Inglaterra donde esperaba reunirse con su madre. El gobernador le facilitaría un pasaporte a nombre de Francesco Palazzo, negociante español, hasta Génova, dónde debería substituirlo por uno nuevo para el destino que hubiera elegido.⁴

El escenario internacional, desde luego, parecía favorecer de nuevo las aspiraciones carlistas y sardas, lo que explica en parte que Carlo Alberto se sintiese cada vez más libre para realizar acciones más abiertas de apoyo a don Carlos. La llegada de Mendizábal al Gobierno había sido recibida con enorme satisfacción por el británico, por considerar a Mendizábal favorable a sus intereses, y con tremendo disgusto por el francés, exactamente por la razón opuesta. Todo ello favoreció que Palmerston se inclinase por una intervención directa en España —tanto por su mayor cercanía con Mendizábal, como para destacar la falta de compromiso francés con España en caso que el gobierno de París se negase a dicha intervención—, y que se iniciasen negociaciones comerciales entre ambos países para tratar de mejorar el lamentable estado del

¹ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna 2*, despacho de 17 de febrero de 1836.

² ASTO, *Polizia miscellanea 1*, despacho de 22 de febrero de 1836.

³ Su padre, el general carlista Juan Antonio Guergué, lideró la primera expedición carlista hacia Cataluña poco después de Mendigorriá (SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pp. 194-200). Su actuación en Cataluña no gustó a algunos sectores influyentes del carlismo y acabó relegado a un segundo plano (LASSALA, Manuel, *Historia política del partido carlista, de sus divisiones, de su gobierno, de sus ideas y del convenio de Vergara, con noticias biográficas que dan a conocer cuáles han sido don Carlos, sus generales, sus favoritos y principales ministros*. Madrid, Viuda de Jordán e hijos, 1841, pp. 47, 57).

⁴ *Ibidem*, despacho de 7 de marzo de 1836. Y aún en abril pediría permiso para pagar a Montenegro las cantidades que había recibido de Solaro como subsidio, pago que se repetiría en junio (*Ibidem*, despacho de 16 de abril de 1836, despacho de 23 de junio de 1836).

Tesoro español.⁵ Desgraciadamente, todo el plan se fue al traste cuando María Cristina, que no deseaba que Mendizábal se afianzase en el Gobierno con lo que sería un gran éxito diplomático y económico, filtró las negociaciones al Gobierno francés. Este protestó de tal manera ante Gran Bretaña que se tuvo que suspender toda negociación.⁶

En febrero de 1836 caía el Gobierno francés del duque de Broglie, quien se veía substituido por Adolphe Thiers, que era incluso más adverso que el anterior a los intereses británicos, y más propenso a buscar un acuerdo con Austria para poner fin a la guerra en España y garantizar el mantenimiento de los intereses franceses en la Península.⁷ La porosidad de la frontera francesa y la facilidad con la que los carlistas obtenían suministros a través de ella fue siempre proporcional al disgusto que el Gobierno francés sentía con el español, con lo que, en los primeros meses de 1836, sería esta una vía muy importante por la que los carlistas recibirán ayudas de todo tipo.

Con semejante panorama, cualquier incidente podía volver a precipitar a las cortes de Madrid y Turín hacia la ruptura, y así ocurrió a finales de abril de 1836, cuando se arrestó en Rosas a Jean-André Vallebona, comandante del bergantín sardo *Impossibile* —uno de los dos barcos que en diciembre de 1835 habían sido señalados como sospechosos de transportar suministros para los carlistas—, que provenía de Génova y se dirigía a Gibraltar.⁸ Solaro convocó inmediatamente a Quadrado para protestar tanto por el *Impossibile* como por el decomiso de dos barcos sardos en Málaga que, decía, transportaban grano y “según pretende sin ningún género de contrabando”.⁹ Los inspectores de aduanas de Cataluña avisaron a los capitanes sardos de que las inspecciones de sus barcos empezarán a ser muy rigurosas pues “los buques sardos eran muy sospechosos”. A Vallebona se le acusaba de colaborar con los miguelistas de Génova para transportar a Gibraltar ayudas a los carlistas, lo que el encargado del consulado sardo en Barcelona —no se había nombrado a uno nuevo después de la marcha de Ponti, a menos que consideremos como tal el casi nombramiento de Cerruti— había logrado saber solo siete días

⁵ BECKER, *España e Inglaterra*, pág. 81.

⁶ EDWARD JONES, *British foreign policy*, pp. 116-117.

⁷ BULLEN, *France and the Problem of Intervention*, pp. 385-389. Metternich engañaría a Thiers desde el primer momento, con el único interés de separar a Francia de Gran Bretaña, lo que acabaría llevando a la caída del Gobierno francés.

⁸ ASTO, *Consolati nazionali Barcellona 4*, despacho de 1 de marzo de 1836. En los mismos días se informaba de la llegada a Livorno de 10 carlistas en un bergantín toscano, que se habían escapado del cautiverio, probablemente del barco *Lancero*, vía Gibraltar (AHN, Estado, 8325, despacho nº 5 de 2 de marzo de 1836).

⁹ AHN, Estado, 5727, despacho nº 211 de 13 de marzo de 1836.

después de la detención, lo que llevó al diplomático sardo a protestar ante las autoridades inglesas, porque el capitán general de Cataluña no había podido recibirlo.¹⁰

A Solaro le causó un nuevo disgusto el nombramiento, en febrero, de Agustín de Letamendi como cónsul español en Génova, a quien el ministro sardo consideraba un liberal exaltado.¹¹ Tal preocupación despertó su nombramiento que nada más llegar Solaro convocó a Letamendi a una reunión en la que le confesó el temor a su llegada por pertenecer el nuevo cónsul “al partido liberal exaltado, y que mis opiniones políticas se hallaban en armonía con las de los hombres del movimiento”. Letamendi le respondió asegurándole que no se produciría ninguna injerencia en la política interna sarda por su parte. Solaro trató a su vez de despistar al diplomático español a base de mentiras, asegurándole que el reino de Cerdeña “de ningún modo auxiliaría á los partidarios del pretendiente Don Carlos, porque ni podía formar parte de su política con respecto á otras naciones, ni tenía á su mano los medios materiales para verificarlo”.¹²

Por si lo ocurrido hasta entonces fuera poco, Sambuy escribía a Solaro desde Viena lamentándose de que Metternich estaba dispuesto a aportar grandes cantidades para apoyar a don Carlos, pero que su mayor opositor en el Gobierno austríaco, Franz Kolowrat, que era quien controlaba el Tesoro del emperador, se oponía frontalmente a tales aventuras. También el rey de Holanda estaba dispuesto a prestar dinero a don Carlos, pero bajo la condición de que se mantuviesen las ayudas bajo total secreto, y de que las potencias absolutistas garantizaran las cantidades que prestaría al carlismo. Ni lo uno ni lo otro podía ser garantizado con seguridad.¹³

¹⁰ ASTO, *Consolati nazionali Barcellona 4*, despacho de 15 de marzo de 1836. Las protestas del agente sardo llegaron a tal punto que confesaría ser “très-mal accueilli” por las autoridades españolas (*Ibidem*, despacho de 12 de abril de 1836).

¹¹ AHN, Estado, 5727, despacho nº 200 de 18 de febrero de 1836, URQUIJO, *Hacia la ruptura de las relaciones*, pp. 202-205. Ver también FERNÁNDEZ, María Antonia, *Agustín de Letamendi. Político y periodista en la España liberal (1793-1854)*, Lérida, Milenio, 1999. A Letamendi lo hemos visto ya en 1834 en Gibraltar.

¹² AHN, Estado, 8290, despacho nº 1 de 23 de marzo de 1836. Para que no hubiera ningún malentendido con la llegada del nuevo cónsul, Solaro escribiría al guarda sellos de Carlo Alberto para reiterar que no se debía conceder el *exequatur* a los cónsules españoles ni portugueses, solo permitirles realizar sus funciones con carácter temporal (ASTO, *Consolati Esteri A-B*, 5, despacho de 19 de abril de 1836). Los conflictos entre Solaro y Letamendi serían bastante sonados, como ocurriría en agosto de 1836, cuando tras la muerte de María Antonia Godoy, marquesa de Branciforte, en Génova, Letamendi trataría de tomar posesión de sus efectos personales —sus joyas, según la versión de Solaro—, y se vería impedido de ello por la policía sarda. Solaro protestó que Letamendi no se había comportado con la debida honestidad, y advirtió a San Martino de que el cónsul español podía informar a Madrid con una versión inexacta de los hechos, que convenía que el embajador sardo corrigiese (ASTO, *Lettere ministri Spagna* 122, despacho de 6 de agosto de 1836).

¹³ ALBERTI, *La politica estera del Piemonte*, vol. I, pp. 117-118. En abril fracasarían las gestiones en Viena del duque de Blacas para tratar de sacar adelante el préstamo holandés, y otro del duque de Módena (*Ibidem*, pp. 151-152).

También en marzo de 1836 llegaban a Livorno 22 carlistas procedentes de Malta, cuyo gobernador “además de haberles socorrido mientras permanecieron en aquella isla, les proporcionó pasaje hasta este puerto”, donde se unieron a los que habían llegado poco antes y trataron de pasar a Génova y Marsella, sin éxito, para acabar embarcándose para Civitavecchia.¹⁴ Seguramente eran estos carlistas prisioneros que se habían fugado del *Lancero* en verano de 1835, y que ahora, con la colaboración de las autoridades británicas, ya fuese las de Gibraltar ya las de Malta, iban llegando a territorio italiano y tratando de dirigirse hacia el norte, cruzar la frontera francesa y reincorporarse al ejército carlista.

La tensión con España dará un nuevo salto antes de que finalice marzo, cuando Solaro amenazará con declarar como inseguro el comercio genovés con España.¹⁵ Una explicación del porqué de este incremento repentino de la agresividad sarda nos lo da Quadrado, cuando informa a Madrid de que

Esta circunstancia ha ocurrido en los momentos en que el conde de la Margarita se encuentra más vacilante en su puesto; el partido de la Propaganda no cesa de trabajar para que el Rey Carlos Alberto remplace sus ministros con otros más decididos por sus ideas; y al que se ataca con más violencia es al mismo Conde; se le acusa de apático, de partidario de los liberales que apellidan enemigos del trono, y no se extrañará que se verifique un cambio en el ministerio.¹⁶

De nuevo, que los sectores más ultramontanos de la corte turinesa viesan a Solaro —y puede que no sólo a él— como demasiado flojo y permisivo con el liberalismo parece muy creíble, no lo resulta tanto que Carlo Alberto planease desembarazarse de Solaro. Más verosímil parece algo que empezaba a oírse ya en los mentideros de toda Europa: que la política exterior de Cerdeña no la decidía desde luego Solaro,¹⁷ pero tampoco, estrictamente, Carlo Alberto, sino que era la corte de Turín la que, mediante presiones al rey, inclinaba a este hacia un lado o hacia el otro.¹⁸ De ahí que, siendo Carlo Alberto de carácter débil, en muchas ocasiones se viese forzado a tomar decisiones de difícil sensatez, pues era evidente que el resultado no podía ser

¹⁴ AHN, Estado, 8325, despacho nº 6 de 25 de marzo de 1836. El 2 de abril el mismo cónsul informaría que los carlistas estaban en Civitavecchia, donde el Gobierno pontificio los habría alojado en barracas y les concedería sueldos de soldados romanos, mientras planeaban dirigirse a España vía Génova. Estaban esperando solamente los pasaportes que los agentes carlistas de Roma les estaban procurando a ellos, y a otros soldados carlistas provenientes de Milán (*Ibidem*, despacho nº 7 de 2 de abril de 1836).

¹⁵ ASTO, *Lettere ministri spagna* 122, nº 585 7 de abril de 1836. También intentará sin resultado que el Gobierno británico haga otro tanto (ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 649).

¹⁶ AHN, Estado, 5727, despacho nº 216 de 31 de marzo de 1836.

¹⁷ Él mismo, años después, se presentaría como mero ejecutor de las órdenes del rey (SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pág. 62).

¹⁸ ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 663-664.

otro que un enfrentamiento frontal con España —y puede que con sus aliados— que Cerdeña difícilmente podía permitirse.¹⁹

En el mismo despacho de Quadrado se aclaraban las circunstancias del arresto del *Impossibile*, y de la prolongación de su retención. Al parecer, se había producido un acercamiento a la costa de las partidas carlistas al tiempo que se detectó el barco sardo, lo que aumentó las sospechas del capitán general, que optó por arrestarlo y enviarlo a Barcelona donde fue registrado dos veces sin que se detectase nada anormal. Pero la población de la ciudad, soliviantada ante los rumores de la próxima libertad del barco —y que con los antecedentes que hemos ido viendo tenía buenos motivos para mostrar su ira hacia el reino de Cerdeña— y que ya había jugado un importante papel en el encarcelamiento de Ponti, había amenazado al general que substituía al capitán general en Barcelona con darle el mismo trato que le dieron al general Bassa si lo dejaba libre.²⁰ De ahí todo el lío.

Una vez más, a mayor tensión con España, se producía un nuevo incremento de las actividades de los agentes carlistas en Cerdeña, y mayor colaboración encontraban estos en el Gobierno sardo. En abril, Flórez comunicará a Solaro la próxima llegada de un tal Juan Miranda Taschera, aunque más tarde le advertirá sobre dicho sujeto, “el cual se decía en Roma Capitán de Voluntarios Realistas, pero se supo que era un bribón, y aún se sospecha que haya servido en la Legión de Argel”.²¹ A finales de abril, era Letamendi el que informaba del paso por la ciudad de Francisco de la Torre, mariscal de campo del ejército carlista, y de otros dos carlistas, un mes y medio antes, con pasaporte expedido por el cónsul sardo en Marsella, y que ahora volvía a Génova desde Roma.²² Esos mismos días, escribían a Solaro, desde Turín, los hermanos Jacinto y Francisco Buniva, firmando como militares carlistas:

á los 14 de Julio último hizo que una fuerza enemiga superior les forzase á tomar asilo dentro de los límites de la Francia, y que el gobierno de esta nación les mandase internar hasta Blois [...] los esponentes, siempre activos para trabajar por el legítimo Soberano, presentaron y justificaron á dicho gobierno tener que arreglar algunos asuntos de familia en Turino, de donde son oriundos, y así han alcanzado un pasaporte para trasladarse libremente á esta Capital [...los susodichos] se honran con confesar francamente que los deseos de poner sus pies dentro de los dominios de V. Magd. No son otros que burlar (en cierto modo) las disposiciones de injusta opresión del gobierno Francés, acogerse bajo

¹⁹ De nuevo SOLARO DELLA MARGARITA, liberado ya de las obligaciones de mentir al haber dejado el ministerio, confesaría que España tenía muy buenas razones para enfrentarse a Cerdeña, y que todavía no comprendía cómo se evitó que España les declarase la guerra (*Memorandum*, pp. 63-64).

²⁰ Pedro Bassa se había dirigido a Barcelona en agosto de 1835 para tratar de atajar los altercados en la ciudad, donde fue asesinado y arrastrado por las calles (SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pp. 161-168).

²¹ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 5 de abril de 1835, despacho de 22 de abril de 1836.

²² AHN, Estado, 8290, despacho nº 4 de 29 de abril de 1836.

los amigables auspicios y benevolencia de Vuestra Magestad á fin de poderse trasladar lo más pronto posible á España para continuar la defensa de la causa de su legítimo Rey y Señor, y de la Religión Católica tan atrozmente atacados por la facción rebolucionaria, y al mismo tiempo para poder des de Turino dirigir con seguridad algunos asuntos del mayor interés por la causa de su Rey y Señor, á su alteza Real el Serenísimo señor Príncipe Heredero de España, ó Alteza Real la Serenísima Princesa de Beyra donde se hallen.²³

No sabemos hasta qué punto pudiese ser verídico lo que exponían estos elementos, pues como ya hemos visto, la enorme afluencia de exiliados que eran recibidos por el Gobierno sardo con la bolsa bien presta,²⁴ atrajo a todo tipo de personajes indeseables, o al menos indeseables para Flórez, que buscaban beneficiarse de la generosidad sarda. Sin embargo, la realidad es que en junio de ese mismo año los dos Buniva escribirían a Solaro para responder a ciertas “calumnias” que alguien, al parecer, había enviado a Solaro para atacarles, y también para solicitarle “limosna” con la que se les permitiese recorrer las 200 leguas que les faltaban cubrir para llegar al puerto donde se dirigían, sin dar excesivos detalles.²⁵

Los soldados fugados del *Lancero* seguían llegando también a Italia por grupos. Por supuesto, los agentes carlistas no solamente estaban al tanto de las correrías de los soldados, sino que estaban tirando de sus contactos entre los gobiernos italianos para tratar de garantizar que se les concedería el paso hacia España. El mismo abril de 1836, Flórez escribió a Solaro un despacho en el que le informaba de la situación y le pedía que tomase cartas en el asunto:

Hace algún tiempo que tuve el honor de hablar á V. E. acerca de la probabilidad que había de que llegase á Génova un cierto número de Españoles que por su adhesión á la justa causa de su Augusto Soberano habían sido condenados por el gobierno usurpador de Madrid á la deportación para La Habana, los cuales lograron apoderarse del buque que los conducía á su destierro, y se refugiaron á Gibraltar de donde el gobierno Yngles los había hecho salir. Creo oportuno pasar á manos de V. E. copia de un oficio que el Excelentísimo è Ilustrísimo Obispo de León me anunciaba la salida de aquellos Españoles de Gibraltar y una nota de sus nombres y empleos; y V. E., en vista de mis instancias se sirvió decirme, que en el caso de que dichos individuos se presentaren en los Estados de S. M. Sarda serían tratados con las consideraciones que todo Español fiel á sus deberes se merece. [...] habiendo recibido un oficio del Encargado de negocios de S. M. Católica en Roma [...] en que me dice las dificultades que se presentan para que parte de los Españoles en cuestión puedan continuar su viaje [...] me veo obligado á reclamar de la bondad de V. E. el particular obsequio de que se sirva tomar en consideración este asunto [...] a fin de que estos leales

²³ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna 2*, despacho de 30 de abril de 1836.

²⁴ “...ben accolti gli Spagnuoli che fuggivano le sventure della guerra civile, e riparavano di preferenza in questa terra ospitale ove erano certi di trovare quella simpatia d'affetti, più pregievoli assai dell'obolo col quale si soccorreva la loro nobile e generosa indigenza.” El mismo Solaro decía que “Le liberalità però non furono grandi”, lo que no parece demasiado verosímil, viendo los esfuerzos que los sardos hicieron para socorrer a los carlistas (SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pág. 120).

²⁵ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna 2*, despacho de 16 de junio de 1836.

Españoles [...] sean atendidos y socorridos del modo que exige su deplorable situación y que puedan conseguir también los medios de seguir su viaje a España.

Y le adjuntaba un oficio de fines de marzo de Paulino Ramírez de la Piscina,²⁶ desde Roma, en el que le aclaraba el porqué de la ida de 27 soldados y 5 oficiales del *Lancero* a Livorno, así como su posterior salida de la ciudad sin haber podido proseguir su viaje hasta España:

el Cónsul Sardo en Liorna no quiso visarles el pasaporte para aquel Puerto [Génova] y han tenido que venirse pa Civitavecchia en donde este Gobierno al instante que yo le he informado de la fidelidad, valor y demás circunstancias de estos desgraciados, les hace suministrar el alojamiento y víveres necesarios. [...] es preciso que vayan á Génova en donde, me aseguran algunos Catalanes que hay aquí que podrán embarcarse para Cataluña.

Espero pues que V. S. obtenga de ese Gobierno dos cosas, la primera que dé orden al Cónsul de S. M. Sarda en Civitavecchia ó al Ministro en Roma para que visen sus pasaportes para Génova, y la segunda, que cuando lleguen á aquel Puerto los auxilie con lo necesario para vivir hasta que puedan marchar á Cataluña ó Navarra.

Añadía Flórez un segundo adjunto, una lista que el teniente Ramón de Horta había hecho de los 32 carlistas que esperaban en Civitavecchia para poder ir a Génova.²⁷

Antes de que terminase el mes hubo tiempo para que Solaro recibiese buenas noticias: el affaire del *Impossibile* parecía llegar a su fin con la libertad de su capitán, y se esperaba que el barco pudiese partir pronto en dirección a Gibraltar.²⁸ Cuando San Martino acudió a pedir explicaciones a Villalba, ya en mayo, este calificó la captura del *Impossibile* como una “insigne tropelía”. El embajador sardo le reclamó reparaciones inmediatas, y se quejó de las “*manières peu courtoises du Capitaine Général á Barcelonne envers Mr. Ferret*” —el encargado del consulado sardo—. San Martino estaba convencido de que el Gobierno español cedería sin demasiado insistencia, ya que el embajador francés le confesaba haber recibido órdenes de Thiers para solucionar el tema lo antes posible.²⁹ Colearía sin embargo hasta junio, cuando Quadrado hizo llegar a Solaro una carta del presidente del Consejo de ministros español donde reconocería que no se había encontrado nada en el barco, a lo que Solaro aprovechaba para protestar la inocencia de su Gobierno y respondería que el de Madrid debería tener más cuidado

²⁶ Diplomático carlista que llegaría a ser Secretario de Estado del último gobierno carlista de Maroto (*Resúmen histórico de la campaña sostenida en el territorio vasco-navarro*, vol. II, pág. 248).

²⁷ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 5 de abril de 1836.

²⁸ ASTO, *Consolati Nazionali Barcellona* 4, despacho de 21 de abril de 1836. El encargado del consulado sardo, sin embargo, pedía a Solaro que no dejase el tema, y que reclamase reparaciones al Gobierno español. Quadrado recibiría noticia de la liberación del barco unos días más tarde (AHN, Estado, 5727, despacho nº 227 de 3 de mayo de 1836).

²⁹ ASTO, *Lettere ministri* 114, despacho de 2 de mayo de 1836.

con “*certain individus malveillants qui croient de servir leur cause en répandant des faussetés*”.³⁰ Y aún todavía en julio, cuando sería el Secretario de Estado quien enviaría un extenso despacho a Solaro dejando la cuestión lo más clara posible: Se había recibido el aviso del capitán de un bergantín francés, *La Fleche*, según el cual dos navíos, uno sardo y otro toscano, el *Impossibile* y el *Sacra Familia*, se dirigían a la costa catalana con la intención de desembarcar suministros militares para los carlistas.

Advertidas á tiempo las fuerzas navales del Principado redoblaron su vigilancia y apresaron el Imposible precisamente hacia el punto designado en el parte para el desembarco que debía efectuarse.

Todas las particularidades indicadas en el parte se hallaron conformes en el Bergantín capturado, y su detención en las aguas, y á la vista de Rosas durante dos ó tres días de vientos favorables para su rumbo (según la opinion de los prácticos) la bajada de los facciosos de la montaña á aquella parte del litoral verificada en aquellos días venciendo mil obstáculos, además de la autoridad que en si tenía ya el aviso de un oficial de la Marina Real Francesa, corroboraron de tal suerte las sospechas concebidas contra el Imposible que los Cruceros, cumpliendo con su deber, lo apresaron y obligaron á entrar en el puerto de Rosas, donde fue reconocido.

De la inspección del *Impossibile* no se obtuvo ningún material de guerra, lo que hizo sospechar a las autoridades militares que, si no transportaba suministros para el carlismo, perfectamente podría llevarles correspondencia. Como era necesaria una orden judicial para su registro, se ordenó al barco entrar en Barcelona escoltado por un guardacostas español. Una vez allí, tampoco se encontró en la correspondencia nada sospechoso.

Desde este momento el Imposible hubiera dejado de ser un objeto de vigilancia para la autoridad Española y se le hubiese puesto en libertad, según se ha indicado posteriormente al Gobierno, sin atender á las pequeñas informalidades que tenían los papeles del Capitán, como falta de sello del Consulado de España en Génova en algunos de ellos, si circunstancias puramente locales no pudieran excusar la continuación de su arresto.³¹

Mayo parecía comenzar con buenas noticias, y desde luego las que llegaron poco después no pudieron menos que satisfacer enormemente al Gobierno sardo.

Bajo presión por el fracaso en lograr éxitos militares decisivos y en mejorar la situación del Tesoro español —ya vimos, boicoteadas todas las iniciativas por María Cristina y los franceses— el Gobierno Mendizábal acabó cayendo.³² En su final se vio implicado una vez más el Gobierno

³⁰ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 122, despacho de 28 de junio de 1836.

³¹ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna* 2, despacho de 10 de julio de 1836. Las “circunstancias puramente locales”, como hemos visto, era la tensión y violencia con la que se amenazó al general Aldama en Barcelona, que le forzó a esperar a la liberación del bergantín hasta que se hubieron calmado los ánimos.

³² PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. III, pp. 364-366. Algunos no parecían verlo tan claro, a juzgar por un despacho confidencial sin fecha que recibió Solaro de un autoproclamado agente de don Carlos, que

francés,³³ que no pudo menos que congratularse con la elección de Francisco Javier Istúriz como nuevo jefe del Gobierno español, alguien mucho menos radical que Mendizábal y mucho más cercano a los intereses del gabinete Thiers.³⁴ Istúriz, justamente por su proximidad a París, esperaba ahora sí una decidida intervención francesa en la península que acabase con la guerra,³⁵ pero el primogénito de Luis Felipe confesaba al embajador austríaco en París que, a pesar de la presión del mismo Thiers sobre el rey francés —con el cambio de Gobierno en España, el Gobierno francés ya veía con mejores ojos la intervención—, de Palmerston, y de los Rothschild, el monarca había negado cualquier posibilidad de intervenir militarmente en España.³⁶

Al finalizar la primavera de 1836, el panorama se mostraba algo favorable para Cerdeña y el carlismo. La reorganización del Gobierno de don Carlos había finalizado, y el equilibrio entre Francia y Gran Bretaña volvía a inclinarse hacia esa, siempre más favorable a un entendimiento con los austríacos —y por tanto con el carlismo— que Palmerston, que había perdido a su principal aliado en la figura de Mendizábal. Sólo quedaba que el carlismo tomase de nuevo la iniciativa —lo que sucedería en verano de 1836— para que los planes sardos, que se desarrollarían en paralelo, acabasen por fin teniendo éxito.

alertaba de que la caída de Mendizábal levantaba cualquier duda de que *“l’administration du pays étant abandonnée à l’influence ce ténébreuse des sociétés secrètes, il y a deux ans que la nation entière se trouve en opposition directe avec ses désirs et ses véritables intérêts.”* (ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna 2*, despacho sin fecha).

³³ EDWARD JONES, *British foreign policy*, pp. 119-121.

³⁴ El mismo diagnóstico que hacía de Istúriz el embajador austríaco en París, aunque este, con dotes de profeta, sospechaba que era justamente su moderación la que le impediría mantenerse al frente del Gobierno por la oposición de los radicales (APPONYI, *Vingt-cinq ans á Paris*, vol. III, pp. 251-252).

³⁵ SCOTTI DOUGLAS, *Spagna e regno di Sardegna*, pp. 75-76.

³⁶ APPONYI, *Vingt-cinq ans á Paris*, vol. III, pág. 241.

4. El espejismo del triunfo sardo-carlista en España (1836-1837)

4.1. El carlismo catalán se fabrica en Turín (junio-septiembre 1836)

En verano de 1836, el carlismo trató de retomar la iniciativa militar con un doble objetivo: despejar cualquier duda que pudiesen tener las cortes absolutistas europeas sobre su vitalidad, demostrando que al carlismo todavía le quedaban fuerzas para mantener la lucha; y tratar una vez más de rebajar la presión del ejército español sobre las provincias ocupadas por el carlismo, extendiendo la lucha a otros territorios, para además poder encontrar allí nuevos recursos, pues las provincias del norte estaban ya agotadas.¹

Para lograr sus objetivos, se optó una vez más por tratar de extender la revuelta mediante expediciones militares que saldrían desde territorio carlista y recorrerían España, esquivarían al ejército gubernamental y tratarían de reclutar hombres y recaudar dinero allí donde no encontrasen seria resistencia.² En este contexto se tomarían medidas para tratar de volver a organizar un levantamiento carlista en Cataluña: un nuevo intento de establecer una junta en Cataluña, y el nombramiento del general Maroto como líder militar del carlismo catalán.³

Sin embargo, las arcas carlistas no estaban para demasiadas alegrías. Las reservas monetarias estaban a niveles alarmantemente bajos, y por ello se hacían necesarias nuevas aportaciones, no ya para poder llevar a cabo estas nuevas iniciativas, sino simplemente para mantener en funcionamiento la rebelión.

En junio de 1836, escribía Juan Bautista Erro un despacho cifrado a Gabriel Flórez:

El Rey N.S. se ha enterado con Soberano aprecio de un oficio de V.S. señalado con el número 58 y se ha servido resolver que manifieste V.S. al Señor Conde Solaro del modo más espresivo y fino lo muy reconocido que está S.M. por la determinación que ese Soberano ha tomado en los intereses de su justa causa, y así también á los buenos oficios del Señor Conde. Procurará V.S. averiguar con prudencia y delicadeza la suma que se haya destinado al objeto de que se trata

¹ Esa fue de hecho la intención tras la política de las expediciones carlistas, la de superar el cerco del ejército gubernamental y llevar la guerra a otros territorios donde se encontrarían grandes apoyos a las tropas expedicionarias. La oposición a dichos planes creía que las tropas carlistas no eran suficientes, ni se encontrarían con una base estable fuera de las Provincias Vascongadas, para llevar a cabo sus operaciones (BULLÓN DE MENDOZA, *La primera guerra carlista*, pp. 288-289).

² SCOTTI DOUGLAS, *Spagna e regno di Sardegna*, pp. 75-76. "La idea de que bastaba una fuerza cualquiera que se presentase en el interior del reino para levantar provincias enteras el pendón de don Carlos, era propalada por jefes sin colocación, a quienes engañaba su buen deseo, y se mostraban bastante osados suponiendo un prestigio y relaciones de que carecían, como se evidenció" (PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. III, pág. 464).

³ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. III, SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pág. 255-257, pp.48-50, IZQUIERDO, *La Subdelegación Apostólica*, pág. 271.

y dará cuenta de lo que averigüe, rogando al Conde eleve al conocimiento de su Augusto Amo los sentimientos de la más tierna gratitud del Rey N.S.⁴

Unos días antes, el mismo Erro se lamentaba ante Flórez del poco éxito que estaba teniendo el empréstito abierto en Gran Bretaña por los carlistas, aunque al parecer no estaban al tanto los carlistas de lo que sí sabía Carlo Alberto, y creían que la culpa de que el empréstito no estuviese dando frutos se encontraba en la Cuádruple Alianza:

Una de las medidas más perjudiciales y de mayor trascendencia para la causa de S.M. es las trabas y obstáculos de todo género que la Francia y singularmente la Inglaterra, ponen á la marcha de la negociación del empréstito abierto en Londres [...] que hubiera producido resultados más favorables que los que hasta aquí, á no ser por el fuerte empeño que el Gobierno Ynglés y el de Madrid, han puesto en que no tuviese el éxito que era de esperar.⁵

Reclamaba, pues, nuevas ayudas, necesarias para relanzar la lucha en España y superar los obstáculos que la Cuádruple les presenta. Ante las más que evidentes reticencias de muchos de los estados que estarían dispuestos a apoyar al carlismo –pero no a comprometerse abiertamente con él–, proponía el medio de dicho empréstito como el mejor para asegurar la llegada de fondos al carlismo sin condicionar las relaciones diplomáticas internacionales.

Lo que más se necesita en estas Provincias son armas y dinero, y mal podrán tenerse sino se hacen todos los esfuerzos posibles para paralizar, ya que no pueda ser en todo, á lo menos en parte, los manejos de toda especie que los Agentes de dichos Gobiernos emplean para desacreditar nuestro empréstito y evitar los buenos resultados que nos prometíamos en esta operación.

[Don Carlos propone a las potencias amigas...] que se interesasen en el empréstito abierto en Londres, empleando en la compra de certificados aquella cantidad ó cantidades con que se propusiesen auxiliar a S.M.; haciéndolo por debajo de mano podrían evitar toda clase de compromisos con las Potencias aliadas de la usurpación, [...] y espera que [...] la admiración y la simpatía en los Gobiernos Legitimistas [...] deje de ser al fin estéril, y sobre todo que no degeneren en ilusión. Todo tiene sus límites, tanto la adhesión como el egoísmo, el valor como el miedo, y desgraciados de nosotros si esperamos la última hora para remediar los males que hubiéramos podido precaber.

No eran solamente los sardos, podemos comprobar, los que expresaban críticas a la *estéril* simpatía de las potencias absolutistas, y a su *egoísmo*. Al mismo tiempo, el carlismo parece plenamente consciente de que, a menos que la situación dé un vuelco, se corre el riesgo de que, efectivamente, la guerra en España se convierta en una *ilusión*, o más bien, en un tema aparcado por Austria y dejado sin solución definitiva, lo que obviamente supondría un desastre y la derrota

⁴ ASTO, *Carte politique diverse* 18, cifrado de 28 de junio de 1836.

⁵ *Ibidem*, reservado de 3 de junio de 1836. Se adjunta un ejemplar del *Prospectus of the Loan for H. M. Charles V.*

segura para el carlismo, que no podía tener ninguna esperanza de una intensificación de las ayudas absolutistas de volverse crítica su situación en España. Más bien al contrario.

La colaboración de Cerdeña con los agentes carlistas en Italia seguía produciéndose sin impedimentos, y a plena vista de los diplomáticos españoles, que estaban muy atentos a todo lo que ocurría.⁶ El carlismo contaba con una presencia fija en las ciudades cercanas a la frontera y a la costa, que era la encargada de organizar todo lo necesario para garantizar el trayecto de los agentes, mantenerse en contacto con las autoridades sardas, y quizá también tratar de lograr con los medios que fueran necesarios que las autoridades francesas se mostrasen benignas a la hora de controlar el paso de carlistas hacia Francia. El cónsul español en Niza, José Gabría, describía esos mismos días al grupo de desafectos que se encontraban en la ciudad en dicho momento: Isidoro de Montenegro, acompañado siempre de Manuel Gómez Negrete, que le hacía de secretario; la condesa Torres Matallana y Carlos Cruz Mayor.⁷ De este último, como confirmaría Solaro años más tarde, sabemos que recibía dinero del Gobierno sardo, pues él mismo agradecía en junio los 350 francos que se le habían concedido en calidad de subsidio, y los 300 que se le concedían para julio y agosto un mes después, recibidos en mano del mismo gobernador de la ciudad de Niza.⁸

Desde esas bases fijas en Niza y Génova, y con el beneplácito de Solaro y su jefe, le era al carlismo muy fácil mover sus piezas, no solamente hacia Francia, también por toda Italia, pues el resto de gobiernos italianos, entre los que incluimos a Austria, eran tan –o más, en el caso del duque de Módena–, amigos del carlismo.⁹ De nuevo, los cónsules españoles eran plenamente conscientes de ello, pero en la precaria situación en la que se encontraban, por la falta de

⁶ En junio de 1836, le llegaban informaciones al cónsul español en Génova de que Francisco Marimón, Juan de Quesada, José Fernández, y el Conde de Orgaz, que se habían fugado de Mahón, habrían llegado a Livorno después de haber pasado por Ajaccio, y se dirigían ahora hacia Génova con la intención de pasar hacia Francia y de allí unirse al ejército carlista (AHN, Estado, 8290, despacho nº 22 de 16 junio de 1836). La llegada de Istúriz no había atenuado la facilidad con que los carlistas cruzaban la frontera de los Pirineos, ni desde luego la atención con que los cónsules españoles seguían las andanzas de los agentes del pretendiente. El cónsul de Livorno confirmaba el paso de estos personajes por la ciudad unos días después (AHN, Estado, 8325, despacho nº 19 de 23 de junio de 1836).

⁷ AHN, Estado, 8347, despacho nº 29 de 29 de junio de 1836.

⁸ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 24 de junio de 1836, despacho de 24 de julio de 1836.

⁹ El Vaticano, por ejemplo, aparte de convertir Civitavecchia en básicamente un puerto franco para los Carlistas, había concedido en 1834 la Delegación Apostólica para España nada más y nada menos que al obispo Abarca, lo que no creemos que pueda ser considerado una casualidad. Las funciones de la delegación eran las de “ejercer la jurisdicción eclesiástica sobre sacerdotes y religiosos en todas las provincias donde no existiese libre comunicación con los prelados y superiores ordinarios, mientras durasen las circunstancias bélicas” (CÁRCEL ORTÍ, *Política eclesial de los gobiernos liberales españoles*, pág. 447), atribuciones que Abarca iba a interpretar de manera más que generosa (MUNDET, Josep M., *“La Subdelegació Apostòlica de Catalunya durant la Primera Guerra Carlina”*, *Anuari de la Societat d'Estudis d'Història Eclesiàstica Moderna i Contemporània de Catalunya*, 1988, 77-86).

reconocimiento por parte del Gobierno sardo, poco podían hacer salvo informar a Madrid y esperar que el Gobierno tomase las medidas adecuadas.

En realidad, la red de ayuda carlista se extendía por todo el Mediterráneo Occidental, desde Gibraltar y Malta hasta Génova, pasando por los Estados Pontificios y Nápoles, y estaba formada por cónsules de todos los estados italianos, por funcionarios británicos –aunque no está claro si eran estos colaboradores o meros negligentes– y agentes carlistas, tanto diplomáticos, que se encargaban del contacto con los gobiernos afines, como otros que conocen bien cómo transportar a grupos de personas desde Génova hasta Cataluña, seguramente a través de su actividad como traficantes, y posiblemente también con la experiencia adquirida en los últimos años con las expediciones organizadas desde Cerdeña. Seguían llegando a Livorno grupos de carlistas que quizá no habían recibido la noticia de que el cónsul sardo de la ciudad no estaba dispuesto a transigir, como les ocurrió a los 28 que llegaron a mediados de junio provenientes del norte de África, la mayoría de ellos, dice el cónsul español, fugados del *Lancero*. En el momento en que el cónsul escribía su despacho, veintiuno de ellos habían ya partido de la ciudad en dirección a Nápoles y se creía que los siete restantes iban a seguir a sus colegas en cuanto terminasen la cuarentena que estaban realizando.¹⁰

Todas las piezas estaban en su sitio, todo estaba preparado para dar el golpe definitivo y que el carlismo alcanzase la victoria final. Todo, salvo las armas, y a ello se aplicaron con esfuerzo los sardo-carlistas, muy especialmente aquellos que más frutos esperaban recoger del éxito de la empresa en Cataluña. El 14 de junio, desde el cuartel general carlista, Erro escribía a un tal *Padre de Doña Julia*:

Les difficultés et les embarras de tout genre que la France et l'Angleterre nous opposent sur la frontière et sur toute la côte de l'Espagne pour recevoir des effets de guerre nous mettent dans l'impossibilité de porter les opérations de l'armée dans d'autres Provinces.

Le Roi mon Auguste Maître qui convint les sentiments bienveillants et les dispositions favorables que Vôtre Maître a toujours démontrés pour sa juste cause regarderont comme un des plus grands services qu'il pourrait Lui rendre l'envoi dans la Catalogne de quelques fusils[...].

À cet effet Sa Majesté [...] a daigné autoriser Don Bartolome Torredadella, un des individus qui comprissent la Junte nommée par sa Majesté dans la dite Province[...]. Vous aurez la bonté en conséquence de mettre à sa disposition la quantité de fusils que Vôtre Maître se proposera d'y envoyer, et Monsieur Torredadella [...] se chargera de leur introduction dans la Principauté.¹¹

¹⁰ AHN, Estado, 8325, despacho nº 17 de 13 de junio de 1836.

¹¹ ASTO, *Carte politique diverse* 18, despacho de 14 de junio de 1836.

El *Torrebadella* que se cita es nada menos que Bartolomé Torrabadella, que acabaría convirtiéndose a partir de 1837 en una de las figuras centrales del gobierno carlista en Cataluña, si no directamente la principal. Cancelario de la Universidad de Cervera en 1833, en sustitución de Ramón Lázaro de Dou, Torrabadella había participado ya en una comisión corregimental realista en 1822, en una junta rebelde en el alzamiento de 1827 y se había significado como uno de los más fieros opositores de los proyectos que buscaban reformar la universidad, o su traslado a Barcelona. Ya en 1834 se fugó para unirse al carlismo.¹²

Creemos que Quadrado, en ningún caso era ajeno a la tormenta que se estaba gestando pero quizá buscando de manera poco hábil reducir un poco la tensión, seguía insistiendo en la inexistencia de cualquier cargamento de útiles militares para los carlistas. En julio de 1836 desmentía la noticia de que se hubiesen apresado dos barcos en Génova con armas dirigidas a los carlistas, e insistía en que “no hay el menor motivo para sospechar por ahora, que este Gobierno permita la salida de armas ni efectos militares para nuestros enemigos.”¹³

Poco después se veía obligado a refutarse a sí mismo una vez más cuando enviaba un reservado al Ministerio explicando que le habían llegado noticias de una expedición que se estaría planeando desde Génova y Livorno en la que se utilizarían dos barcos: un vapor sardo llamado *La Foce*, y un bergantín del que no se conocía todavía el nombre. La expedición estaría financiada por el conde de Bourmont y debía hacer llegar armamento al ejército carlista. Decía Quadrado habérselo comunicado al embajador francés, para que éste hiciese a su vez lo mismo con Solaro. Unos días después, y aunque no se permitiría aventurar opiniones sobre quién podría haberles dado aviso, Quadrado comunicaría que habiendo sido los carlistas alertados de que la trama había sido descubierta, habían estos renunciado a la compra de vapor, mientras iban a destinar el bergantín a otros asuntos, con lo que, respondía el Gobierno sardo, ya no cabían sospechas y se consideraba desbaratado el plan.¹⁴

El cónsul en Génova describía el panorama de manera bastante clara al Ministerio a la vez que informaba de la salida de la ciudad, pocos días antes, de tres eclesiásticos que embarcaron en un vapor sardo en dirección a Livorno, donde tenían la intención de formar parte de una

¹² SANTIRSO, *Els Acords Reservats de la Junta de Berga 1837-1839*, Berga, Institut Municipal, 2005, pág. 235; SOLDEVILA, Ferran, *Barcelona sense universitat i la restauració de la Universitat de Barcelona*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1938, pág. 190; PALOMEQUE, Antonio, *Los estudios universitarios en Cataluña bajo la reacción absolutista y el triunfo liberal hasta la reforma de Pidal (1824-1845)*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1974, pp. 59-77.

¹³ AHN, Estado, 5727, despacho nº 258 de 6 de julio de 1836.

¹⁴ *Ibidem*, despacho nº 269 de 31 de julio de 1836; despacho nº 273 de 10 de agosto de 1836.

expedición carlista que debía transportar armas y dinero a la costa de Cataluña, aunque pocos días después el mismo cónsul decía que la expedición finalmente se habría desbaratado:

Liorna es hoy el gran laboratorio de los carlistas españoles, quienes acaban de comprar un bergantín forrado en cobre [...]. Spagnolini, cónsul de Cerdeña en aquel puerto, se me dice, es el amigo más eficaz de los carlistas españoles, y [...] a todo esto se agrega la circunstancia de que bajo los auspicios del Duque de Módena se han regimentado unos doscientos españoles carlistas, que el mismo duque entusiasma a favor de su pretendido Rey.¹⁵

Un poco antes, a principio de julio, había llegado a Niza con cierta discreción un agente carlista con el alias –como pronto se verá, poco creativo– de José Badía. Nada más llegar, había escrito un despacho al cuartel general carlista para informar de cómo se había desarrollado su viaje desde que había abandonado territorio español el 18 de junio:

habiendo exhibido á la policía francesa mi pasaporte librado por la autoridad de Carlos V se me puso en él el correspondiente *visto* para Bayona, en donde se me dio otro nuevo con dirección Marsella é Italia [...]. En Marsella me dijo el Señor Secretario de la Prefectura que fuese á solicitar del Cónsul Español el visto para Italia, añadiéndome que si se me negaba no por eso dejaría de tener pasaporte. [Ante la negativa del cónsul a firmar nada]... el señor Prefecto de Marsella me hizo librar otro para Niza [...y ante la posibilidad de que el cónsul de Niza tampoco le visase los papeles...] bien que añadió que me incluiría en el role del Patrón del barco, y esto me bastaría para pasar a Niza. Efectivamente despachado sin dificultad por el oficio de la Marina y de la Sanidad pública de Marsella fui admitido en el barco la *Purificación* por el Capitán Ballestero sardo. [Una vez en Niza] he sido llamado de orden del señor Comandante de Policía, y acompañado por un soldado al oficio del despacho he manifestado [...] que mi permanencia en esta ciudad era á objeto de aguardar ciertas letteras que espero recibir dentro pocos días [...]. Remitido por la policía al Señor Gobernador de esta Ciudad, me he presentado al señor Secretario de S. E. quien tomando en consideración las razones expuestas y las circunstancias de ser conocido del reverendo señor Arzobispo de Tarragona [...] me ha dicho [...] que expusiese cuanto antes al Gobierno Superior lo que tuviese por conveniente, y que entre tanto podía vivir tranquilo[...].¹⁶

Poco sorprendente resultará la colaboración de los funcionarios sardos con Badía, especialmente cuando sepamos quién era y a qué venía al Reino de Cerdeña. Pero tampoco nos puede extrañar, habiendo visto la postura del Gobierno francés hacia la cuestión española, cómo los funcionarios franceses también permitían circular con total impunidad a aquellos que se les presentaban con documentación carlista, e incluso colaboraban con ellos para que pudiesen proseguir su camino, saltándose a las autoridades españolas, que intentaban parar los pies a los carlistas a cada paso, pero que eran derrotadas por la doblez francesa.

¹⁵ AHN, Estado, 8290, despacho nº 32 de 29 de julio de 1836, despacho nº 36 de 13 de agosto de 1836.

¹⁶ ASTO, *Carte politique diverse* 18, despacho de 4 de julio de 1836.

Al día siguiente, Badía cumplía con lo que el gobernador de la ciudad le había recomendado el día anterior, esto es, que contactase con el Gobierno sardo lo más pronto posible, para exponerle el objetivo de su viaje, y aclarar algunos puntos que empezaban a ser algo confusos, fruto del interés por mantener el secreto de la misión. Decía este agente a Solaro que había salido de España bajo las órdenes de Erro, con una comisión para Cerdeña, y para que:

manifestase de palabra lo que solamente podía indicarse en escritos por razón del peligro de ser abiertas las cartas en Francia; y que á este fin se me entregaría una carta para V. E. como Ministro de S. M. el Rey de Sardeña (*sic*), pero no con estos nombres, sino con otros que fuesen ciertos más ocultos á quien no supiese las particulares circunstancias de V. E. Se acordó de designar á V. E. con el nombre de *Padre de Doña Julia y Doña Leonor*; y con el nombre de Amo de V. E. se designaba S. M. Carlos Alberto. [...] El pasaporte me lo extendió el Comisionado de Irún como yo quise con mi segundo nombre y apellido materno de *José Badía*.¹⁷

Y firmaba este despacho, ahora sí, con su primer nombre y su primer apellido: Bartolomé *José* Torrabadella *Badía*.

Desgraciadamente, las cartas que Torrabadella le traía a Solaro se las quedó el comisionado carlista en Tolosa, por miedo a los registros franceses —que Torrabadella encontró totalmente ridículos— bajo la promesa de hacérselas llegar más tarde, lo que nunca se cumplió. Pero gracias al despacho de junio enviado a Solaro por Erro, sabemos perfectamente a qué venía Torrabadella a Cerdeña: A tratar la adquisición de fusiles con vistas a enviarlos a Cataluña y causar allí una insurrección carlista a gran escala.

No puede sorprender, por tanto, que empezasen a concentrarse en Cerdeña gran número de eclesiásticos catalanes vinculados a Torrabadella y a la Junta Carlista catalana, como Manuel Millá, que llegaría en agosto también a Niza. El gobernador de la ciudad informaría de haberlo dispuesto todo para que siguiese en dirección a Turín, bajo la autorización de Solaro. Le procuraría un pasaporte falso para Suiza y Francia bajo el nombre de Manuel Morisio, supuestamente un vendedor ambulante.¹⁸

¹⁷ *Ibidem*, despacho de 5 de julio de 1836. Torrabadella-Badía incurre en varios catalanismos al escribir este y otros documentos, lo que no solo confirma su identidad, sino que revela el poco nivel académico que ya tenía la Universidad de Cervera, y por lo tanto justifica su desprestigio.

¹⁸ ASTO, *Polizia Miscellanea* 1, despacho de 29 de agosto de 1836. Millá era canónigo de la catedral de Tarragona desde abril de 1824, y uno de los miembros, junto con el obispo de Vic y el arzobispo de Tarragona, del primer intento de establecer un cuerpo de Gobierno del carlismo catalán, una Junta creada a principios de septiembre de 1834 en Cataluña, aunque el proyecto se fue al traste bajo la presión del ejército liberal (QUIJADA BOSCH, Joan Maria; SÁNCHEZ PIÉ, Neus (eds.), *Rebus Gestis Ecclesiase. Els llibres de notes del capítol catedral de Tarragona (1734-1930)*, Lleida, Pagès, 2014, pág. 441, MUNDET, *La primera guerra carlina a Catalunya*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1990, pp. 63-65). Una nota biográfica donde puede comprobarse su pedigrí absolutista ya desde los levantamientos de la

En suma, bajo la protección del rey sardo, los futuros dirigentes del carlismo catalán planeaban y organizaban el levantamiento con el que esperaban poner Cataluña bajo su control. También solicitarían los fondos necesarios para la insurrección, como podemos comprobar en un despacho cifrado enviado por el obispo Abarca a su corresponsal sardo en Bayona, al que escribiría que don Carlos necesitaba todavía más dinero de las potencias absolutistas, y de que en caso que fuesen a mandárselo, lo hiciesen depositándolo en manos de Meyer, banquero y agente del reino de Nápoles al que ya habíamos encontrado en enero de 1835 colaborando con Cerruti.¹⁹

Mientras tanto, los hechos se precipitaban en España de tal manera que los intereses internacionales sardo-carlistas se iban a ver muy favorecidos por la reacción del absolutismo europeo. El gobierno de Istúriz se encontraba a merced de una creciente tormenta causada por diversos factores. Asediado por la impunidad con la que las expediciones carlistas se movían por el país sin que el ejército pudiera evitarlo, y presionado por las protestas de los progresistas cercanos a Mendizábal, que tras su caída habían ya considerado la posibilidad de levantarse contra el nuevo gobierno, y que ahora volvían a la carga, el gobierno estimó necesario actuar. Convocó en julio de 1836 unas elecciones, con la vista puesta en lograr darse una mayor estabilidad y consolidarse en el poder. Desgraciadamente para ellos, el plan se fue al traste cuando la disolución de Cortes significó en realidad el disparo de salida para que los progresistas iniciasen una revuelta contra Istúriz, cuyos primeros compases se dieron en Málaga.²⁰ La insurrección fue extendiéndose por buena parte del país, hasta llegar a Madrid el 12 de agosto

década de los 20, en SANTIRSO, *Els Acords Reservats de la Junta de Berga* pp. 227-228. Unos pocos días después a Millá lo recibiría Cerruti, ahora cónsul en Lyon, con pasaporte sardo válido —seguramente el que le facilitó el gobernador de Niza—, así que lo enviaría a España (ASTO, *Missioni diplomatiche speciale e temporarie* 3, despacho cifrado de 6 de septiembre de 1836).

¹⁹ *Ibidem*, despacho cifrado de 31 de agosto de 1836. Meyer había sido nombrado cónsul napolitano en Burdeos (PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. IV, pág. 77), y sería también representante diplomático de Prusia y Hamburgo. Acabaría expulsado por el gobierno francés a finales de 1839 por su colaboración con agentes carlistas (URQUIJO, *Relaciones entre España y Nápoles*, pp. 211, 316). Como muestra del clima que se respiraba en aquél momento en la corte carlista, Abarca consideraba esencial que cualquier depósito que se hiciese a Meyer se hiciese a espaldas del recientemente nombrado Ministro Universal, Erro. Los carlistas estaban teniendo tremendos problemas para obtener financiación, y los banqueros que expresaban interés en el asunto normalmente resultaban ser de muy poca confianza, como hemos visto con Ouvrard, o también, un poco antes, con Haber (URQUIJO, *Interferencias de las cortes conservadoras*, pp. 608-614) hasta el punto de que Cerruti, en un despacho reservado, confesaría no confiar en absoluto en los banqueros que el reino de Cerdeña estaba usando para hacer llegar fondos a don Carlos, y se ofrecería a ser él en persona quien hiciese llegar el dinero al cuartel general carlista (ASTO, *Missioni diplomatiche speciale e temporarie* 3, despacho de 13 de septiembre de 1836).

²⁰ Podemos comprobar el estado de ánimo de la opinión pública española con el Gobierno sardo en una de las primeras medidas de la Junta que se formó en la ciudad: capturar dos o tres —según las versiones— mercantes sardos, incoar juicio contra sus capitanes, y vender los navíos sin tan siquiera esperar a que este terminase (ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 657).

de 1836. En el Sitio de La Granja, los sargentos de la guarnición le dieron a María Cristina un ultimátum para que publicase la Constitución de 1812 y se renunciase a cualquier transacción con el carlismo —de lo que existían algo más que rumores—. La regente y sus adláteres, que se encontraban en la reunión con los sargentos, trataron de presentar todo tipo de objeciones a lo que estos pedían, pero los soldados no parecían estar para muchas bromas. Ante la amenaza de que acabase todo en un baño de sangre, María Cristina cedió, al menos en apariencia. Al día siguiente se convocó el Consejo de Ministros, que consideró que la regente había sido coaccionada y envió al Ministro de la Guerra, Santiago Méndez Vigo, quien trató de convencer a los sublevados que todo se trataba de una conspiración urdida por, entre otros, el embajador británico, y que de no cejar en su rebelión serían duramente castigados. Los soldados volvieron a ignorar todo subterfugio, y le recomendaron a Méndez Vigo que se dejase de amenazas y se marchase antes de que ocurriese algo que lamentar. En una reunión de María Cristina con el Ministro y, entre otros, los embajadores francés y británico, se llegó a la conclusión de que la única salida era efectivamente la publicación y jura de la Constitución de 1812, y el nombramiento de un nuevo Gobierno en substitución del de Istúriz. El nuevo presidente del Consejo de Ministros sería José María Calatrava, mientras un vindicado Mendizábal retornaba al Gobierno, ahora en la cartera de Hacienda.²¹

La revolución de 1836 supuso un cambio substancial en algunos aspectos del panorama internacional. En primer lugar, hizo saltar por los aires todas las ilusiones que los franceses se habían hecho desde la caída de Mendizábal. Este volvía, quizá todavía más fuerte, con pleno apoyo de Gran Bretaña, cuyo embajador en Madrid fue uno de los que aconsejaron a María Cristina que recuperase la Constitución de Cádiz y la disuadieron de cualquier veleidad contrarrevolucionaria.²² A tal punto llegó la tensión con Francia —Luis Felipe sentía un profundo desagrado por la figura de Mendizábal— que Palmerston se sintió impelido a hacer llegar a María Cristina la garantía del continuado apoyo británico a España incluso si *otras potencias de la Cuádruple Alianza* decidían retirarse de la misma y dejar de cumplir con sus obligaciones.²³

²¹ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. III, pág. 372 y ss.; SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pp. 243-245.

²² EDWARD JONES, *British foreign policy*, pp. 123-137. El cambio en España causó la caída en Francia de Thiers, y su substitución al frente del Gobierno por el conde de Molé, contrario todavía más a los intereses españoles (*Ibidem*, 142). El mismo Mendizábal había asegurado a la regente que la mejor vía para recuperar la tranquilidad era deshacerse de Istúriz y recuperarlo a él para el gobierno (JANKE, *Mendizábal*, pp. 224-229).

²³ VIDAL Y SAURA, *La política exterior de España*, pp. 173-174. Otra de las víctimas políticas de la revolución fue el general Álava, que se encontraba por entonces como embajador en París, y que rechazó jurar la Constitución de 1812, como el nuevo gobierno obligaría a hacer (*Ibidem*, pág. 175). Muchos otros moderados españoles optaron también por el exilio en Francia antes de ceder ante los progresistas, lo

No se pueden separar los eventos que ocurrirían en los próximos meses en Cataluña del descalabro que sufrieron los franceses en agosto de 1836.

En segundo lugar, para la propaganda carlista significó una nueva ocasión de presentar al Gobierno liberal como un núcleo de anarquía en Europa, cuya única alternativa era la llegada al trono de don Carlos como garante de estabilidad y buen gobierno. Para los carlistas, la revolución supuso un nuevo empujón en tratar de convencer a las potencias absolutistas de lo imprescindible que era el reconocimiento del pretendiente para la legitimidad europea, y a finales de agosto se envió a los diplomáticos carlistas una circular para que se esforzasen todo lo posible en lograr tal reconocimiento, un incremento de las ayudas y la posible separación de Francia o Gran Bretaña de la Cuádruple.²⁴

Finalmente, la revolución causó el pánico entre las monarquías absolutas italianas, a las que la mera mención de la Constitución de 1812 ponía los pelos de punta.²⁵ El papel que la llamada *propaganda* liberal había jugado en las revoluciones de las décadas anteriores no se había olvidado en ninguna corte Italiana, así que la nueva proclamación de la Constitución gaditana, que había sido fuente de inspiración de innumerables proclamas y proyectos en toda Italia, debió parecerles un preludio del caos que estaba por caer sobre sus reinos.²⁶

Sin embargo, tampoco conviene exagerar la influencia que los eventos en España pudieran tener en la política sarda. Es posible, por supuesto, que la revolución diese mayor intensidad a los esfuerzos de Carlo Alberto para favorecer al carlismo, que imprimiese una mayor urgencia para tratar de contener la oleada revolucionaria que de otra manera podría extenderse a toda Europa, e incluso que favoreciese que el Gobierno sardo adoptase una oposición todavía más abierta contra el español. No obstante, hemos comprobado ya que Cerdeña estaba empeñada en la victoria del carlismo a cualquier precio desde 1833, que había financiado la expedición

que llevaría al absolutismo europeo a tratar de atraerse su apoyo para una transacción en España favorable a Don Carlos.

²⁴ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. III, pp. 470, 675-676.

²⁵ SCOTTI DOUGLAS, *Spagna e regno di Sardegna*, pp. 76-77. En febrero de 1837, por ejemplo, dos impresores de la Constitución de Cádiz en Livorno, Carvoni y Fabiani, serían condenados al destierro por cuatro años y a perpetuidad, respectivamente (AHN, Estado, 8325, despacho nº 37 de 18 de febrero de 1837).

²⁶ La influencia internacional de la Constitución de 1812 cuenta con bastantes estudios. Por citar unos cuantos, CASTELLS OLIVÁN, Irene, "La Constitución gaditana de 1812 y su proyección en los movimientos liberales europeos del primer tercio del siglo XIX", *Trocadero: Revista de historia moderna y contemporánea*, nº 1 (1989), 117-132; FERRANDO BADÍA, Juan, "Proyección exterior de la Constitución de 1812", *Ayer*, nº 1 (1991) 207-248; BISTARELLI, Agostino, *Gli esuli del Risorgimento*. Boloña, Il Mulino, 2011; BUTRÓN PRIDA, Gonzalo, "Guerra, Nación y Constitución: La proyección europea de la Guerra de Independencia española", *Cuadernos Dieciochistas*, nº 12 (2011), 101-122; *La inspiración española de la revolución piemontesa de 1821*; "La recepción de la Constitución española de 1812 en la Italia preunitaria: Cádiz como pretexto y como bandera", *Historia y Sociedad*, nº 23 (2012), 37-54.

Romagosa de septiembre de 1834, y que trataba desde entonces de obtener el levantamiento de Cataluña mediante el envío de armas y dinero. Que los designios carlistas tuvieran éxito después de agosto de 1836, y que la ruptura de relaciones llegase también poco después no debe ocultar el hecho de que los planes y las agresiones sardas contra España llevaban produciéndose desde hacía mucho tiempo y que habían sido urdidos con mucha antelación.

El 12 de agosto de 1836 —el mismo día del levantamiento de La Granja—, un agente sardo, Antonio Prunetti, escribía a Solaro desde Niza anunciándole que Torrabadella había salido de la ciudad en dirección a Perpiñán, tras haberle comunicado a Prunetti que quedaba “enterado de todo lo relativo al asunto de los libros, y luego que se me dé el correspondiente aviso sin la menor dilación comunicaré a V. E. todo cuanto ocurra sobre el negocio consabido”.²⁷

Unas semanas después, Prunetti volvía a escribir a Solaro, haciéndole llegar la comunicación recibida de Torrabadella el 21 de agosto, desde Tolosa:

Se hallarán en esta ciudad o en su vecindario aquellos libros que V. desea en número de quatro cientos, hasta ocho cientos, y tal vez mayor todavía. No me es possible anunciar el precio fijo, porque el principal vendedor se halla fuera de la ciudad y precisamente para recibir la paga de otra remesa de libros que ha vendido. Pero dentro de pocos días volverá, y esperamos hacer el contrato *al seguro*. Vea V. de su parte de poder remitirme el precio poco más ó menos, según el número de libros que gustará á aquel Señor, o al Señor Principal.

Yo puedo solamente decir al tenor de la regla prescrita á los otros, que ricos como son, y asegurados, costará cada uno cerca veinte y seis, o veinte y siete francos. Sea qual fuere la cantidad, conviene destinar el lugar donde podrá pagarse, y buscar la letra de cambio correspondiente. En Montpellier hay un banquero o negociante rico, de toda seguridad, amigo del Compañero D. Joaquín Senmanat para servir á nuestro propósito, el qual es D. Francisco Durán con la compañía. Amas del negocio, tiene buena propiedad. En esta ciudad no faltan negociantes para agenciar también el piro. No puedo decir más, sino suplicar que se haga pronto aquello que pueda hacerse.²⁸

²⁷ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 12 de agosto de 1836. Sobre la identidad de Prunetti, se hace difícil aventurar nada por la afición de los sardo-carlistas a usar nombres falsos. Es posible que se tratase de Cerruti, pero veremos que es algo difícil a menos que tuviese este el don de la ubicuidad. Otra opción sería que fuese Alberto Ricci, a quien habíamos encontrado en Barcelona en 1835, durante el arresto del cónsul Ponti, y que tendría su papel en las relaciones diplomáticas de los carlistas con Cerdeña en los próximos meses. También es posible que fuese español, pues en ese idioma escribía — aunque tanto Cerruti como Ricci habían servido en España, por lo que debían dominarlo bien— y en algún despacho se referiría al carlismo como una causa *propia*, aunque los diplomáticos sardos bien podían a estas alturas considerarla como tal. Así lo haría, como veremos, su monarca.

²⁸ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 24 de agosto de 1836.

La respuesta de Turín se halla en una nota sin firmar ni fechar: “por el pago del dinero yo indicaré también a V. a quien D. José Badía enviará aquí la *letra* que se pagará al instante, y él recogerá donde quiera.”²⁹

Prunetti volvía a escribir, unos días más tarde, para añadir información y mostrar hasta qué punto el carlismo catalán se estaba implicando en la preparación de la insurrección:

Supongo se tendrá la inteligencia de qual sea el verdadero número equivalente a los 400, o bien 800 libros. D. Joaquín de Senmanat es el Señor Marqués de este nombre, nombrado por D. Carlos individuo de la Junta Superior de Cataluña. Según escribe Badia, el segundo señor de dicha Junta (creo será el señor Intendente Lavandero) se halla con algunos otros Señores en la Vall de Andorra. Añade que no sabe si el General Maroto se hallará en el mismo lugar, o más adelante. Concluye: Las noticias de mi Pays son buenas. Por otro conducto sé también que el ejército Carlista de Cataluña se reanima *prodigiosamente*.³⁰

El 6 de septiembre Prunetti transmitía una vez más los mensajes de Torrabadella a Turín:

Muy Señor mío y de todo mi respeto y aprecio: Recibí la favorecida de V. E. fechada 27 del anterior, de la que al momento saqué copia literal y la remití al amigo. Este, contestándome á otra anterior que le había dirigido, me dice lo que sigue: “Tolosa 30 agosto de 1836. Además de todo lo que dixé en mi carta del 21, puedo decir que en esta ciudad de Tolosa hay un comerciante muy bueno y de toda seguridad que estaría pronto á facilitar también el piro por su parte: se llama Mr. Favre. Mas yo no puedo adelantar nada por aquí hasta saber en dónde se entregará el dinero por aquel Señor. Si V. deberá recibirlo de sus manos? O pasar á cobrarle dónde él disponga? En fin no perdone V. diligencia para que se efectúe pronto el pago: yo no sé qué decir más, sino que es tiempo de emplear los caudales: V. practique lo que le dicte su calétre: *intelligenti pauca*.”

No dudo que con la copia literal de la carta de V. E. que le remití habrá el amigo hallado completa solución respecto á las dudas que manifiesta por la presente: la que en copia dirijo a V. E. no para ser inoportuno, pues estoy bien convencido del zelo, actividad, energía afecto etc. etc. de V. E. sino para que V. E. conozca que el amigo y compañeros persisten en la firme persuasión de que ahora se les presenta ocasión oportuna para sus especulaciones mercantiles, y que es preciso aprovecharse de los momentos.³¹

Y el 10 de septiembre era el contacto de Prunetti en el Ministerio sardo el que contestaba:

²⁹ *Ibidem*.

³⁰ *Ibidem*, despacho de 27 de agosto de 1836. Al marqués de Sentmenat lo encontramos ya a finales de 1834 en Marsella tramando a favor de don Carlos (SANTIRSO, *Els Acords Reservats de la Junta de Berga* pág. 234). Maroto, y Pedro de Alcántara Díaz de Labandero, a quien se hace referencia en el despacho, llegarían a Cataluña dos días más tarde. Maroto debía ser el que dirigiese el alzamiento en Cataluña, como indican los mismos despachos, pero fracasaría estrepitosamente, quizá porque como veremos no se podría efectuar la compra de fusiles a tiempo al desviarse el pago de los sardos, y debería abandonar el Principado en octubre, aunque el proyecto seguiría en marcha sin él (SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pp. 256-257).

³¹ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 6 de septiembre de 1836. Adjuntaba en una nota: “Añade el amigo: [...] en mi Pays tienen el General, no sé si oculto todavía”.

Yo tenía la orden de mi principal para enviar a Tolosa el dinero que se necesita para los fusiles (*sic*) efectos consabidos pero hoy mismo el Encargado Principal de los asuntos que median entre nosotros me ha dicho que todos los fondos se necesitan en otra parte adonde hay grandes apuros, y la persona que envió aquí el S. Badía los pide con tan ansiedad que me pareció no poder hacer de otro modo y por consiguiente escriba al amigo que a más provecho sepa lo que se ha hecho que no lo habrían sido dos o tres cientos libros que era lo más que se habría podido comprar. Todo es para la mayor ventaja de quien se quiere favorecer.

He recibido carta de S.G. y esperaba a contestarle enviándole las letras de cambio que ya tenía quando vino el indicado Señor a detenerme.³²

Efectivamente Erro, que ya en junio había escrito a Flórez informándole de la necesidad que tenía el carlismo de recibir ayudas inmediatas para poder mantener las operaciones militares y había enviado a Torradadella a Turín, había escrito de nuevo en agosto, con la misma temática, pero describiendo ahora una situación que se había vuelto completamente desesperada:

Esta carta se dirige á hacerle ver nuestra crítica situación respecto á la falta de recursos pecuniarios, y es indispensable que V.S. manifieste al Conde que estamos en el mayor apuro, cuando más necesitamos de dinero, y que si no se auxilia pronto, y sin pérdida de momento á S.M. su causa acaso puede peligrar, y no de tiempo cuando se quiera: los instantes son plazos largos.³³

El hecho de que poco después de todo esto el carlismo iniciase en el norte de España una ofensiva militar que llevaría a un nuevo sitio de Bilbao, nos lleva a pensar que efectivamente los fondos destinados a la operación en Cataluña, o al menos una parte de ellos, acabaron siendo desviados hacia el frente del Norte.

En cualquier caso, parece ser que la búsqueda de armas en Francia no fue una pérdida de tiempo, sino que tuvo bastante éxito y dejó unos resultados más que satisfactorios. Torradadella-Badía volvía a informar a Turín, a través de Prunetti, de los avances realizados en la compra de armas en el sur de Francia:

Tolosa, 21 setiembre de 1836: Acabo de verme con el señor Martí, el de la patria de V., que acompañó a mi país al Señor Universal. Me dice que la fábrica está bien planteada: que se ocupan allí mismo en la principal y lugares dependientes a lo menos mil doscientos operarios que son según nuestro cálculo de libros etc. pero que para aumentar los trabajos y el lucro consiguiente falta un buen surtido de libr (*sic*) maquinitas para reemplazar una buena mitad de las viejas que sirven malamente, y ocupar muchos nuevos operarios que piden ocupación. Martí viene dirigido á mi pensando que tendría caudales disponibles al intento. Mas yo no los tengo como bien lo sabe V. Vamos a otro: aquel señor negociante residente en Perpignán vino ayer á instarme si podíamos concluir el contrato sobre aquellos libros, diciendo que podría vendernos hasta mil: (cálculo de

³² *Ibidem*, despacho de 10 de septiembre de 1836.

³³ *Ibidem*, adjunto de 23 de agosto de 1836 al despacho de 6 octubre 1836.

libros) que corrían menos riesgos en transportarlos por mar, que por tierra: que él lo haría por su cuenta a lo que yo contesté por fin, que no podía concluir nada, y que en caso de poder contratar con él, ya le escribiríamos: y así se fue. La seguridad que parecía encontraba él por mar, me hizo recordar de los temores que teníamos que se malograsen, cuando tratábamos con aquel señor que nos favorecía para nuestro comercio, y me recordó también lo que varias veces había pensado, que si un buen negociante francés los pudiese comprar realmente al Principal de aquel Señor, se habría conseguido lo que todos deseábamos á nuestro favor: y veo que no habría sido difícil encontrar en Perpignán uno de tales negociantes que ofrecen garantías, Pero que haremos? Paciencia

Y seguía, ahora Prunetti en persona:

Concluye sin embargo encargándome que active en lo posible los medios para salir con ventaja del apuro. Yo excelentísimo señor no duermo: pues veo por una parte la rigurosa necesidad que padece nuestra familia, y por la otra, la bella oportunidad que se nos presenta en el momento para socorrerla como con tan vivas ansias se desea. Así es como hace ya algunos días que antes de recibir esta carta de Badía me he dirigido por escrito á cierta persona de entera confianza y afecto a fin de que se sirviese adelantar en favor de la Compañía la cantidad de dinero que le fuese dable, ofreciéndole en nombre de la misma, pues me hallo autorizado para esto, las garantías siguientes: 1a Además del interés mercantil legal que se le podrá dar, quedarán hipotecados todos los arbitrios comunes á toda la Compañía para asegurar el reintegro. 2A Algunos individuos de la Compañía, como el Señor Marqués de Senmanat etc. saldrían á demás garantes, obligando sus bienes propios, conforme me ha escrito Badía haberlo oído de dicho Senmanat en otro caso semejante, o más grave aún. No sé qué resultado tendrá este paso que he dado y que ha merecido la aprobación de la Compañía: por si no lo tiene, o por si no es suficiente para sacarnos del apuro; al presente no encuentro otro recurso que molestar otra vez la atención de V. E. a fin de que tenga la bondad de decirme qual es el parecer de V. E. en orden á lo que escribe Badía con referencia al negociante de Perpignán: como también á que personas pudientes de esa podríamos dirigirnos que tuviese la voluntad de adelantar la cantidad que necesitamos para la compra de los libros, ofreciéndoles las mismas garantías que dexo mencionadas, u otras si fuere necesario, que en este caso escribiría inmediatamente á la Compañía; pues no quiero engañar á nadie.

Excuse V E tanta molestia: es hija de la necesidad y del dever: es preciso que los negociantes no durmamos en esta época después de perdidas tan considerables originadas en gran parte de la Península que todo lo han paralizado.³⁴

³⁴ *Ibidem*, despacho de 25 de septiembre de 1836. En una nota adjunta, se aclaraba el tema de las palabras clave por si alguien estaba haciéndose un lío: “*Universal* significa el General Maroto. *Maquinitas* significan *libros*.” Las lamentaciones de Torrabadella se refieren seguramente a 1834-1835, cuando eran los sardos los que enviaban armamento directamente por mar, que como hemos visto era interceptado bastantes veces, y que los traficantes franceses habrían tenido mejor suerte al hacerlos llegar a Cataluña después de habérselos comprado a Carlo Alberto, *aquel señor*.

Había 1.200 soldados armados y preparados para entrar en Cataluña, y más a los que se estaba tratando de equipar para incorporarlos a la expedición.³⁵ Y ante la falta de dinero sardo, que había dejado de llegar por haber sido reclamado por Erro, los miembros nobles de la Junta carlista catalana estaban dispuestos a empeñar sus bienes propios, al tiempo que pedían a Solaro una introducción ante los banqueros de quienes esperaban más financiación. No parecen caber demasiadas dudas de la implicación del Gobierno sardo en todo el asunto: a Cerdeña fue donde se envió a Torradella en comisión para buscar fusiles, y de ahí se dirigió a Francia, en permanente contacto con Solaro y su Ministerio, pidiendo fondos para comprar armas, y cuando estos dejaron de llegar, la intermediación del Gobierno sardo para conseguir nuevas fuentes de financiación con las que suministrar la expedición que se estaba preparando. Maroto era, en teoría, quien debía liderar la insurrección catalana, y su entrada en el Principado a finales de agosto así lo verifica. Desgraciadamente para él, las cosas en Francia se habían retrasado porque el Tesoro sardo no daba para todo, y por ello su mando en Cataluña no significó ningún avance serio para el carlismo catalán, hasta el punto de que a principios de octubre, viendo el panorama y que aquello que seguramente le habían prometido —un buen número de refuerzos— no llegaba, optó por huir a Francia, donde fue capturado por las autoridades del país.³⁶ Pero el plan estaba en marcha, las armas compradas, y los soldados equipados. Lo que el carlismo catalán lograría en 1837 no habría sido posible sin el apoyo, en dinero y en contactos, de los sardos, cuya actuación contribuyó, una vez más, a alargar la guerra civil en España.

Por si quedase alguna duda —pues no sabemos qué es exactamente lo que Solaro y Carlo Alberto hicieron por ellos— el 12 de diciembre de 1836 Prunetti escribiría al ministro sardo, lo que demuestra que los preparativos siguieron tiempo después del fracaso de Maroto:

He recibido su muy apreciada de V. E. fechada 10 de los corrientes: y al momento en copia literal la he remitido á Badía. En el ínterin, por mi parte, y puedo añadir también en nombre del amigo, doy á V. E. las más rendidas gracias por el doble beneficio que V. E. se ha servido dispensarnos, de atender con preferencia á la más urgente de nuestras necesidades.³⁷

³⁵ El sur de Francia se había convertido casi desde el principio de la guerra en la principal fuente de armamento para los carlistas, ya fuese alrededor de Burdeos, ya fuese en Tolosa (TRONCO, *Les Carlistes espagnols*, pág. 71-72).

³⁶ SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pág. 257. Se marcharon con él buena parte de quienes le habían acompañado a Cataluña desde el norte, excepto algunos como Blas María Royo, que le substituiría como líder carlista en Cataluña.

³⁷ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 12 de diciembre de 1836.

4.2. La representación diplomática sarda se traslada al Norte (septiembre-noviembre 1836)

En otoño de 1836, la caída Gobierno Thiers, de la que hemos hablado,¹ llevó a los sardos, ya mal predispuestos hacia el Gobierno español después de la caída de Istúriz, a adoptar una postura cada vez más abiertamente colaboradora con el carlismo, en la que se incluyó seguir dando facilidades a los agentes del pretendiente para circular por el reino de Cerdeña.² El Gobierno sardo parecía estar, ya fuese por voluntad expresa o por pura inconsciencia, cada vez más dispuesto a tensar la cuerda hasta que la situación se volviese insostenible. Los diplomáticos españoles, siempre expuestos a ser expulsados como le había ocurrido a su colega portugués, al carecer de cualquier reconocimiento oficial debían andarse con pies de plomo al vigilar los movimientos sardo-carlistas.³

Los hechos se desarrollaron con gran rapidez. A inicios de septiembre, Solaro recibía informaciones de que los embajadores de las potencias absolutistas estaban preparando su

¹ MUGNAINI, *Italia e Spagna nell'età contemporanea*, pág. 148. Metternich, por supuesto, aprovechaba cualquier ocasión para tratar de favorecer el fin de la Cuádruple Alianza, como cuando filtró a los británicos el acercamiento francés a Austria para encontrar una solución a la crisis en España (MOSELY, *Intervention and Nonintervention in Spain*, pág. 202). También desde el interior de España empezaban a surgir voces de oposición al nuevo Gobierno: la mismísima María Cristina establecía contactos con los embajadores napolitano y sardo, y con la corte carlista, expresando su deseo de huir de Madrid y librarse al carlismo, por considerar que de mantenerse en la capital corría peligro (URQUIJO, *Relaciones Entre España y Nápoles*, pág. 219 y ss.; SANTIRSO, *Revolución liberal i guerra civil*, pp. 251-252; ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pp. 173-174; PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. IV, pág. 622-628). Carlo Alberto escribiría en septiembre a Francisco de Módena que pensaba que se derrocaría a María Cristina y se nombraría como regente o incluso rey al infante Francisco, creando una república *de hecho*. Decía también que Francia no intervendría en España, pues la familia de Luis Felipe estaba aterrorizada por lo que estaba sucediendo en el país y no dejaban de presionarle para que retirase su apoyo al Gobierno español (LEMMI, *Carlo Alberto e Francesco IV*, 349-352). Le confesaría igualmente estar muy preocupado por la posible *propaganda* llegada de España. Quadrado también incidiría en el problema de los complots liberales en Italia al informar de un par de accidentes donde soldados sardos habían matado a sus superiores, lo que llevaba al Gobierno sardo a temer la posibilidad de revoluciones en el país, y por tanto a simpatizar todavía más con el carlismo (AHN, Estado, 5727, despacho nº 285 de 16 de septiembre de 1836).

² El conde de Orgaz, a quien habíamos encontrado llegando a Cerdeña tras fugarse de Mahón, no había tenido demasiados problemas en sus planes de reengancharse al ejército carlista, pues el 10 de septiembre, tres meses escasos después de que el cónsul de Génova advirtiese a Madrid de sus planes, se encontraba ya en Durango, desde donde escribía a Solaro comunicándole que había entregado a Cerruti la carta que el ministro le había librado para su agente, y solicitaba al mismo tiempo que a dos de sus compañeros de fuga, Marimón y Quesada, se les diese pasaporte para poder salir de Cerdeña y volver al igual que había hecho él a Durango, cosa que parecía que lograrían con gran facilidad, ya que diez días más tarde el cónsul español en Génova se alarmó al comprobar que aquellas personas de las que ya había informado anteriormente abandonaban Génova y llegaban a Niza sin ningún problema, con pasaporte extendido por la policía sarda (ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 10 de septiembre de 1836. AHN, Estado, 8290, despacho nº 43 de 20 de septiembre de 1836).

³ El 12 de septiembre se produciría un incidente diplomático cuando el cónsul español pretendió publicar en la *Gazzetta* un anuncio requiriendo a los españoles residentes en la zona a que se presentasen en el consulado para jurar la Constitución de 1812, lo que el gobernador de la ciudad impidió, por no ser su cualidad de cónsul "*formalmente riconosciuta dal Realle Governo mediante l'exequatur*" (AHN, Estado, 5730, Expediente 2, despacho de 12 de septiembre de 1836).

salida de Madrid. Escribió a San Martino y le dijo que, en caso de que ocurriese tal cosa, él debía ser el primero en abandonar España. La retirada de San Martino se produjo a finales de septiembre de 1836, y poco después Solaro destituiría a este embajador que siempre se había mostrado opuesto a las radicales medidas de su Gobierno.⁴ Solaro, como de costumbre, mintió a Quadrado cuando le indicó que la retirada de San Martino se producía por motivos de salud, y no por ningún otro. No parece que el español le creyese, pues él mismo abría la posibilidad de que el Gobierno español lo retirase a él de Turín en represalia.⁵ Esta, sin embargo, llegó de forma bastante más rápida: el día después de la retirada de San Martino, el Gobierno español ordenaba que se suspendiese el *exequatur* de todos los cónsules sardos en España, pero que se les permitiese llevar a cabo sus funciones de forma privada, en reciprocidad a lo que el Gobierno sardo hacía con los cónsules españoles en Cerdeña. El 29 de septiembre, se ordenaba descolgar las armas sardas de los consulados y que los cónsules cesasen en todas sus funciones públicas.⁶

Para substituir al cesado San Martino, Solaro envió a Bayona a Alberto Ricci, como representante sardo ante la corte carlista.⁷ El embajador británico acudió a Solaro en cuanto tuvo noticia de la misión de Ricci, y le hizo la pregunta más pertinente y que como ya hemos visto la diplomacia sarda también se planteó: ¿qué ocurriría si ante la evidencia de que el Gobierno sardo mantenía comunicación oficial y abierta con el pretendiente, le diese al Gobierno español por declarar la guerra a Cerdeña? La respuesta de Solaro nos revela hasta qué punto lo sardos se habían planteado ya la cuestión: en caso de guerra, el reino de Cerdeña confiscaría los bienes de los españoles que se encontrasen allí, reconocería oficialmente a don Carlos, y abriría un empréstito para ayudarle a ganar la guerra.⁸ Prácticamente nada que no hubiesen hecho ya, y con creces. Por si fuera poco, en una nueva entrevista con el británico unos días más tarde, Solaro tuvo a bien volver a negar obstinadamente haber enviado ayuda alguna a don Carlos, o que Ricci hubiese sido mandado a Bayona para contactar con el carlismo. Para rizar el rizo no tuvo reparos

⁴ URQUIJO, *Los estados italianos*, pág. 983, SCOTTI DOUGLAS, *Spagna e regno di Sardegna*, pp. 78-79, ASTO, *Lettere ministr Spagna* 114, despacho de 24 de septiembre de 1836, *Lettere ministri Spagna* 122, despacho de 29 de septiembre de 1836). Unos días antes San Martino había dejado el archivo de la legación sarda en Madrid en manos de Jaques Prota (*Ibidem*, despacho de 10 de septiembre de 1836). El 5 de octubre el ex embajador sardo en Madrid recibiría la orden de volver al Piemonte (*Ibidem*, despacho de 5 de octubre de 1836).

⁵ AHN, Estado, 5727, despacho nº 288 de 23 de septiembre de 1836.

⁶ AHN, Estado, 5730, Expediente 2, orden de 25 de septiembre de 1836, orden de 29 de septiembre de 1836. El mismo día el Consulado sardo en Barcelona informaba de la llegada de las órdenes del Gobierno español, y de que los comandantes de las flotas de la Cuádruple habían recibido el aviso de la salida de un fuerte convoy de municiones destinadas a los carlistas desde Génova (ASTO, *Consolati Nazionali Barcellona* 4, despacho de 29 de septiembre de 1836).

⁷ SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pp. 70-71. Ricci contó con la ayuda de Flórez para ponerse en contacto con la corte de don Carlos (SCOTTI DOUGLAS, *Spagna e regno di Sardegna*, pág. 81).

⁸ ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 658.

en decir que todo eran exageraciones del Gobierno de Madrid, pues conociendo bien el carácter español, sabía que cuando se les había metido una idea en la cabeza ya no había manera de contradecirles.⁹ La irresponsabilidad sarda en todo lo que hacía y decía su Gobierno era perfectamente entendida por el Gobierno español, que en octubre recibía un informe de Quadrado y Letamendi recordando que los súbditos sardos en España eran 15.000, incluídos 3.000 genoveses en Cádiz, y que una multitud de barcos sardos comerciaban con España de manera regular.¹⁰ Cualquier interrupción de las relaciones comerciales entre España y Cerdeña sería mucho más perjudicial para los segundos que para los primeros, como lo había sido la interrupción con Portugal.

Los sardos no atendían a razones, y quizá por buenos motivos. A finales de octubre, y a pesar de las desesperadas peticiones de ayuda que se recibían de los carlistas,¹¹ estos iniciaban un nuevo intento de tomar Bilbao, asediándola —posiblemente gracias al dinero sardo que Erro había solicitado a Solaro— y llevando a media Europa a creer que la caída de la ciudad llevaría sin duda a don Carlos a Madrid y a la victoria final. El sitio acabaría, al igual que el primero, en un fracaso absoluto, a finales de año, pues el general Espartero se presentaría en el norte de España, levantaría el sitio y derrotaría al ejército carlista en la batalla de Luchana, con lo que las esperanzas sardas se mostrarían vanas una vez más.¹² En diciembre, Solaro expresaría su convencimiento de la próxima caída de Bilbao, que llevaría a Cerdeña a reconocer a don Carlos independientemente de lo que hiciesen las otras potencias absolutistas.¹³ El mismo Ricci se había presentado en Bayona con dos cartas, una para el gobierno carlista, y la otra para entregar a don Carlos reconociéndole como legítimo monarca español en cuanto tomase Madrid, así que los sardos ya llevaban tiempo preparando tal eventualidad.¹⁴

El 17 de octubre, Solaro escribía a Ricci diciéndole que San Martino había dejado al cuidado de los intereses de los súbditos sardos en manos del Conde de Lalign, diplomático belga. Solaro no compartía la confianza de Martino en Lalign, y se quejaba de que las informaciones que este le hacía llegar eran demasiado vagas, y lo que era peor, que no conocía ni sus opiniones ni su

⁹ *Ibidem*, pág. 660. Los gobiernos británico y español presionaron fuertemente a Francia para que evitase el establecimiento de esta representación absolutista ante don Carlos, aunque la respuesta inicial fue dar largas y esperar acontecimientos (EDWARD JONES, *British foreign policy*, pág. 151).

¹⁰ AHN, Estado, 5730, Expediente 3, despacho de 14 de octubre de 1836.

¹¹ Cerruti transcribía, en un despacho reservado, una carta del conde de Orgaz: “esto está muy bien, pero escasísimo de dinero, pues hace cuatro meses que la tropa no ve un cuarto; y V. no dejará de conocer lo que esto desanima. Con esta misma fecha escribo á Alcudia, y se lo digo, pues si pronto no se reciben recursos no sé qué sucederá. V. que siempre ha trabajado por la causa, no dudo que también hará lo que pueda” (ASTO, *Missioni diplomatiche speciale e temporarie* 3, despacho de 9 de octubre de 1836).

¹² PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. III, pág. 488 y ss.

¹³ ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pp. 666-668.

¹⁴ LEMMI, *La politica estera di Carlo Alberto*, pág. 284.

posición, con lo que el belga buenamente podía mentirle. Necesitaba por tanto que Ricci, desde Bayona, hiciese lo que pudiese para mantenerle informado. También escribía que Quadrado había recibido el pasaporte, y que pronto abandonaría Turín.¹⁵ En efecto, el 17 de octubre se había ordenado a Quadrado que cesase como encargado de la Legación española en Turín y dejase al cargo de la misma al embajador francés.¹⁶ Las relaciones oficiales quedaban así rotas. Pocos días después, Solaro y Quadrado mantenían una entrevista en la que el primero trataba de sonsacar al español alguna información sobre los rumores que corrían en referencia a la intención del Gobierno español de cesar definitivamente a los cónsules sardos en España. Quadrado le respondió que

el gobierno sardo no sentiría tanto la suspensión de los cónsules respectivos por los perjuicios que resultarían del gobierno, cuanto por las quejas de este, y lo que ellas contribuirían a exasperar los ánimos, ya demasiado agitados [...] ha sido muy criticada en Turín, aún por los mayores enemigos del gobierno de la Reina de España, la retirada del Conde de San Martín de esa corte, y su consecuencia de mi salida de los estados sardos.¹⁷

Los rumores —cuya verificación nos ofrece la documentación— sobre los movimientos y la colaboración de los sardos con el carlismo seguían, en el contexto de crecientes tensiones, más vivos que nunca. Si el 22 de octubre el cónsul de Livorno decía haber recibido informes de que don Miguel pensaba embarcarse en Módena hacia Francia, para desde allí pasar a España y unirse al carlismo,¹⁸ el día 26 llegaba a Turín José Lebrun de Enríquez, que había sido cónsul español en Sète y había sido destituido por sus “sanas opiniones”. Lebrun se presentó ante Solaro solicitándole un “adelanto”,¹⁹ y unos días antes era Francisco Xarrié, monje dominico, el que explicaba que había creado una pequeña comunidad con Joaquín Armengol, prior de un

¹⁵ ASTO, *Lettere Ministri Spagna* 122, despacho de 17 de octubre de 1836. Efectivamente, San Martino le había informado del acuerdo al que había llegado con el belga, y de las protestas de Calatrava ante el embajador sardo por el *desaire* que cometía el reino de Cerdeña con los cónsules españoles antes de que saliese de Madrid (ASTO, *Lettere Ministri Spagna* 114, despacho de 18 de octubre de 1836). Solaro escribiría a Lalaing para agradecerle que se hiciese cargo de la legación sarda, y lamentarse de que la decisión española de suspender el *exequatour* de los cónsules sardos no era justificable por la decisión sarda de no concedérselo a los españoles, pues “*il y ait une bien grande différence entre ne pas accorder une faculté et la retirer á qui en jouit déjà*” (ASTO, *Lettere Ministri Spagna* 112, despacho de 24 de octubre de 1836).

¹⁶ AHN, Estado, 5730, Expediente 4, despacho de 19 de octubre de 1836. El 20 de octubre recibía Quadrado el pasaporte para abandonar Cerdeña (AHN, Estado, 5727, despacho nº 310 de 20 de octubre de 1836).

¹⁷ AHN, Estado, 5730, Expediente 4, despacho de 26 de octubre de 1836. El 29 de octubre Cerdeña tomaría nuevas represalias contra España, y suspendería el *exequatour* de los cónsules españoles en Cerdeña. (*Ibidem*, despacho de 29 de octubre de 1836) Obviamente, como el Gobierno sardo se había negado a conceder nuevos *exequatour* a los cónsules españoles que habían ido llegando, el de Génova no se dio por enterado, y el único que lo perdió fue el vice-cónsul de Niza.

¹⁸ AHN, Estado, 8325, despacho nº 8 de 22 de octubre de 1836.

¹⁹ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna* 2, despacho de 26 de octubre de 1836.

convento de Cataluña, íntimo amigo suyo y de Badía, en Niza, y que evidentemente estaba, como tantos otros eclesiásticos *universitarios*, metido en el asunto de la compra de fusiles para Cataluña.

Dicho P. Prior podrá por otra parte prestarme grandes servicios, mayormente si yo con el tiempo recibiese orden de Badía, u otras personas para pasar á otro destino. [...] A nadie absolutamente de este mundo he comunicado las relaciones que han mediado en orden al asunto de los libros.²⁰

Muchos de estos eclesiásticos tendrían, o habían tenido ya, responsabilidades en el Gobierno del carlismo catalán: a Echánove lo hemos mencionado como miembro de la junta *primitiva* de 1834, junto con el obispo de Vic y Manuel Millá; Josep Caixal sería nombrado en menos de un año, o bien presidente de la Junta de hospitales del carlismo catalán o director de los mismos y llegaría a obispo de Urgell y vicario general carlista en la guerra de 1872-1876; Xarrié por su parte había sido profesor de la universidad de Cervera y lo sería en la establecida por el carlismo a partir de 1838. Armengol serviría, como tendremos ocasión de ver, de enlace entre la Junta en Cataluña y el Gobierno sardo.²¹

La retirada del *exequatour* de los cónsules españoles, que tuvo pocas consecuencias prácticas, provocó una nueva protesta del embajador inglés ante Solaro, que obtuvo la misma respuesta que se había dado antes: Cerdeña, decía Solaro, no hacía más que responder recíprocamente a la agresividad española, y si el Gobierno de Madrid seguía por esta vía o incluso más allá, concediendo patentes de corso contra el comercio sardo, se reconocería a don Carlos oficialmente. Al Gobierno de Carlo Alberto, para estupefacción de la diplomacia británica, no parecía preocuparle lo más mínimo los efectos que la interrupción de dicho comercio podía tener para Cerdeña.²² La falta de coherencia y sentido común de la política exterior sarda la muestra el hecho de que mientras el embajador sardo en París tenía el encargo de explicar a su colega británico que la culpa de todo el asunto era española, debía al mismo tiempo sondear al embajador español para llegar a algún acuerdo que calmase las aguas, mientras Solaro

²⁰ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 24 de octubre de 1836. Xarrié había llegado a Niza en julio de 1836 (AHN, Estado, 8347, despacho nº 4 de 12 de enero de 1837), y había establecido efectivamente una comunidad eclesiástica con algunos otros personajes como Antonio Echánove, arzobispo de Tarragona, Josep Caixal, canónigo de la catedral de esta misma diócesis, Francisco Lacerra, y Armengol, que había sido prior del convento de los dominicos de la Seu d'Urgell (BARRAQUER I ROVIRALTA, Cayetano, *Los Religiosos en Catalunya durante la primera mitad del siglo XIX*, Barcelona, Francisco Altés Alabart, 4 vols. 1915, vol. III pág. 676).

²¹ LLORENS, Antoni, *Solsona en les guerres del segle XIX a Catalunya*, Barcelona, Rafael Dalmau, 1981, pág. 135; SANTIRSO, *Els Acords Reservats de la Junta de Berga* pp. 48 y 112-113; LLAQUET DE ENTRAMBASAGUAS, José Luis, *La Facultad de Cánones de la Universidad de Cervera (s. XVIII-XIX)*, tesis doctoral, Universidad de Barcelona, 2001, pág. 359.

²² ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pp. 663-664.

proclamaba que si alguien declaraba la guerra a Cerdeña, el rey la aceptaría con gusto, y que contaba en ello con el pleno apoyo del Gobierno austríaco.²³

Alberto Ricci había ya llegado a su puesto y se había puesto en contacto con la corte carlista. El primero de noviembre, escribía a Solaro para comunicarle haber mantenido una reunión con el Secretario de Estado del pretendiente, quien le había solicitado que se mantuviesen las ayudas; y las dificultades que encontraba para mantener el secreto de su misión por el *entusiasmo* de los carlistas, secreto que, como sabemos, no había existido jamás:

J'ai eu il y a trois jours l'entrevue annoncée avec Monsieur Siera chef du département des affaires étrangères ; il m'a dit qu'il avait été chargé par D. Carlos de venir m'exprimer en son Royal nm combien il avait été touché de cette nouvelle preuve d'intérêt de la part du Roi Notre Auguste Maître ; qu'il ne pourra jamais oublier tout ce que S. M. A fait pour lui, et que comme après Dieu et sa vaillante armée, c'est du Roi de Sardaigne qu'il a reçu le plus constant appui, il n'hésitera pas un instant une fois monté sur le trône á lui en témoigner toute sa reconnaissance á la face de l'Europe entière ; il m'a fait sentir en même temps que D. Carlos espérait que S. M. Voudrait toujours continuer á s'intéresser en sa faveur après des Souverains ses alliés. En rendant compte á V. E. De cet entretien avec le laconisme que m'impose le chiffre, je dois cependant ajouter que ces mêmes sentiments sont partagés pour tous les Royalistes Espagnols tellement enthousiasmés pour notre Roi, qu'il faut que je me tienne continuellement sur mes gardes pour ne pas être compromis par leur imprudence, il est également certain que la plus grande influence est désormais acquise au cabinet Sarde sur les affaires de cet important pays.²⁴

Los carlistas estaban preocupados por la actitud de las potencias absolutistas, Austria en concreto, y Ricci trató de calmarles como buenamente pudo. También le expresó Sierra que el pretendiente había ordenado que, en caso de que María Cristina acabase en manos del ejército carlista, fuese tratada con el debido respeto, y prometía igualmente hacer gala de moderación y clemencia contra sus enemigos cuando llegase al trono, eso sí, sin renunciar a la justicia. Sobre el tema del dinero, Ricci instó al Ministerio universal carlista a regular el tema de los empréstitos para poder obtener fondos cuanto antes, algo de lo que los carlistas andaban faltos, pues, según le confesó el ministro carlista al sardo,

il m'a assuré qu'on était décidé á frapper un grand coup ; que pour cela outre l'argent il serait nécessaire d'avoir un secours moral qui servirait á déterminer

²³ LEMMI, *La política estera di Carlo Alberto*, pág. 289-290. La belicosidad sarda ya se había dejado ver en verano de 1835, y las bravuconadas de Carlo Alberto habían tenido el mismo resultado entonces que el que tendrían ahora. El tono de los sardos se reduciría notablemente a finales de 1836, después del fracaso del sitio de Bilbao por los carlistas, y todavía más cuando desde Austria llegaría la preocupante noticia de que Metternich no estaba demasiado dispuesto a apoyar a Cerdeña en caso de que todo el asunto acabase por iniciar una guerra con España (ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pp. 668-669, 671-672).

²⁴ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 114, despacho cifrado de 1 de noviembre de 1836. Transcrito también en BIANCHI, *Storia documentata*, vol. IV, pp. 340-341.

beaucoup de personnes qui, par leur indécision, retardent encore le triomphe de D. Carlos.

Finalmente, Ricci, que había hablado con el marqués De la Grua, el representante napolitano ante don Carlos, pedía instrucciones sobre si debía pasar él al cuartel general carlista en vistas a un posible reconocimiento oficial del pretendiente, como De la Grua le había dicho que Nápoles estaba a punto de hacer.

La representación diplomática sarda ante don Carlos había quedado establecida, pues, poco después de que su representación en Madrid hubiese desaparecido. Y algo más tarde era Quadrado el que abandonaba definitivamente Cerdeña en dirección a Gibraltar,²⁵ mientras desde Barcelona el encargado del consulado sardo informaba de las crecientes dificultades que los súbditos de Carlo Alberto empezaban a encontrar para obtener pasaportes con los que viajar hacia y desde España.²⁶

El 7 de noviembre Ricci volvería a enviar un nuevo cifrado, y como anteriormente le había ocurrido a Cerruti, se veía obligado a informar del clima de conspiraciones en el que vivía la corte del pretendiente, en este caso, casi todas ellas dirigidas contra el ministro universal:

On intrigue dans ce moment au quartier Général pour faire tomber Mr. Erro ou pour lui ôter du moins la direction universelle des affaires ; il paraît qu'on veut saisir le moment de l'arrivée des capitaux considérables qu'on doit à la générosité des souverains pour décider D. Carlos à renvoyer ce Ministre qui malgré son emprunt, a laissé manquer l'armée des fonds nécessaires dans des moments très importants. On voudrait porter au Ministère le Comte Alcudia. Ne sachant pas jusqu'à quel point ces intrigues pourront profiter à D. Carlos, je m'en tiens tout à fait en dehors.²⁷

También había transmitido al carlismo la respuesta negativa de Francia a la petición de ayuda del Gobierno español, pues Luis Felipe no parecía inclinado a apoyar “*le Gouvernement du Sergent García*”. María Cristina, según Ricci, habría escrito al monarca francés pidiéndole que no aceptase conceder ninguna ayuda al Gobierno de Madrid, para que se pudiese poner término a la guerra civil lo más pronto posible. En definitiva, Ricci presentaba a los carlistas un camino

²⁵ AHN, Estado, 5727, despacho nº 315 de 3 de noviembre de 1836.

²⁶ ASTO, *Consolati Nazionali Barcellona* 4, despacho de 4 de noviembre de 1836. Las advertencias de Ricci no cayeron en saco roto: entre noviembre y diciembre, se nombraría a un nuevo comisario del empréstito, y a distintos comisarios regionales para los países en los que estaba teniendo buena acogida (ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna* 2, despacho de 30 de noviembre de 1836; despacho de 30 de diciembre de 1836).

²⁷ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 114, despacho cifrado de 7 de noviembre de 1836. Las intrigas acabarían teniendo éxito después del fracaso carlista en Bilbao, y se formaría un nuevo gobierno presidido por el obispo Abarca y con Labandero, a quien encontramos en agosto en Cataluña acompañando a Maroto, como secretario de hacienda (*Panorama Español*, vol. III, pág. 240; PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. IV, pág. 22).

expedito hacia la victoria, y les empujaba a dejarse de luchas internas y tomar la iniciativa militar.²⁸

Los agentes carlistas en Italia, como los que se encontraban en Bayona, seguían activos. A principios de noviembre llegaba a Livorno Peter Quartin, con pasaporte británico. Venía de Roma y pretendía llegar a España encargado de “una misión carlista y miguelista” en compañía de Simón Bruno, que llevaba pasaporte napolitano. Cuando se presentaron ante el cónsul español en la ciudad, bajo la pretensión de ser comerciantes que querían llegar a Barcelona, este les informó de que él sólo expedía a los carlistas pasaporte “para el otro mundo”, ante lo que poco más había que decir.²⁹ A Cerruti, en Lyon, se le presentó un tal barón León de Longjumeau, que pretendía ser antiguo escudero de Carlos X y empleado desde 1830 por las potencias absolutistas y de Italia para importantes misiones, declarando llevar despachos de importancia capital para “Carlos V”, para lo que necesitaba llegar a su destino sin que el Gobierno francés sospechase nada. Diligente como siempre, Cerruti afirmaba haberlo ayudado con todos los medios posibles.³⁰ Y el 14 de noviembre, sería por un lado Flórez el que pediría a Solaro que intercediese ante el gobernador de Niza a favor del coronel Juan Rebagliato,³¹ y por el otro el cónsul sardo en Burdeos quien recibiría la visita de un tal Alphonse Basin de Cahany, que aseguraba ser empleado del ministerio de Asuntos Exteriores y exhibía un pasaporte francés que pretendía cambiar por uno sardo para Bayona con el que poder entrar en España. Decía venir de parte de Cerruti, quien le había dicho que el cónsul en Burdeos era “*un Bon Garson*”. No parece que el cónsul sardo viese el asunto demasiado claro, y como puso objeciones, no consta que le llegase ninguna otra solicitud parecida.³² A lo visto hasta ahora, podemos añadir a Marimón y Quesada, a quienes hemos visto en septiembre buscando reengancharse al ejército carlista. Según informaba el cónsul español en Génova a fines de noviembre, habían sido detenidos en La Roquette con pasaportes falsificados, con lo que allí terminó su aventura, y otros tres carlistas habían sido también arrestados, esta vez sin pasaporte, en Grasse. Pedro

²⁸ La misión de Ricci tampoco iría mucho más allá. Los británicos redoblarían la presión sobre Francia para que ordenase retirarse a los embajadores absolutistas, a la vez que tratarían de poner todos los obstáculos posibles a su misión, llegando a negarse a transportar paquetes ni cartas entre Madrid y Bayona, servicio del que se habían servido los embajadores hasta aquel momento (ASTO, *Lettere ministri Spagna* 114, despacho de 21 de noviembre de 1836). Poco después los franceses cederían y los embajadores deberían retirarse.

²⁹ AHN, Estado, 8325, despacho nº 11 de 9 de noviembre de 1836. En los días siguientes, el cónsul sospecharía que ambos carlistas pretendían salir de Livorno en secreto, lo que confirmaría poco después (*Ibidem*, despacho nº 12 de 10 de noviembre de 1836, despacho nº 13 de 11 de noviembre de 1836).

³⁰ ASTO, *Missioni diplomatiche speciale e temporarie* 3, despacho de 10 de noviembre de 1836. Cerruti tomaría el puesto que Ricci dejaría vacante tras su partida, usando el nombre secreto de *Camilo*.

³¹ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 14 de noviembre de 1836.

³² ASTO, *Consolati nazionali Bordeaux* 1, despacho de 14 de noviembre de 1836.

Quartin y Simón Bruno también habían sido retenidos en Marsella, y posteriormente devueltos a Livorno, desde donde habían salido originariamente.³³

A su llegada a España, Quadrado informaba de la última reunión que había tenido con Solaro. Decía que lo había encontrado muy enfadado por la actuación española, y preocupado por la posibilidad de que el Gobierno de Madrid decidiese declarar la guerra a Cerdeña. Había reiterado que cualquier nueva agresión española sería respondida con el secuestro de los bienes españoles y el reconocimiento oficial de Carlos que, según él, apoyarían Nápoles y otras potencias.³⁴ No parece que las amenazas de los sardos impresionasen demasiado al Gobierno español, pues al día siguiente se daba la orden de que el cónsul en Génova no expidiese ni refrendase ningún documento a los súbditos sardos que quisieran venir a España, que recogiese los pasaportes que se le presentasen y que borrara cualquier refrendo que encontrase en los mismos.³⁵ El rompimiento sardo-español se extendía así a las relaciones comerciales, y los comerciantes genoveses pronto empezarían a notar las consecuencias de los actos de su Gobierno.

Antes del fin del mes, el embajador francés en Turín escribía al cónsul español en Génova:

en Cerdeña no se recluta gente para don Carlos. Estoy persuadido de que no envían armas porque no las hay ni tampoco dinero pues se acabó el tiempo que los soberanos hacían sacrificios de esta especie. [...] En una palabra, no hay nada que decir en punto a *hechos*: mas no es así en cuanto a *deseos* en favor de Don Carlos, y en cuanto a la reina son tan hostiles como pueden ser.

Por Quadrado habrá sabido V. el sesgo que ha tomado el asunto de los Cónsules. Ahora depende de la España el dejarlo dormir o el agravar su estado. Mientras que la suerte se muestre favorable a la Reina no harán nada en este País para romper, y se contentaran con tener agentes consulares tolerados, y sin incomodarlos mucho. [...] Es preciso saber si el gobierno español consentirá que se niegue a sus agentes la protección que ellos deben dar a los súbditos de su nación. Debe V. saber que aquí han echado el resto, y que están resueltos a reconocer a Don Carlos y a secuestrar las propiedades españolas en Cerdeña si el gobierno español da patentes de corso. [...] Sería locura esperar que el gobierno sardo diese el *exequatur* a los cónsules: es una resolución irrevocable la que ha tomado. Saben todas las consecuencias políticas y comerciales, y el

³³ AHN, Estado, 8290, despacho nº 61 de 23 de noviembre de 1836. Poco después Quartin se evadiría y lograría llegar a París sin pasaporte alguno (AHN, Estado, 5730, Expediente 31, despacho nº 16 de 28 de noviembre de 1836, despacho nº 22 de 9 de diciembre de 1836).

³⁴ AHN, Estado, 5730, Expediente 4, despacho confidencial de 13 de noviembre de 1836.

³⁵ *Ibidem*, Expediente 3, orden de 14 de noviembre de 1836. Lo mismo se ordenaría a los diplomáticos españoles en París, Livorno, Marsella, Sète, Civitavecchia, Nápoles y Gibraltar (*Ibidem*, Expediente 5, despacho de 11 de enero de 1837, despacho de 18 de enero de 1837). La medida del Gobierno español era la respuesta a la enésima escalada de los sardos, ya que pocos días antes había recibido Letamendi órdenes del gobernador de la ciudad de Génova de no visar más pasaportes españoles, toda vez que las autoridades sardas no podían reconocerle como autoridad sin el pertinente *exequatur* (MARLIANI, *Reseña de las relaciones diplomáticas de España*, pág. 165).

peligro a que se exponen: no hay más reflexiones que hacerles, y esté usted seguro de que no retrocederán. Falta saber si están empujados por otros, o si ceden a un deseo de dar que hablar, o si se contentaran con permanecer en un estado que no está bien definido. Yo opino que aquí no comenzaran las hostilidades. [...] Sabe usted que se cogieron en la frontera unos *refugiados* españoles, entre otros Marimón y Quesada que se hallaban aquí con el Conde de Orgaz. Este se ha escapado por la protección del gobierno sardo, a los otros no se les ha querido dar pasaporte y se han fugado y están presos en Francia.³⁶

³⁶ AHN, Estado, 8290, despacho de 27 de noviembre de 1836.

4.3. Resurgimiento carlista y hostilidad sarda (diciembre 1836-mayo 1837)

A finales de 1836, mientras el carlismo sufría un nuevo fracaso ante Bilbao, reforzaba su posición en Turín con el nombramiento definitivo de Gabriel Flórez como encargado de asuntos del pretendiente ante Carlo Alberto,³⁷ en reciprocidad al de Ricci, que sin embargo en esos mismo días se veía obligado a abandonar su puesto en el sur de Francia, emulando a las otras potencias absolutistas.³⁸ España reclamó inmediatamente que no se reconociese a Flórez carácter oficial alguno, a lo que Solaro respondió obviamente con una negativa.³⁹ Y no solo eso, sino que, ante la evidencia de que España y Cerdeña se dirigían hacia una ruptura de las relaciones comerciales, Carlo Alberto escribía a Francisco de Módena dejando bastante claro que consideraba que tenía poco que perder en todo el asunto:

Je suis en ce moment au plus mal avec le gouvernement de la Reine, et comme on cherche á vexer notre commerce, j'ai fait savoir aux cabinets de Paris et de Londres que je me trouvais dans une position exceptionnelle et qu'á la première chose que l'on me ferait que je reconnaîtrais D. Carlos.⁴⁰

Como explicación a esta actitud cada vez más combativa de los sardos, además de la creencia de contar con el apoyo de prácticamente todas las cortes europeas, podemos añadir el estado de la guerra en Cataluña. Iniciado ya 1837, la situación militar del ejército español era pésima, y las autoridades militares se mostraban incapaces de hacer frente al avance carlista. En los primeros meses del año, y sin lugar a dudas gracias al éxito de Torradabella en Francia, que habría logrado equipar a un buen número de soldados para que entrasen en Cataluña, los carlistas habían retomado inicialmente—con gran éxito— la estrategia guerrillera para golpear con velocidad, saquear algunas plazas y posteriormente retirarse antes de que el ejército pudiese reaccionar; posteriormente lograrían la ocupación estable de parte del territorio catalán. El sueño sardo-carlista de establecer un segundo frente en Cataluña con el que reforzar la rebelión parecía al fin cumplirse, y se estaba gestando el “golpe definitivo” al que tantas referencias habían hecho: la gran expedición que debía llevar a don Carlos a Cataluña, para

³⁷ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna 2*, despacho de 30 de diciembre de 1836.

³⁸ BIANCHI, *Storia documentata*, vol. IV, pág. 115.

³⁹ ROSSELLI, *Inghilterra e Regno di Sardegna*, pp. 647-648.

⁴⁰ LEMMI, *Carlo Alberto e Francesco IV*, pp. 352-353. Cerdeña trató a su vez de presentar su caso favorablemente en Londres y París a través de sus embajadores, y estos se lo tomaron con tal entusiasmo que llegaron a transmitir a Solaro que ni Francia ni Inglaterra se opondrían a que Carlo Alberto reconociese a don Carlos, lo que explica que los sardos actuaran de manera tan atrevida (SCOTTI DOUGLAS, *Spagna e regno di Sardegna*, pág. 87-90). Sambuy, desde Viena, también le mandaba a Solaro despachos donde le comunicaba que la conducta sarda hacia España recibía el declarado apoyo de todos los gobiernos absolutistas salvo el de Prusia, que la encontraba demasiado precipitada, y mofándose de la en su opinión incapacidad británica para forzar a Cerdeña a ceder ante España. Por parte de los franceses, estos le habían hecho llegar que el reconocimiento de don Carlos sólo tendría consecuencias de peso sí lo realizaban todas las potencias absolutistas (ALBERTI, *La politica estera del Piemonte*, vol. I, pp. 215-219).

establecerse allí, mucho más cerca de sus aliados italianos.⁴¹ De ahí la creación definitiva del gobierno del carlismo catalán, en forma de la ya tantas veces mencionada Junta Superior Gubernativa, que se establecía en Borredá, muy cerca de Andorra, en enero de 1837, y cuyo presidente y principal supervisor fue, por ser el mayor responsable de su creación, nuestro conspirador Bartolomé Torrabadella, o José Badía si se prefiere el alias.⁴²

Los éxitos en Cataluña hicieron pensar a Carlo Alberto que sus planes, esbozados ya en 1834, finalmente iban a triunfar. Y así, como hemos verificado tantas veces, se multiplicaban en su reino las actividades de agentes carlistas que acudían al refugio seguro que encontraban en Cerdeña. La única novedad era que, con la irrupción de Torrabadella y los *universitarios* en el carlismo catalán, el protagonismo de los eclesiásticos en la dirección del carlismo pasaría a ser ahora preponderante. El vicescónsul español en Niza informaría en enero de la salida hacia Turín del jesuita Dadeu, al que el diplomático español se había negado a visar el pasaporte para Francia. Señalaría igualmente que la principal fuente de documentación falsa con la que los carlistas estarían cruzando la frontera francesa era Isidoro de Montenegro, y que algunos eclesiásticos, como Echánove, Caixal o Xarrié, que como hemos visto llevaban en Cerdeña desde verano de 1836, se reunían en casa de la condesa de Torres Matallana,⁴³ “á leer los periódicos de Oñate y á formar mil planes descabellados que tan pronto como se conciben se desvanecen por la falta de susceptibilidad y medios de todos ellos”.⁴⁴

El mismo vicescónsul alertaba unos días más tarde de la fuga de cuatro frailes capuchinos a Saboya, y de allí a Francia, desde donde pretendían pasar a España y unirse a la facción, y de otros dos que se estaban preparando en la ciudad para seguir el mismo camino. Y dejaba bastante clara al Gobierno de Madrid cuál era la postura del de París, que se había sentido vejado por lo sucedido en agosto de 1836: los únicos funcionarios de aduanas franceses que estaban tomando medidas para tratar de parar la sangría eran los de la línea del Var, mientras que los

⁴¹ SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pág. 275 y ss.

⁴² SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pp. 286-287. Torrabadella seguiría acumulando cargos: en junio de 1837 el obispo Abarca, delegado apostólico del Vaticano desde 1834, le nombraría subdelegado para Cataluña. Una de las primeras medidas de la Junta fue la creación de un periódico, *El Joven Observador*, que más adelante será rebautizado como *El Restaurador Catalán*. Los principales autores de sus textos serán Vicente Pou —que trabajará como adjunto a la subdelegación hasta que acabe substituyendo al frente de la misma a Torrabadella en 1838—, Magín Ferrer y, como no, Torrabadella (MUNDET, *“El Restaurador Catalán i la 1ª Guerra Carlina*, Barcelona, Rafael Dalmau, 1979).

⁴³ Ana Valle, esposa de Rodrigo Torres y Béjar, marqués de Matallana.

⁴⁴ AHN, Estado, 8347, despacho nº 4 de 12 de enero de 1837. También informaría de la presencia, fuera de Niza, de Manuel Castillo, presbítero de Barcelona, que se encontraba en San Remo, e Ignacio Gordano, que estaba en Oneglia. En abril el primero abandonaría San Remo para dirigirse a Niza, y de esa misma ciudad saldrían tres eclesiásticos, con pasaporte provisional de la policía sarda y a bordo de un barco, el *Rómulo*, también sardo (AHN, Estado, 8347, despacho nº 21 de 1 de abril de 1837).

de la frontera de Saboya no tomaban el más mínimo cuidado en vigilar exactamente quién se estaba infiltrando por ella, “haciendo ilusoria nuestra vigilancia y burlando cuantos pasos podamos dar para contrariarles”. Al día siguiente, en un nuevo despacho, se acusaba al embajador francés en Berna de ser quien estaría sellando pasaportes a los carlistas para que cruzasen la frontera.⁴⁵

El cónsul de Génova, ante los informes que le llegaban de Niza sobre los problemas con los funcionarios de aduanas francés, respondía que le parecía “bastante extraño que así suceda, si la misma vigilancia que egercen los aduaneros franceses en la frontera del Var la observa también en la de Savoya”, que era al fin y al cabo el problema en cuestión. Anunciaba su intención de escribir al embajador francés en Turín, el marqués de Rumigny, para atajar el problema, a lo que este respondía unos días más tarde que había tomado “*les mesures pour qu’il soit mis un ferme a cet abus, qui, s’il existe, est complètement en opposition avec les intentions du Gouvernement Français*”.⁴⁶

Las presiones que españoles y británicos ejercieron en París⁴⁷ ante la evidencia de que el Gobierno francés no estaba cumpliendo con las obligaciones del tratado de la Cuádruple Alianza tuvieron éxito. El 6 de febrero de 1837, llegaba a la corte de Turín una reclamación bastante clara del Gobierno francés: era necesario que el Gobierno sardo ordenase internar a todos los refugiados españoles y portugueses que se encontraban en Niza y que los alejase de la ciudad.⁴⁸ Viéndose en una difícil tesitura, y al parecer sin demasiado margen de maniobra, incluso para alguien con la inventiva de Solaro, se cursaron las órdenes pertinentes, aunque, deseando siempre tener la última palabra, el piemontés decía que la orden que dirigía a Isidoro de Montenegro no debía ser tomada como una de carácter general, sino tan solo referida a la falsificación de documentos en la que estaba implicado el agente carlista.⁴⁹ El 13 de febrero, Isidoro de Montenegro pedía más tiempo para cumplir la orden de abandonar Niza y dirigirse

⁴⁵ AHN, Estado, 8347, despacho nº 6 de 16 de enero de 1837, despacho nº 7 de 17 de enero de 1837. Desde Génova llegaban noticias de la concentración de 150 o 200 eclesiásticos que decían estar preparando una misión a Bolivia, Chile y Lima, pero de cuyas intenciones el cónsul español tenía series reservas, por lo que recomendaba que se vigilase estrechamente a los barcos sardos que se acercasen a las costas españolas en las próximas semanas, para asegurarse de que los frailes iban a donde decían y no a “encender más y más la tea de la discordia en la tierra que malamente les diera el ser” (AHN, Estado, 8290, despacho nº 75 de 9 de enero de 1837).

⁴⁶ AHN, Estado, 8290, despacho nº 79 de 22 de enero de 1837, despacho nº 80 de 30 de enero de 1837.

⁴⁷ Y las mismas acciones inconscientes o incluso provocadoras de Carlo Alberto, quien nombraría en 1837 al marqués Pallavicini, que había participado en la expedición de la duquesa de Berry para tratar de derrocar a Luis Felipe en 1832, como embajador en Nápoles (SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pág. 101) después de la muerte de su antecesor en el cargo, el conde de Vignet (*Gazzetta Piemontese*, nº 171, 29 de julio de 1837).

⁴⁸ AHN, Estado, 8347, despacho nº 10 de 6 de febrero de 1837.

⁴⁹ AHN, Estado, 8347, despacho nº 14 de 24 de febrero de 1837.

hacia el interior del reino porque, desgraciadamente, su mujer se había torcido el pie y no estaba en condiciones de iniciar el viaje. Finalmente, Montenegro abandonaba Niza en marzo, aunque no la costa sarda, pues se trasladó a Finale Liguria, a medio camino de Génova, con lo que el cónsul español en Niza dejó claro que en ningún caso debía abandonarse su vigilancia.⁵⁰

Cruz Mayor, a quien aparentemente no se le había ordenado nada, pidió a principios de marzo permiso para dirigirse a Génova hasta el otoño, según decía para gozar de su mejor clima. A finales de mes, sin embargo, decidió al fin y al cabo quedarse en Niza, a pesar de haber obtenido del Gobierno sardo el permiso anteriormente solicitado, revelándose en realidad el objeto de su proyectado traslado: había descubierto que en Génova *había todavía un cónsul carlista*, con lo que su presencia en la ciudad era totalmente innecesaria.⁵¹

Unos pocos días después se ordenaba a la condesa de Torres Matallana abandonar Niza y dirigirse a Turín. Lo mismo se ordenó a Echánove y a Caixal; el primero de ellos solicitó permiso, denegado, para poder pasar a Francia, y el segundo abandonó la ciudad con pasaporte sardo. El cónsul expresó su convencimiento de que pretendía también introducirse en Francia, lo cual consiguió, pues lo encontraremos poco después formando parte de la Junta carlista en Cataluña.⁵²

El que no recibió tampoco órdenes para internarse –o si las recibió, no se encontraba en condición de cumplirlas– era Gómez Negrete, quien parece ser se encontraba agonizando. El cónsul esperaba poder intervenir tras su defunción un pliego de cartas de la dirección carlista que atesoraba el eclesiástico, pero desgraciadamente pocos días después este expiraba tras haberlas quemado todas. Como prueba de hasta qué punto el carlismo contaba con apoyos entre las figuras públicas sardas, se nombra a algunos nobles que velaron a Negrete, entre ellos el conde della Scarena, antiguo ministro de Interior de Carlo Alberto y miembro del Consejo de Estado.⁵³

La desbandada carlista siguió en mayo, pues a primeros de mes era Francisco Xarrié quien abandonaba Niza, también en dirección a Turín, y de nuevo según el cónsul, con la firme intención de pasar a Francia por Saboya o Suiza. Como a él también nos lo encontraremos en el carlismo catalán en breve, debemos suponer que al igual que Caixal logró su objetivo. Unos días

⁵⁰ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna 2*, despacho de 13 de febrero de 1837, AHN, Estado, 8347, despacho nº 19 de 28 de marzo de 1837, despacho de 31 de marzo de 1837.

⁵¹ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna 2*, despacho de 8 de marzo de 1837, despacho de 30 de marzo de 1837.

⁵² AHN, Estado, 8347, despacho nº 23, de 6 de abril de 1837, despacho nº 24 de 10 de abril de 1837.

⁵³ *Ibidem*, despacho nº 25 de 12 de abril de 1837, despacho nº 27 de 22 de abril de 1837.

más tarde, era la condesa de Torres Matallana la que se veía por fin obligada a salir de Niza en dirección a Turín, a pesar de los esfuerzos de su íntimo amigo el gobernador del condado, para retrasar su salida.⁵⁴

También en estos días volvemos a encontrar a Cerruti, bajo el nombre de Camilo. En comunicación con Alberto Ricci, que se había retirado como representante sardo ante la corte carlista pero que seguramente mantenía aún los contactos que había tejido, y tratando de las nuevas ayudas que las potencias absolutistas buscaban hacer llegar al carlismo a través de los agentes sardos: "*J'attends de vous nouvelles avec une vive impatience, car on me parle toujours de l'affaire des 2 millions qu'on désire voir terminer convenablement pour commencer les opérations.*"⁵⁵ También le comenta que se encuentra en contacto directo con Abarca, con Labandero, y con su *amigo* de Burdeos (del que no da más detalles pero seguramente se trataría una vez más de Meyer, banquero de confianza de Abarca y agente napolitano con quien había ya colaborado en 1835) y que se comprometía a enviar todos los fondos que recibiese por cuenta de don Carlos. Se lamentaba de las dificultades que estaban encontrando en enviar los dos millones de francos en bloque, pero que era imprescindible para los carlistas recibirlos así para poder realizar las operaciones que tenían en vista. La descripción que Cerruti realiza de estas futuras operaciones nos da una muestra de hasta qué punto el carlismo dependía de los fondos extranjeros que iban llegando y de la importancia que los agentes de Carlo Alberto tuvieron en mantener con vida el carlismo, cuando veamos el desarrollo de las actividades carlistas en 1837: según el sardo, el plan carlista era salir de las provincias vascas, cruzar el Ebro, y establecerse en Cataluña. Como ya hemos visto, en esta última región las cosas parecían estar desarrollándose según lo planeado, pues se estaba logrando la conquista de una parte del territorio, a la espera de que don Carlos se presentase allí con el ejército. Creía Cerruti que esos dos millones cubrirían dos meses de sueldos, diez mil fusiles, cincuenta mil pares de zapatos, y munición suficiente para que el ejército carlista fuera operativo.

En Viena, Alcudia también presionaba a todos los embajadores absolutistas para que hiciesen llegar estos fondos en bloque a don Carlos, lamentándose de que las donaciones eran cada vez menos generosas. Sambuy se quejaba a su vez de que los carlistas no necesitarían tantos fondos si hiciesen mayores esfuerzos para lograr sus "objetivos estratégicos" y ocupasen nuevos territorios de los que extraer recursos en lugar de quedarse en las provincias ya ocupadas y bastante agotadas económicamente, para lo que recordaba los resultados de la expedición Gómez. Según el sardo, en lugar de lo que los carlistas pensaban hacer, sería mejor si el ejército

⁵⁴ *Ibidem*, despacho nº 29 de 9 de mayo de 1837, despacho nº 33 de 26 de mayo de 1837.

⁵⁵ ASTO, *Missioni diplomatiche speciale e temporarie* 3, despacho de 6 de febrero de 1837.

carlista abandonase el Norte y se dirigiese a Madrid: a medida que ocupasen las dos Castillas y Aragón encontrarían soldados a los que reclutar y recursos de todo tipo con los que seguir la lucha. Se preguntaba igualmente hasta qué punto serían los carlistas realmente capaces de gestionar los dos millones de francos para obtener resultados tangibles, a la vista de lo poco que habían logrado hasta el momento. Ponía como ejemplo de la incapacidad carlista el hecho de que don Carlos no había sido ni tan siquiera capaz de aprovechar los eventos de agosto de 1836, cuando según Sambuy todos le esperaban en Madrid para ocupar el trono. Criticaba, en definitiva, la carencia de visión estratégica de los carlistas, y la falta de “*observance des plus simples rudimens de la science* [de la guerra]”.⁵⁶

Cerruti estaba también en contacto con Pedro de Alcántara Labandero, secretario de Hacienda en la corte carlista, con quien discutía también las dificultades que presentaba hacer llegar tal cantidad de dinero al carlismo, y que se había pensado en la posibilidad de un pequeño empréstito para desbloquear las operaciones e ir tirando mientras se lidiaba con el problema.⁵⁷

Unos días después, el mismo Labandero volvía a escribir a Cerruti:

Todos los sinceramente interesados en la conclusión de la actual desastrosa guerra están de acuerdo en que es forzoso dar un impulso á las operaciones, sacándolas de este estrecho círculo que es á lo que se dirigen los esfuerzos del gobierno de S. M. Para conseguirlo es indispensable cubrir aquellas atenciones más urgentes y sin las cuales no puede darse un paso adelante. Decidido por mi parte á activar la ejecución de la empresa, tengo á V. dicho que necesito poder disponer con la mayor anticipación de dos millones de francos.⁵⁸

A mediados de marzo, la victoria carlista en Oriamendi dio a los carlistas todavía más ánimos para la expedición que habían planificado.⁵⁹ El conde de Alcudia volvió a reclamar que las cortes aliadas enviasen cuanto antes ayudas al carlismo, porque en su opinión era ese el último empujón que necesitaba el pretendiente para acabar con la guerra, mientras que si no le llegasen las ayudas esperadas, esta se prolongaría, lo que a su vez obligaría a los absolutistas a enviar una cantidad todavía mayor.⁶⁰

Mientras se realizaban estos preparativos, las tensiones entre el Gobierno español —y el británico— y el de Carlo Alberto llegaron al punto de ebullición en la primera mitad de 1837. El

⁵⁶ ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pp. 234-236.

⁵⁷ ASTO, *Missioni diplomatiche speciale e temporarie* 3, despacho de 26 de febrero de 1837.

⁵⁸ *Ibidem*, despacho de 5 de marzo de 1837. Labandero se encontraba desde enero en contacto con las potencias absolutistas, y fueron llamados de nuevo a colaborar con don Carlos los principales satélites de la Internacional Absolutista: Cerdeña, Holanda y Nápoles (PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. IV, pp. 442-444).

⁵⁹ *Ibidem*, pág. 33 y ss.

⁶⁰ ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pág. 245.

primer movimiento surgió del Gobierno de Calatrava, que desde que había llegado al poder se había mostrado mucho más hostil a los sardos que sus predecesores. A principios de enero, Palmerston hacía llegar al Gobierno de Carlo Alberto un *memorandum* confidencial del presidente del Consejo español,⁶¹ en el que este exponía algunas de las actuaciones que habían llevado a la suspensión del *exequatur* de los cónsules sardos, y que ya hemos visto anteriormente: la negativa a permitir a Letamendi a acceder a los bienes personales de la marquesa de Branciforte, la negativa del gobernador de Génova a que el cónsul español pudiese insertar un anuncio en el periódico llamando a los españoles residentes en la ciudad a presentarse ante él y la orden que recibió Letamendi de las autoridades sardas para que dejase de expedir pasaportes a los súbditos españoles.⁶² La respuesta de Solaro fue quejarse de que Madrid no le había hecho llegar sus reclamaciones antes de tomar represalias, lo que consideraba una provocación pública contra el reino de Cerdeña.⁶³ Volvía el Gobierno sardo a su táctica predilecta: ante la falta de argumentos para contestar a las acusaciones españolas, salir al ataque y presentar sus propias quejas, es decir, protestar por el arresto y expulsión de Ponti, y de las capturas de barcos mercantes sardos, con especial mención al *Impossibile*. Al fin y al cabo, las mismas artimañas parecían haberles funcionado hasta ahora, pues ni españoles ni británicos habían tomado medidas serias para responder al abierto apoyo sardo al carlismo. Pero la diferencia es que el Gobierno surgido de agosto de 1836, y a su estela el británico, parecían ahora mucho más dispuestos a responder adecuadamente a las agresiones de Carlo Alberto, y las cosas no acabarían discuriendo por donde se esperaban los sardos. Por lo pronto, Palmerston dejaba claro que consideraba a los sardos responsables de haber sido los que ofendieron primero, y que por tanto era la responsabilidad de Carlo Alberto hacer el primer gesto de reparación. Solaro, en correspondencia seguramente con alguno de sus embajadores, dejaba claro por qué y *por quién* era muy improbable que tal cosa ocurriese: “*Il m’aurait été impossible d’admettre la discussion sur ce point sans changer la position que le Roi a prise et qu’il est décidé de maintenir*”.⁶⁴

Británicos y franceses parecían creer que todo el asunto quedaría en un nuevo pequeño conflicto entre España y Cerdeña que se resolvería con una vuelta a la situación anterior a

⁶¹ ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 672.

⁶² El *memorandum* Calatrava databa de 11 de diciembre de 1836. Los sardos publicaron, en el convencimiento de que llevaban la razón y así lo demostrarían los papeles, muchos de los documentos que se cruzaron entre Madrid, Londres y Turín en esta época (*Documens relatifs aux differends entre la cour de Sardaigne et le gouvernement de Madrid*, s. l., s. e., 1837) y lo recogerían después en *Traités publics de la royale maison de Savoie*, vol. VI, pp. 105-107.

⁶³ *Ibidem*, pp. 9-15.

⁶⁴ Citado en LEMMI, *La politica estera di Carlo Alberto*, pág. 291.

septiembre de 1836.⁶⁵ Lord Granville, el embajador británico en Francia, no estaba sin embargo muy convencido de que Calatrava fuese a aceptar nada menos que el reconocimiento explícito de los cónsules españoles, y efectivamente así lo confirmó el mandatario español, que tras haber comprobado que los sardos volvían a las andadas, al haber interceptado parte de la correspondencia de Erro con Ricci,⁶⁶ comunicó no estar dispuesto a satisfacer los “caprichos” sardos simplemente porque el Gobierno de Carlo Alberto se hubiese metido en un embrollo y no supiese ahora cómo salir de él.⁶⁷ Ante la negativa española, y el explícito apoyo británico a la postura de Calatrava, los sardos optaron una vez más por pasar a la ofensiva, y en abril se reproducirá en la *Gazzetta di Genova* un artículo del *Morning Post* muy crítico con la política británica en España,⁶⁸ lo que Palmerston, que se encontraba bajo intenso ataque de la oposición,⁶⁹ consideró un ataque personal de Carlo Alberto, a pesar de los intentos del embajador británico en Turín de disuadirle de tal idea.⁷⁰

En marzo, Prunetti hacía llegar a Solaro una solicitud de Torrabadella: se encontraban él y Caixal en situación de no poder salir libremente de España, pues ya no valía únicamente con el pasaporte, sino que se requería a los españoles la jura de la Constitución “que es lo mismo que pedir peras al olmo respecto de todos los que amamos lo que no podemos dexar de amar”. Pedía por lo tanto obtener el paso por Andorra, Tolosa o Perpiñán, siempre que fuese posible sin comprometer a Prunetti, al que no quería causar problemas pues “conozco quan interesante es su persona, destino, servicios, etc etc”.⁷¹

Más preocupante era el despacho que recibía del encargado del consulado sardo en Barcelona: Le informaba del rechazo de las autoridades españolas a que dos barcos lograsen entrar en puertos españoles por la falta en sus pasaportes del visto de los cónsules españoles en

⁶⁵ Hasta tal punto llegaba el convencimiento de la pronta solución que Letamendi recibió el 9 de enero un reservado del embajador francés en Turín según el cual el Gobierno sardo estaba a punto de concederle el *exequatur* (AHN, Estado, 5730, Expediente 6, despacho de 9 de enero de 1837).

⁶⁶ URQUIJO, *Los estados italianos*, pág. 986. Palmerston haría publicar las cartas interceptadas en la prensa inglesa a principios de marzo (AHN, Estado, 5730, despacho de 18 de abril de 1837).

⁶⁷ ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pp. 674-675. A finales de enero se presentaban ante Letamendi dos voluntarios ingleses del ejército *carlista*, que no parecían tener muy claro con quién estaban hablando y llegaron a afirmar delante suyo que “a nosotros no nos faltan más que armas, y me han dicho que el Rey de Cerdeña nos facilitará algunas”, lo que obviamente el cónsul español comunicó rápidamente a Madrid (AHN, Estado, 8290, despacho nº 83 de 13 de febrero de 1837). Los dos ingleses llegaban a Livorno un mes después, y como tampoco allí encontrarían fusiles que comprar, decidirían dirigirse a Nápoles y Roma para probar suerte (AHN, Estado, 8325, despachos nº 35 de 17 de febrero de 1837, nº 36 de 18 de febrero de 1837).

⁶⁸ *Gazzetta di Genova*, nº 22, sábado 18 de marzo de 1837.

⁶⁹ EDWARD JONES, *British foreign policy*, pp. 159 y ss.

⁷⁰ ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 680.

⁷¹ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 10 de marzo de 1837.

Cerdeña.⁷² Finalmente, España empezaba a tomar medidas serias para dificultar el comercio genovés en España, dejando en manos de las autoridades locales la decisión sobre si se permitía la entrada a sus puertos de los barcos sardos que no llevasen los papeles en regla. El resultado de todo ello fue que ningún barco sardo iba a ser admitido en los puertos españoles.⁷³ La reacción de Carlo Alberto debió ser furibunda, pero la diplomacia sarda tuvo al parecer éxito en ocultarla, pues lo que nos ha llegado son ante todo menciones indirectas a lo que los sardos empezaron a preparar casi de inmediato. El 18 de abril, Sambuy comunicaba a Solaro que había mantenido una reunión con Alcuía en la que este le había pedido que comunicase al Gobierno sardo que lo que el carlismo necesitaba en aquellos momentos eran ayudas económicas, en lugar de lo que Cerdeña estaba preparando en aquél momento: una intervención directa en España.⁷⁴

Un día después, de nuevo Sambuy extendía sus explicaciones sobre que Alcuía le había dicho en su reunión:

Le C. de l'Alcuía prétend que notre Gouvernement a promis positivement, par votre organe deux choses : 1^o la reconnaissance de D. Carlos au premier acte hostile du Gouvernement de Madrid et 2^o des secours pécuniaires á D. Carlos quand les autres Puissances lui en donneraient ; que les deux éventualités se sont également réalisées et que vous n'avez fait ni l'un ni l'autre. Quant á la première, que les ports de la péninsule fermés á nos bâtiments sont bien positivement une hostilité réelle commise contre nous et que c'était par conséquent le cas de procéder á la reconnaissance de Charles V, ainsi qu'on l'avait explicitement déclaré d'avance á plusieurs reprises, mais qu'au reste cette reconnaissance ne

⁷² ASTO, *Consolati Nazionali Barcellona 4*, despacho de 4 de marzo de 1837.

⁷³ ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pp. 681-682. En abril, un barco sardo fue retenido en Tarragona sin mayores explicaciones. El 12 de mayo, a este, que seguía retenido en Tarragona, se le añadiría un nuevo barco retenido en Alicante. El 23 de mayo sería el barco sardo *La Liguria* el que sería retenido en Palma, y el 26, otro más en Mahón. (ASTO, *Consolati Nazionali Barcellona 4*, despacho de 21 de abril de 1837, despacho de 12 de mayo de 1837, despacho de 23 de mayo de 1837, despacho de 26 de mayo de 1837). Esta renovada hostilidad venía precedida de informes del mismo Letamendi sobre el envío de 500.000 francos por parte del Gobierno sardo en abril, y de 400.000 en oro que se habrían enviado en marzo. Igualmente, decía haber recibido noticia de que el consejo de ministros de Cerdeña habría aprobado un plan de Solaro para que Ramón Cabrera, comandante del ejército carlista en el levante español (ver RÚJULA LÓPEZ, Pedro, *Contrarrevolución. Realismo y Carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1998) se acercase a Madrid y, con la cooperación de personajes de la corte, tratase de exagerar de tal manera el peligro que suponía su avance sobre la capital que obligase a María Cristina a huir con su hija, lo que como mínimo haría perder al Gobierno español el apoyo de Francia e Inglaterra. Según Letamendi, Solaro mantendría contacto directo con Cabrera y habría mandado a un agente sardo a la corte de Madrid (AHN, Estado, 5730, despacho de 15 de abril de 1837). Veremos en breve como Letamendi se equivocaba en los detalles, pero no en las intenciones generales de los planes carlistas.

⁷⁴ ALBERTI, *La politica estera del Piemonte*, vol. I, pág. 249. En mayo, se produciría un intercambio de mensajes entre Gabriel Flórez y Wenceslao Sierra, en los que se haría referencia al posible reconocimiento de don Carlos por Carlo Alberto, y a la propuesta del mismo Flórez de una posible intervención en la guerra en España de la marina real sarda, algo ante lo que el ministro carlista, al contrario que Alcuía, expresó gran interés (ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna 2*, despacho de 13 de mayo de 1837).

*saurait être utile si on ne fournit pas de secours á son Souverain. Quant á ce dernier article il soutient que le Roi, N. A. M. a donné le premier et avec la plus grande générosité la première fois, mais que les deux autres fois que toutes les autres Puissances ont donné, vous n'avez plus rien accordé [...]. Ce serait donc, d'après le calcul du C. de l'Alcudia deux millions qui auraient été promis de notre part et qu'on redevrait encore selon lui.*⁷⁵

Y era Alcudia el único que parecía darse cuenta de que las fantasías de Carlo Alberto corrían el riesgo de suponer un desastre total para su reino si trataban de ponerse en marcha:

A l'égard de la probabilité de préparatifs dont les frais empêcheraient S. M. d'envoyer des fonds á Charles V, le C. de l'Alcudia vous prie d'observer que nous ne pouvons faire la guerre au Gouvernement de Madrid, parce que la flotte Royale en serait certainement empêchée par les forces maritimes supérieures de l'Angleterre et que quand même nous parviendrions á opérer un débarquement en Espagne, il ne pourrait ni causer aucun mal á nos ennemis, ni produire des avantages positifs et réels á D. Carlos ; qu'au contraire si nous avons á nous plaindre du Gouvernement de Madrid, c'est D. Carlos seul qui peut nous venger et son armée qui sera la nôtre en Espagne et qui servira nos intérêts ; que c'est donc une raison de plus pour envoyer á ce Prince, non 500 m. fr., mais un million pour le mettre á même de prendre l'offensive et d'y servir activement notre cause, tandis qu'au contraire tous les frais qu'on pourrait faire dans les Etats du Roi, ne parviendraient jamais, selon lui, á nous procurer une satisfactions du Gouvernement de Madrid, ni de faire avancer d'un pas la cause de Charles V contre l'ennemi commun.

Alcudia aseguraba al sardo que, si las potencias absolutistas podían enviar ocho millones de francos a los carlistas, don Carlos estaría en Madrid para junio, lo que despertaba profundas suspicacias en Sambuy, que creía que el dinero que se enviase al carlismo sólo serviría para mantener al ejército en funcionamiento, pero no para realizar una nueva ofensiva.

El carlismo vio en el rompimiento hispano sardo, en definitiva, una oportunidad de oro para lograr la llegada de las tan necesitadas ayudas económicas y materiales para tratar de realizar una nueva expedición, aunque dentro del mismo carlismo se produjo una división sobre los planes de Carlo Alberto de declararle la guerra a España e intervenir directamente en la guerra con un desembarco, división que seguramente también debió producirse en el seno del Gobierno sardo, pues como decimos nada de esto trascendió en público. Solaro trató de convencer a España de reconducir la situación por medios un poco más discretos. Encargó al embajador sardo en París que se dirigiese a su colega español, Campuzano, y tratarse de llegar a algún arreglo que permitiese a Cerdeña salir del callejón en el que le había metido su monarca sin que este tuviera que reconocer haberse visto obligado a dar marcha atrás. De lo contrario, *“le Roi [Carlo Alberto] peut disposer d'un moment á l'autre de plusieurs millions qui se trouvent*

⁷⁵ ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pp. 250-251.

dans la caisse de réserve et mettre à même D. Carlos de pousser plus activement ses opérations militaires".⁷⁶ Se daba al mismo tiempo un ultimátum al Gobierno español, que se le hizo llegar tanto vía Campuzano, como por Letamendi de manos del gobernador de Génova: el Gobierno español tenía hasta el 1 de julio de 1837 para solucionar el asunto a la satisfacción del reino de Cerdeña.⁷⁷

Quizá como un primer movimiento de esa intervención directa que estaba preparando Carlo Alberto, se decidió enviar en respuesta a las actuaciones españolas a un navío de guerra sardo, el *Nereide*, al que se unió el *Urania*, del reino de Nápoles, en dirección Gibraltar, con el encargo oficial de defender los intereses del comercio sardo en la zona. Obviamente la reacción de España y Gran Bretaña sería expeditiva, y a la llegada de ambos barcos a Gibraltar, ya en junio, se ordenaría a los navíos británicos evitar cualquier desembarco de armas o municiones en virtud de las obligaciones del tratado de la Cuádruple Alianza, así como vigilar estrechamente los movimientos de los navíos italianos, que se sospechaba fuesen efectivamente una avanzadilla de una intervención naval mayor.⁷⁸

El extremismo sardo en su hostilidad hacia España en estas fechas se puede entender fácilmente, más allá de la personalidad de Carlo Alberto, por las noticias que iban llegando a Turín desde Viena y Cataluña. En Austria, Alcadia le hacía llegar a Sambuy a principios de mayo la situación crítica en la que se encontraba el carlismo, y que él mismo se estaba planteando abandonar su puesto y creía que también el pretendiente iba a hacerlo si no se recibían las ayudas económicas solicitadas.⁷⁹ El mismo Sambuy transmitía a Solaro que Metternich decía apoyar "incondicionalmente" la conducta sarda en la crisis con España.⁸⁰

⁷⁶ LEMMI, *La política estera di Carlo Alberto*, pp. 291-292. Los despachos enviados a Campuzano (*Traités publics de la royale maison de Savoie*, vol. VI, pp. 112-115) eran bastante más diplomáticos de lo que Solaro le había indicado a su embajador, y no debieron tener gran efecto a la vista de la reacción de Campuzano, que los respondió con un mero "recibido", y de la del Gobierno español.

⁷⁷ *Traités publics de la royale maison de Savoie*, vol. VI, pp. 111-112 ; AHN, Estado, 5730, Expediente 8, despacho de 9 de mayo de 1837.

⁷⁸ ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 682, 687.

⁷⁹ ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pp. 252-253.

⁸⁰ *Ibidem*, pág. 255. Un apoyo que fue desmentido casi al instante por austríacos y prusianos, que dejaron claro a Cerdeña que de tomar represalias comerciales contra España no contaría con su apoyo (ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 683). Las relaciones con Prusia, de hecho, estaban en mal momento ya desde 1836, cuando el extremismo católico de Carlo Alberto le había llevado a prohibir la prédica protestante en francés en Niza, ante lo que el Gobierno de Berlín había intentado intervenir sin éxito (SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pp. 76-77). En octubre de 1837, el Gobierno sardo tomaría medidas aún más restrictivas contra los protestantes valdenses del reino, lo que de nuevo ofendería no sólo a Prusia (*Gaceta de Madrid*, nº 1069, jueves 2 de noviembre de 1836, pág. 1), sino también a los británicos (SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pp. 107-109). Años más tarde Solaro reconocería haber sido "*bersaglio allo sdegno di Lord Palmerston, avversato a Parigi, non approvato a Berlino, nè a*

Y en Cataluña, los avances del carlismo, alimentado por el dinero sardo con el que había contado Torrabadella mientras estuvo en el sur de Francia, permitieron a estos poner ahora sus miras en una ciudad de suficiente entidad como para recibir a don Carlos cuando este efectuase su salida del Norte con el ejército. A finales de abril, después de un fracasado intento de tomarla mediante una conspiración, un asedio abortado por la llegada del capitán general de Cataluña y la retirada de este después de haber desbandado a los carlistas y verificar que Solsona era indefendible, los carlistas tomaron la ciudad a principios de mayo de 1837, y entre las ruinas — efectos del asedio y la posterior orden del capitán general de destruir las fortificaciones de la ciudad— se instaló la Junta Superior Gubernativa en la nueva capital carlista de Cataluña.⁸¹ Los éxitos carlistas no parecían tener freno, y de hecho empezaron estos a plantearse la posibilidad de tomar otras plazas como Berga o Ripoll, para afianzar su control sobre el centro del país.⁸²

Las conquistas carlistas fueron transmitidas por la Junta a Solaro con una dosis de triunfalismo que no podía menos que convencer al Ministro sardo de que bien pronto el sueño de una Cataluña carlista que sirviese para relanzar al ejército del pretendiente con nuevos recursos sería una realidad. Armengol, antiguo prior de la Seu d'Urgell, se mantenía desde Niza en contacto directo con su colega Xarrié, quien trabajaba ahora en la Junta carlista, y este le hacía llegar regularmente ejemplares del *Joven Observador* que Armengol presentaba al ministro sardo, junto con mensajes de Torrabadella donde se le transmitía que “[p]or la nuestra va creciendo el empeño y su administración va organizándose. La Junta se ha encargado de la recaudación y ha empezado ya a pagar a los carlistas.”⁸³

Vienna”, aunque parece más difícil defender, como hace él, que el rechazo que despertaba en media Europa era solamente por “sostenere D. Carlo” (*Ibidem*, pág. 98).

⁸¹ SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pp. 288-290.

⁸² CHAO, Eduardo, *La Guerra de Cataluña, historia contemporánea de los acontecimientos que han tenido lugar en el Principado desde 1837 hasta el día, con las biografías de los principales personajes, carlistas y liberales*, Madrid, Baltasar González, 1847, pág. 174.

⁸³ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 10 de abril de 1837, despacho de 24 de abril de 1837. Que los *universitarios* habían establecido nada más llegar una administración económica lo confirmaría Gaspar Díaz de Labandero —hijo del secretario de Hacienda carlista—, que sería nombrado intendente del Principado en junio de 1837. Según él, todo se limitó a “dos ó tres pequeñas aduanas en la frontera de Francia que nada producían”, a la Comisión del Subsidio Eclesiástico para recaudar fondos entre los eclesiásticos catalanes, y a poco más. Todo ello supervisado por supuesto por eclesiásticos que no permitían al intendente acceder a los libros de cuentas (DÍAZ DE LABANDERO, Gaspar, *Historia de la guerra civil de Cataluña en la última época: terminada con la emigración a Francia de las tropas carlistas en julio de 1840*, Madrid, Viuda de Jordán e Hijos, 1847, pp. 146-147). Lo de pagar a las tropas era otra historia. Los choques de la Junta con la dirección militar por la falta de fondos serían sonados, y las amenazas de desertión de los soldados carlistas, continuas (SERRADILLA, *El último día del Conde de España*, pp. 39-41; TRESSERRA, FÉLIX RAMÓN [FERRER, MAGÍN] *Historia de la última época de la vida política y militar del Conde de España y de su asesinato*, Barcelona, Riera, 1840, pág. 22; SANTIRSO, *Els Acords Reservats de la Junta de Berga*, pág. 127), y los mismos funcionarios carlistas acusarían a las Juntas Corregimentales de quedarse con los impuestos recaudados, o de traficar con los suministros, como se

Y para mayor entusiasmo de Carlo Alberto, a la conquista carlista de Solsona y al supuesto apoyo de toda la Europa se le sumó, a mediados de mayo, la esperada salida del ejército carlista del País Vasco. El dinero que los agentes sardos habían hecho llegar al pretendiente parecía por fin haber dado sus frutos, y la cercana —según los despachos de la Junta— conquista de Cataluña, también financiada por los sardos, hacía pensar en un doble golpe coordinado que iba a noquear definitivamente al Gobierno de María Cristina, e instalar en el trono de España a don Carlos.

dijo de la Junta de Hospitales —dirigida, como ya hemos visto, por Caixal, uno de los eclesiásticos afines a Torradadella que habían llegado de Cerdeña— (LLORENS, *Solsona en les Guerres del segle XIX*, pág. 155). Labandero acusó a los *universitarios* de robar a manos llenas los fondos que supuestamente debían servir para el esfuerzo de guerra en Cataluña (SANTIRSO, *Els Acords Reservats de la Junta de Berga*, pág. 108), lo que le valdría, hacia el final de la guerra, ser desposeído de su cargo de intendente por la Junta, que crearía una Comisión de Real Hacienda presidida, quien si no, por Torradadella (SAGARRA, Ferran de, *La Primera Guerra Carlina a Catalunya: contribució al seu estudi*, Barcelona, Barcino, 2 vols. 1935, vol. II pág. 137).

4.4. De la ruptura comercial a la amenaza de guerra (mayo-septiembre 1837)

El 15 de mayo partía el pretendiente de Estella con un importante contingente de tropas, en una nueva expedición carlista que buscaba no ya ampliar el teatro de la guerra, sino alcanzar Madrid y, ocupándola, dar el golpe definitivo al Gobierno español y lograr el reconocimiento internacional de don Carlos como rey de España.¹ Sambuy, en Viena, creía que la nueva expedición se debía a que *“l'impossibilité de se maintenir plus longtemps sans argent et sans approvisionnement dans 4 provinces ait forcé D. Carlos á tenter un coup désespéré, pour ainsi dire, sur Madrid, qui peut réussir il est vrai, mais qui peut aussi ruiner sa cause en cas de revers.”* Algo que le confirmaba el enfado del conde de Alcudia, que estaba, según decía el sardo, *“furieux contre le Pr. De Metternich comme contre tous les Gouvernemens conservateurs qu'il accuse d'avoir forcé son Souverain á un véritable acte de désespoir et á jouer un va-tout.”*²

Algo de desesperación podía haber en ello —lo hemos visto, de hecho, en los contactos que los carlistas mantuvieron con los sardos en Turín y Viena—, pero el pretendiente seguramente no se habría lanzado a tal empresa si no hubiera tenido alguna garantía de éxito. Hemos hablado ya de los intentos de María Cristina, tras los sucesos de la Granja, de negociar una paz con el pretendiente que garantizase su seguridad y le permitiese huir de un Gobierno que consideraba demasiado radical,³ y de cómo los diplomáticos italianos, esencialmente napolitanos y sardos, fueron los principales implicados en todo el asunto. Al marqués de La Grua, representante napolitano, lo había expulsado Calatrava de España, pero todavía le dio tiempo a María Cristina a hacerle llegar una carta en la que ofrecía entregarse al carlismo a cambio de una limitada amnistía y el matrimonio de su hija con el primogénito de don Carlos. Si en 1835 la respuesta de don Carlos había sido negativa a cualquier transacción, ahora parecía que los hechos le habían hecho cambiar de opinión, y en unas negociaciones en las que también participó el banquero Meyer, acabó don Carlos aceptando que María Cristina se entregase al ejército carlista cuando este se acercase a Madrid, que habría sido el objetivo de la expedición.⁴

Y por supuesto, también contaba don Carlos, y por buenas razones, con el apoyo entusiasta de sardos y napolitanos. Con las primeras noticias de la partida de la expedición y su entrada en Aragón, Carlo Alberto debió ver el triunfo del carlismo muy cerca. Su excitación debió

¹ SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pp. 299 y ss.

² ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pp. 256-257. Los carlistas tenían muy clara, como ya hemos visto decir a Labandero padre, la necesidad de salir de las provincias vascongadas, donde no quedaban más recursos para mantener el esfuerzo de guerra (PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. IV, pp. 80-81).

³ URQUIJO, *Los estados italianos*, pp. 961-965.

⁴ *Ibidem*, pp. 76-79.

transmitirse a Solaro, quien asustó con su lenguaje de tal manera a Foster, el embajador británico en Turín —que tenía de suyo bastante tendencia al sobresalto— que este a su vez escribió un despacho a Palmerston en el que venía a decir que los sardos no tenían ninguna intención de evitar la ruptura, sino que la deseaban, y que, de no recular España, la guerra con Cerdeña era “difícilmente evitable”. Foster consideraba que la guerra causaría mayor destrozo al comercio genovés que a España, donde los sardos no harían más que enviar dinero y armas, y le parecía que Solaro no le hacía mucho caso, pues veía este como el mejor momento en el que participar directamente en la guerra en España, es decir, cuando estaba, según los sardo-carlistas, a punto de terminar. Lord Grainville, embajador británico en París, no era tan dado al drama, y escribía a Palmerston dando su opinión de que, si para el 1 de julio don Carlos no había obtenido la victoria, los sardos darían como siempre marcha atrás. Palmerston ordenó a Foster que le pidiese a Solaro que considerase quiénes eran los aliados navales de España y pensase seriamente en las posibles consecuencias de una declaración de guerra sarda.⁵ Los temores de una intervención italiana en coordinación con la expedición carlista estaban muy presentes en las deliberaciones del Gobierno español, que temía que “los carlistas iban á dar un golpe de mano á las islas Baleares, protegiéndoles las potencias que les eran adictas y tenían puertos en el Mediterráneo”.⁶

La expedición, mientras tanto, había decidido tras algunos titubeos dirigirse a Cataluña, donde el carlismo creía, a instancias de la Junta, que podría contar con una nueva base estable desde la que lanzarse a por Madrid. A principios de junio entraban en territorio catalán.⁷ El entusiasmo carlista duró lo que tardaron en encontrarse a De Meer, capitán general de Cataluña, que les infligió en Gra una costosísima derrota tanto en términos humanos como psicológicos.⁸ La expedición tuvo que refugiarse como pudo en Solsona, donde fue recibida entre las ruinas por una nutrida representación de eclesiásticos —se encontraban en la ciudad los obispos de Lérida, Solsona y Mondoñedo—, incluida la Junta de Cataluña, que recibieron al pretendiente en

⁵ ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pp. 684-686. Foster empezó a darse cuenta de que algo no iba bien cuando le comunicaron la opinión de Grainville, y expresó sus dudas sobre la sinceridad de Solaro para con él, aunque en un alarde de injustificado optimismo añadió: “en esta ocasión”. El 30 de junio, Foster acusaría a Solaro de estar mintiendo a Carlo Alberto para obligarle a tomar medidas hostiles contra España, lo que nos indica que Foster no era demasiado fiable en lo que a política cortesana sarda se refiere. El decreto de 1 de julio que iniciaría las represalias contra España estará redactado personalmente por Carlo Alberto (*Ibidem*, pp. 688-689).

⁶ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. IV, pág. 82.

⁷ SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pág. 301. La entrada de la expedición en Cataluña exaltó a los miembros de la Junta de tal manera que publicaron proclamas en las que decían que “á la revolución azorada no le queda otro recurso que el de huir, esconderse y dar las últimas boqueadas en sus infernales guaridas” (PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. IV, pág. 108).

⁸ SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pp. 301-302.

procesión desde la catedral, y posteriormente lo acompañaron entre bendiciones hasta el mismo edificio para celebrar un *Te Deum*.⁹

La expedición abandonó Solsona el 20 de junio en dirección sur para unirse a Cabrera —el barón de Milanges, legitimista francés que acompañaba la expedición al haber participado en las negociaciones con María Cristina y con el encargo de tratar con ella cuando se llegase a Madrid, trató de recordar al pretendiente que ese era precisamente el objetivo de la expedición, llegar a Madrid, lo que no parecía fuese la prioridad de don Carlos—¹⁰ y antes de abandonar definitivamente Cataluña el 2 de julio, todavía tuvo tiempo de sufrir una nueva derrota ante unos pocos milicianos en Santpedor.¹¹ Si los sardo-carlistas habían esperado que la entrada del pretendiente en Cataluña serviría para afianzar y ampliar el control carlista sobre el Principado, el balance de la presencia de la expedición en Cataluña era más bien pobre.¹²

Mientras la expedición carlista se encontraba en Cataluña, el choque entre España y Turín iba llegando a su punto de ignición. Calatrava, que no era ajeno a las amenazas de guerra de Carlo Alberto, se negó a dar ni un paso atrás, e incluso llegó a anunciar al embajador británico en Madrid que visto todo lo que Turín había hecho ya por don Carlos una declaración de guerra por parte de Cerdeña sería poco más que la oficialización de un hecho consumado y que difícilmente tendría ninguna consecuencia de peso.¹³ El 19 de junio, en respuesta a una circular que Solano había enviado a las legaciones exteriores sardas el 22 de mayo,¹⁴ publicó Calatrava un

⁹ LLORENS, *Solsona en les Guerres del segle XIX*, pág. 139; LICHNOWSKY, *Recuerdos de la Guerra Carlista*, pág. 96; SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pág. 304. Una de las primeras cosas que hizo don Carlos fue empezar a nombrar personal: Antonio de Urbiztondo como comandante del ejército carlista en Cataluña —muy a pesar de la Junta, que deseaba que se nombrase a Benito Tristany, otro eclesiástico—, y Gaspar Díaz de Labandero, hijo del ministro de hacienda carlista, como intendente general del principado. De Solsona, “para descargar la expedición de gente inútil”, salieron enviados carlistas para San Petersburgo, Viena y Turín, encargados de comunicar el paso del Ebro por el pretendiente (PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. IV, pp. 116-117). A Turín fue enviado el conde de Orgaz, que llegaría allí a mediados de agosto : “*J’ai reçu le Comte D’Orgaz, grand d’Espagne de première classe, qui est en Sardaigne Marquis de Villacidro, qui m’a remis une lettre de D. Carlos qui demande d’être reconnu en vue du passage de l’Ebre. Il donna les notions les plus satisfaisantes sur les dispositions de toute l’Espagne, sur l’état de l’armée*” (SALATA, *Carlo Alberto inedito*, pág. 337).

¹⁰ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. IV, pág. 118. Milanges había sido enviado por el rey de Nápoles en el marco de las negociaciones secretas establecidas con María Cristina tras la caída de Istúriz (URQUIJO, *Relaciones entre España y Nápoles*, pág. 225 y ss.). Podemos ver aquí la diferencia de criterio entre los enviados del rey de Nápoles, que deseaban que el pretendiente se dirigiese a la capital lo más pronto posible para ayudar a la hermana del monarca, a la que creían en grave peligro, y la del pretendiente, que se resistía a abandonar el Levante español a la espera de lo que hiciesen los sardos.

¹¹ SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pág. 305.

¹² El carlismo obtendría algún éxito inmediatamente después de la salida de la expedición: el 12 de julio caería Berga, donde la Junta se establecería dejando Solsona; a finales de mes tomarían Ripoll; y después de eso la iniciativa carlista se vería detenida en seco por el capitán general, ya en septiembre (*Ibidem*, pp. 305-308).

¹³ ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 688.

¹⁴ *Traité publics de la royale maison de Savoie*, vol. VI, pp. 116-119.

*memorandum*¹⁵ donde reiteraba que las ofensas del Gobierno sardo, que había ofrecido mantener la neutralidad en la guerra civil, eran las responsables del estado en que se encontraban las relaciones entre ambos países: la negativa a conceder el *exequatur* a los cónsules españoles y a permitirles colgar las armas españolas; el choque con la policía tras la muerte de la marquesa Branciforte, la retirada de San Martino de Madrid; la negativa a publicar anuncios del cónsul español en periódicos sardos y finalmente las órdenes de no expedir nuevos pasaportes al cónsul en Génova. Calatrava justificaba en primer lugar el rechazo a que los barcos sardos atracasen en Turín por una epidemia en Trípoli, pero rápidamente iba al grano y expresaba en público lo que realmente pensaba el Gobierno español:

on ne rapportera pas ici les renseignemens positifs que le Gouvernement de S. M. Catholique a sur les différentes manières par lesquelles le Cabinet Sarde a violé, et continue de violer la neutralité promise entre la Reine et le Prétendant. Il faut dire cependant, que non content d'accorder une entière protection aux sujets rebelles, et de leur donner des subsides mensuels pour soutenir la guerre civile en Espagne, employant dans ce but les plus bas moyens, mais encore ce Gouvernement envoie, ou permet qu'on envoie aux factieux des effets de guerre, des renforts d'aventuriers, d'Espagnols parjures, et même des agens pour les protéger.

Nada que no hayamos comprobado ya con creces, pero expresado esta vez de manera clara y directa por el Gobierno Calatrava, que viendo por qué derroteros discurrían las relaciones con Cerdeña, parecía no estar ya preocupado por hasta qué punto podía llegar la hostilidad con Turín. Calatrava echaba sal a la herida afirmando que

Le commerce Sarde doit attribuer à son Gouvernement toutes les pertes qu'il a éprouvées, ou qu'il peut éprouver [...]. Le Cabinet de Turin a engagé ses hostilités sans en prévoir les conséquences, abusé sur la tolérance du Gouvernement de Madrid. Aux premières plaintes des négocians, plaintes nullement adressées au Cabinet Espagnol, les Ministres Sardes reconnurent leur erreur ; ils sollicitèrent dès lors les bons offices des Cabinets amis des deux Nations ; mais sans vouloir toutefois revenir sur les démarches antérieures.

Y, como ya hemos dicho anteriormente, el presidente español iba ahora más allá de lo que ningún Gobierno había ido anteriormente, aumentando sus reclamaciones para restablecer las relaciones comerciales con Cerdeña:

*Le seul moyen que le Gouvernement Sarde a proposé pour se tirer d'embaras est qu'il permettra aux agens consulaires Espagnols d'exercer d'une manière privée leurs fonctions, sans que pour cela il soit nécessaire d'aucun acte public, ni donner, ni rendre *exequatur*. [...]*

Le Gouvernement de S. M. Catholique manquerait à ce qu'il se doit à lui-même s'il acceptait un moyen si peu honorable, si peu régulier et si incertain. Les agens

¹⁵ *Ibidem*, pp. 129-143.

consulaires ne peuvent exercer leurs fonctions publiquement sans être reconnus dans le pays où ils résident ; l'exéquatur contenant l'autorisation nécessaire pour exercer leur mission, est la seule garantie de leur caractère officiel. Si L'Espagne, par une modération poussée à l'excès, pour ne pas entraver le commerce a permis que ses Consuls restassent au commencement sans un exéquatur, ce ne fut que parcequ'on les reconnaissait publiquement comme Consuls et qu'il leur était permis d'exercer leurs fonctions : mais cette reconnaissance, ce permis ayant été retiré sans autre raison que celle de manifester clairement qu'on ne reconnaissait pas la légitimité du Souverain qui avait nommé ces Consuls, il est impossible au Gouvernement Espagnol de renoncer à ce que l'exéquatur soit délivré à ses Consuls [...]. L'assurance confidentielle donnée par un Gouvernement qui a manqué, ou laissé manquer à d'autres assurances qu'il avait données antérieurement, ne peut être une garantie dans l'état où le Cabinet de Turin a placé la question. Le Gouvernement Espagnol, fort de sa loyauté, et de la justice de sa cause, ne cédera rien de la condition sine qua non de donner à ses Consuls l'exéquatur comme il l'a donné aux Consuls Sardes en Espagne.

El *memorandum* que publicaron los sardos contiene anotaciones del mismo Solaro, que una vez más se limita a echar la culpa del inicio del conflicto a España —se remonta a la detención de Ponti—, a negar cualquier ayuda al carlismo, reclamando pruebas de las mismas, a sacarse el muerto de encima y echárselo a Carlo Alberto,¹⁶ y demostrar su poco interés por atender los claros mensajes de la diplomacia española para solucionar el conflicto: tres veces menciona Calatrava en su *memorandum* que difícilmente los navíos de ningún país pueden ser admitidos en puertos españoles sin llevar sus papeles en regla, tres veces desecha Solaro tal afirmación como un engaño y una afirmación “superflua”.

El lenguaje usado por Calatrava, muy distinto al usado por otros gobiernos españoles, dejaba bien a las claras lo volátil de la situación, y todavía lo sería más por una serie de accidentes y movimientos de agentes carlistas desde y hacia Cerdeña que se iban a producir a lo largo del mes de junio. El día 1 llegaban a Niza dos religiosos, Antonio Villa y Antonio Ferrer, el primero buscando un pasaporte para Marsella, que le fue denegado, y el segundo, llegado desde Francia, fue interrogado por la policía y devuelto a Francia “a pesar de sus protestas de ser adicto á la causa del pretendiente”.¹⁷ Los carlistas de Niza no apreciaban demasiado el papel que el cónsul español estaba representando en el desbaratamiento de sus conspiraciones en la ciudad, y no tardaron en dejárselo bien claro. El 6 de junio, el cónsul remitía al Ministerio un pasquín anónimo donde se le amenazaba por negar a los carlistas “pasaporte y otras picardías [...] le cuestara caro si con tinua con una condota poco noble de un español. Y el dia menos hesperado lo incontraran

¹⁶ “...dans les États monarchiques c'est le Souverain qui décide des mesures d'une haute importance”.

¹⁷ AHN, Estado, 8347, despacho nº 34 de 1 de junio de 1837.

tendido en la noche.”¹⁸ Unas semanas más tarde, los rumores de tres naves sardas que querían desembarcar armas y municiones en Roses para los carlistas levantaron todas las alarmas, hasta que se comprobó que en realidad el barco era la fragata *Rosa*, que se dirigía a América para vender cañones y fusiles.¹⁹

Los carlistas, por su parte, atizaban sin ningún pudor la hostilidad sarda, con entusiastas informes en los que se le presentaba la situación de Cataluña como plenamente favorable a la causa del pretendiente. Ya hemos visto los informes que la Junta enviaba a Solaro, pero también Armengol, que era el representante de la Junta ante el Gobierno sardo, y que se mantenía en contacto con los eclesiásticos con los que había convivido en Cerdeña, se dedicó a incitar a Carlo Alberto y a su Gobierno, a quienes hacía llegar los despachos que le llegaban de Cataluña. El 5 de junio, decía haber recibido de Xarrié una carta enviada desde Andorra, donde había llegado sin demasiados problemas, y que pedía se informase que “las cosas de nuestra Provincia de Cataluña van mucho mejor de lo que nosotros podemos figurarnos.” Unos pocos días más tarde, le remitía a Flórez números del *Joven Observador*, y le aseguraba que el pretendiente encontraría en Cataluña “una Navarra más vasta y más rica”²⁰

El 21 de junio, Armengol hacía llegar un nuevo despacho de Xarrié a Flórez:

Ha sido recibido por los comandantes, oficiales, Junta, etc. con las mayores demostraciones de júbilo. Ha observado actos de heroísmo ejecutados por oficiales y soldados. “Yo quisiera, añade, que los extranjeros los hubiesen presenciado. Los periódicos más carlistas no pueden decir nada en comparación de lo que se ha trabajado y se trabaja”. En el momento en que escribía había repique de campana por la victoria conseguida cerca de Berga, en la que hicieron 600 prisioneros:²¹ se había de cantar el *Te Deum*, y él estaba encargado de predicar un sermón análogo a las circunstancias. Me encarga suplicar a V. E. se digne participarlo al Caballero Señor Florez y que el sobrino del muchacho llegó á su tiempo en Cataluña sin novedad.

Me remite también un documento relativo á las facultades concedidas á la Junta por el Rey y otro relativo á Bonos del Real Tesoro que ha creado Su Majestad

¹⁸ *Ibidem*, despacho nº 36, de 6 de junio de 1837. Las amenazas no cambiarían la suerte de los carlistas que iban llegando a Niza. En julio sería Hipólito Camps, con pasaporte romano, quien pretendía pasar a Perpiñán, a lo que se negaría el cónsul francés. En agosto, Estarico trataría infructuosamente de entrar en Francia con pasaporte sardo, y poco después se fugaría de Niza (*Ibidem*, despacho nº 40 de 4 de julio de 1837, despacho nº 46 de 1 de agosto de 1837). No tendría la misma suerte con sus colegas galos el cónsul de Génova, que averiguaría que el cónsul francés había sellado, a instancias de la Policía de la ciudad, el pasaporte de un carlista fugado de Puerto Rico, y tendría que aplicarse a fondo para que se le detuviese en Marsella (AHN, Estado, 8290, despacho nº 115 de 18 de julio de 1837).

¹⁹ AHN, Estado, 8347, despacho nº 37 de 25 de junio de 1837.

²⁰ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna 2*, despacho de 5 de junio de 1837, despacho de 16 de junio de 1837.

²¹ Se referiría a la rendición del tercer batallón del regimiento *América* después de un asedio de 48 horas en Olvan (PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. IV, pp. 322-323).

para que inste á Monsieur Avigdor²² de esta tome los que le parezca. Mas en caso de negativa, me previene el Señor Torrabadella remita dichos documentos á V. E. suplicándole se sirva avistarse con el Señor Florez y hagan los esfuerzos posibles para alcanzar dinero que es lo único que necesitan.²³

En resumidas cuentas, no había nada que invitase a los sardos a dar marcha atrás. Ni la situación de la guerra en España y los informes que sobre ello les hacían llegar los carlistas, ni el hecho que Carlo Alberto hubiese logrado convencerse de contar con el apoyo de toda la Europa absolutista, a pesar de los avisos al contrario de austríacos y prusianos; ni desde luego el carácter del monarca sardo, poco propenso a ceder si su concepción mística del destino le había convencido de contar con la razón de su parte.²⁴

El 2 de julio, Letamendi recibía del gobernador general de Génova la orden para que cesase en todas sus funciones como cónsul general español, y le advertía que desde aquel momento sería considerado como un simple particular, por orden de Carlo Alberto, que había decidido retirar a todos sus cónsules de España.²⁵ El cierre de los puertos genoveses a las embarcaciones españolas causó una gran conmoción entre la población, especialmente entre los comerciantes, pues se calculaba que el volumen de exportaciones que los comerciantes españoles realizaban desde Génova llegaba a los 6 millones de francos anuales.²⁶

²² Los Avigdor habían fundado en 1768 uno de los bancos más importantes de Niza. Isaac Samuel, su patriarca en aquél momento, había colaborado con Napoleón, había sido cónsul de Prusia, y era una de las principales figuras de la comunidad hebrea de la ciudad (PONTY, Vicky, *La Communauté juive de Nice: l'exemple de la famille Avigdor, début XVIIe-fin XIXe siècle*, Trabajo de Final de Máster, *Université de Nice*, 2007).

²³ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna 2*, despacho de 21 de junio de 1837. Las gestiones con los banqueros nizardos no produjeron ningún fruto, como el mismo Armengol nos revela el 26 de junio: “No habiendo podido concluir nada con el Señor Avigdor”, adjuntaba los documentos sobre las atribuciones de la Junta para imponer contribuciones, “invitar a donativos voluntarios” y cobrar impuestos en Cataluña, y un decreto real sobre bonos del tesoro carlista (*Ibidem*, despacho de 26 de junio de 1837).

²⁴ El 10 de agosto Carlo Alberto escribiría a Francisco IV de Módena, sobre el carlismo: “*Mais je ne puis presque plus parler de cette noble cause, car elle est devenue presque la mienne*” (LEMMI, *Carlo Alberto e Francesco IV*, pág. 354).

²⁵ AHN, Estado, 5730, Expediente 17, despacho de 2 de julio de 1837. El encargado del consulado sardo en Barcelona había solicitado el pasaporte al capitán general de Cataluña para salir del país el 30 de junio (*Ibidem*, despacho de 4 de julio de 1837). El 12 de julio recibiría Letamendi órdenes para que se retirase de Génova (*Ibidem*, Orden de 12 de julio de 1837), pero el 25 se recibirían nuevas órdenes para que tanto él como el vicecónsul en Niza se quedasen, si les fuese posible, en sus puestos, y siguiesen informando de todo lo que pasase (*Ibidem*, Orden de 25 de julio de 1837).

²⁶ *Ibidem*, despacho de 7 de julio de 1837. Por decirlo en palabras del mismo Letamendi, el comercio genovés estaba “trinando” (URQUIJO, *Los estados italianos*, pág. 990). Desde el 1 de julio, informaba Letamendi el 17 de ese mismo mes, se había negado la entrada en Génova de dos barcos españoles. Más alarmante era lo que añadía, que en el puerto se estaba preparando la corbeta sarda *Aurora* para zarpar, según el Gobierno sardo, para la isla de Cerdeña, según el cónsul español, para la costa de España con 24 cañones y 800.000 francos. Alertaba también Letamendi que se estaban armando barcos de guerra en el puerto a marchas forzadas (AHN, Estado, 5730, Expediente 15, despacho de 17 de julio de 1837).

El 22 de julio Letamendi recibía una circular de Calatrava para que la hiciese llegar al Gobierno sardo. En ella se comunicaba la respuesta del Gobierno español a las represalias comerciales tomadas por Carlo Alberto.²⁷ Ante la “conducta injustificable y decididamente hostil hacia S. M. Doña Isabel II, y hacia la causa de la libertad española” del Gobierno de Turín, y “después de reiterados y nunca merecidos agravios y provocaciones”, una Real Orden de 22 de julio de 1837 establecía las siguientes medidas:

1.º Que desde luego queden cerrados al pabellón sardo todos los puertos del reino, exceptuándose solamente las embarcaciones mercantes de aquella nación que antes del 1.º de Enero de 1838 arriben á ellos de países de Ultramar con cargamentos pertenecientes ó consignados á españoles, las cuales serán admitidas á descarga, si no hubiere alguna otra razón justa que deba impedirlo.

2.º Que cesen inmediata y absolutamente en el ejercicio de toda función consular, pública ó privada los cónsules y vice-cónsules sardos que haya en el reino, á los cuales no se les dejará permanecer en él sino con el solo carácter de individuos particulares, sin otra consideración que la que como tales merecieren.

3.º Que así ellos como los demás súbditos sardo que haya en España residentes ó transeúntes queden desde ahora sujetos en todo al derecho común y sin fuero ni privilegio alguno de extranjería.²⁸

Parecía que una declaración de guerra estaba al caer. Carlo Alberto, advertido por Palmerston de que declararle la guerra a España obligaría a Gran Bretaña y Francia a cumplir las obligaciones que habían contraído por el Tratado de la Cuádruple, descartó dar ese paso en primer lugar. Lo que se esperaba, como habían expresado ya a finales de 1836, era que España concediese patentes de corso contra el comercio sardo, y que siendo así España considerada la agresora, Gran Bretaña no interviniese, concediendo a los sardos mucho mayor margen para tomar represalias militares.²⁹

Lalaign, el embajador belga que había quedado encargado de la protección de los súbditos sardos tras la salida de San Martino, se ofreció a mediar entre España y Cerdeña. Solaro respondió que *“attualmente ogni ulteriore pratica a questo riguardo dovesi sospendere finché non si conosca l’effetto che avranno prodotto in Madrid le misure poste in vigore dal Reale*

²⁷ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna 2*, circular de 22 de julio de 1837.

²⁸ *Gaceta de Madrid*, nº 967 martes 25 de julio de 1837.

²⁹ BIANCHI, *Storia documentata*, vol. IV, pág. 131. En una entrevista entre Foster y Solaro el 30 de junio, este le había preguntado al embajador si el Gobierno británico permitiría defenderse a Cerdeña en caso que fuese agredida por España. Como Foster le había dicho no haber recibido instrucciones sobre tal caso, Carlo Alberto seguramente debió considerar que tenía vía libre si lograba provocar al Gobierno español hasta el punto que le declarase la guerra (ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pp. 688-689).

Governo il primiero di Luglio verso la bandiera Spagnola".³⁰ Lo que quería decir Solaro era que se debía alargar al máximo posible el conflicto, con vistas a que o bien la entrada de don Carlos en Madrid produjese la caída del Gobierno español, lo que obviamente haría inútil cualquier mediación; o bien que el Gobierno español decidiese por fin declarar la guerra a Cerdeña, en cuyo caso los sardos estaban ya tomando las medidas para responder adecuadamente. A principios de agosto, Carlo Alberto se dirigía a Génova y La Spezia oficialmente para una inspección de sus fortificaciones, en realidad para ordenar la preparación inmediata de la armada sarda para zarpar,³¹ mientras Solaro trataba de confundir la cuestión protestando por el hecho de que el Gobierno español tomase represalias solamente contra Cerdeña, y no con otras naciones que tampoco concedían el *exequatur* a sus cónsules.³²

Foster, por su parte, lograba mantener una entrevista personal con Carlo Alberto. El ingenuo embajador acusó ante el monarca sardo a Solaro de ser el principal responsable de la situación por su antipatía por el Gobierno de la reina y el liberalismo. Carlo Alberto lo embaucó, asegurándole no tener ninguna intención hostil con España, para acto seguido confesarle que habría tomado ya las armas a favor de don Carlos si no fuese por Francia y Gran Bretaña. Foster, con asombrosa credulidad, salió de la entrevista convencido, no ya de las buenas intenciones de Carlo Alberto, sino incluso dudando de que el reino de Cerdeña hubiese enviado jamás armas ni municiones al carlismo.³³

³⁰ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 122, despacho de 18 de julio de 1837. Lalign no se limitaría a esto, sin embargo. En agosto, intervendría para que el cónsul belga en Cádiz visara el pasaporte a algunos capitanes sardos (ASTO, *Lettere ministri Spagna* 115, despacho de 19 de agosto de 1837). Cuando el Gobierno español le ordenó cesar en sus actividades a favor de los sardos, Lalign envió el decreto que le había hecho llegar el Gobierno español a Solaro, quien encontró que en el decreto había "*graves inexactitudes et [...] déceptions frappantes*", y le hizo llegar un ejemplar del número de la *Gazzetta Piemontese* donde los sardos habían publicado los documentos relativos a la crisis con España (ASTO, *Lettere ministri Spagna* 122, despacho de 29 de agosto de 1837).

³¹ ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 690. Letamendi, que el 1 de agosto había solicitado al Gobierno sardo que o bien reabriesen los puertos al comercio Español o le diese el pasaporte para abandonar Cerdeña, informaría de estos nuevos preparativos navales, y que Carlo Alberto había venido a Génova a entrevistarse con el duque de Módena y el gran duque de Toscana sobre la cuestión española, lo que parece indicar que Carlo Alberto estaba planeando algo de bastante importancia (AHN, Estado, 5730, Expediente 17, despacho de 1 de agosto de 1837, Expediente 15, despacho de 4 de agosto de 1837). En estos mismos días pasaba por Livorno el marqués de Villahermosa, con destinación a Niza y pasaporte del cónsul sardo, para lanzar una expedición con carlistas que se encontraban en Massa-Carrara, financiada por el duque de Módena, así que podemos comprobar que Francisco IV también se mostraba activo en su apoyo a don Carlos (AHN, Estado, 8325, despacho nº 66 de 8 de agosto de 1837).

³² *Traités publics de la royale maison de Savoie*, vol. VI, pág. 124.

³³ ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 692. Tan satisfecho salió Carlo Alberto del resultado de la entrevista que al día siguiente pretendió publicar un artículo en la *Gazzetta* donde se afirmase la inexistencia de tales envíos. Incluso Solaro debió considerar que era pasarse de la raya, y disuadió a su monarca de hacer tal cosa (*Ibidem*, pág. 694).

Carlo Alberto se encontraba de hecho en una nube. Ante la noticia de que una escuadra inglesa se dirigía a las costas catalanas por la hostilidad sarda, se confesaba halagado de que un imperio como el británico creyera necesario defender a España de un país tan pequeño como Cerdeña.³⁴ Como ya habíamos visto en los planes que los sardos desarrollaron en otoño de 1834, era este al fin y al cabo uno de los objetivos de su intervención en la guerra civil española: ponerse en primera fila y reclamar un asiento en la mesa de las grandes potencias europeas. Para Carlo Alberto, debía ser un sueño convertido en realidad ver a un imperio como Gran Bretaña tan preocupado por las actividades sardas. Los sueños de estadista de Carlo Alberto se esfumaron bastante bruscamente con la llegada a Génova de una flota inglesa en *visita de cortesía*, pero el mensaje fue diáfano para la corte de Turín: decía Letamendi que todos los preparativos navales de la armada sarda se habían paralizado en cuanto la escuadra inglesa fue avistada.³⁵

Poco a poco los sardos empezaron a sospechar que quizá se habían metido en el enésimo brete del que no veían una salida digna, al haber puesto sus esperanzas en un don Carlos que no parecía demasiado dedicado a la victoria que tan cercana habían creído. Desde Viena, Sambuy escribía que, a pesar de que las noticias llegadas desde España eran bastante vagas, "*on y craint assez généralement que les mouvemens rétrogrades de D. Carlos, qui parait dans un état d'incertitude, ne soient pas de bon augure.*" Mas creía el sardo que el reino de Cerdeña tenía toda la razón en el conflicto con España, y que en el frente diplomático poco había que temer, o al menos eso se extrae de sus palabras:

*Les personnes qui ont eu connaissance de ce qui s'est passé entre notre Cour et le Gouvernement de Madrid ne reviennent pas de l'audace impudente et de la fausseté des allégations du décret de la Reine Christine du 22 juillet dernier ; mais c'est là le petit nombre, et le public est étonné, croyant d'abord ceux qui s'adressent á lui. Pourtant M. Calatrava a agi en cela avec une véritable stupidité, puisque la publication des pièces et documens relatifs á cette question prouveraient au monde entier de la manière la plus palpable sa mauvaise foi et ses impostures.*³⁶

De creer al embajador sardo, era España la que estaba en problemas, y pronto se encontraría aislada y rechazada por todos los países civilizados. El extraordinario optimismo de Sambuy no parecía ser compartido ni tan siquiera por el Gobierno sardo, mucho menos por el resto de potencias absolutistas y sus aliados, que se negaban a reconocer a don Carlos mientras este no estuviese en Madrid.

Le C. de l'Alcudia m'a raconté avoir représenté au Pr. De Metternich qu'on avait objecté á Turin au C. d'Orgaz, comme seule difficulté pour reconnaître D. Carlos,

³⁴ *Ibidem*, pág. 696.

³⁵ *Ibidem*, pp. 696-697, AHN, Estado, 8345, despacho nº 48 de 26 de agosto de 1837.

³⁶ ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pp. 286-287.

la nécessité de ne pas devancer en cela l'Autriche qui ne paraissait pas encore disposée à le faire ; qu'on avait fait une réponse à peu près semblable à la Haye au Marq. De Monesterio et que les Cabinets de Pétersbourg et de Berlin ne manqueraient pas de dire qu'ils s'en rapportent pour la détermination à prendre à cet égard à ce que l'Autriche croira devoir faire, de manière que la décision de cette affaire d'une si grande importance, non seulement pour D. Carlos et l'Espagne, mais pour toute l'Europe, ne dépend dans le fait en ce moment que du seul Chancelier d'Etat Autrichien, qui doit se reprocher de retarder cette solution.³⁷

Es decir, que a los tres enviados por don Carlos para anunciar el cruce del Ebro les habían dado largas en todas partes, a la espera de que Austria decidiese qué hacer en relación al pretendiente. Y la respuesta de Metternich era la misma de siempre: que todo estaba preparado para cuando las circunstancias recomendasen el reconocimiento oficial de don Carlos, siendo dichas circunstancias, por supuesto, su entrada en Madrid. Alcudia, dice Sambuy, no se mostró excesivamente satisfecho con la respuesta, y escribió a don Carlos diciéndole que la misión no había obtenido resultado alguno, y que no era previsible que lo obtuviera en el futuro. Que el reconocimiento solo le llegaría a don Carlos cuando ya no lo necesitase, y que si Alcudia estuviese en su lugar lo que haría entonces sería rechazar dicho reconocimiento. Metternich, por su parte, tampoco se ahorra calificativos para don Carlos, al que tachaba de embaucador por sus vagas promesas, y le dejaba claro al embajador francés, cosa que ya conocíamos, que el reconocimiento de don Carlos no dependía únicamente de la ocupación de Madrid, sino de *la consolidación del gobierno carlista en España*, lo que desde luego no esperaba Metternich que se produjese en breve. Sambuy se engañaba a sí mismo y a Solaro, pretendiendo que Metternich decía eso únicamente por tratar de contemporizar y ganar tiempo, pero el mensaje que llegaba a Turín debía ser bastante claro: el reino de Cerdeña estaba absolutamente solo en su conflicto con España, y ninguna de las potencias absolutistas iba a tomar ningún paso para apoyar a Carlo Alberto o a don Carlos si los hechos en España no daban un vuelco.³⁸

Y hubo desde luego un vuelco en la situación en España, pero seguramente no en la dirección que esperaba Carlo Alberto. Después de salir de Cataluña y unirse a Cabrera, la expedición de don Carlos acabó dirigiéndose a finales de agosto, por fin, a Madrid, donde llegó a mediados de septiembre, encontrándola bastante indefensa.³⁹ Lo que ocurrió después es objeto de grandes discusiones, pero la cuestión es que el pretendiente, después de algunas horas acampado ante

³⁷ *Ibidem*, pág. 295.

³⁸ *Ibidem*, pág. 296.

³⁹ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. IV, pp. 212-215.

la ciudad, ordenó retomar la marcha y dejar atrás Madrid ante el avance de Espartero y el ejército gubernamental.⁴⁰

Incluso antes de que llegasen las noticias del fracaso de la expedición, la diplomacia europea había dado de nuevo la espalda al carlismo: el 10 de septiembre Sambuy comunicaba que ni en Holanda ni en Prusia ni en Austria se habían aceptado las cartas que los enviados carlistas habían llevado a los monarcas de dichos estados para reclamar el reconocimiento del pretendiente y que incluso aunque se aceptasen dichas cartas el reconocimiento no se daría ni tan siquiera tras la —por entonces todavía posible— entrada de don Carlos en Madrid, pues era probable que de todos modos se viese obligado a salir de la ciudad poco después.⁴¹

El fracaso carlista significó que, una vez más, todos los fondos que las potencias absolutistas habían hecho llegar al pretendiente habían sido desperdiciados por un don Carlos que ni tan siquiera se había mostrado capaz de ocupar una Madrid indefensa. Y efectivamente, fondos le habían llegado, y en cantidades:

...c'est précisément aux douze cent mille francs qu'elle [Rusia] a déjà donnés, unis aux cinq cent du Roi de Naples, que Don Carlos a dû la possibilité d'entreprendre au mois de mai son expédition hors des 4 provinces, quoique Mr. Erro en se retirant eût laissé les caisses vides.⁴²

Y no solamente habían sido los fondos de la Internacional Absolutista los que le habían permitido llevar a cabo la expedición, también estos fondos serían los que evitarían el derrumbe final del carlismo una vez el pretendiente volviese a las provincias vascongadas, alargando todavía más una guerra civil cuyo fin bien podría haberse dado en 1837:

...si Don Carlos n'avait pas trouvé, rentrant dans les 4 provinces un million que le Duc d'Angoulême a fait remettre il y a deux mois par le Duc de Blacas au C. de

⁴⁰ Para SOLARO DELLA MARGARITA fue la prueba de que Dios se oponía al triunfo carlista (*Memorandum*, pp. 90-91). PIRALA ofrece una versión algo más concerniente a lo temporal: la tan esperada entrega de María Cristina a don Carlos —los carlistas habían impreso ya proclamas haciendo referencia al futuro matrimonio de Isabel II con don Sebastián— no se produjo finalmente, y don Carlos esperó todo lo que pudo frente a Madrid, quizá por las gestiones que Milanges y Meyer estaban llevando a cabo en el interior de la ciudad (URQUIJO, *Relaciones entre España y Nápoles*, pág. 240), hasta que Espartero se le echó encima (*Historia de la guerra civil*, vol. IV, pág. 215-217). En realidad, parece ser que fue más bien una carrera entre Espartero y don Carlos por ver quién de los dos lograba convencer antes a una María Cristina que llevaba ya tiempo queriendo deshacerse del gobierno progresista, de ser el mejor garante del futuro de la regente y su hija, atrapadas entre motines en el ejército del Norte y la cada vez más cercana expedición carlista. La carrera la venció el general, María Cristina se desentendió de las negociaciones con el pretendiente y don Carlos tuvo que volver a las Provincias Vascongadas sin que su expedición hubiese logrado ni establecerse definitivamente en Cataluña, ni lograr la entrada en Madrid (SANTIRSO, "El convenio de Vergara y otras paces descartadas (1837-1849)", *Hispania*, vol. LV nº 191 (1995), 1063-1092).

⁴¹ ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pp. 302-304.

⁴² *Ibidem*, pág. 337.

*l'Alcudia et qui venait d'y arriver, ses troupes se seraient débandées, faute de moyens de les nourrir.*⁴³

Para las cortes absolutistas de Europa, había llegado el momento de pensar seriamente hasta qué punto pretendían seguir tirando dinero al auténtico agujero negro en el que se había convertido la causa de don Carlos. ¿Qué beneficio, qué resultado habían obtenido de todo ello Austria, Prusia, Rusia u Holanda? ¿Qué justificaba seguir financiando la ineptitud de don Carlos? Preguntas semejantes debía hacerse incluso alguien tan fanático como Carlo Alberto: más allá de haberse atraído las iras del comercio genovés, de haberse arriesgado a una guerra con España, y de haber logrado verse aislado de Austria, de Francia, y de Gran Bretaña, ¿qué había obtenido el Reino de Cerdeña de su apoyo al carlismo? ¿Era la defensa del *orgullo nacional* motivo suficiente como para seguir tolerando nuevos ridículos de los carlistas? ¿O convenía empezar a recoger velas, y prepararse para que el inevitable paso atrás en las relaciones exteriores sardas fuera lo menos humillante posible?

Aunque como ya hemos visto, por culpa de los absolutistas europeos la matanza todavía seguiría en España, si un efecto positivo tuvo el fin de la expedición de don Carlos, fue alejar definitivamente la amenaza de guerra entre España y Cerdeña, pues poco sentido tenía ya para los sardos intervenir en España, cuando era evidente que la victoria carlista, si es que todavía era posible, no se iba a producir inmediatamente. Puede que los sardos no lo vieran igual, pues porque al menos su monarca parecía muy dispuesto a mandar a sus soldados a luchar y morir en el extranjero, pero fue desde luego un alivio para casi todo el resto del mundo, pues como Foster reconocía, la guerra había estado mucho más cerca de lo que cualquiera hubiese pensado.⁴⁴

⁴³ *Ibidem*, pág. 338.

⁴⁴ ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 691.

5. La retirada sarda y el derrumbe carlista (1837-1839)

5.1. Los últimos subsidios al carlismo (octubre 1837-junio 1838)

Si el fracaso de la expedición de don Carlos obligó a las potencias absolutistas a replantearse el apoyo que estaban dando a la causa, los cambios en el Gobierno español debieron de producir un efecto parecido, por la influencia que pudieran tener en Francia, y por tanto en la frontera de los Pirineos. En agosto de 1837, tras una serie de pronunciamientos,¹ Calatrava era sustituido por Eusebio Bardají, mucho más del agrado del Ejecutivo francés. La situación del carlismo era tal que, en invierno de 1837, amplios sectores de él esperarían de hecho la intervención francesa como la única forma de deponer las armas de manera honrosa y lograr una ventajosa transacción.² El gobierno carlista debía de ser consciente también de las desesperadas circunstancias en las que se encontraba, y así, en octubre, envió al barón de los Valles³ en una ronda europea en la que, entre noviembre de 1837 y enero de 1838, visitó La Haya, Berlín, Viena y San Petersburgo para solicitar nuevas ayudas económicas al carlismo.⁴

También los sardos empezaban a darse cuenta de la debilidad de las posiciones carlistas y de hasta qué punto era temerario mantener un apoyo abierto al pretendiente. Se hacía necesario dar marcha atrás, obviamente sin que se notase la retirada. En una conversación con Foster, Solaro le confesaba que don Carlos no contaba con nadie de valor a su servicio. Y si bien los sardos, ante las primeras iniciativas por parte de Bardají para tratar de solucionar el conflicto con Cerdeña, negaban tener ninguna urgencia —alegando que en realidad los efectos del

¹ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. IV, pág. 416 y ss.

² TRONCO, *Les Carlistes espagnols*, pág. 54. Las conspiraciones en el gobierno carlista, siempre existentes, se habían multiplicado en número e intensidad, como se comprobaría a lo largo de 1838 con la aparición de personajes como José Antonio de Muñagorri (PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. V, pág. 175 y ss.). Según Sambuy, uno de los motivos del malestar en el ejército carlista sería que al pretendiente no se le veía jamás en uniforme, según él a instancias de “*quelques gentilhommes qui entourent le Roi et qui ne se soucient pas de l'accompagner sur les champs de bataille*” (ALBERTI, *La politica estera del Piemonte*, vol. I, pág. 407). En primavera de 1838, los británicos realizarían nuevas aperturas hacia el carlismo para tratar de negociar el final de la guerra. Bajo recomendación del embajador británico en Madrid, en lugar de realizarlas ante don Carlos, las hicieron ante los jefes guerrilleros, que parecían más dispuestos a la negociación (EDWARD JONES, *British foreign policy*, pp. 190-191).

³ Louis Xavier Auguet de Saint-Sylvain, legitimista francés, había tenido que abandonar su patria natal poco después de la revolución de julio de 1830 por estar implicado en conspiraciones contra la monarquía de Luis Felipe. Llegó a España por recomendación de los depuestos borbones franceses, de donde también acabaría expulsado en 1833 por su apoyo a don Carlos. Fue encargado por el pretendiente de publicar propaganda en francés (*Un chapitre de l'histoire de Charles V*, París, La Mode, 1835), y seguirá a don Carlos en Portugal, Inglaterra y de vuelta a España, para acabar, como vemos, encargado de misiones diplomáticas en nombre del gobierno carlista (TRONCO, *Les Carlistes espagnols*, pp. 84-87). Auguet ya había realizado un viaje parecido en enero de 1834, cuando había sido comisionado por el pretendiente para visitar las cortes absolutistas y reafirmar su derecho al trono de España (URQUIJO, *Relaciones entre España y Nápoles*, pág 147).

⁴ *Ibidem*, pp. 88-91, MOSELY, *Intervention and Nonintervention in Spain*, pág, 208.

bloqueo de puertos en el comercio genovés no eran para tanto— el 12 de noviembre Carlo Alberto, acabado de volver de Génova con una montaña de quejas de sus comerciantes, y emulando la retirada que también había debido emprender cuando la llegada de la princesa de Beira a Turín causó la ruptura con Portugal, firmaba un decreto para que se admitiese en los puertos sardos a los barcos españoles que necesitasen refugiarse de temporales, lo que en la práctica supuso que dichos barcos pudieron reiniciar su comercio con Cerdeña sin ningún problema.⁵ A finales de año, Solaro escribió a Lalaign en Madrid para proponer el inicio de negociaciones con vistas a retomar las relaciones entre ambos países, mientras a Letamendi se le autorizaba a que reanudase sus funciones consulares de manera discreta.⁶

El relevo de Bardají por el conde de Ofalia⁷ podía suponer un nuevo impulso a la solución del conflicto, dado el perfil todavía más moderado del nuevo presidente del Consejo de Ministros.⁸ Tanto Bardají como Ofalia eran más cercanos a Francia que a Gran Bretaña, aunque los británicos tendieron a apoyarles como mal menor y para tratar de mantener la influencia francesa lejos del Gobierno de España, especialmente cuando Ofalia se mostró optimista sobre las posibilidades de recibir ayuda de Francia —que por supuesto no se produjo—. Todo ello no evitó el progresivo enfado de Palmerston ante la falta de avances en la negociación del tratado comercial con España, y la negación de nuevas ayudas británicas.⁹

⁵ ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pp. 704-706.

⁶ *Ibidem*, pág. 707. No sin algún que otro sobresalto, tan comunes por otro lado en las relaciones hispano-sardas desde el inicio de la guerra civil. La llegada de una fragata sarda a Gibraltar —obligada al parecer por los vientos— causó alarma en el Gobierno español. En febrero de 1838, se reanudaron los rumores de una expedición carlista o miguelista desde Génova o Niza, lo que llevó a Palmerston a dar instrucciones a su embajador en Madrid para que comunicase la nueva actitud del Gobierno sardo y tratase de rebajar la tensión (*Ibidem*, pág. 710). El conde de Alcudia, por su parte, se alarmó bastante del acercamiento sardo-español, pues empezaba a sospechar que el apoyo sardo al carlismo no era tan sólido como se creía (ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pág. 350).

⁷ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. IV, pág. 465.

⁸ Hasta el punto que la prensa progresista recordó su pasado como colaborador de Calomarde (*Ibidem*, pág. 468).

⁹ EDWARD JONES, *British foreign policy*, pp. 182-184. No había ayudado en nada la firma de un tratado entre España y Francia para la instalación de una base en la Isla del Rey, en Mahón, a finales de 1837. Palmerston llegó a temer que se usase como base para una futura ocupación de las Baleares, o que desde ella se promoviese la independencia de las Islas para convertirlas en un protectorado francés, lo que el británico temía ocurriese también en Cataluña (*Ibidem*, pp. 186-187). Quizás los temores ingleses no fuesen tan infundados: en enero de 1838 el Gobierno francés defendía que, si debía elegir entre el carlismo y permitir que la anarquía se instalase en España, elegiría sin dudar la primera opción (TRONCO, *Les Carlistes espagnols*, pág. 55). Lord Palmerston se encontraba también bajo ataque en el frente doméstico. De hecho, lo había estado desde el inicio de la guerra, pero ahora los sectores cercanos al duque de Wellington, quizá notando también la debilidad carlista y buscando ayudarles en todo lo posible, volvieron a la carga. Lord Elliot, quien en 1835 había sido encargado por el mismo Wellington para que viniese a España a dar relieve al bando carlista, propondría en marzo un voto en el Parlamento británico buscando censurar la política ibérica de Palmerston, y la retirada de la Legión Auxiliar Británica (EDWARD JONES, *British foreign policy*, pág. 189).

El carlismo debió de ver en todo esto una nueva ventana de oportunidad, pues en enero de 1838 Sambuy escribía a Solaro comunicándole que había recibido un informe “*fort avantageux des dispositions de son armée [del carlismo], de sa réorganisation et de ses positions militaires*”, así como planes “*de la nouvelle expédition qu’on projette, qui paraît bien conçu et devoir amener enfin, s’il est bien exécuté, la solution que nous désirons si ardemment.*” Para todo ello, don Carlos requería, como siempre, el envío de fondos con los que realizar la expedición, y no solo eso, sino que el barón de los Valles le habría comunicado a Sambuy que la intención del pretendiente era usar los fondos para “*faire passer à D. Carlos toute l’armée Christine et finir ainsi d’un coup la guerre.*”¹⁰

A finales de enero, Alcudia pedía a Sambuy que intercediese ante Metternich para el envío de nuevos fondos, pero sostenía que el austríaco no contaba con la confianza ciega del emperador desde la muerte de Francisco I y que tenía serias dificultades para lograr que se aprobasen nuevas ayudas para don Carlos por la oposición de Kollowrath. E informaba a Solaro de las gestiones que Metternich estaba llevando, bajo absoluto secreto, para convencer al rey de Holanda de que se implicase en el envío de fondos a don Carlos, a través de unas negociaciones de las que, a instancias tanto de Alcudia como del mismo monarca holandés, se revelaba lo mínimo posible:

*La personne que je ne nomme pas dans ma dépêche, n’est autre que le Roi de Hollande, que le Pr. de Metternich m’a nommé ouvertement, mais que M. de l’Alcudia ne veut pas que je vous nomme, parce que, dit-il, ce doit être un grand secret, ce Souverain n’ayant même pas voulu, lorsqu’il donna, que D. Carlos le sût.*¹¹

El rey de Holanda respondía en febrero a Metternich que había recibido su propuesta y que debía estudiarla antes de dar una respuesta formal.¹² Unos pocos días después, Sambuy informaba de la disposición de los rusos a aportar ayudas al carlismo, como le habría sido comunicado al barón de los Valles mientras se encontraba en San Petersburgo, y que el Zar enviaría lo más pronto posible un correo a Viena para coordinar las aportaciones de cada uno de los monarcas absolutistas.¹³ Sambuy no pareció muy convencido de los esfuerzos rusos, pues

¹⁰ ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pág 361.

¹¹ *Ibidem*, pág. 370. En su entrevista con el barón de los Valles, Guillermo I de Holanda había ya expresado su apoyo al carlismo, pero que no podía traducirse en ayudas económicas porque lo impedía el Parlamento (TRONCO, *Les Carlistes espagnols*, pág. 88). De ahí la necesidad de mantener las ayudas dadas, y las que se planeaban en esta negociación, en secreto.

¹² ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pág 393.

¹³ *Ibidem*, pág. 394. El Zar había recibido un extenso *memorandum* de uno de sus diplomáticos en el que se planeaba cómo dirigir la política de don Carlos para tratar de estabilizar España, lo que explica el renovado interés ruso por ayudar al pretendiente (MOSELY, *Intervention and Nonintervention in Spain*, pág. 209).

comunicaría una vez había llegado este correo que, por lo que él había podido conocer, “*on pourrait supposer qu’il n’a été porteur que d’espérances vagues á l’égard des fonds á fournir á D. Carlos*”, aunque de los Valles parecía bastante más satisfecho de su misión y volvió al cuartel general carlista para transmitir las buenas noticias.¹⁴

A falta de dinero —pues podemos comprobar que las negociaciones eran intrincadas y extremadamente prolongadas—, los sardos siguieron colaborando todo lo posible con los agentes carlistas que circulaban por territorio italiano en su esfuerzo por volver a España y unirse a las fuerzas del pretendiente. Ya a inicios de diciembre de 1837, la condesa de Torres Matallana había obtenido permiso para volver a Niza a pasar el invierno gracias a sus contactos.¹⁵ En enero de 1838 había llegado a esa ciudad el eclesiástico Sebastián Sierra, que había sido recibido con todas las atenciones por los notables de Niza, mientras que tres carlistas —dos de ellos con pasaporte napolitano, y uno con pasaporte romano—, seguramente confundidos por la ruptura de relaciones entre España y Cerdeña y creyendo que cualquier cónsul que se encontrase en la ciudad sería carlista, se presentaron ante él con la esperanza de que les visase el pasaporte para cruzar la frontera, a lo que este se negó.¹⁶

A todos ellos se unieron los carlistas fugados del *Lancero* en 1835, que tras muchos esfuerzos lograban, en febrero de 1838, llegar a Livorno, a donde según el cónsul español en la ciudad se esperaba la llegada de otros 30 soldados, que se verificaría pocos días después. Todos ellos obtendrían pasaporte para partir en dirección a Génova.¹⁷ Estos se sumaban a los siete carlista

¹⁴ ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pág 395. El optimismo de los Valles se basaba en lo que le había dicho Nesselrode, ministro de exteriores ruso, sobre la decisión de Nicolás de Rusia de donar tres millones de francos para don Carlos siempre que Prusia y Austria se comprometiesen a aportar una cantidad igual, lo que no sería tan fácil, como veremos enseguida (MOSELY, *Intervention and Nonintervention in Spain*, pág, 211).

¹⁵ AHN, Estado, 8347, despacho nº 57 de 2 de diciembre de 1837. También le habían llegado al cónsul informaciones no demasiado concretas sobre los preparativos en uno de los palacios de los nobles que habían velado a Gómez Negrete de una habitación para alguna familia carlista. Vemos que el carlismo contaba con muy buenas relaciones con la nobleza nizarda. De hecho, no solo los sardos colaboraban con los carlistas en materia de pasaportes: el cónsul había recibido en agosto de 1837 informes sobre la facilidad con la que los cónsules franceses tanto en Niza como en Roma visaban pasaportes a los carlistas, por lo que había tenido que apelar al embajador francés para terminar con dichas prácticas (*Ibidem*, despacho nº 47 de 3 de agosto de 1837). Y en septiembre, el mismo cónsul había descubierto que el Gobierno de Parma estaba dando pasaportes para Francia a todos los voluntarios extranjeros carlistas que pasaban por allí, como había podido comprobar cuando uno de ellos se presentó ante él, tratando de obtener seguridades para llegar a España sin saber muy bien a quién se estaba dirigiendo (*Ibidem*, despacho nº 49 de 6 de septiembre de 1837).

¹⁶ *Ibidem*, despacho nº 60 de 2 de enero de 1838.

¹⁷ AHN, Estado, 8325, despacho nº 88 de 8 de febrero de 1838, despacho nº 92 de 10 de febrero de 1838. El cónsul de Livorno había detectado a bastantes carlistas pasando por la ciudad ya antes del fin de 1837: A finales de octubre, el general carlista Gómez y un oficial portugués, ambos con pasaporte modenés (*Ibidem*, despacho nº 75 de 30 de octubre de 1837); a principios de diciembre, un eclesiástico carlista que se dirigía a Génova (*Ibidem*, despacho nº 79 de 5 de diciembre de 1837) y Juan Rebagliato, llegado desde

que, llegados de Nápoles, habían ya pasado por Livorno a inicios de diciembre de 1837, y que tenían pensado dirigirse a Génova con los vistos de los cónsules napolitano y sardo de la ciudad. Uno de ellos, como había podido aseverar el cónsul español, llevaba un pasaporte inglés que lo identificaba como “refugiado político”, y llevaban una carta de los carlistas del *Lancero* que todavía se encontraban en Nápoles bajo la protección del Gobierno napolitano, solicitando ayuda para volver a España.¹⁸ Un día más tarde, el mismo cónsul en Livorno escribía a Madrid para acabar de pintar el panorama con el que se encontraban los soldados que iban llegando a la ciudad:

Acabo de saber muy confidencialmente que los Cónsules de Nápoles, Cerdeña y Módena tienen orden de sus Gobiernos de proteger, auxiliar y favorecer á todos los Carlistas Españoles que pasen por esta, y así es que todos toman aquí Pasaportes Napolitanos que se los refrenda la Policía sin el menor reparo. Yo he reclamado varias veces contra este abuso al Señor Gobernador y Señor Comisario de Policía y me han contestado que, ya que mi gobierno me prohíbe el darles Pasaportes a estas gentes, es preciso que alguno lo haga, y que siendo este gobierno neutral (que no es así) se los da á todos igualmente. Los más de estos se socorren en esta y van á Masa de Carrara donde hay un depósito y una especie de Junta Carlista con el objeto de mandar recursos de toda especie á un imaginario Rey.¹⁹

Los carlistas del *Lancero* habían encontrado así la vía por la que congregarse en el Reino de Cerdeña, habiendo tropezado anteriormente con la negativa del cónsul sardo en Livorno, que no debió ceder hasta que la intercesión de Flórez ante Solaro hizo que este diese nuevas órdenes a su representante en Livorno. Todo ello explica la demora de varios años desde que los primeros soldados habían llegado a Italia hasta que empezaron a reunirse en Cerdeña, como estaban haciendo ahora.

El Gobierno español, por su parte, seguía los esfuerzos para encontrar un compromiso con Cerdeña que había iniciado Bardají: el 12 de diciembre de 1837, Solaro había enviado sendos despachos a Febrer —el encargado de la legación sarda en Madrid— y a Lalaign. El mensaje era bastante parecido, y se puede resumir en lo que le decía al belga:

Vous êtes autorisé á recevoir les propositions que le Ministre des Affaires Etrangères aurait [...con las siguientes condiciones...] le gouvernement de Sa Majesté est disposé á rétablir sans retard les relations commerciales entre les deux Pays [...] il n’a aucune objection á ce que les Agents Consulaires Espagnols dans les Etats Sardes rentrent dans l’exercice suspendu de leurs fonctions et qu’il s’engage á les faire respecter dans cette service tout comme s’ils étaient munis

Turín con un pasaporte napolitano refrendado por el cónsul toscano para Livorno, y que se estableció en la ciudad bajo protección de la policía y del cónsul napolitano (*Ibidem*, despacho nº 81 de 7 de diciembre de 1837).

¹⁸ *Ibidem*, despacho nº 82 de 10 de diciembre de 1837.

¹⁹ *Ibidem*, despacho nº 83 de 11 de diciembre de 1837.

de l'exequatur á la conditions qu'une parfaite r ciprocity serait  tablie pour les Agents Consulaires Sardes en Espagne.

Por tanto, una vuelta a la situaci3n anterior a la ruptura —salvo por el hecho de que los c3nsules sardos no recuperarían sus *exequatur*, aunque eso no le preocupaba en demasía a nadie—, pero eso sí, sin entrar para nada en el tema del reconocimiento: “*La question politique restant en dehors, les rapports commerciaux pouvant  tre de cette manière r tablis.*”²⁰

Ofalia, tras haber hablado con Lalaing, había hecho llegar al Gobierno sardo que se encontraba dispuesto a deshacerse de la exigencia del *exequatur* de los c3nsules españoles, que había sido condici3n indispensable tanto para Calatrava como para Bardají, para restablecer las relaciones entre ambos gobiernos.²¹ La situaci3n de hecho debía parecerle a Ofalia lo suficiente propicia como para realizar este tipo de aperturas, pues poco después era Letamendi, desde Génova, quien informaba de las posibilidades de un pr3ximo cambio en el Gobierno sardo por

los recelos que fundadamente ha inspirado al gobierno francés la presencia del General Conde de Maistre²² como gobernador del fronterizo condado de Niza, sobre quien cuentan en sus descabellados planes los legitimistas del medio día de la Francia. Sabido es aquí que el general de Maistre es uno de los partidarios más eficaces del partido sardo-jesuítico, representado por el conde Solar de la Margarita

y que se las había arreglado, como sabemos, para enajenarse no solamente al Gobierno británico, sino también al prusiano, con sus actitudes hacia los protestantes.²³ Según Letamendi —emulando el injustificado optimismo de Foster— era Solaro el principal escollo para la obtenci3n del *exequatur* por parte de los c3nsules españoles, así que su caída sería una buena noticia para España.²⁴

²⁰ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 122, despacho de 12 de diciembre de 1837. Febrer le pidi3 su opini3n a Bardají, que le reiter3 que el objetivo del Gobierno español era obtener la concesión del *exequatur* a los c3nsules españoles, sin ver en ello ninguna relaci3n con el reconocimiento de Isabel II, que no pedían (*Ibidem*, despacho de 16 de diciembre de 1837).

²¹ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 115, despacho de 13 de enero de 1838.

²² Rodolphe de Maistre, hijo del fil3sofo contrarrevolucionario Joseph de Maistre, aprovech3 la estancia de su padre en San Petersburgo desde 1803 como embajador sardo para enrolarse en el ejército ruso y luchar contra Napole3n. Se reincorpor3 al ejército sardo en 1817. Había salido de Génova después de un incidente diplomático con Gran Bretaña: Cuando la escuadra inglesa se present3 en la ciudad en agosto de 1837, su comandante inform3 al gobernador de la guarnici3n —de Maistre— del apoyo inglés a Isabel II, lo que no fue del agrado de de Maistre, y de ahí “result3 que estas autoridades no tuvieran con el *Rodney* todas las atenciones que se tienen con los buques de guerra de las naciones amigas”. El Gobierno británico había exigido su substituci3n, y la respuesta de Carlo Alberto habría sido la de ascenderlo a gobernador del condado de Niza (AHN, Estado, 8347, despacho n  64 de 3 de febrero de 1838).

²³ Sabemos de todas formas que no era Solaro el principal responsable de estas medidas, pero como hemos dicho ya, el ministro de Exteriores era una mampara excelente tras la que Carlo Alberto podía ocultarse cuando tenía alguna ocurrencia de este tipo.

²⁴ AHN, Estado, 8347, despacho n  60 de 2 de enero de 1838.

El Gobierno de Ofalia, de hecho, empezaba prácticamente de cero en el conflicto con el Gobierno sardo, pues como el presidente del Consejo español le confesó al belga Lalaign en Madrid, al tomar posesión de su cargo no tenía ni la más remota idea del estado de las relaciones entre España y Cerdeña, ni de cómo se había llegado a la interrupción del comercio. Fue Lalaign el que tuvo que explicárselo todo. De todos modos, o bien el primer ministro español se dio bastante prisa en recabar información, o bien estaba algo más informado de lo que Lalaign pretendía en sus despachos a Solaro. Pronto le dejó claro al belga que veía más inconvenientes que ventajas en tomar medidas recíprocas a las que habían tomado los sardos sobre la expedición de pasaportes, pues el Gobierno español temía que, de permitir el visado de pasaportes de ciudadanos sardos, una multitud de carlistas se convirtiese como por ensalmo en súbditos de Carlo Alberto y lograrse volver a entrar en España con sus flamantes pasaportes sardos. Lalaign le dio largas y “pretextó” ignorancia de todas las quejas españolas, ante lo que Ofalia pudo ponerle como ejemplo la actitud de Brignole, embajador sardo en París, quien tras haber recibido órdenes que le autorizaban a volver a sellar y expedir pasaportes a los súbditos españoles, había acudido a Campuzano, su homólogo español, asegurándole que si a él se le había autorizado a visar pasaportes, lo mismo podía hacer él con el cónsul español en Marsella, autorizándole a visar pasaportes de los súbditos sardos.²⁵ No parecía la actitud de los diplomáticos sardos, desde luego, una garantía de la honestidad de Cerdeña. No solo eso, sino que Ofalia aseguró a Lalaign que España tampoco podía renunciar a la concesión del *exequatur* para sus cónsules —desdiciéndose así de lo que había dicho un mes antes, o en todo caso, de lo que Lalaign había *interpretado* y comunicado a Solaro que Ofalia había dicho—. Para el belga, la reclamación española era imposible de atender por parte de Cerdeña, pues veían la concesión del *exequatur* como un acto de consecuencias políticas —el reconocimiento del Gobierno de Isabel II—, mientras que Ofalia replicaba que ni España, ni Gran Bretaña ni Francia compartían tal interpretación.

Podemos comprobar que la cuestión en realidad había avanzado muy poco, pues ya Quadrado y Solaro habían tenido extensas discusiones sobre la naturaleza del *exequatur* y si este suponía o no un reconocimiento del Gobierno español por parte del sardo. Tan extensas como la que mantuvieron Ofalia y Lalaign, que dice este último duró dos horas, y que acabó, quizá más por agotamiento que por otra cosa, cuando Ofalia reconoció la necesidad de encontrar una fórmula de *exequatur* que conviniese a Turín. Lalaign propuso que el *exequatur* contuviese el texto

²⁵ Lo cual era por supuesto completamente falso, y le había valido a Campuzano una dura reprimenda del por entonces todavía jefe de Gobierno, Bardají, por hacer caso a los sardos.

“Gobierno establecido en España”, a lo que Ofalia accedió, aunque sólo fuese para sacarse al belga de encima.²⁶

Unos meses más tarde se produciría una contraoferta de Solaro que no convencería a Ofalia, pues entre otras cosas seguía negando la concesión de cualquier forma de *exequatur* a los cónsules españoles.²⁷ Ofalia respondió a Lalign que, si el Gobierno español fuese absolutista y no constitucional, aceptaría la oferta sarda al instante, pero que habiéndose comprometido en sede parlamentaria a la concesión del *exequatur* como condición para restablecer las relaciones, no podía ahora renegar de dicha promesa sin que cayese todo el gabinete.²⁸

Los temores de Ofalia en relación a la entrada de agentes carlistas en España si se permitía la expedición de pasaportes a los cónsules sardos no deben sorprendernos tras lo que hemos visto desde 1834, pero es que en esta época se le suma la llegada de los fugados del *Lancero* a Niza, de la que informaba a Madrid el cónsul español en la ciudad el 6 de marzo de 1838. Trece de ellos, con pasaporte napolitano, se habían establecido cerca de la frontera con Francia, a la espera de poder cruzarla y llegar a España.²⁹ De ahí que cuando a Ofalia le llegaron informaciones de la presencia de un barco ruso en Génova que transportaba armas para don Carlos, no esperase ni tan siquiera a recibir confirmación de Letamendi para reclamar al encargado de la embajada sarda en Madrid el porqué de la inactividad del Gobierno de Carlo Alberto.³⁰ Puede que se realizasen por parte de ambos gobiernos aperturas para tratar de recuperar la normalidad, pero era evidente que la tensión y las suspicacias todavía dominaban en la visión que España tenía del Gobierno de Turín, y con buenas razones.

²⁶ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 115, despacho de 9 de febrero de 1838.

²⁷ ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pp. 711-712.

²⁸ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 115, despacho de 12 de mayo de 1838.

²⁹ AHN, Estado, 8347, despacho nº 69 de 6 de marzo de 1838. También el cónsul español en Livorno seguía vigilando la llegada de nuevos carlistas, como Bernardo Izquierdo. Tras salir de Gibraltar se había dirigido a Malta, y de allí a Livorno con el refrendo del cónsul toscano. Realizaba en aquellos momentos la cuarentena y, como sus compañeros anteriormente, una vez finalizada pensaba salir en dirección Civitavecchia y Roma (AHN, Estado, 8325, despacho nº 39 de 20 de marzo de 1838, despacho nº 42 de 25 de marzo de 1838).

³⁰ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 115, despacho de 3 de marzo de 1838. El cónsul en Livorno tendría que responder a las acusaciones de haber dejado marchar dos buques sardos, el *Eduardo* y el *Telégrafo*, que se decía transportaban 3.500 fusiles destinados a la Serranía de Ronda y Gibraltar, y otros suministros militares, asegurando que tales buques, de existir, no habían salido de Livorno (AHN, Estado, 8325, despacho nº 93 de 5 de marzo de 1838, despacho nº 132 de 30 de diciembre de 1838). El 24 de marzo, otro buque sardo, el *Joyel*, pretendía desembarcar a su piloto, que se encontraba enfermo, en un puerto español. Ante la negativa de las autoridades locales, que decían que el piloto podía curarse a bordo, Lalign acabó intercediendo ante Ofalia, y este ordenó que se hiciese una excepción y se permitiese el desembarco (ASTO, *Lettere ministri Spagna* 115, despacho de 24 de marzo de 1838).

Desde Viena, mientras tanto, a mediados de marzo Sambuy volvía sobre los avances en las negociaciones con holandeses y rusos para aprobar nuevas ayudas al carlismo. Sobre los primeros, Metternich todavía no había recibido respuesta alguna a su propuesta, y en cuanto a los segundos, Sambuy había podido sonsacarle a Alcudia que los rusos defendían que era necesario actuar “con eficacia y sin retardo”, lo que desde luego no parecía que fuese a ocurrir, y quizá por ello Alcudia no parecía muy dispuesto a compartir información con nadie sobre lo que se traían entre manos.³¹ Se avanzaba poco a poco, sin embargo, y unos días más tarde por fin Sambuy lograba que se le aclarase qué era exactamente lo que se estaba planeando para ayudar al carlismo:

L’initiative que le Pr. de Metternich voudrait voir prendre á la Russie est aussi pour influer sur l’Autriche et pour décider la Conférence [la Regencia que dirigía Austria ante la incapacidad de Fernando I]. Le Bar. De Los Vallos (sic) a demandé 12 millions pour D. Carlos á l’Empereur Nicolas. Celui-ci a projeté d’en donner 3, que la Prusse et l’Autriche en donnent également 3, la Hollande 2 et nous 1.³²

De nuevo la Internacional Absolutista, Holanda incluida, de quien se daba por supuesto se iba a recibir dinero, proyectaba ayudas económicas de importancia para el carlismo. Podemos comprobar, de todos modos, la gran diferencia entre los deseos del carlismo, que esperaba obtener 12 millones de francos *solo* del Zar, y la realidad del desprendimiento de las potencias absolutistas, que esperaban recaudar tal cantidad entre cinco gobiernos distintos. No parece extraño, por tanto, que Sambuy volviese a sacar su lado más cínico al dar su opinión sobre lo que realmente esperaba que ocurriese cuando llegase el momento de la verdad, el de abrir la caja y aportar el dinero en cuestión:

On pourrait donc répondre sur ce pied et cela n’engagerait même pas, car le Roi de Hollande ne donnera certes pas 2 millions et le Roi de Prusse, ni l’Empereur d’Autriche ne donneront pas non plus probablement ce que leur demande l’Empereur de Russie, qui lui-même ne voudra certes pas donner plus qu’eux.

En efecto, unos días más tarde se confirmaban los presagios de Sambuy:

Je sais par le C. de l’Alcudia que M. de Tatischeff [embajador ruso en Viena] a reçu l’ordre de payer immédiatement pour D. Carlos jusqu’à concurrence de 3 millions, aussitôt que l’Autriche et la Prusse en feront autant, mais de ne fournir tout juste que la même somme que donne chacune de ces deux Puissances et de ne rien donner du tout si elles ne payent rien.³³

El 30 de marzo, Sambuy escribía a Solaro que había sido el embajador ruso el que se había dirigido a él para explicarle la situación. Según el ruso, Metternich le había asegurado ser incapaz

³¹ ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pp. 408-409.

³² *Ibidem*.

³³ *Ibidem*, pág. 414.

de convencer a los otros miembros de la regencia de aprobar las nuevas ayudas —lo que extrañó a Sambuy, a quien Metternich le había dicho que era justamente para forzar a la regencia a actuar que había invitado a Rusia a realizar su propuesta. Sambuy interpretó que o bien Metternich trataba de ocultar su débil control sobre el Gobierno austríaco, o bien decía a cada uno con quien hablaba lo que más le convenía—, y que el rey de Prusia, a quien según Metternich tampoco entusiasmaba la idea de donar fondos sin la presión rusa, estaba por el contrario totalmente dispuesto a aportar a la nueva ronda de ayudas.

Là-dessus le C. de l'Alcudia, vif et prompt comme il l'est toujours, et outré de se voir pour ainsi dire joué, puisqu'on voulait lui faire croire á des obstacles qui n'existent réellement pas, mit le Prince, si j'ose m'exprimer ainsi, au pied du mur, de manière á le forcer á s'expliquer nettement et clairement. Il avoua alors qu'il n'avait encore rien proposé á la Conférence, ni même parlé de rien parce qu'il est sûr, dit-il, que l'initiative qu'a pris l'Empereur de Russie ne suffit pas encore elle-même pour la décider á agir, au lieu qu'il ne peut pas douter, á ce qu'il prétend, que lorsque la Prusse en aura fait autant, il obtiendra l'objet de sa demande. D'après cela, il s'agit donc de faire forcer la main á la Conférence par la Russie et la Prusse réunies, et le Prince n'y peut rien par lui-même.³⁴

Las negociaciones para la concesión de nuevos fondos al carlismo fueron, como podemos comprobar, un auténtico caos. Las justificaciones de Metternich pueden parecer coherentes, pues sabemos que Kollowrath, otro de los miembros de la regencia, se había mostrado reticente a cualquier envío de fondos al carlismo desde el primer momento. También es perfectamente posible que el mismo Metternich fuera consciente de la inutilidad de enviar ayudas al carlismo cuando éste se había mostrado ya bastante incapaz de lograr nada con la ingente cantidad de dinero que se le había hecho llegar, y consciente de que volver a proponer una nueva remesa no haría más que dejar patente su debilidad en el gobierno austríaco, prefiriese lavarse las manos y tratar de dejar la responsabilidad a las demás potencias, o incluso que tratase deliberadamente de boicotear las negociaciones.

Para Sambuy, lo más importante era que los Valles había logrado —muy a pesar de Alcudia, que debía ver como un recién llegado se imponía a quien llevaba largos años negociando con las potencias absolutistas— que Nicolás de Rusia en persona se implicase en la negociación para el envío de fondos al carlismo, y que era esta una oportunidad que no convenía dejar pasar. De la misma opinión era el embajador ruso, que lamentaba la “ceguera” del Gobierno austríaco, que exponía a sus provincias italianas a los peligros de la revolución. Faltaba ahora, decía Sambuy, que Metternich lograra que la regencia pusiese a disposición de la Internacional los fondos que se esperaba mandar al carlismo.

³⁴ *Ibidem*, pp. 421-423.

A finales de marzo, Letamendi hacía llegar un despacho a Madrid comunicando su impresión de que Carlo Alberto empezaba a comprender los problemas que suponía para su reino la reunión de carlistas en Niza y la habilitación de buques en los puertos sardos para transportar ayudas al pretendiente, por lo que, decía, se habían dado órdenes a la policía para que frustrase cualquier operación en este sentido. Igualmente, decía ver al Gobierno sardo menos intransigente de lo normal en la cuestión de la concesión del *exequatur* a los cónsules españoles.³⁵

Pocos días más tarde era el cónsul en Niza el que venía a desmentir el optimismo de Letamendi, alertando de la llegada a principios de abril de otros dos carlistas llegados con pasaporte sardo, a los que Francia les habría negado la entrada y que habían decidido por tanto marchar en dirección a Niza. Adjuntaba una lista de 40 soldados carlistas provenientes de Nápoles —la mayoría antiguos prisioneros del *Lancero*— y que, decía el cónsul, en aquel momento “están trabajando en los caminos y otras obras públicas á algunas millas de esta ciudad por disposición de estas autoridades”.³⁶ Los sardos estaban, pues, reuniendo a todos los soldados carlistas lo más cerca de la frontera francesa que les permitía la prudencia, con la excusa oficial de hacerles trabajar en las obras públicas de la zona. No sería nada extraño que se aprovecharan de su mano de obra, puesto que, al fin y al cabo, eran los sardos los que corrían con su manutención: el comandante de Niza, Rodolfo de Maistre, informaría entre abril y mayo de los gastos que habían supuesto para las arcas del Estado los pagos realizados a estos soldados: “*Stato delle Somme pagate ai soldati Spagnoli dal 14 marzo a tutto il 30 aprile 1838: 801 giornate totale di 325, 6 lire.*” El mismo de Maistre informaba de haber pagado a Gervasio Berni, soldado español, 27,5 liras a su salida de Niza, además de otras 10 a dos españoles que pasaron por la ciudad en dirección a Turín. Finalmente, de Maistre decía haber usado 500 liras enviadas por Solaro y puestas a su libre disposición para pagar a diversos hoteles de la ciudad por la estancia de un número indeterminado de españoles.³⁷

A falta de dinero o armas que mandar —o del deseo de hacerlo en las nuevas circunstancias, especialmente a la vista de la actitud de las otras potencias absolutistas—, los sardos se contentaban con dar las mayores facilidades a todo aquel carlista que deseara volver a España para unirse a la facción. Los mismos carlistas se aprovechaban de ello, como Armengol, que una vez más volvería a solicitar el favor de Solaro para que expidiese pasaportes a sus afines:

³⁵ AHN, Estado, 5730, expediente 25, despacho de 30 de marzo de 1838.

³⁶ AHN, Estado, 8347, despacho nº 72 de 5 de abril de 1838.

³⁷ ASTO, *Polizia miscellanea* 1, despacho de 30 de abril de 1838. El 17 de mayo, el mismo de Maistre informaría que había recibido una “casi-orden” de Francia para que internase a los 26 individuos españoles que todavía estaban en la ciudad.

Tengo tres amigos dominicos en Génova venidos de Roma: el uno Profesor llamado por la autoridad competente á resumir el desempeño de su cátedra en la Universidad de Cervera en Cataluña; el otro prior del Convento de Puigcerdá nombrado Vocal de la Junta Corregimental del mismo partido de Puigcerdá, y el otro un súbdito suyo.³⁸

No sabemos cuál fue la respuesta de Solaro, pero viendo lo que los sardos harían por los soldados del *Lancero*, seguramente no encontró Armengol ningún problema para que se atendiese su reclamación.

Efectivamente, todo ya estaba dispuesto a principios de mayo para que los soldados que se habían fugado en 1835 intentasen por fin su retorno a España. Para ello, los sardos les habían ayudado en todo lo posible, asegurando su trayecto desde el sur de Italia, donde habían estado esperando a que se hubiese organizado toda la operación, especialmente concentrados en Nápoles y Civitavecchia, de cuyos gobiernos habían obtenido también manutención y ayudas de todo tipo, y pasaportes visados, ya fuese napolitanos, toscanos, modenesees o sardos, con los que dirigirse y recalar definitivamente en los alrededores de Niza, so capa de estar trabajando en los caminos de la zona. Faltaba solo que diesen ellos mismos el último paso, pues el Gobierno sardo no podía o quería comprometerse más. Tampoco era necesario: todo estaba listo gracias a Carlo Alberto para que sucediese lo que, inevitablemente, iba a suceder. El movimiento principal no se produciría hasta otoño, pero hubo un primer intento en mayo. El cónsul español informaría el día 5 de que seis de los carlistas que se encontraban en los alrededores de la ciudad se habían fugado y habían tratado de cruzar la frontera francesa, donde se les había detenido y se pretendía devolverlos a Niza, a lo que de Maistre se negó.³⁹

En Viena, las negociaciones para el envío de dinero a los carlistas seguían su propio ritmo. A finales de abril, Sambuy relataba que Metternich había empezado a trabajar con gran entusiasmo para lograr recaudar los fondos suficientes. Decía que confiaban en obtener al menos un millón de florines de Austria y que tratarían de convencer a Prusia de aumentar su aportación. El optimismo de Sambuy, que decía estar convencido de que se obtendrían al menos ocho o nueve millones para don Carlos, no debe ocultarnos que, ante la falta de compromiso de las potencias absolutistas, se empezó a tentar a otros estados aliados, lo que muestra una vez más el alcance de la red europea de la contrarrevolución. Se solicitaron aportaciones a Holanda, a Nápoles, a Módena y al duque de Nassau. Unos días más tarde, Sambuy confirmaba que los

³⁸ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 16 de abril de 1838.

³⁹ AHN, Estado, 8347, despacho nº 73 de 5 de mayo de 1838.

austríacos pensaban aportar dos millones seiscientos diez mil francos —un millón de florines—, y que la responsabilidad de hacérselos llegar a don Carlos sería del reino de Cerdeña.⁴⁰

Los carlistas se impacientaban por la parsimonia de las negociaciones, y a principios de mayo hacían llegar desde el cuartel general que la falta de fondos les estaba causando enormes dificultades para mantener la lucha. Quejas prematuras, pues pocos días más tarde las potencias iniciaban el envío del dinero recaudado, que se elevaba a 7 millones de francos, y se confiaba en obtener algunos fondos extra en futuras negociaciones:

L'Autriche a donné 2 millions 600 mille francs, la Russie en a mis autant á disposition du Pr. De Metternich á Amsterdam. Ces fonds vont être tirés á Bordeaux sur cette première place. La Prusse a déjà envoyé son million directement de Berlin. Ces trois sommes et la nôtre font déjà 7 millions. On compte encore sur au moins un million du Roi de Hollande, et peut-être davantage, sur autant du Roi de Naples et sur 300 m. du Duc de Modène. D'après tout cela le Pr. De Metternich se permet de se flatter, m'a-t-il dit, que le Roi voudrait bien encore compléter la somme qu'il avait indiquée d'abord. Le C. de l'Alcudia espère qu'il obtiendra davantage de l'Empereur de Russie et du Roi de Prusse à Toeplitz, où il se rendra exprès.⁴¹

Los sardos estaban aportando cantidades importantes, al menos en relación a otras potencias de mucha mayor envergadura y poder económico, como el mismo Sambuy le recordaba dos días más tarde al embajador ruso, asegurándole que Carlo Alberto estaba dispuesto incluso a aportar otro millón de francos si era necesario. La cifra de siete millones de francos, por importante que fuese, no llegaba a los 12 que el zar Nicolás había calculado se debían hacer llegar al carlismo, y ahora las potencias absolutistas se dedicaban simultáneamente a señalarse las unas a las otras como faltas de generosidad —como hizo el ruso al recordarle a Sambuy que el zar había calculado que la aportación sarda habría sido superior—, y a tratar de recaudar el dinero que consideraban hacía falta hacer llegar todavía al carlismo. Cuando el embajador prusiano le expresó la misma opinión de que esperaba una mayor cantidad del Reino de Cerdeña, Sambuy se mostró totalmente asombrado de que creyesen que el Reino de Cerdeña se hubiese comprometido a tal cosa, que jamás habían mencionado, y mucho menos antes de conocer las cantidades que los otros iban a dar.

Metternich, por su parte, le pedía a Sambuy que le remitiese un despacho enviado por Solaro el 3 de abril, cuyo contenido no se cita, pero que Sambuy y Metternich creían sería de gran ayuda para superar los escrúpulos de la regencia austríaca a destinar nuevos fondos al carlismo:

⁴⁰ ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pp. 429-430.

⁴¹ *Ibidem*, pp. 431-432.

En effet, j'ai lieu de croire qu'elle [el despacho] a puissamment contribué á ébranler l'opposition de mesquine économie qu'on lui faisait et je sais que c'est en comparant la lésinerie dont on ne voulait pas se départir dans une occasion aussi importante et aussi décisive avec ce que faisaient d'autres Puissances et surtout le Roi, N. A. M., qu'il a enfin obtenu qu'on donnât ici un million de florins.⁴²

Los sardos, una vez más, eran el principal aliado del carlismo. Eran ellos quienes mayor presión ejercían sobre las potencias absolutistas para que aportasen cuanto más dinero mejor, algo que el mismo Sambuy transmitía a Solaro:

Ainsi Sa Majesté peut bien se flatter d'apporter un double secours á D. Carlos : celui des fonds qu'Elle lui fournit et celui de ses sollicitations á cette Cour, qui ont le plus contribué á lui faire prendre une part convenable aux efforts communs de tous les Etats qui doivent s'intéresser á sa juste cause, d'un si grand intérêt de fait et de principe.

Sobre las posibilidades de recaudar fondos adicionales de las otras potencias, Sambuy se mostraba bastante pesimista. Decía que el rey de Prusia, quien había obtenido el millón que había enviado de su propio bolsillo, había recibido información del barón de Vaerst⁴³ —que deseaba ser nombrado comisario en España por el Gobierno prusiano—, según la cual el secretario de Hacienda de don Carlos era un malversador, y que hacía falta colocar a alguien de confianza en la corte del pretendiente. El rey de Prusia había decidido, en lugar de eso, paralizar cualquier nuevo envío de fondos.⁴⁴

Decía Sambuy que Alcudia sí confiaba en obtener más fondos de los prusianos, y también los cuatrocientos mil francos que faltaban para que la aportación rusa llegase a los tres millones, para lo que confiaba en chantajear a Nicolás recordándole que Rusia sólo había aportado fondos una vez anteriormente —después de la expedición de 1837, como hemos visto—, mientras que según los cálculos de Alcudia la aportación total de Austria había sido de más de diez millones de francos.

Y sobre el resto de estados de los que todavía se esperaban fondos, escribía Sambuy:

C'est un million qu'on espère du Roi de Hollande,⁴⁵ sans trop oser y compter ; [...] je ne sache pas trop s'il faut fonder grand espoir sur la générosité du Roi de

⁴² *Ibidem*, pág. 433.

⁴³ Friedrich Christian Eugen von Vaerst, por aquél entonces redactor de la gaceta de Breslau y que en enero de 1838 había realizado una visita al cuartel general carlista (LICHNOWSKY, *Recuerdos de la Guerra Carlista*, pág. 178). Su paso por España le había valido para publicar un libro, *Die Pyrenäen*, Breslau, Grass, Barth und Comp., 1847.

⁴⁴ ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pp. 434-435.

⁴⁵ En este mismo despacho, Sambuy informaba de la negativa que el rey holandés había dirigido a Metternich sobre su propuesta de un préstamo holandés para don Carlos, y de la que no contamos con mayores detalles. A finales de junio, Sambuy informaría que el pretendiente había iniciado negociaciones

Naples en cette occasion. Mais il faut y ajouter le Duc de Nassau, qui donnera aussi, s'il faut en croire ce qu'a écrit le Bar. De los Vallos de la conférence qu'il a eue avec ce Prince.

El 5 de junio, Sambuy confirmaba que se encontraban en Viena cinco millones doscientos mil francos, obtenidos en parte por los austríacos del patrimonio particular del emperador, y en parte por envíos recibidos desde San Petersburgo, de los cuales se habría enviado ya un millón a través del duque de Blacas, y se esperaba enviar el resto en pequeñas cantidades para mantener el secreto. Alcudia, por su parte, corrió a recordarle a los sardos que Carlo Alberto había prometido dar un millón de francos más si se lograba recaudar nuevos fondos.⁴⁶ El 12 de junio se enviaría un nuevo millón, y Alcudia volvería a insistir a los sardos sobre el supuesto millón que debían aportar, al igual que pedía noticias sobre la recepción del dinero en el cuartel general carlista.⁴⁷ El 25 de junio los sardos confirmarían la llegada de los dos primeros millones para el carlismo, y el próximo envío de un tercero, que se realizaría a través de letras de cambio en Marsella, Tolosa y Burdeos, para tratar de no atraer la atención y porque, como bien sabemos, los sardos tenían buenos contactos con los banqueros del sur de Francia.⁴⁸

El dinero fue llegando a don Carlos bajo el más estricto secreto, para gran satisfacción de Alcudia, que ponía como ejemplo de tal secreto el hecho de que los espías que el pretendiente tenía en la administración francesa no llegasen a enterarse de que se habían producido.⁴⁹

con una compañía holandesa para obtener un préstamo, cuya garantía debían ser las minas de plomo vizcaínas que controlaba el ejército carlista en aquél momento, y que había obtenido de dicha compañía un avance de 15 millones de reales (*Ibidem*, pág. 462).

⁴⁶ *Ibidem*, pág. 452.

⁴⁷ *Ibidem*, pág. 454.

⁴⁸ *Ibidem*, pág. 457.

⁴⁹ *Ibidem*, pág. 461.

5.2. Los sardos a la espera del último esfuerzo carlista (junio-diciembre 1838)

Poco importa si los gobiernos español y británico realmente no sospechaban nada de lo que se estaba produciendo o si se olían que algo se estaba tramando, pues los mismos sardos se encargaron de confirmárselo a unos diplomáticos españoles e ingleses que ya debían conocer a fondo el *modus operandi* del Gobierno de Cerdeña: en cuanto este tenía motivos para pensar que el carlismo iba a dar un nuevo golpe —como por ejemplo, tras haber recibido varios millones en ayudas destinados, teóricamente, a realizar nuevas expediciones—, se retiraban inmediatamente de cualquier negociación con España, por considerar superfluo negociar con unas autoridades que tenían los días contados.

El 6 de junio, Letamendi escribía a Madrid denunciando que la cuestión de los cónsules españoles en el Reino de Cerdeña estaba totalmente abandonada por el Gobierno turinés, y que Solaro le había asegurado no querer encargarse más de los asuntos españoles “porque le causan tedio y le frustran sus esperanzas”.¹ Ante dichas palabras, Letamendi expresaba su juicio profundamente negativo de la personalidad de Solaro, pero no le debía pasar por alto que el cambio de actitud en el ministro sardo —que un mes antes enviaba propuestas a Madrid para tratar de recomponer las relaciones con España— seguramente se debía a algo más que a su inconsistencia personal. La respuesta —fruto seguramente de una feliz casualidad, no reaccionaban los gobiernos con tal celeridad, pero aun así es casi seguro que Carlo Alberto no pudo evitar ver un mensaje en ello—, no se hizo esperar. A principios de mes llegaba a Génova el buque inglés *Pembroke*, cuya misión —su capitán se aseguró de hacerla bien pública— era vigilar las costas occidentales italianas para evitar expediciones en ayuda de los carlistas.²

El marino inglés le pidió a Letamendi información sobre el apoyo que el pretendiente pudiese recibir desde Italia. Letamendi le respondió que, en lo concerniente a Cerdeña:

*My constant observation never was able to detect any thing to justify the suspicion of this government sending publically men or munition of war to Don Carlos or his partisans, except the fact of allowing vessels, either Sardinian or foreign, to take artillery, munitions of war and muskets under pretence of self defence. This condescension has been even of late carried on with some degree of mystery and yet without precaution, so as to render it the subject of public report within and without the kingdom; more perhaps to keep up the spirits and the hope of the Spanish pretender's friends than to afford any substantial or real assistance to the pretender himself.*³

¹ AHN, Estado, 5730, Expediente 26, despacho de 6 de junio de 1838.

² AHN, Estado, 8347, despacho nº 75 de 11 de junio de 1838, ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 712.

³ AHN, Estado, 8290, despacho nº 162 de 7 de junio de 1838.

Muy distinta opinión tenía Letamendi de las ayudas económicas que Carlo Alberto pudiese haber hecho llegar al pretendiente, y como bien sabemos, no se equivocaba demasiado en este punto, e incluso se quedaba corto en su apreciación del papel que el Gobierno sardo había representado en todo el asunto: *“I really believe that considerable sums were forwarded to Don Carlos about a year ago but I am unable to say how far the Sardinian government were concerned in this sort of remittances.”*

Aprovechando la presencia del capitán inglés, Letamendi trató de atraerlo a su causa, para que intercediese en favor de Carlo Alberto en las negociaciones con España:

The simple measure of this government granting the exequatur to the appointed consular agents of Her Catholic Majesty in this country would relieve the court of Turin of the great and serious responsibility it assumes by granting improper armaments to vessels which (sic) nationality is sometimes doubtful.

El mismo embajador británico había sufrido un desagradable incidente al encontrarse en la antesala de Solaro a Flórez y el conde de Orgaz, lo que le llevó a protestar porque el Gobierno sardo se mantuviese en estrecho contacto con los agentes carlistas presentes en Turín. Sambuy —el mismo que participaba desde enero en las negociaciones de las millonarias ayudas al carlismo en Viena— aprovechaba su respuesta a la notificación de dicho suceso para lanzar un dardo a Gran Bretaña: *“il est assez singulier de voir un Ministre d’Angleterre étonné que vous recevez les Agents de D. Carlos, tandis que son Gouvernement prétend que le nôtre fournit continuellement á ce Prince toute espèce de secours”*.⁴

A los diplomáticos españoles les traía de cabeza la colaboración de los sardos con los carlistas. Por si el visado casi automático de cualquier pasaporte que presentasen para tratar de cruzar la frontera hacia Francia y España fuera poco,⁵ se le añadía la preocupación por los contrabandistas catalanes que operaban cerca de Niza, y que cargaban grano, seguramente para los carlistas, sin que la sanidad sarda hiciese nada ni les obligase a esperar a que el cónsul pudiese inspeccionar su cargamento, pues igual que cargaban grano, decía el cónsul, podían cargar cualquier otra cosa.⁶

⁴ ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pág. 453.

⁵ Estarico, lo intentaba una vez más en junio, y de nuevo era rechazado en la frontera francesa, pues los cónsules españoles le tenían bien controlado (AHN, Estado, 8347, nº 74 despacho de 7 de junio de 1838). Aún volvería a probar suerte en septiembre, con idéntico resultado (*Ibidem*, despacho nº 82 de 3 de septiembre de 1838).

⁶ *Ibidem*, despacho nº 76 de 22 de junio de 1838; despacho nº 77 de 28 de junio de 1838. En octubre de 1837 el mismo cónsul había alertado de esta circunstancia, aunque por entonces decía que los contrabandistas actuaban principalmente desde la Toscana (*Ibidem*, nº 53 despacho de 8 de octubre de 1837).

No olvidemos a los soldados del *Lancero*, que se encontraban concentrados en el condado de Niza. En julio, Solaro enviaba a de Maistre un despacho confidencial donde le pedía información sobre los españoles que residían en los alrededores de la ciudad y sobre sus intenciones de retornar a España. El gobernador le respondía que, efectivamente, hacía dos meses se había producido un intento por parte de un contrabandista catalán —podemos comprobar que, como sospechaba el cónsul de Niza, no se limitaban a cargar grano—, pero que todo había acabado en un sonado fracaso y los fugados, en manos de los gendarmes, y que de allí las órdenes que se habían recibido de que se internase a los carlistas restantes. También le decía de Maistre a Solaro que había dejado ya claro a los carlistas de Niza que no podían esperar del Gobierno sardo ni dinero ni pasaportes para pasar la frontera francesa, pues aquel ya no podía hacer mayores esfuerzos para ellos.⁷ Los sardos habían facilitado en todo lo posible la llegada de los carlistas a la frontera, pero una vez allí, con el Reino de Cerdeña bajo estrecha vigilancia de españoles y británicos, eran estos quienes debían arreglárselas como buenamente pudieran para pasar a Francia y llegar a España. El cónsul francés en Niza, en respuesta a la solicitud del embajador francés —quien a su vez había recibido la petición de Letamendi— sobre si Cerdeña pensaba acceder a las reclamaciones de París, escribía que “Ninguna disposición indica aun que se piense en hacer internar los españoles aglomerados aquí.”⁸ El mensaje fue recibido por los soldados carlistas, y ante la displicencia sarda se verificaría a principios de octubre lo ya esperado: quince de los antiguos prisioneros del *Lancero* se fugaban y lograban, esta vez sí, penetrar en Francia. El cónsul avisaba de que los que estaban todavía en Niza seguramente seguirían el camino de sus colegas, “a pesar de que nada les falta, pues las autoridades sardas continúan dándoles auxilios para subsistir y les manifiestan la misma deferencia que tienen a todos los *refugiados* carlistas”, como comprobaba el mismo cónsul al conocer que el Gobierno de Carlo Alberto había concedido sendas pensiones a Cruz Mayor y a Estarico.⁹

La realidad —y quizá la explicación de por qué Carlo Alberto optó por un papel más pasivo que activo en esta cuestión— era, sin embargo, que los meses seguían pasando desde que se había hecho llegar al pretendiente las ayudas económicas que debían colaborar milagrosamente a finalizar la guerra con una victoria carlista, y no parecía que se estuviesen dando grandes pasos hacia el triunfo.¹⁰ A finales de septiembre, Letamendi tenía que desmentir una noticia aparecida

⁷ ASTO, *Polizia miscellanea* 1, despacho confidencial de 23 de julio de 1838.

⁸ AHN, Estado, 8290, despacho nº 169 de 10 de julio de 1838.

⁹ AHN, Estado, 8347, despacho nº 84 de 5 de octubre de 1838.

¹⁰ Los únicos cambios en el carlismo se habían producido en el liderazgo militar, y no parecía que hubiesen surtido un gran efecto: en verano de 1838, se había nombrado como comandante del ejército carlista en el Norte a Rafael Maroto (PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. IV, pág. 555 y ss.), mientras en la que debería haber sido la joya de la corona del carlismo, Cataluña, el comandante Urbiztondo había acabado

en los diarios franceses según la cual se estaría preparando una expedición carlista desde el golfo de la Spezia, y añadía que “en todos los estados del rey de Cerdeña se observa hace ya cerca de un año la más estricta neutralidad”.¹¹ Lo negaría igualmente el cónsul español en Livorno el 11 de octubre, desmintiendo que un buque sardo, el *San Gaetano*, hubiese partido del golfo con 100 o 150 toneladas de suministros militares, y con 30 italianos y españoles que pretendían servir a don Carlos.¹²

Por supuesto, tampoco el Gobierno español estaba logrando acabar la guerra, y la falta de éxitos se había llevado por delante al gobierno Oñalía, que había sido sustituido a principios de septiembre por el del duque de Frías.¹³ Una de las primeras medidas fue la de tratar de intensificar la internacionalización de la guerra en España, enviando a los embajadores españoles una circular para que reprochasen a las potencias absolutistas su actitud, y tratando así que la guerra fuese

haciéndose europea; que suscite contestaciones negativas, repulsas; en una palabra, que embarace a todos los Gabinetes, y que, por decirlo así, dándole vida diplomática, se conozca que no tememos a nuestros enemigos, y que comprometemos a nuestros amigos, sobre todo a Francia.¹⁴

Tenía Frías buenos motivos para presionar a Francia —donde acababa de nombrar al marqués de Miraflores como embajador—¹⁵. El gobierno Molé seguía tolerando la llegada de suministros al ejército del pretendiente a través de la frontera, y no solamente eso, sino que permitió la llegada al cuartel general carlista de la princesa de Beira, de quien se temía que pudiese traer un mensaje de Metternich para convencer a don Carlos de moderar su postura, lo que según el Gobierno español podría causar la definitiva retirada del apoyo francés, que Miraflores consideraba sería un desastre.¹⁶ De ahí seguramente que Molé le permitiese viajar por Francia sin mayores problemas.

por huir tras una serie de encontronazos con la Junta carlista, y en su lugar había tomado el mando militar de las fuerzas carlistas el conde de España (SANTIRSO, *Revolución liberal i guerra civil*, pág. 321 y ss.), que tampoco supondría una gran diferencia en lo que a conquistas militares se refiere.

¹¹ AHN, Estado, 8290, despacho nº 176 de 29 de setiembre de 1838. Ya hemos visto que Letamendi se refería a envíos directos de suministros, o a permitir el embarque de esos suministros por otros agentes.

¹² AHN, Estado, 8235, despacho nº 125 de 11 de octubre de 1838.

¹³ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. V, pág. 196 y ss.

¹⁴ Citado en BECKER, *Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. I pág. 744.

¹⁵ *Ibidem*, pág. 745.

¹⁶ EDWARD JONES, *British foreign policy*, pág. 193; BECKER, *Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. I pp. 746-747. Robert de Custine, quien había sido enviado como escolta para la princesa, nos relató el viaje en *Les borbons de Goritz et les borbons d'Espagne*, Paris, Ladvocat, 1839. La salida de la princesa de Austria se produjo bajo el mayor de los secretos, como no con la colaboración de los sardos, que le procuraron un pasaporte falso (ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pág. 498). Más avanzado el año, concederían a instancias de la princesa de Beira pasaporte a Turín a un inglés a quien la portuguesa

La falta de cualquier avance carlista en la guerra enfrió notablemente la belicosidad sarda, y Solaro optó por reanudar las negociaciones con España que había abandonado anteriormente. En octubre de 1838 era Letamendi el que se abría a firmar pasaportes siempre que los gobiernos sardo y español llegasen a un acuerdo *por escrito*, mientras Solaro reiteraba que el problema tenía más fácil solución a través de un entendimiento implícito, y que ya se negociarían los detalles más tarde.¹⁷ En noviembre se producía una nueva reunión entre ambos, y en esta ocasión Solaro le reiteró la visión sarda de que aceptar cónsules formalmente sería reconocer el Gobierno de Isabel II, lo que Cerdeña no podía hacer, y que, visto que la guerra iba para largo, lo mejor era regularizar las relaciones comerciales lo antes posible, aunque fuera informalmente.¹⁸ Nada que no hubiese propuesto ya el Gobierno sardo. Atrapados en su negativa a dar un solo paso atrás que pudiese interpretarse como una humillación nacional, a la espera de que don Carlos saliese de su letargo y lograra romper el cerco en el norte de España y con el cada vez mayor descontento de los comerciantes genoveses, que seguían sin obtener ningún avance en su crítica situación, Carlo Alberto y Solaro no veían la manera de salir del embrollo y se limitaban a la testarudez esperando que fuesen los otros quienes cedieran.

A todo ello se le unieron nuevas malas noticias. Por un lado, Sambuy escribía sobre el fracaso de los esfuerzos para aumentar el dinero que se había mandado a don Carlos, por la negativa de unos a dar cualquier suma, y la de otros a aumentar las ya dadas:

Il réussit [Metternich] depuis lors en partie dans ses projets de fournir des secours pécuniaires efficaces au Roi d'Espagne, mais toutes ses démarches et ses sollicitations à cet égard auprès des Rois de Naples et des Pays Bas restèrent toujours infructueuses et n'en obtinrent jamais la plus petite chose.

Le dernier même ne répondit jamais rien à toutes les instances qu'on lui fit pour l'engager à faire en son nom un emprunt en faveur de D. Carlos, de manière que les secours se bornèrent aux 7 millions sur lesquels on comptait d'abord et ne purent point être augmentés, ainsi qu'on l'avait espéré.¹⁹

Como hemos dicho, el resultado final quedó muy lejos de los 12 millones que los agentes carlistas habían esperado obtener sólo del zar, y lejos también de los mismos 12 millones que Nicolás pretendía hacer llegar al carlismo mediante la colaboración de la Internacional Absolutista. Ni la misteriosa propuesta a Holanda había obtenido resultado alguno, ni el rey de Nápoles había aceptado donar nada, ni las otras potencias habían llegado a un acuerdo, que

quería enviar recibir en el cuartel general carlista, bajo el nombre falso de Guillaume Costa, y a un agente francés, esta vez a solicitud de Alcudia (*Ibidem*, pp. 394, 522).

¹⁷ ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 714.

¹⁸ AHN, Estado, 5730, Expediente 27 despacho de 10 de noviembre de 1838.

¹⁹ ALBERTI, *La politica estera del Piemonte*, vol. I, pág. 514.

hemos comprobado tendría que haber sido tripartito, pues ninguna quería donar más que las otras, para aumentar sus fondos donados.

Por el otro, a finales de noviembre se presentaba en las costas de Livorno un vapor de guerra francés. El cónsul español en la ciudad comunicaba que su anunciada misión era la de vigilar las costas italianas, igual que el *Pembroke* inglés. El mismo cónsul advertía a Madrid que se debía estar alerta con los buques provenientes de Nápoles

y particularmente de los que puedan salir del Golfo de la Spezia, que por su inmediación al litoral de Masa-Carrara en el dominio del Duque de Módena, es de donde con mayor motivo se debe recelar que salgan estas Expediciones, como anteriormente han salido con toda clase de socorros para el pretendiente.²⁰

Al duque de Módena, de hecho, era a quien Carlo Alberto escribía el 8 de noviembre, comunicándole las buenas noticias que creía haber recibido de Letamendi:

*Notre commerce est en ce moment fort actif, le Consul d'Espagne a fini, malgré tout ce que le Ministère Christine avait fait et dit contre moi, par signer les papiers de bord des capitaines marchands, pour que leurs bâtiments puissent entrer dans les ports d'Espagne.*²¹

Podemos comprobar la satisfacción que sentía por que fuese el Gobierno español el que, en apariencia, había dado marcha atrás, sin que Carlo Alberto hubiese cedido en nada. Y no solo eso, sino que, según Carlo Alberto

*Toutes les nouvelles que nous recevons d'Espagne sont extrêmement favorables à la cause du Roi, et font espérer que sous peu de nouveaux succès viendront couronner ses armes et le dévouement héroïque de ses fidèles sujets ; un agent que nous avons à Madrid nous écrit des détails qui font compassion et horreur en même temps ; on y craint maintenant les excès que l'on vit jadis dans la révolution Française. Plusieurs grands Seigneurs du parti de la Reine qui ont des fiefs en Sardaigne viennent d'envoyer un agent à Turin pour me prier de les leur acheter, et surtout de leur donner en échange des terres pour avoir un lieu sûr où pouvoir se retirer.*²²

²⁰ AHN, Estado, 8325, despacho nº 128 de 30 de noviembre de 1838.

²¹ LEMMI, *Carlo Alberto e Francesco IV*, pág. 355. En la misma carta le hablaba de la salida de la fragata *Reina*, capitaneada por el príncipe de Carignano, para dar una vuelta al mundo. Rápidamente se disiparon las ilusiones que Carlo Alberto podía haberse hecho sobre el conflicto con España cuando a la llegada de la *Reina* a Santa Cruz de Tenerife se denegó el permiso para que nadie pudiese desembarcar. Tal fue su enfado al conocer los hechos que Carlo Alberto estuvo a punto de hacer llegar a Letamendi una carta amenazando con expulsarlo a él y al cónsul de Niza, que solo la intervención del embajador británico evitó (ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 714).

²² LEMMI, *Carlo Alberto e Francesco IV*, pág. 356.

A juzgar por lo que Carlo Alberto le transmitía a Francisco de Módena, el carlismo estaba a punto de propinar un golpe terrible al Gobierno español, y este, prácticamente en las últimas, no tardaría en derrumbarse.

El 28 de diciembre, el tono de Carlo Alberto cambiaba notablemente, y ya no nos encontramos con la confianza de quien sabe al carlismo pronto a la victoria, sino con la exasperación de quien, habiendo sido uno de sus principales patrocinadores, ve a don Carlos completamente paralizado y no le queda otro remedio que encomendarse a la gracia divina:

J'attends avec la plus grande impatience les nouvelles d'Espagne. Je ne puis m'expliquer comment il se fait que l'armée du Roi ne fasse pas en ce moment quelque mouvement décisif. J'espère pourtant beaucoup, ayant la conviction que Dieu protège visiblement cette cause et qu'il dirige á ses fins, quoique d'une manière invisible, chacun des hommes dont il fait les instruments de ses vues.²³

Incluso al monarca sardo se le agotaba la paciencia, pues hacía ya casi medio año que los carlistas habían recibido la última y cuantiosa aportación de las potencias absolutistas, y los resultados habían sido totalmente nulos. Y lo peor es que a partir de diciembre de 1838 los acontecimientos se iban a precipitar, siempre fuera del control tanto del pretendiente como del Gobierno sardo, lo que dejará a estos últimos fuera de juego y sin capacidad de reacción.

²³ *Ibidem.*

5.3. El final de las ayudas, el final de la guerra (diciembre 1838-septiembre 1839)

En España, el Gobierno Frías era sustituido a principios de diciembre por uno encabezado por Evaristo Pérez de Castro.¹ Heredó este, de hecho, los esfuerzos de su predecesor para internacionalizar la guerra, que se unieron al nuevo impulso que se dio a la negociación del tan traído y llevado tratado comercial con Gran Bretaña, especialmente cuando la oposición francesa a dicho acuerdo ya no era tenida en cuenta por el Gobierno español.² El tratado comercial acabó fracasando por la oposición de la burguesía catalana,³ pero no antes de que al embajador inglés se le ocurriese tratar de darle un último empujón insinuando que Gran Bretaña vería con buenos ojos el matrimonio de la reina con un miembro de la casa imperial austríaca — desactivando así de paso cualquier tentación transaccionista de casarla con el heredero carlista—, lo que llevó a Frías a comisionar a Cea Bermúdez y Manuel Marliani para lograr tal objetivo y de paso el reconocimiento de Isabel II como monarca de España.⁴

A finales de 1838 Palmerston, ante la evidencia de las atrocidades que estaban cometiendo los carlistas de Cabrera en los últimos meses, envió despachos a todas las potencias absolutistas, como principales apoyos del carlismo que eran, para tratar de atajar una vez más las ejecuciones indiscriminadas. Austria interpretó tal movimiento como un reconocimiento tácito del gobierno carlista como contendiente legítimo en la guerra civil, pues decían que difícilmente habría Gran Bretaña acudido a la mediación de otra potencia por un mero “aventurero”. Pero la interpretación más que imaginativa de los mensajes de Palmerston por parte de Austria se quedó corta al compararla con la del Gobierno ruso. Nada más recibir del embajador británico en San Petersburgo el correo de Palmerston, al ministro de Exteriores del zar le faltó tiempo

¹ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. V, pp. 218-220. Tras la actuación de Francia en los últimos tiempos, como en el *affaire* de la princesa de Beira, María Cristina se había apoyado cada vez más en el embajador británico en Madrid, que es quien le habría recomendado el cambio de gobierno (EDWARD JONES, *British foreign policy*, pág. 194).

² Por si fuera poco, se procedió a licenciar a la Legión Auxiliar Francesa de malas maneras (BECKER, *Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. I pág. 756). Sobre la Legión, ver BERNELLE, COLLEVILLE, *Histoire de l'ancienne Légion étrangère*.

³ Ya en agosto de 1837 el ayuntamiento de Barcelona había enviado un *memorándum* que advertía que la firma de “un tratado tan ominoso con la Inglaterra como el que se supone de comercio para la introducción de manufacturas” era una cuestión “de vida o muerte” (citado en RODRÍGUEZ ALONSO, *Gran Bretaña y España*, pág. 230). Ver también, del mismo autor, “Espartero y las relaciones comerciales hispano-británicas, 1840-1843”, *Hispania*, vol. 45, nº 160 (1985), 323-362.

⁴ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. V, pp. 221-223, BECKER, *Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. I pág. 757 y ss., NIETO SÁNCHEZ, Carlos, “La misión de Cea Bermúdez en Berlín y Viena. Hacia el reconocimiento de Isabel II”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 209 – 3 (2012), 415-438; del mismo autor, “Hacia una biografía política. Manuel Marliani, un luchador por la libertad”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 46 – 1 (2016), 197-217). La misión fue especialmente mal recibida en Viena, de donde Metternich pidió a Cea que saliese lo más pronto posible, pues decía el austríaco que los príncipes de la casa de Habsburgo no eran dados a lanzarse a este tipo de aventuras, mucho menos una tan contraria a sus principios (*Mémoires documents et écrits divers*, vol. VI, pp. 351-352).

para empezar a organizar una *conferencia internacional* en la que debían participar, además, Austria Prusia y Francia. La propuesta rusa era la división de España en dos mitades: la del norte bajo la regencia del pretendiente, que debería ceder sus presuntos derechos a su primogénito, y la del sur bajo la de María Cristina. Posteriormente, ambos hijos deberían contraer matrimonio y don Carlos y María Cristina abandonarían España. Las potencias absolutistas no se comprometían en dicho acuerdo a reconocer a Isabel II, obviamente, mientras que Gran Bretaña y Francia sí que lo hacían a retirar su apoyo de “cualquiera de los dos bandos” que se negase a aceptarlo.⁵

Es difícil interpretar las verdaderas intenciones de Palmerston al dar dicho paso, justamente cuando las negociaciones del tratado comercial con España se encontraban de nuevo en un punto muerto y a los británicos se les empezaba a acabar la paciencia. Es inevitable establecer paralelos con la misión que Wellington había encomendado a Elliot en verano de 1835, que también había dado a los carlistas, deliberadamente o no, un relieve internacional y una legitimidad moral de la que carecían anteriormente. Pero tampoco puede pasarse por alto las notables diferencias entre las reacciones de uno y otro ante la evidencia de la interpretación que se daba a sus acciones por parte de los absolutistas. Si Wellington había ignorado a su embajador en Madrid cuando este le había advertido de que la misión de 1835 sería vista por los carlistas como un reconocimiento extraoficial, Palmerston puso freno de inmediato a las ocurrencias rusas dejando claro que no habría conferencia internacional de ningún tipo para la cuestión española mientras las tres potencias absolutistas no reconociesen a Isabel II, lo que equivalía a decir que no habría conferencia alguna, pues ni Austria ni Prusia ni Rusia reconocerían a Isabel II mientras el carlismo siguiese vivo.⁶

En el seno del carlismo se hacía cada vez más evidente que algo no andaba bien: la impaciencia de Carlo Alberto, que era al fin y al cabo el más firme defensor de la causa, fue seguramente percibida por Alcudia, que se apresuró a tomar medidas con las que tratar de calmar al monarca sardo. A finales de diciembre, le hizo llegar a través de Sambuy un extensísimo despacho de José

⁵ BECKER, *Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. I pp. 753-754, MOSELY, *Intervention and Nonintervention in Spain*, pp. 214-215.

⁶ *Ibidem*, pág. 216.

Arias Teijeiro⁷ que este había escrito desde Azcoitia el 3 del mismo mes.⁸ Laboriosamente cifrado por Sambuy, lo que le llevó a tener que dividir el despacho y mandarlo en tres días sucesivos, era de un lenguaje tan alambicado y lisonjeador —hacia Alcudia y Carlo Alberto— que solo podía ser usado para justificar la falta de avances del carlismo, incluso tras haber recibido cantidades ingentes de dinero, y para pedir nuevas ayudas. Ese era justamente su objeto.

Le decía Teijeiro a Alcudia que *“vous avez parfaitement compris notre position et les circonstances dans lesquelles nous nous trouvons”*⁹, lo cual era cierto: una situación de extrema debilidad y con decrecientes apoyos internacionales, que obligaban a la diplomacia carlista a adoptar medidas decisivas o el derrumbe definitivo estaba al caer.

Se lamentaba el ministro de que las ayudas que habían esperado *“se sont réduits á la moitié ou peu”*, como hemos visto, pues algunas de las sumas que se esperaban de Nápoles, Holanda, Prusia, Austria y Cerdeña no se habían materializado, o habían sido menores de lo prometido. Y por si el velado reproche a las cortes absolutistas por su falta de generosidad no fuera bastante, además habían tardado demasiado en enviar el dinero, lo que según Teijeiro había causado que el dinero, en lugar de invertirse en nuevas expediciones, se hubiese utilizado para gastos que se habían vuelto urgentes:

*Les besoins s'étaient multipliés hors de mesure, l'armée et les employés étaient depuis 9 mois, et quelques uns depuis un an, sans paie ; les volontaires étaient en grande partie sans effets d'habillement, l'armement manquait, les munitions étaient très rares, la cavalerie était réduite á fort peu de chose, il fallait donner des secours aux Juntas provinciales, qui ne pouvaient même pas fournir les rations ordinaires pendant les mois de mai, de juin et de juillet, enfin des nécessités indispensables qu'il aurait été facile de prévenir quatre mois auparavant, se présentaient de tous côtés.*¹⁰

Decía que, aun con estos obstáculos, el ejército podría haber avanzado, porque el Gobierno español se encontraba en una posición desesperada, y aprovechando para lanzar un dardo contra Maroto y su facción, responsabilizaba a los “jefes militares” de la inactividad del ejército.

⁷ Arias Teijeiro era miembro de una familia notoriamente absolutista, y había participado ya durante el Trienio en la oposición realista, para unirse después de la vuelta del absolutismo a los Voluntarios Realistas. Participó en la Junta Carlista de Galicia (SANTIRSO, “Gerifaltes de Antaño. Los señores catalanes en el primer carlismo”, *Millars. Espai i Història*, nº 23 (2000), 137-157, pág. 138), y se unió en 1836 a la corte del pretendiente, donde acabaría por acaparar, aprovechándose de las tensiones que causó en el seno del carlismo el fracaso de la expedición de don Carlos, las secretarías de Gracia y Justicia, Estado y Hacienda (PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. IV, pág. 137). A fines de 1838, el estancamiento carlista era un motivo del desprestigio de su ministro, lo que explica la necesidad de enviar despachos como el que nos ocupa.

⁸ ALBERTI, *La política estera del Piemonte*, vol. I, pp. 527-531.

⁹ *Ibidem*, pág. 528.

¹⁰ *Ibidem*, pp. 528-529.

El dinero que se había recibido había servido, sin embargo, para que el gobierno carlista hubiese llevado a cabo un milagro con los pocos fondos con los que contaba:

L'armée sera complètement équipée sous peu de jours et son enthousiasme ne pourrait être plus grand ; il y a de l'armement de réserve ; nous n'avons jamais eu autant de munitions ; la cavalerie déjà augmentée, parviendra à avoir mille chevaux de plus, si on peut vaincre, ainsi qu'on l'espère, les difficultés opposées par les Français l'été dernier et contre les éventualités desquelles il n'était pas facile de lutter sans argent effectif. On a donné au C. de Morella [Cabrera] 30 mille piastres fortes qui lui étaient nécessaires pour un achat de fusils.¹¹

Un panorama, en definitiva, completamente opuesto al que le había presentado a Alcadia antes de que Teijeiro pusiese sus manos sobre los fondos enviados por la Internacional. En realidad, era a Cabrera a quien Teijeiro responsabilizaba de “abrir las puertas de Madrid” al unirse a los carlistas de Valencia, Murcia y Bajo Aragón, y acabar con la guerra civil.

El dinero recibido hasta ahora había servido, de creer a Teijeiro, no para que el ejército emprendiese nuevas operaciones ofensivas, sino meramente para lograr ponerlo en situación de realizarlas. Se requerían ahora *nuevos* fondos, con los que iniciar de una vez por todas la ofensiva final —en contra de la opinión de los sardos, a quienes hemos visto defender una y otra vez que eran las ofensivas del ejército carlista las que debían proveer de fondos al mismo—. Teijeiro conminaba a Alcadia a seguir trabajando en la negociación de nuevas ayudas económicas al carlismo y nos revela la cifra que aquel había propuesto: si a finales de 1837 hemos visto al barón de los Valles reclamar 12 millones de francos para, según él, acabar con la guerra en España, ahora era Alcadia el que esperaba obtener la fabulosa cifra de 20 millones de francos. Si los 12 anteriores habían acabado siendo, y no sin cierta fortuna, 7, puede entenderse que recibir 20 millones quedaba fuera de toda cuestión. Desde luego, lo sabía Teijeiro perfectamente, así que trató de realizar una propuesta más razonable para las potencias absolutistas:

Toutefois la proposition de V. E. présentera moins de difficultés si, au lieu de réunir d'abord pour S. M. les 20 millions de francs, on bornait pour le moment l'envoi à 1 seul million, au commencement de chaque mois à partir de janvier prochain, pour faire face aux dépenses indispensables avec l'économie à laquelle nous sommes habitués. On contracterait ainsi de bien moindres obligations.¹²

Efectivamente un millón al mes era más fácil de vender a la Internacional que 20 millones, pero aun así era un subsidio que pocas de las potencias, si es que había alguna, podían aceptar, porque ya hemos visto que Cerdeña sospechaba que la guerra en España en realidad no iba a

¹¹ *Ibidem*, pág. 529.

¹² *Ibidem*, pág. 530.

terminar en el futuro más inmediato. La paciencia de todas ellas con el carlismo se estaba agotando con rapidez.

Los sardos no eran ajenos a los planes de Alcudia, y no parece que trataran de apelar a su sentido común. Al contrario, parece incluso que optasen por retomar una vez más las hostilidades contra el Gobierno español, o al menos que se ocupara de ello el conde de Maistre, aunque es difícil aceptar que lo hiciese por su cuenta y riesgo. Primero fue la detención de cuatro marineros españoles en Niza, cuando la policía recibió rumores de la presencia de un revolucionario español y se ordenó la detención de cualquier español que se encontrase en la calle y no fuese conocido por las autoridades de la ciudad.¹³ Incluso se llegó a bloquear el desembarco de los pasajeros españoles de un vapor toscano, hasta que la policía supo que eran familiares del conde de Orgaz, tras lo que por supuesto se permitió su desembarco de manera inmediata.¹⁴

Ya en enero de 1839, de Maistre dio un salto cualitativo en su particular guerra contra España. Escribía el cónsul en Niza:

Cada día [...] llega a mi noticia el nombre de algún español adicto al gobierno de su magestad detenido más allá del Var por los carabineros de este país a pesar de que todos vengan provistos de un pasaporte regular con los correspondientes visos de los cónsules sardos y reúnan las demás circunstancias que previene el reglamento de policía local; y cada día llega a mi conocimiento el nombre de algún carlista español que ha penetrado en el condado de Niza con un pasaporte irregular y sin los requisitos legales para entrar en los estados sardos, siendo además socorridos por las autoridades si son necesitados.¹⁵

El 22 de enero escribía el mismo cónsul que el gobierno nizardo rechazaba la entrada de cualquier español que se presentase en la frontera

sólo porque llevaban pasaporte de las autoridades legítimas de S. M. [...] los carlistas entran y se establecen en este país, cualesquiera que sea el grado de confianza y garantía que inspiren sus personas, y [a] los españoles leales á su Reina [...] se les impide la entrada aunque sólo sea de tránsito.¹⁶

Y de nuevo en febrero, informaba de que

la policía sarda situada en el puente del Var tenía orden de dejar pasar a los eclesiásticos españoles cualesquiera papeles y a los seglares que fuesen partidarios del pretendiente, que a los súbditos leales españoles no se les permite entrar sin recomendación del Arzobispo de Tarragona o cualquiera de

¹³ En una reunión entre Solaro y Letamendi, el ministro sardo le dijo que la detención se había debido en realidad a un rencor personal entre Asensi, el vicecónsul español en Niza, y Estarico, que se había solucionado de manera bastante fácil (AHN, Estado, 5730, Expediente 27 despacho de 10 de noviembre de 1838).

¹⁴ *Ibidem*, despacho de 3 de diciembre de 1838.

¹⁵ *Ibidem*, despacho de 4 de enero de 1839.

¹⁶ AHN, Estado, 8347, despacho nº 92 de 22 de enero de 1839.

los carlistas residentes en Niza. [...] El actual gobernador de Niza es uno de los mayores defensores de don Carlos y aunque no comprometerá a su gobierno favorecerá a los carlistas en cuanto de si dependa. [...] Lo único que tal vez sería conveniente en el estado actual de nuestras relaciones políticas y comerciales con dicho estado sería el que no hubiese agentes consulares de Su Majestad ni en Génova ni en Niza.¹⁷

Sabemos que en esta época don Carlos y Carlo Alberto se mantenían en comunicación a través del conde de Orgaz y de Solaro, aunque desconocemos el contenido de las cartas que se intercambiaron.¹⁸ Sabemos también que los carlistas seguían recibiendo subsidios del Gobierno sardo para tratar de llegar a España, pues el conde de Orgaz escribía a Solaro:

De los doscientos cuarenta francos que V. me entregó he suministrado [...] veinte francos a José Pamies, otros veinte a Rafael Jogo, y doscientos a don Miguel Matamorez Teniente de Artillería, todos españoles.

Espero se recordará V. de recomendar a los tres al Cónsul de Ginebra para que los haga pasar a Lyon y que a los dos primeros les suministre según lo que V. me dijo para poder llegar hasta España.¹⁹

A finales de febrero, volvían a saltar las alarmas: el cónsul en Livorno enviaba despachos a los de Marsella, Gibraltar y Génova, y a los comandantes de los tercios navales de Barcelona, Valencia, Mallorca, Málaga y Cartagena. Existían fundadas sospechas de que una bombardera sarda, llamada *I Due Amici*, recibía el transbordo en alta mar de fusiles, pertrechos militares y víveres para desembarcarlos para los carlistas en Valencia o Cataluña, en una expedición bajo el mando de un contrabandista llamado Bollo.²⁰

La situación había llegado al límite, y ante la evidencia de que el Gobierno sardo no cedía, sino que redoblabla los gestos hostiles hacia España, se ordenó, como se había sugerido ya en febrero, la retirada de los agentes consulares españoles de Cerdeña.²¹

La llegada cada vez más numerosa de carlistas a Cerdeña a partir de febrero, de la que hemos visto una muestra, era fruto de los últimos estertores de la contrarrevolución en el norte de España: en febrero de 1839, las tensiones en el seno del carlismo entre aquellos que buscaban

¹⁷ AHN, Estado, 5730, Expediente 27 despacho de 16 de febrero de 1839. El arzobispo de Tarragona pasaría en abril por Livorno, acompañado de todo un séquito de frailes (AHN, 8325, despacho nº 149 de 24 de abril de 1839). A finales de abril, cinco españoles llegaban a la frontera del Var: dos eclesiásticos carlistas, que entraron en territorio sardo sin problemas, y tres seculares con pasaportes en regla, que fueron rechazados de malas maneras (AHN, Estado, 5730, expediente 27, despacho de 4 de marzo de 1839).

¹⁸ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna 2*, despacho de 31 de enero de 1839.

¹⁹ *Ibidem*, despacho de 3 de febrero de 1839.

²⁰ AHN, Estado, 8325, despachos nº 138 de 27 de febrero de 1839.

²¹ AHN, Estado, 5730, Expediente 27, despacho de 10 de abril de 1839, MARLIANI, *Reseña de las relaciones diplomáticas de España*, pág. 172, URQUIJO, *Los estados italianos*, pp. 994-995. Letamendi retrasaría su salida de Cerdeña hasta junio (AHN, Estado, 5730, Expediente 27 despacho de 8 de junio de 1839).

una salida negociada de la guerra que les garantizase el reconocimiento de sus grados y de su servicio militar —Maroto y su núcleo de seguidores—, y aquellos que se oponían a cualquier transacción —reunidos alrededor de Teijeiro y Abarca, y que contaban con mayor cercanía al pretendiente—, llegaba a su punto álgido. Cansado Maroto de los ataques de sus rivales en el extranjero —hemos visto un ejemplo en el despacho de Teijeiro—, y de que don Carlos les hiciera más caso a ellos que al comandante de su ejército, optó por reaccionar de forma contundente. Temiendo que se lo hiciesen a él si no era Maroto quien golpeaba primero, ordenó la captura y fusilamiento de algunos de sus rivales, entre ellos Guergué. La oposición a Maroto trató de dar un contragolpe de la mano del pretendiente, declarando a Maroto traidor y ordenando su arresto, pero era ya demasiado tarde y el comandante, con el apoyo del ejército, se presentó ante don Carlos y le obligó a decretar el destierro de sus rivales: Abarca, Teijeiro, Serradilla y Labandero padre, entre otros, fueron expulsados de la corte carlista.²²

Empezó entonces la llegada de carlistas que huían del derrumbe en España, sabiendo que, por supuesto serían bien acogidos en los dominios de Carlo Alberto, quien había ya mostrado su generosidad en el pasado. El 5 de marzo, recibía el Gobierno sardo noticia de la llegada a Génova de un obispo auxiliar americano:

Habiendo podido burlar la vigilancia de los cristinos en el presidio de Melilla, adonde era condenado. De dicho fuerte se escapó a Marruecos en donde descubierto que fue se le ofendió públicamente. Se fugó y vestido de turco llegó a Tánger donde halló refugio en el cónsul de su majestad sarda, quien teniéndole oculto le embarcó para Gibraltar y de aquí un generoso genovés, llamado Juan Bautista Nasus o Nasen le ha conducido a este puerto en un estado tan lastimoso y miserable que toda ponderación es poca, basta decir a V. E. que he tenido que buscar camisa, zapatos...²³

Pedía por tanto que se le concediese un subsidio con el que subsistir, pues los carlistas llegaban a Cerdeña básicamente con lo puesto. El ministro ordenó que se le entregasen 300 francos.

El 14 de marzo era Robert Custine, al que vimos acompañando a la princesa de Beira a España, el que llegaba a Livorno, para volver a salir casi inmediatamente en dirección a Lucca. Alertaba el cónsul español que se creía que su objetivo sería introducir en España a don Miguel, que los

²² PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. V, pág. 336 y ss. Ver también MAROTO, Rafael, *Vindicación del General Maroto, y manifiesto razonado de las causas del Convenio de Vergara, de los fusilamientos de Estella y demás sucesos notables que les precedieron, justificados con cincuenta documentos, inéditos los más*, Madrid, Colegio de sordo-mudos, 1846; ARIZAGA, José Manuel de, *Memoria militar y política sobre la guerra de Navarra, los fusilamientos de Estella, y principales acontecimientos que determinaron el fin de la causa de D. Carlos Isidro de Borbón*, Madrid, Vicente de Lalama, 1840. Maroto organizó su gobierno, y en la cartera de Guerra colocó a Juan de Montenegro, hermano de Isidoro.

²³ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna 2*, despacho de 5 de marzo de 1839.

esperaba en Montalto.²⁴ Y a Niza llegaban primero Eusebio Dalp, antiguo funcionario de la Hacienda Real, que llegaba con pasaporte luqués en dirección a Francia, y Julián Alonso, obispo de Lérida, y todo su séquito, que había llegado con pasaporte francés.²⁵

Las noticias que le llegaban a Carlo Alberto sobre lo acontecido en España no podían menos que causarle preocupación. Queda patente en lo que escribe a finales de marzo a Francisco IV de Módena:

Je considère les proclamations qui eurent lieu [las de después de las ejecuciones] lieu comme tout ce qui pouvait arriver de plus malheureux au Roi, soit pour sa gloire que pour son intérêt. Elles prouvent á l'Europe qu'il est la victime des cabales, que les passions se déchainent autour de lui, qu'il ne dirige ni ne commande lui-même ; et les exécutions des Généraux Royalistes vont non seulement diviser les bons, mais elles éloigneront par la crainte une multitude de gens qui de tous les points de l'Espagne ne demandaient qu'á se rallier á lui, et en définitif si même Marotto ou tout autre chef le conduit maintenant á Madrid, Barcelonne et Cadix aussi que d'autres ports sont des points bien forts où les révolutionnaires aussi que tous les gens craintifs qui redouteront des vengeances pourront se réfugier en toute sûreté et où les Puissances maritimes pourront les soutenir et faire des protocoles en leur faveur.²⁶

Comprobamos que en los planes de Carlo Alberto todavía cabía la victoria carlista, si bien no total. De ahí que se corriese el riesgo de que partiesen nuevas expediciones de ayuda al carlismo, ahora que estaba claro que se estas eran desesperadamente necesarias. El cónsul español en Livorno decía a principios de marzo que la salida de armas del puerto era difícil de manera legal, al necesitarse un permiso especial, pero que siempre se podría hacer por contrabando. Y unos días más tarde, añadía:

Es voz general que los auxilios enviados desde el Mediterráneo a Don Carlos salen por la mayor parte de los Dominios Sardos y particularmente del Genovesado. Seguramente las autoridades públicas no darán la cara a

²⁴ AHN, Estado, 8325, despacho nº 140 de 14 de marzo de 1839. O bien la misión fue abortada o bien no existió jamás, porque el 2 de abril el cónsul informaría de la vuelta de Custine a Livorno bajo nombre falso, pero que no podía decir nada más sobre qué hacía ni con quien se comunicaba, porque se había encerrado en un hostel (*Ibidem*, despacho nº 145 de 2 de abril de 1839). En junio Custine se encontraría en Nápoles, exponiendo un plan para atraer a Espartero al lado del pretendiente mediante un soborno, que no parece que los napolitanos se tomasen muy en serio (URQUIJO, *Relaciones entre España y Nápoles*, pág. 302).

²⁵ AHN, Estado, 8347, despacho nº 98 de 7 de abril de 1839, despacho nº 101 de 3 de mayo de 1839. El obispo de Lérida, a quien hemos encontrado ya en 1837 recibiendo al pretendiente en Solsona, se había destacado en una agria disputa con el gobernador de la diócesis de Gerona sobre las bulas de cruzada y la legalidad de las gubernamentales o carlistas —él obviamente defendía las carlistas como únicas legales— desde las páginas de la prensa carlista (*El Restaurador Catalán*, nº 129, 15 de marzo de 1838, nº 396, 31 de diciembre de 1839).

²⁶ LEMMI, *Carlo Alberto e Francesco IV*, pág. 357.

semejantes expediciones, para guardar apariencia de neutralidad, pero no es imposible que toleren estos casos.²⁷

Los carlistas seguían atentos a lo que sucedía en Italia, y tras el éxito de los primeros soldados del *Lancero* al lograr pasar la frontera con Francia desde Niza, habían recibido ya la noticia de que la vía era realizable, y que a través del Reino de Cerdeña tenían la posibilidad de retornar a España y al ejército del pretendiente, lo que muchos de los que estaban todavía en el sur de Italia tratarán de hacer inmediatamente, como advierte el cónsul de Livorno ya en abril de 1839, cuando verifica el paso por la ciudad de 48 carlistas fugados del *Lancero*, provenientes de Nápoles, donde habían estado hasta entonces, y que, con pasaporte napolitano, refrendado después por los cónsules de los reinos de Nápoles y Cerdeña en Livorno, pretendían ahora dirigirse a Génova, y desde allí, igual que habían hecho sus compañeros, a Niza, con la intención de cruzar clandestinamente la frontera francesa, y acabar volviendo a España.²⁸

Todo esto no eran más que los últimos esfuerzos sardo-carlistas para ayudar a una causa a la que era más que evidente que se le estaba agotando el tiempo a marchas forzadas. Los mismos sardos empezaban a adoptar un tono más conciliador en las negociaciones con España, como sabemos por el embajador inglés en Turín, a quien Solaro había propuesto la expedición de documentos para los cónsules españoles a cambio de que el Gobierno español hiciese lo mismo: “*an exequatur in all but the form and the name*”.²⁹ Incluso algunos de los agentes carlistas se daban cuenta del negro futuro que les esperaba si mantenían su oposición al gobierno: Estarico, siendo corredor de navíos españoles, sufrió un duro golpe porque el cónsul hubiese prohibido su admisión en ningún barco. Poco después, en la miseria más absoluta, se había presentado ante el mismo cónsul prometiendo olvidarse de conspiraciones si se le permitía seguir con sus

²⁷ AHN, Estado, 8325, despacho nº 141 de 5 de marzo de 1839, despacho de 15 de marzo de 1839. Añadía informes sobre la expedición del contrabandista Bollo de finales de abril, que al parecer se habría suspendido por la captura de 8.000 fusiles que se habían enviado de Londres para el carlismo. Se creía que los carlistas habían renunciado a realizar la expedición desde Livorno, y que tratarían de lanzarla desde el Golfo de la Spezia (*Ibidem*, despacho nº 143 de 20 de marzo de 1839). El 10 de mayo saldría el buque sardo *San José* desde Livorno, contratado por el mismo Bollo, en dirección a Gibraltar. El cónsul no podría confirmar si lleva suministros para los carlistas, aunque la discreción con la que se había llevado todo el asunto le llevaría a sospechar fuertemente que así era (*Ibidem*, despacho nº 155 de 10 de mayo de 1839). En junio informaría esta vez del pailebote *Primero de Ciudadela*, que habría recibido un cargamento de 72 barriles de pólvora en alta mar, con el objetivo de hacérsela llegar a los carlistas en Cataluña y Valencia. En agosto, ante la evidencia de que tal buque no llevaba pólvora una vez arrestado cerca de Mallorca, el cónsul aventuraría que seguramente la habría desembarcado en la isla antes de su detención (*Ibidem*, despacho nº 163 de 29 de junio de 1839; despacho nº 167 de 31 de agosto de 1839).

²⁸ AHN, Estado, 8325, despacho nº 146 de 2 de abril de 1839. En mayo, Joaquim Severino Gomes, antiguo embajador de don Miguel en Madrid (*Revista historica de Portugal, desde a norte de D. João VI até o falecimento do Imperador D. Pedro*, Coimbra, Trovão e C^a, 1840, pág. 29 y ss.) se embarcaría desde Génova hacia Bayona presuntamente para llevar a cabo una misión para el pretendiente carlista (AHN, Estado, 8290, despacho nº 199 de 6 de mayo de 1839).

²⁹ AHN, Estado, 5730, Expediente 30, despacho de 14 de abril de 1839.

labores.³⁰ Y Carlo Alberto tampoco se mostraba ya tan inclinado a conceder las nuevas ayudas económicas que solicitaba el carlismo, “manifestando que lo que había dado no era para mantener el ejército en las Provincias, sino para ir á Madrid, y que no debían hacerse más sacrificios cuando todo era intrigas en el campo carlista”.³¹

En Francia, la llegada del mariscal Soutl al Gobierno daría un nuevo impulso a los sectores del carlismo que buscaban una transacción con el Gobierno español,³² al tiempo que ofrecía mayores seguridades al éste de que Francia tendría una actitud más positiva, dejando incluso la puerta abierta a la eventual intervención en España.³³ Solaro trataría de congraciarse con Francia, ordenando a su embajador en París que mintiese al decirle que “*Ce n’est pas qu’il entre dans la pensée de S. M. d’envoyer aucune expédition ni secours d’armes en Espagne: Elle ne l’a pas fait jusqu’ici, quoiqu’aient pu dire á plusieurs reprises des gens malintentionnés.*”³⁴

Ya fuese porque sospechaban de las intenciones de Carlo Alberto, ya fuese por pura desesperación, los carlistas enviaron a través del conde de Orgaz una copia de un despacho en el que se relataba un encuentro entre Alcudia y Metternich en Viena. A la solicitud del primero de apoyo político y económico al carlismo, Metternich había respondido con buenas palabras y poco más. Orgaz se atrevía a sugerir que, si algún príncipe europeo tuviese un gesto hacia el pretendiente, todas las potencias absolutistas le seguirían. “Nadie mejor para esto, por los sentimientos que ha manifestado, que S. M. Sarda”.³⁵ No parece que encontrase al monarca sardo muy dispuesto:

Le Roi a donné plus d’une fois des preuves effectives de l’intérêt qu’il prend au triomphe de la cause Monarchique en Espagne, ne s’est pas seulement les droits éventuels de Sa Maison confirmés par plusieurs traites publiés auxquels la vastation (sic) de la loi salique porte atteinte, qui l’y ont déterminé, car il ne s’est pas disputé que la mort de Ferdinand VII a donné lieu á une guerre de principes, et que toutes les couronnes étaient intéressées á la lutte si noblement soutenue par une grande partie des espagnols. L’opinion de S. M. n’a pas été caché, toutes

³⁰ AHN, Estado, 8347 despacho nº 100 de 2 de mayo de 1839. Un año más tarde prestaría juramento de fidelidad a Isabel II y a la Constitución (*Ibidem*, despacho nº 5 de mayo de 1840).

³¹ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. V, pág. 518.

³² Soutl retomó la idea de casar a Isabel II con Carlos Luis, primogénito de don Carlos (SANTIRSO, *Revolución liberal i guerra civil*, pág. 355). No es extraño que Metternich se mostrase relativamente optimista sobre el nuevo Gobierno francés, al que veía como contrapeso del británico (*Mémoires documents et écrits divers*, vol. VI, pp. 363-365).

³³ BECKER, *Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. I pág. 769. Los que no quedaron contentos con el cambio fueron los británicos, que volvieron a presionar con el tema de los aranceles y el tratado comercial con España. Cuando Pérez de Castro les respondió que no convenía provocar a Francia por el daño que podía causarle a España, el embajador británico le respondió que no veía como los franceses podían causar *todavía más* daño del que ya habían causado negándose a cumplir con el tratado de la Cuádruple Alianza (EDWARD JONES, *British foreign policy*, pp. 197-200).

³⁴ ASTO, *Istruzioni agli ambasciatori* 3, despacho de 10 de junio de 1839.

³⁵ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna* 2, despacho de 7 de julio de 1839.

*les Cours de l'Europe l'ont connue, et elle en a éprouvé plus que toute autre les conséquences puisque la Sardaigne est la seule entre toutes les Puissances qui ait eu des discussions sérieuses avec le Gouvernement de l'Infante Isabelle.*³⁶

Respondía así Solaro a las peticiones de Orgaz, dejando claro que el Gobierno sardo había hecho ya mucho por el carlismo. Continuaba, diciéndole que Carlo Alberto no podía ignorar los intereses de sus propios súbditos al tomar partido en los asuntos de otras naciones independientes, especialmente cuando las otras potencias que también tenían sus propias opiniones sobre el conflicto en España, guardaban sin embargo una neutralidad total y se oponían a cualquier intervención. Los dardos no se los guardaba solamente para las potencias absolutistas, también tenía para los carlistas: afirmaba Solaro que en ningún caso su monarca había cambiado de opinión, pero que la prolongación de la guerra y los daños que por ello sufría el comercio obligaban a Carlo Alberto a evitar provocar todavía más a los gobiernos español y británico. Los sardos rebajaban los perjuicios que el bloqueo comercial español les causaba a una mera anécdota cuando tenían delante a un diplomático de la Cuádruple y los blandían como motivo para negarles una mayor implicación sarda cuando hablaban con carlistas. La última crítica solapada que les dirigía era sobre la inacción del ejército y la falta de conquistas de nuevos territorios para financiar el mantenimiento de la guerra, algo que les hemos visto repetir ya varias veces: *“S. M. m’a encore ordonné de vous dire Mr le Comte qu’elle est loin de croire que le triomphe de la causa Monarchique en Espagne puisse dépendre des secours qui lui viendraient de l’étranger.”* En opinión de Carlo Alberto, se le hacía difícil creer que a los “descendientes de Pelayo” les hiciera falta que el monarca sardo viniese a sacarles las castañas del fuego. En resumidas cuentas, que debían arreglárselas como pudieran, porque los sardos habían cerrado la bolsa.³⁷

Al día siguiente, el 27 de julio, se celebraba una reunión entre Maroto y lord Hay, comandante del escuadrón británico en el norte de España. Lo que inicialmente pretendía ser una reunión para que Maroto protestase por lo que consideraba algunas violaciones del convenio Elliot, se reveló en realidad como la apertura oficial a un fin negociado de la guerra en España.³⁸ Hemos visto que negociaciones de este tipo llevaban ya mucho tiempo siendo buscadas por algunos sectores carlistas, y aunque la respuesta de Solaro a la petición de Orgaz no debía ser todavía conocida por Maroto, no debía este hacerse muchas ilusiones sobre cuál iba a ser su naturaleza.

³⁶ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna 3, memorándum* 160 s. n., XLII, de 26 de julio de 1839.

³⁷ El mismo Solaro, que también cita este *memorándum*, contaría años después que no sólo Orgaz, también Cirilo de Alameda, Arzobispo de Santiago de Cuba, quien se había unido a la corte del pretendiente, le escribía continuamente solicitando apoyos. Lo único que pudo reiterarles Solaro fue, una vez más, la necesidad de romper el cerco gubernamental y encontrar nuevos territorios que ocupar (SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pp. 157-165).

³⁸ BECKER, *Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. I pp. 772-773.

La negativa sarda a seguir apoyando al carlismo, creemos, tuvo una importante influencia en empujar a Maroto a iniciar unas negociaciones a las que venía dándole vueltas desde hacía ya tiempo. Si bien las condiciones de Maroto contenían puntos como el matrimonio entre Isabel II y Carlos Luis, la creación de unas cortes por estamentos o la salida de María Cristina y el pretendiente de España, Espartero las rechazó todas y se redujeron a lo que al fin y al cabo realmente importaba a Maroto y el resto de militares carlistas: amnistía para todos ellos y el reconocimiento de sus grados, a lo que los británicos también accedieron. Informado de esta contraoferta, el Gobierno francés también expresó su aprobación, pero una cosa era lo que decía París, y otra muy distinta lo que realmente hacía. Implicado —en oposición a Inglaterra— en la Cuestión de Oriente, y buscando el apoyo austríaco,³⁹ Luis Felipe propuso a Metternich tomar los asuntos de España “*entre nos mains*”.⁴⁰

El 31 de agosto de 1839 se firmaba el Convenio de Vergara,⁴¹ por el que se ponía fin a la guerra civil en el Norte⁴² y los militares carlistas obtenían las seguridades que habían solicitado para deponer las armas. El pretendiente tuvo que abandonar España en septiembre, y se estableció en Bourges, en Francia.⁴³ El efecto que todo ello tuvo sobre las relaciones sardo-españolas fue inmediato:

*Questa catastrofe liberò il Re Carlo Alberto da ogni scrupolo di delicatezza che ancor poteva ritenerlo dal terminar la nostra vertenza col Governo di Madrid. [...] Il 3 settembre il Marchese di Miraflores indirizzava al Marchese Brignole le condizioni con cui si sarebbe terminata la differenza esistente fra le due Potenze. Nel ristabilirsi le relazioni interrotte, al Re non si chiedeva altro impegno che di serbare la neutralità di fatto fra le parti belligeranti nella Spagna, opponendosi all'invio d'armi, e di soccorsi per opera de suoi sudditi. [...] diedi ordine al Marchese Brignole di rispondere in modo favorevole.*⁴⁴

Liberados de la obligación de mantener su apoyo a la causa carlista, los hechos se precipitaron. El 6 de septiembre Lalaing escribía a Solaro que las negociaciones para la fórmula que debía

³⁹ *Ibidem*, pág. 776, PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. V, pág. 634. Sobre la Cuestión de Oriente, ver SMITH ANDERSON, Matthew, *The Eastern Question 1774-1923: A Study in International Relations*, Macmillan, Londres, 1966, pp. 88-109.

⁴⁰ *Mémoires documents et écrits divers*, vol. VI, pp. 374-375. Metternich, habiendo descartado encontrar ninguna solución satisfactoria, no dio respuesta a la oferta francesa —el ya mencionado proyecto de matrimonio entre los hijos de María Cristina y don Carlos—.

⁴¹ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. V, pág. 441 y ss.

⁴² La guerra seguiría en Cataluña y el Levante español todavía un tiempo. Las tensiones entre la Junta de Torradella, que se oponía a cualquier transacción, y el conde de España, llevarían a la destitución de este como comandante del ejército y a su posterior asesinato a finales de octubre. La entrada de Cabrera en Cataluña, en junio de 1840, supondría la disolución de la Junta, el arresto de alguno de sus miembros, y la huida de otros, entre ellos Torradella. Los últimos carlistas traspasaron la frontera francesa en julio de 1840. (SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pág. 354 y ss.).

⁴³ SANTIRSO, *Revolució liberal i guerra civil*, pág. 353.

⁴⁴ SOLARO DELLA MARGARITA, *Memorandum*, pp. 166-167.

contener el documento que se concedería a los cónsules españoles estaban llegando a buen puerto.⁴⁵ El 9, Miraflores le hacía llegar a Brignole una nota donde se detallaban los puntos del acuerdo: ambos estados autorizaban a los cónsules respectivos a realizar sus funciones mediante un documento que debía substituir al *exequatur*, los súbditos “pacíficos” de ambos estados podían viajar libremente siempre que contasen con los papeles en regla, y Carlo Alberto se comprometía a la neutralidad entre los beligerantes en España, evitando nuevas llegadas de ayudas al carlismo.⁴⁶ El 16 de octubre, el encargado de la legación sarda en Madrid recibía instrucciones de Solaro: las negociaciones entre ambos estados habían acabado siendo satisfactorias, y los cónsules respectivos iban a volver a sus puestos lo más pronto posible

*en vertu d'une autorisation spéciale qui, chez nous, sera délivrée par les Gouverneurs et qui tiendra lieu de l'exequatur des patentes dont les circonstances politiques empechent l'expédition dans les formes ordinaires.*⁴⁷

En caso que la autorización no coincidiese estrictamente con el modelo que Solaro le hacía llegar

vous ne feriez aucune plainte ni aucune observation á ce sujet, car il importe d'éviter toutes difficultés et toutes discussions au moment où les relations commerciales des deux pays se rétablissent [...] vous aurez soin, Monsieur, de vous borner dans l'exercice de vos fonctions, á ce que se rapporte exclusivement aux relations commerciales que vous êtes appelé á protéger, et vous vous abstenrez scrupuleusement de vous mêler en aucune façon de rien de ce qui touche á la Politique.

El cambio en el lenguaje de los sardos era casi milagroso. Lo que habían sido continuas protestas, mentiras y amenazas, se habían convertido, tras el fin de la guerra en el Norte, en advertencias a los diplomáticos sardos en España de que debían limitarse a preocuparse de proteger al comercio y olvidarse de cualquier idea de entrometerse en la política interna española.

⁴⁵ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 115, despacho de 6 de septiembre de 1839.

⁴⁶ *Traités publics de la royale maison de Savoie*, vol. VI, pp. 95-96. EL tratado se confirmaba el 18 de septiembre (*Ibidem*, pp. 97-99). Conviene destacar que el gobierno sardo no había concedido el *exequatur*, sino un sucedáneo del mismo, con lo que según la doctrina Solaro no se había producido el reconocimiento del gobierno de Isabel II. MARLIANI (*Reseña de las relaciones diplomáticas de España*, pág. 173 y ss.) lo consideraría una humillación, una “torpeza descomunal”, y una cesión española al gobierno sardo. De hecho, Letamendi, en París después de haber abandonado Génova, escribiría en noviembre una carta a *Le Constitutionnel* al haber visto publicada (nº 330, martes 26 de noviembre de 1839, pág. 1) la noticia de que el gobierno español habría enviado a sus cónsules una circular para anunciarles el restablecimiento de las relaciones comerciales con Cerdeña para aclarar que tal cosa era mentira —que no lo era, claro—. Para echar sal a la herida, los sardos *también* contestaron a la publicación francesa, pues esta había hablado de ciertas “concesiones” del rey de Cerdeña, negando estos cualquier *concesión*, y aprovechando para reiterar que tampoco habían ayudado nunca al carlismo. BECKER, por su parte, considera que Marliani escribió todo esto por encargo del mismo Letamendi, y justifica la cesión española porque “no estaba entonces España en situación de meterse en *libros de caballería*” (*Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. I pág. 788). Los puertos españoles se volverían a abrir a los buques sardos el 24 de octubre de 1839 (*Gaceta de Madrid*, nº 1851, miércoles, 4 de diciembre de 1839, pág. 1).

⁴⁷ ASTO, *Istruzioni agli ambasciatori* 3, despacho de 16 de octubre de 1839.

Sorprendentemente, el mismo Solaro, que había hecho todo eso y más mientras estuvo en Madrid, se lo prohibía ahora a sus subordinados. Ciertamente, para los sardos, el fin de la contienda supuso un giro total en su actitud hacia España.

El 15 de octubre, Carlo Alberto escribía a Francisco IV de Módena. Unos días antes había recibido al infante Sebastián, el primero de los numerosos carlistas que iban a llegar a sus dominios. Se lamentaba el monarca sardo de las conspiraciones en la corte carlista, que habían según él paralizado los esfuerzos militares, y malversado los fondos recibidos. Y por si quedaba alguna duda del motivo del cambio experimentado en la disposición del reino de Cerdeña hacia España, nos lo dejaba el monarca sardo más que claro: *“En résumé la cause, à moins d’un miracle du Seigneur, est perdue; on n’a plus pour le moment d’espérance”*.⁴⁸

⁴⁸ LEMMI, *Carlo Alberto e Francesco IV*, pág. 358.

6. Las relaciones sardo españolas (1839-1848)

6.1. El exilio italiano del carlismo (octubre 1839-junio 1841)

Los carlistas salieron de España en desbandada, y como no podía ser de otro modo, muchos de ellos se dirigieron a Cerdeña,¹ donde aparte de la ya famosa generosidad de Carlo Alberto, podían contar con la red carlista ya establecida allí. Con el conde de Orgaz a la cabeza, esta organizaba la llegada y tránsito de todos los personajes carlistas que iban llegando allí, como el infante Sebastián. Este abandonaría Turín a mediados de septiembre, para dirigirse a Génova y de allí zarpar para otras partes de Italia.² Llegaría a Florencia el 20 de octubre,³ y a la misma ciudad irían llegando en las siguientes semanas otros personajes del legitimismo europeo: la esposa de Sebastián, María Amalia; la duquesa de Berry, y el duque de Burdeos, el Enrique V de los legitimistas franceses.⁴ Orgaz también intercedería para que Didier Petit, pintor francés e íntimo de la corte carlista, pudiese reunirse con los carlistas en Cerdeña, ya que el cónsul sardo de Lyon se negaba a visarle el pasaporte,⁵ y lo mismo hacía con una lista de 8 personajes, “todos ellos catalanes y del depósito de Besançon que desean el visto del pasaporte para Génova o sus intermediaciones”.⁶ Ya en febrero de 1840, el mismo Orgaz solicitaría a Solaro que se le visade el pasaporte en el consulado sardo a Luis Antonio Prates, criado del infante Sebastián.⁷ Y en mayo de 1840 pediría que a José López de Acuña se le facilitase el tránsito por Cerdeña en su camino a Módena.⁸

Vemos cómo los carlistas se repartían por toda Italia y no se limitaban a dirigirse a Cerdeña: el cónsul de Livorno informaba a Madrid en septiembre de 1839 que los vapores que iban llegando a la ciudad procedentes de Marsella transportaban a muchos carlistas, algunos de alto nivel, pero que ninguno desembarcaba allí, sino que iban a Civitavecchia.⁹ En abril de 1840 volvería a informar del paso de carlistas por Livorno en dirección a roma, y en junio, de nuevo, en esta ocasión aclarando que “generalmente pasan a los Estados del Duque de Módena, adonde se me ha asegurado logran buena acogida y hacen sus reuniones”.¹⁰

¹ No siendo tan generoso como Carlo Alberto, el rey de Nápoles rápidamente les cerró las puertas del reino (URQUIJO, *Relaciones entre España y Nápoles*, pág. 315).

² ASTO, *Lettere ministri Spagna 2*, despacho de 13 de septiembre de 1839.

³ AHN, Estado, 8325, despacho nº 175 de 23 de octubre de 1839.

⁴ *Ibidem*, despacho nº 176 de 9 de noviembre de 1839.

⁵ ASTO, *Carte politiche diverse 18*, despacho de 10 de noviembre de 1839.

⁶ *Ibidem*, despacho sin número ni fecha.

⁷ *Ibidem*, despacho de 23 de febrero de 1840.

⁸ *Ibidem*, despacho de 26 de mayo de 1840.

⁹ AHN, Estado, 8325, despacho nº 169 de 28 de septiembre de 1839.

¹⁰ *Ibidem*, despacho nº 6 de 13 de abril de 1840; nº 12 de 23 de junio de 1840. EL flujo de carlistas no empezaría a reducirse hasta diciembre, cuando el cónsul informaría que los que pasaban por la ciudad en

La llegada de carlistas de perfil alto a los distintos estados italianos que se habían ya señalado por su apoyo al pretendiente durante la duración de la guerra civil no podía dejar de preocupar a España. Ya vemos que hasta diciembre de 1840 no empezó el Gobierno a recibir informes que rebajasen su inquietud, especialmente teniendo en cuenta que la guerra todavía seguía en el este de España, más cercano y vulnerable a cualquier intervención desde Italia.¹¹

La actitud de los sardos hacia el Gobierno español no cambió en absoluto, a pesar de que pocos meses antes la suspicacia que se sentía en Madrid había sido respondida con mentiras y bravatas. Como escribía Solaro a finales de 1839, con don Carlos prisionero en Bourges y su ejército disperso, la neutralidad sarda era “no solamente necesaria, más la sola actitud que nos conviene mantener”.¹² Lo mismo opinaba Carlo Alberto, que añadía que la imprudencia de los legitimistas franceses empeoraba todavía más la situación del pretendiente en Francia.¹³ Tampoco parece que el Gobierno español, por mucho que pudiese desconfiar, estuviese dispuesto a hacer descarrilar unas negociaciones que llevaban tantos años en marcha: en enero de 1840, hacía llegar a las legaciones diplomáticas españolas una circular mediante la cual se les hacía saber que el Gobierno sardo aceptaba a los cónsules españoles con todas sus atribuciones, por lo que el Gobierno español adoptaba la misma medida.¹⁴

De hecho, las noticias que les llegaban de sus restituidos cónsules en Cerdeña no podían ser mejores. En febrero de 1840, el cónsul de Génova informaba que, en caso de que se confirmasen los rumores que corrían sobre la compra de un gran número de fusiles en Bélgica u Holanda para el ejército de Cabrera, difícilmente podrían estos enviarse desde Génova. Las autoridades locales, decía, le habían asegurado la neutralidad sarda, y que para realizar envíos de armas hacía falta el plácet de la Hacienda sarda. Solo les quedaría a los carlistas la vía del contrabando, que reducía el número de armas que podrían enviar a las costas españolas.¹⁵ En marzo de 1840, y en la privacidad de una reunión con Foster, Solaro iría algo más allá y aseguraría que no podía

dirección Marsella o Nápoles no tenían demasiada importancia, y que él no había recibido noticias de ninguna conspiración excepto “baladronadas sin consecuencia” (*Ibidem*, despacho nº 16 de 4 de diciembre de 1840).

¹¹ En septiembre de 1839, por ejemplo, la llegada de una importante fuerza naval napolitana a Génova, que cargaba gran cantidad de provisiones, despertó las sospechas del cónsul español en la ciudad, que alertaba que, aunque quizá fueran para consumo propio, también podrían tratar de hacérselas llegar a los carlistas en la costa valenciana (AHN, Estado, 8290, despacho nº 209 de 3 de septiembre de 1839).

¹² ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 720.

¹³ LEMMI, *Carlo Alberto e Francesco IV*, pág. 360.

¹⁴ AHN, Estado, 5730, Expediente 31, circular de enero de 1840.

¹⁵ AHN, Estado, 8290, despacho nº 127 de 16 de febrero de 1840. Al día siguiente, quizá como gesto del gobierno sardo para ofrecer incluso mayores garantías a España, se permitía por fin al cónsul colocar las armas españolas en su residencia (*Ibidem*, despacho de 17 de febrero de 1840).

esperarse de los sardos que ayudasen a un don Carlos que era, según el ministro sardo, incapaz de reinar por su “imbecilidad” y falta absoluta de vigor y de firmeza de carácter.¹⁶

Había, eso sí, algunos límites que los sardos no pensaban sobrepasar en su política apaciguadora. El 14 de marzo, Solaro recibía un despacho de su representante en Madrid¹⁷ en el que se recogían unas declaraciones publicadas por el periódico *El Correo Nacional*.¹⁸ Citando la sesión del día 10 en el Senado, Martín de los Heros habría realizado una pregunta a Pérez de Castro sobre la cuestión del *exequatur* y sobre la decisión de retomar las relaciones comerciales con Cerdeña, cuando ese comercio, decía Heros, “lejos de ser ventajoso puede ser perjudicial”, especialmente cuando “hacía poco antes estaba reducido á transportar todo género de armas y pertrechos de guerra al rebelde D. Carlos, cosa tan notoria que los últimos fusiles aprehendidos en el Mediterráneo venían en barcos sardos”. El redactor del periódico, a quien debía acabársele el espacio dedicado a la sesión del Senado, optó por parafrasear la respuesta de Pérez de Castro —en oposición al resto de intervenciones—, a quien acabó haciendo decir lo siguiente:

Haciéndose cargo el Sr. Ministro de lo dicho por el Sr. Heros acerca de que el gobierno sardo no solo no puso su *exequatur* á nuestros cónsules sino que dijo que si [suponemos que aquí debería poner “no”, que es lo que Heros había dicho, según el mismo periódico] reconocería á la Reina de España, contestó que si bien lo primero era en esta parte cierto debía tenerse presente que el gobierno español había logrado que esta potencia permaneciese neutral durante nuestra lucha y como todas las demás neutrales diese orden á sus aduanas y fronteras para que no permitiesen la salida de recursos á D. Carlos hasta que después del célebre convenio de Vergara mejoró nuestra situación, y *en consecuencia de esa mejora el gobierno sardo reconoció a nuestra augusta Reina*, y no solo dio el *exequatur* á nuestros cónsules sino que hasta les permitió que tuviesen puestas las armas de España á la puerta de su casa.

Más allá de que Pérez de Castro pretendiese arrogarse el mérito del fin de las ayudas sardas al carlismo, sorprendía la mención de Pérez de Castro a un supuesto reconocimiento de Isabel II por parte del Gobierno sardo. A los sardos desde luego no les sentaron bien las palabras de Pérez de Castro, y el encargado de la legación sarda en Madrid le reclamó explicaciones de inmediato. Una cosa era que los sardos mantuviesen su neutralidad —forzada, al no haber ya carlismo al que apoyar— y otra muy distinta que el Gobierno español pretendiese que se le había reconocido como legítimo.

Dos días más tarde Pérez de Castro aclaraba que lo que decía el periódico no era lo que él había dicho,¹⁹ y efectivamente, en el Diario de Sesiones del Senado, un ejemplar del cual Pérez de

¹⁶ ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pp. 719-720.

¹⁷ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 116, despacho de 14 de marzo de 1840.

¹⁸ *El Correo Nacional*, nº 784, miércoles 11 de marzo de 1840, pág. 2.

¹⁹ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 116, despacho de 16 de marzo de 1840.

Castro envió al gobierno sardo, puede comprobarse el desliz del redactor a la hora de citar las palabras del Presidente español, que en realidad había dicho:

Ha referido el Sr. Heros lo indicado por un periódico, de que el Gobierno sardo no solo se negó á dar el *exequatur* á nuestros cónsules, sino que añadió que no reconocería nunca á la Reina de España. A esto debo contestar que en aquella época el Gobierno sardo dio á nuestros cónsules, si no el *exequatur*, un documento muy semejante, si bien no contenía la cláusula que supone reconocimiento de nuestra Reina [...] y ahora diré de paso al Sr. Heros que esta concesión y la de permanecer neutral durante nuestra lucha son las condiciones ventajosas que han decidido al Gobierno al restablecimiento de nuestras relaciones comerciales con la Cerdeña; pero respecto á la especie de que el Rey de Cerdeña hubiese dicho que jamás reconocería á la Reina Doña Isabel II, debo decir que es absolutamente inexacta. [...] no se pierda de vista, señores, que este ajuste, aunque es ahora de verdadero valor, lo era mucho más en el tiempo en que de él se trataba, anterior al célebre convenio de Vergara, que tanto contribuyó a mejorar nuestra situación.²⁰

Es evidente que los sardos habían dado un paso atrás ante la evidencia de que el carlismo estaba derrotado, pero queda igualmente claro que no pensaban bajo ningún concepto hacer ninguna concesión, pública ni privada, al Gobierno español. Para presentar la reanudación de las relaciones comerciales como una cesión española y no sarda —al haber logrado su objetivo de que la fórmula del documento que se concedía a los cónsules españoles no supusiese el reconocimiento de su Gobierno—, se veían obligados a defender a capa y espada dicha falta de reconocimiento ante cualquiera que lo contradijera en público, aunque fuese por error.

Por otro lado, no sería para nada extraño que efectivamente Carlo Alberto hubiese proclamado que jamás iba a reconocer a Isabel II. No estaba en su carácter hacer tal cosa, y mucho menos con la compañía que mantenía: en abril de 1840 llegaba a Turín Joaquín Abarca. El embajador francés, a instancias del cónsul español en Génova, solicitó y recibió de Solaro información sobre la presencia del obispo de León en Cerdeña:

Il est retiré ici dans un convent de Dominicains. M'a dit [Solaro] que c'était une retraite bien réelle, qu'il savait que l'Evêque de Léon était homme, si les circonstances se représentaient favorables, á se lancer de nouveau et avec vivacité dans les affaires, mais qu'il le voyait aujourd'hui profondément découragé et convaincu que la cause de Don Carlos était perdue.²¹

Añadía Solaro que, por norma general, a los ministros carlistas no se les permitiría establecerse en Cerdeña. Una nueva mentira, o una interpretación generosa de “por norma general”. Sin ir más lejos, unos pocos días más tarde el cónsul escribiría a Madrid que corría el rumor de que un carlista “exaltado” había adquirido un palacio en Génova en el que debía establecerse o bien la

²⁰ *Diario de Sesiones de Cortes, Senado*, nº 8, pág. 66.

²¹ AHN, Estado, 8290, despacho nº 14 de 7 de abril de 1840; nº 18 de 18 de abril de 1840.

duquesa de Berry o bien uno de los hijos de don Carlos, aunque el cónsul no creía, ingenuamente, que el Gobierno sardo aceptase unas presencias tan controvertidas, ofensivas no solamente hacia el Gobierno español, sino también hacia el francés.²²

La llegada de nuevos carlistas tras el fin de los combates en Cataluña supuso un nuevo conato de conflicto sardo-español. El conde de Maistre, siempre dispuesto a proseguir la guerra por su cuenta, hacía de las suyas en el condado de Niza, lo que obligaría al Gobierno español —que estaba ahora liderado por Espartero, que había ocupado también la regencia tras la renuncia de María Cristina—²³ a protestar de manera bastante enérgica ante el Gobierno sardo. Joaquín Ferrer Cafranga, el nuevo secretario de Estado español, envió un despacho a Solaro que no dejaba demasiadas dudas sobre la posición del nuevo gabinete:

La Regencia Provisional del Reyno se ha enterado con el debido detenimiento de los Despachos de N. S. y de los del ViceConsul de S. M. en Niza relativo al arbitrario proceder con que el Gobernador Sardo en dicha plaza continuaba vejando a los Súbditos leales de S. M. a su paso por la frontera [... se había retenido en la frontera del Var a Honorato de Puig y José Castells, antiguo diputado del Congreso y profesor de medicina, respectivamente, y en Niza a Pablo Estadas, capitán de navío mercante español...] y al mismo tiempo permitía la entrada sin el menor obstáculo a todos los conocidos como Carlistas, exclaustrados, Oficiales Navarros [...] y hasta a un Presidiario que se fingió partidario de D. Carlos.²⁴

Todo ello ya se lo habíamos visto hacer a de Maistre anteriormente, pero ahora, con las nuevas circunstancias, era una actitud que podía causar muchos más problemas al Gobierno sardo, algo que el ministro español no quiso dejar de mencionar:

Llegue á conocimiento de S. M. Sarda que la Regencia, no viendo variada la conducta que se observa con los Viajeros Españoles considerará caducado el referido convenio y dispondrá retirar á los Cónsules de S. M. de los Estados Sardos, volviendo a quedar interrumpidas las relaciones de Comercio como se hallaban en 18 de Setiembre de 1839.²⁵

Estefani, el nuevo cónsul español en Génova, protestaba igualmente un mes más tarde. A las quejas por la detención de Estadas, que había sido hecho arrestar por de Maistre a pesar de tener todos los papeles en regla, mientras Pascual Real y Reyna,²⁶ que llegó a la frontera del Var

²² *Ibidem*, despacho nº 21 de 21 de abril de 1840.

²³ PIRALA, *Historia de la guerra civil*, vol. VI, pág. 176 y ss.

²⁴ ASTO, *Lettere ministri Spagna* 116, despacho de 18 de noviembre de 1840.

²⁵ No fueron los sardos los únicos que sufrieron el giro que Espartero le dio a la política exterior española: en diciembre de 1840 se produciría un conflicto con Portugal por los tratados de navegación del Duero. El Gobierno español avisó que, de no solucionarse el tema, España bien podría enviar un ejército a Portugal cuyas tropas “vivirían a costa del país invadido” (BECKER, *Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. II, pág. 12).

²⁶ Brigadier carlista, que había sido comandante de la caballería carlista en Cataluña en 1837 (RAMOS REDONDO, Eduardo, *La hacienda militar del estado carlista (1833-1840): El cuerpo administrativo militar*,

con un pasaporte del prefecto de Marsella que ni tan siquiera estaba visado, recibió del gobernador de Niza el permiso para continuar su viaje. Estefani recordaba que no era la primera vez que de Maistre se comportaba así, sin que nadie en el Gobierno sardo le dijese nada, pues todas las respuestas dadas a los cónsules españoles por Solaro eran muy amables, pero de nulo efecto.²⁷

Las quejas de unos y otros, el tono usado por el Gobierno español, que recordaba al que había usado Calatrava en su día, y el cambio en las circunstancias en las relaciones sardo-españolas, debieron influir en Solaro de tal manera que pocos días más tarde enviaba un despacho lleno de buenas palabras y en el que, aunque recordando que los gobiernos tenían derecho a hacer excepción a sus leyes generales según las circunstancias, prometía solucionar el asunto lo más rápidamente posible.²⁸

Eso no era óbice para que los carlistas siguieran contactando con el Gobierno sardo en busca de nuevos favores: en junio de 1841, Orgaz solicitaría a Solaro que el cónsul sardo en Marsella visase el pasaporte de Erro.²⁹

Tesis Doctoral, UNED, 2014, pág. 412), y en 1839 formaría parte del Estado Mayor del ejército carlista del norte (PARDO SAN GIL, Juan, "El ejército carlista en 1839", *Museo Tomás Zumalacarregui. Estudios Históricos 1 = Tomas Zumalakarregi Museoa. Azterketa Historikoak 1*, Ormaiztegui, Diputación Foral de Guipúzcoa, 1990, 151-206, pág. 15)

²⁷ ASTO, *Consolati Esteri, A-B*, 5, despacho de 21 de diciembre de 1840.

²⁸ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna* 3, despacho sin número, XLIII, 28 de diciembre de 1840. Por una vez, parece ser que Solaro decía la verdad, pues la cuestión fue solucionada sin mayores problemas (ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 720).

²⁹ ASTO, *Carte politiche diverse* 18, despacho de 8 de junio de 1841.

6.2. Los matrimonios españoles y el reconocimiento sardo (1841-1848)

La tensión entre el Reino de España y el Reino de Cerdeña siguió todavía muy viva a lo largo de los años siguientes, pues como bien había predicho Heros en el Senado, Carlo Alberto no tenía ninguna intención de reconocer a Isabel II, como no la tenía ninguna de las potencias de la Internacional Absolutista, que —por el momento, y quizá por primera vez en este tema— compartían opinión y actuación. En abril de 1841, María Cristina, ahora en el exilio, pasó brevemente por Turín, donde fue acogida de manera “*la più inospitale*”.³⁰ En febrero de 1842 se hacía evidente la estrecha relación que el Gobierno sardo mantenía con los antiguos ministros carlistas cuando Solaro recibía de Orgaz la noticia de la muerte del conde de Alcudia, en Génova.³¹ De hecho, en Cerdeña había tal concentración de carlistas, y todos ellos con generosas pensiones y con viviendas que la aristocracia de Cerdeña puso a su disposición, que al Gobierno español le entraron temores de que se estuviese creando una nueva Junta Carlista en el reino sardo. En la carta que Solaro le envió a Brignole para denegar estos rumores, nos hace una buena radiografía de la concentración de carlistas en los dominios de Carlo Alberto: Cruz Mayor, Abarca, Bourmont, Cirilo de Alameda, Alcudia, el canónigo Echeverría,³² Isidoro de Montenegro, el general Zaratiegui, el brigadier Pascual Real, el conde de Orgaz... y el mismísimo don Carlos, que en octubre de 1845, habiendo ya renunciado a sus pretensiones al trono español dejándose a su hijo, se instaló en Génova durante tres años. Fue recibido con todos los honores reales —junto con don Miguel de Portugal, que aprovechó para acercarse por el lugar— por Carlo Alberto y el zar Nicolás, que se encontraba en la ciudad, lo que obviamente le valió al monarca sardo las advertencias de miembros de su corte, que le recomendaron se dejase de gestos vacíos e irresponsables. También encontraron un buen recibimiento en Cerdeña los hijos del pretendiente, que incluso fueron admitidos como oficiales en el ejército de Carlo Alberto.³³

A romper ambos bloques —el absolutista, que se negaba a reconocer a Isabel II, y el liberal, al que llamamos bloque no sin cierta generosidad— se produjo, en los años posteriores al fin de la guerra, una serie de acontecimientos entre los que destacaría la cuestión de los matrimonios de Isabel II y de su hermana Luisa Fernanda.

³⁰ BIANCHI, *Storia documentata*, vol. IV, pp. 134-135. Tal fue el disgusto de Carlo Alberto ante la idea de tener que cruzarse con su antigua enemiga, que cuando tuvo noticia de su próxima llegada optó por salir de la ciudad y dirigirse a la isla de Cerdeña (ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 720).

³¹ ASTO, *Lettere ministri esteri Spagna 2*, despacho de 11 de febrero de 1842.

³² PASTOR ABÁIGAR, Víctor, “Juan Echeverría, cura carlista (Los Arcos, Navarra, 1794-Lyon, 1884)”, *Huarte de San Juan. Geografía e historia*, nº 13 (2006), 263-309.

³³ LEMMI, *La politica estera di Carlo Alberto*, pp. 300-303.

La actitud francesa ya había levantado ampollas en el Gobierno español durante la guerra, y no solamente en los períodos de control progresista, aunque especialmente en estos. Ahora que la nueva regencia se inclinaba de nuevo cada vez más hacia los británicos,³⁴ el descontento francés creció a tal punto que se rumoreó la existencia de un proyecto para tomar las Baleares aprovechando la instalación de la base que tanto había disgustado a Palmerston. La solución del Gobierno español, una vez más expeditiva, fue fortificar las islas y expulsar de malos modos a los franceses una vez hubo terminado el plazo de cesión de la base. A ello se le unió la presencia de María Cristina en París, a pesar de las reclamaciones españolas para que fuese expulsada. A la antigua regente, aparte de conspirar contra Espartero, se le ocurrió ofrecer la mano de su primogénita a uno de los hijos de Luis Felipe, lo cual obviamente no habría encontrado la oposición frontal del Gobierno español, sino también la del británico.³⁵

Lo que desde luego logró María Cristina fue llamar la atención sobre el problema que presentaba el matrimonio de la reina de España —y de su hermana, por el momento su heredera—, problema del que pronto se preocuparía Europa entera. O, mejor dicho, casi Europa entera, porque obviamente aquellos estados que no reconocían a Isabel II poco podían decir sobre la cuestión de su matrimonio. Este sería, de hecho, el principal flanco por el que la Internacional Absolutista empezaría a perder su firmeza.

En 1842, de hecho, se volvió a sacar por enésima vez el proyecto de casar a Isabel II con Carlos Luis, primogénito del pretendiente. Ni Gran Bretaña ni España pensaban consentir tales planes —Francia, hemos visto, hacía ya tiempo que le daba vueltas—, y al final tanto el pretendiente como María Cristina quisieron hacer ver que el plan había sido una ocurrencia de algunos de sus colaboradores.³⁶ En realidad, en enero de 1842 se había producido una reunión entre Pedro de Alcántara Álvarez de Toledo, que había sido diplomático carlista durante la guerra, y el embajador sardo en París, el marqués de Brignole. En dicho encuentro, el español le había expresado la existencia de un plan, del que María Cristina era consciente y al que había dado ya su aprobación, para realizar dicho matrimonio y “restablecer el antiguo orden de cosas por medio de un movimiento nacional”, para lo que María Cristina estaba dispuesta a donar veinte millones y retirarse posteriormente a Nápoles. Se tenía pensado establecer una Junta en París de seis miembros, tres elegidos por don Carlos y tres por María Cristina, para liderar el proyecto. Solo se requería la aprobación de don Carlos, a quien un legitimista francés le presentaría el plan

³⁴ ARMARIO SÁNCHEZ, Fernando, “Las relaciones de España y Gran Bretaña durante la regencia de Espartero (1840-1843)”, *Cuadernos de historia moderna y contemporánea*, nº 5 (1984), 137-162; RODRÍGUEZ ALONSO, “Espartero y las relaciones comerciales hispano-británicas”.

³⁵ BECKER, *Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. II, pág. 22-23.

³⁶ *Ibidem*, pág. 90. BECKER señala que también el gobierno austríaco medió en el asunto.

en los próximos días. Luis Felipe también se había mostrado favorable al plan, y trató de convencer a María Cristina, en concierto con austríacos y prusianos, de que se olvidase de las proposiciones británicas.³⁷

Tales planes no fueron a más, pero donde sí tuvieron éxito María Cristina y los franceses fue en provocar la caída de Espartero, que llevó a que se declarase mayor de edad a Isabel II en 1843. Francia y Gran Bretaña optaron por apoyar, como candidatos al matrimonio con la Reina, a Francisco, el conde de Trapani, hermano de Francisco II de Nápoles, y a Leopoldo de Sajonia-Coburgo, respectivamente. Los napolitanos, no queriendo perder semejante oportunidad, procedieron a reconocer al gobierno de Isabel II, lo que se habían negado a hacer hasta aquél momento, causando con ello gran descontento al Gobierno austríaco, que veía como el frente común absolutista empezaba a resquebrajarse.³⁸

El futuro matrimonio de Isabel II, de hecho, fue usado como ariete por el Gobierno español, que trató de tentar a Metternich para que reconociese a la Reina de España, advirtiéndole que de otro modo Francia y Gran Bretaña serían las únicas que decidirían sobre la cuestión. Incluso el conde Apponyi, embajador austríaco en París, había recibido la formación del gobierno del Marqués de Miraflores, tras la caída de Narváez, con simpatía, aunque no creía este que Viena aceptase ningún acuerdo que no pasase por el casamiento de la Reina con el ahora pretendiente carlista, el hijo de don Carlos.³⁹

A las inclinaciones naturales de Carlo Alberto favorables al carlismo se unía, pues, la unidad del frente absolutista⁴⁰ y el temor a provocar una respuesta negativa de Viena —como había ocurrido ya durante la guerra en España con el tema del reconocimiento del pretendiente—. Solo un terremoto político a escala europea podría hacerle cambiar de opinión, o más bien forzarle a cambiar de actitud. Y así llegamos a las revoluciones de 1848. Las convulsiones que en febrero de 1848 habían causado la caída de Luis Felipe, pronto se dejaron sentir también en Italia: primero en los dominios de los Habsburgo, en marzo, y después en el resto de Italia. Se habían iniciado, de hecho, en enero, en Sicilia, y poco después en Roma. Los intentos de reprimir la revolución fueron infructuosos, y el rey de Nápoles debió acabar concediendo una carta otorgada. El eco de lo ocurrido en Nápoles se oyó pronto en Turín y Génova. Carlo Alberto, que recibió el *consejo* tanto de Palmerston como de los sectores liberales sardos, declaró que hasta

³⁷ BIANCHI, *Storia documentata*, vol. IV, pp. 143-145.

³⁸ BECKER, *Historia de las relaciones exteriores de España*, vol. II, pp. 42-45, 89 y ss.

³⁹ *Ibidem*, pp. 97-98. La caída de Miraflores tras poco más de un mes de gobierno abortaría el plan.

⁴⁰ Aunque volvería a sufrir un nuevo quebranto con el restablecimiento de relaciones entre España y el Vaticano tras la muerte de Gregorio XVI (*Ibidem*, pp. 145-147).

que no viese las calles llenas de gente no aceptaría reflexionar sobre ello. Dicho y hecho, las protestas se dejaron oír en Turín y a Carlo Alberto y su Gobierno no les quedó más remedio que redactar a toda prisa una carta otorgada, que vendría a conocerse como el *Statuto Albertino*, si no querían correr el riesgo de que otros redactasen no ya una carta, sino una auténtica Constitución.⁴¹

Dejando de lado otras cuestiones, como los esfuerzos para tratar de unificar Italia bajo su corona y la lucha contra Austria, en lo que afectaba a España fue el cambio desde luego notable. El gobierno de Cesare Balbo, el primero de la Cerdeña del *Statuto*, llegó al poder en marzo de 1848. El 21 de mayo, tras el reconocimiento de Isabel II, el Reino de Cerdeña aceptaba a Juan Nebiet como embajador español en Turín, mientras que Alberto Lupi di Montalto llegaba a España como representante de Carlo Alberto, poniendo punto y final a una década de conflicto diplomático.⁴²

⁴¹ BROFFERIO, Angelo, *Storia del Piemonte dal 1814 ai giorni nostri*, Turín, Pompeo Magnaghi, 1849-1853, 5 vols., vol. III, pp. 21-34.

⁴² SCOTTI DOUGLAS, *Spagna e regno di Sardegna*, pág. 96.

7. Conclusiones

7.2. Cerdeña, líder de la facción ultra en la Internacional Absolutista

Que Austria y Rusia se implicaron en la guerra civil en España está fuera de toda duda. Hemos comprobado cómo ambos estados realizaron esfuerzos considerables para hacer llegar al carlismo ayudas económicas para que éste pudiera mantener en pie la fuerza militar necesaria para seguir la lucha. De Rusia incluso se llegó a decir que, si no hubiese hecho llegar una nueva remesa de dinero al carlismo en otoño de 1837, el ejército del pretendiente se habría visto obligado a disolverse.

¿Fueron estas dos potencias, como decía el memorándum de Pareto, las que llevaron al Reino de Cerdeña a adoptar medidas que acabarían, al romperse las relaciones comerciales, dañando sus intereses? Según lo visto hasta ahora, no creemos que tal afirmación se sostenga en absoluto. Antes al contrario, en muchas ocasiones hemos comprobado las reservas que los gobiernos austríaco y ruso —en el caso de Metternich, muchas veces abierto desprecio— mostraban hacia el pretendiente y el carlismo. Unos y otros pensaban que España estaba demasiado lejos para intervenir en ella, o que una intervención tendría como resultado provocar a Luis Felipe a hacer lo propio en favor de Isabel II, o, en definitiva, que don Carlos no era alguien en quien se pudiesen depositar grandes esperanzas. Eran los sardos los que presionaban y se desesperaban ante la inacción de sus conmitones, era Carlo Alberto el que siempre intentaba ir un paso más allá, con el doble objetivo de forzar a los demás a seguirle, y de ocupar él la posición preeminente en el escenario europeo que, creía, obtendría cuando su reino fuese el principal responsable de la victoria del absolutismo en España, a la que seguirían Portugal y Francia.¹ El tema del reconocimiento de don Carlos, de hecho, es la primera y más fuerte fricción entre los miembros de la Internacional Absolutista: Cerdeña se mostró dispuesta desde el primer momento a reconocer al pretendiente, pero sabía que no podía hacerlo a menos que Austria lo hiciera antes. La negativa austríaca a otorgar tal reconocimiento, que Metternich dejaría claro que ni tan siquiera dependía de una eventual toma de Madrid, sino de la creación de una administración estable y aceptable para los miembros de la Santa Alianza —que habían ya *recomendado* a don Carlos en más de una ocasión que si llegaba al trono debía optar por políticas conciliadoras, y no por una represión que escandalizase a toda Europa—, dejaría a

¹ Esa había sido de hecho la gran esperanza del legitimismo francés, que don Carlos, habiendo ocupado el trono de España, liderase la guerra contra Luis Felipe en la que le acompañaría el Mediodía francés (FITZPATRICK, Brian John, *Catholic Royalism in the department of the Gard, 1814-1851*, pp. 204-205). Vistas las estrechas relaciones de Carlo Alberto con los legitimistas franceses, se hace difícil pensar que no estuviese al corriente de sus planes, o si más no, que de haber estos fructificado, se habría unido con gran entusiasmo a una guerra contra Francia.

Cerdeña en una especie de tierra de nadie: la principal valedora de don Carlos, que no podía reconocerle como rey.

Baste un llamativo ejemplo para despejar cualquier duda de la posición ultra de Carlo Alberto entre las potencias absolutistas: Con mayor o menor acierto, con planes más o menos fantásticos, en algún momento del conflicto español todos y cada uno de los estados absolutistas reflexionaron sobre la necesidad de llegar a un pacto para finalizar la guerra. Se tenía que encontrar alguna vía, ya fuese un matrimonio, o cualquier otro tipo de transacción, para que toda Europa llegase a un acuerdo por el que se terminase la guerra en España. Semejante posibilidad jamás fue aceptada ni en una ocasión por ningún agente de Carlo Alberto. Incluso cuando el mismo pretendiente, que inicialmente también había rechazado la idea de llegar a ningún pacto con el Gobierno de María Cristina, había cedido y se mostraba ya dispuesto a buscar una salida negociada a la guerra. Es más, después de los fusilamientos de Estella, encontramos a un Carlo Alberto que se lamenta de que la victoria carlista ya no podría ser total, y debería pasar necesariamente por un pacto.²

Atrapados entre Austria y Francia —y con Gran Bretaña en el frente marítimo—, los sardos deberían tratar de estirar la cuerda del conflicto con España hasta el límite, sin llegar a ser ellos los que la rompieran oficialmente. Acabarían así aislándose del resto de estados europeos.

La naturaleza misma de la Internacional Absolutista, y el papel que realmente representó en la guerra en España, uno de los temas a los que se ha hecho alusión en este trabajo, es posiblemente una de las vías de investigación que mayor interés puedan tener para futuros estudios. Del legitimismo francés a la Rusia zarista, pasando por Holanda,³ Módena o algunos principados alemanes, hemos comprobado cómo el absolutismo europeo estableció redes de colaboración a nivel internacional. Se coordinó el envío de materiales de guerra, de ayudas económicas, y de voluntarios extranjeros, que tuvieron un papel bastante destacado en el ejército carlista, ya fuese como mandos o consejeros militares, o como diplomáticos, por su larga experiencia militar y administrativa. El objetivo de esta organización paneuropea no era meramente el de ganar la guerra en un país concreto, sino el de derrotar al liberalismo en todos

² Y si alguno de sus embajadores trató de rebajar la tensión, su destitución fue casi inmediata, como le ocurrió en agosto de 1837 a d'Aglié, embajador sardo en Londres (SALATA, *Carlo Alberto inedito*, pp. 346-347; LEMMI, *La politica estera di Carlo Alberto*, pp. 292-295).

³ La participación holandesa en la Internacional Absolutista requerirá sin duda una especial atención en el futuro. Un estado no estrictamente absolutista, alineándose en oposición a Francia, que había colaborado con el independentismo belga unos pocos años antes. Hemos visto que Guillermo de Holanda no envió fondos a don Carlos por mero altruismo, sino que pedía garantías que los absolutistas finalmente no pudieron concederle. Sería interesante qué garantías solicitaba Holanda, y si hubo en el gobierno holandés alguna tensión fruto de esta alineación de su monarca.

los frentes, mantener la estabilidad de los regímenes absolutistas ante la amenaza subversiva, y garantizar una vuelta a la situación política anterior a las revoluciones. Cada estado colaboró, en la medida de sus posibilidades —y algunos mucho más allá de ellas—, ya fuese mediante apoyo moral y diplomático, económico, o militar. Si algunas corrientes historiográficas han tendido a menospreciar el apoyo absolutista que el carlismo recibió —y a su vez, a magnificar el apoyo liberal que recibió el Gobierno, que hemos visto que en muchos casos ni tan siquiera fue tal—, la realidad es que la importancia del apoyo que el absolutismo europeo brindó al carlismo fue en nuestra opinión fundamental, a partir del verano de 1835, para que el carlismo lograra resistir e incluso pensar en ganar la guerra en los años siguientes. De la importancia del apoyo extranjero para el carlismo hablaremos en breve. Sería por tanto interesante verificar la cantidad y calidad de las ayudas que el resto de potencias absolutistas concedió realmente al carlismo, algo que ya se ha empezado a estudiar anteriormente, pero que, a la vista del extremo al que tales ayudas llegaron en el caso del Reino de Cerdeña, seguramente conviene estudiar todavía con mayor profundidad. Aunque es poco probable que ningún otro país llegase a igualar la implicación sarda en España, todos los indicios apuntan a que otros estados europeos, en Italia y en otras latitudes, también participaron en el apoyo al carlismo.

7.3. Carlo Alberto, campeón del absolutismo europeo

Carlo Alberto apoyó al legitimismo francés, incluida su implicación en los fallidos intentos insurreccionales de la duquesa de Berry —a la que había conocido personalmente cuando estuvo en París en su juventud—. Carlo Alberto apoyó al miguelismo portugués, como mínimo acogiendo al pretendiente cuando este salió de Portugal tras perder la guerra y concediéndole generosos donativos. Y no sería nada extraño que hubiese contribuido a la causa miguelista también con armas y dinero, otra de las vías de investigación que sería interesante retomar en el futuro. El Reino de Cerdeña se convirtió en cuartel general del miguelismo, y sus agentes encontraron en los dominios de Carlo Alberto un lugar seguro en el que planear sus expediciones hacia Portugal. A tal punto llegó la tensión que, al igual que ocurriría después con España, se llegaron a romper las relaciones tras toda una serie de provocaciones sardas que culminaron con la llegada de la princesa de Beira a Turín. La única diferencia con el conflicto sardo español fue la reacción británica, mucho más expeditiva que la que tuvo cuando era España el objetivo sardo, y que llevó a una rápida solución del conflicto con Portugal, al menos oficialmente. Y Carlo Alberto apoyó, desde luego, al carlismo en España.

Los motivos del apoyo del monarca sardo al absolutismo europeo pueden parecer un *misterio* si uno opta por tomar acriticamente la visión que algunos sectores de la historiografía italiana han dado tradicionalmente de Carlo Alberto: un monarca en el que el germen del ideario liberal y reformista —incluso democrático— y de la libertad nacional italiana se encuentran desde su juventud, y que en todo caso tuvo que transigir inicialmente con unos ministros absolutistas que fueron quienes realmente condujeron la política sarda antes de 1848, o que se empeñó por su afán caballeresco en defender a aquellos monarcas cuya legitimidad Carlo Alberto consideraba como la única auténtica. Como podemos comprobar, exactamente lo mismo que se reproducía ya en el memorándum Pareto, aunque aplicado tanto a la política interna como a la externa.

El misterio cae por su propio peso: en una monarquía absoluta manda el rey, y no sus ministros. Carlo Alberto era, en definitiva, un anti liberal convencido, insertado en un sistema absolutista que cubría buena parte de Europa, y luchaba por el mantenimiento de dicho sistema, siendo consciente de que cualquier amenaza al absolutismo en un país era un peligro para el absolutismo en el resto de Europa. La teoría del dominó, que tanta fortuna haría en la Guerra Fría, se había inventado en realidad mucho antes —y no es la única semejanza entre la Europa del conflicto revolución-anti revolución y la Europa del conflicto capitalismo-comunismo—. Carlo Alberto participaba plenamente de dichas ideas.

Tenía desde luego motivos para sospechar de las conjuras. Su confusa participación en la revolución de 1821 le había ya advertido de los peligros que le podía suponer mezclarse con el liberalismo italiano. A las pocas semanas de llegar al trono, en el verano de 1831, Carlo Alberto dejó muy claro cuál iba a ser su política hacia el liberalismo: por todo el Reino se produjeron una serie de ejecuciones públicas que marcarían la actitud de los liberales hacia el nuevo monarca sardo.¹ Los liberales exiliados italianos encontraron en la Península Ibérica —que tras la revolución de 1820 y la influencia de la Constitución en Italia se había convertido en una especie de mito para el liberalismo subalpino—, y en Francia tras la llegada de Luis Felipe al trono, el principal refugio desde el que empezar a pensar en nuevas acciones en suelo italiano, y en el que tomaron parte activa en las guerras civiles que iban a sacudir Portugal y España.²

En realidad, Carlo Alberto no necesitaba ninguna excusa ni a nadie que lo empujara a actuar como lo hizo, porque su política exterior se puede explicar perfectamente por su ideología. Como dijo Narciso Nada:

Molti storici della corrente sabaudista ed anche altri della corrente avversaria — lo stesso Brofferio— insistono nel sottolineare le responsabilità del Solaro, e ritengono che a lui debba essere attribuita la colpa della politica estera reazionaria svolta da Carlo Alberto. Questo giudizio non può essere accolto perché, in regime assoluto, il sovrano è pienamente libero di accettare o di respingere i progetti dei suoi ministri. Del resto già Carlo Alberto aveva imbastito sul piano europeo una politica legittimista prima di scoprire il Solaro. Inoltre fu proprio Carlo Alberto a scegliersi il Solaro come ministro degli Esteri facendolo addirittura balzare, dalla posizione secondaria di ministro plenipotenziario a Madrid, a quella di primissimo piano sopra indicata, benché molti altri diplomatici e uomini di Stato, per anzianità di servizio e per l'attività svolta in precedenza, potessero più di lui aspirare giustamente a quella carica.³

Que la elección de Solaro se debió exclusivamente a que sus ideas coincidían con las del rey, y que Carlo Alberto encontró en él a alguien que le decía justamente lo que quería oír —que la

¹ CAPPELLETTI, *Storia di Carlo Alberto*, pág. 155 y ss.

² La aportación del exilio liberal italiano a las guerras civiles ibéricas ha sido estudiado de manera algo aislada (PALAMENGGI-CRISPI, Tommaso (ed.), *“Gli italiani nelle guerre di Spagna”, Il Risorgimento italiano. Rivista storica*, nº VII (1914), 45-121, 161-208; MUGNAINI, *Italia e Spagna nell'età contemporanea*, pag. 132-133, 152-174; PULVIRENTI, *Il presagio spagnolo*, pág. 260 y ss.). Román GARRIDO ha publicado recientemente un trabajo donde se comprueba como buena parte del personal italiano de los Cazadores de Oporto lo formaban liberales piemonteses que se habían visto obligados a huir de Italia tras fracasar sus conspiraciones (*Piemonteses y genoveses en la Primera Guerra Carlista*, Museo Zumalacarregi, en línea [\[http://www.zumalakarregimuseoa.eus/es/actividades/investigacion-y-documentacion/investigaciones/piemonteses-y-genoveses-en-la-primera-guerra-carlista\]](http://www.zumalakarregimuseoa.eus/es/actividades/investigacion-y-documentacion/investigaciones/piemonteses-y-genoveses-en-la-primera-guerra-carlista)). Los hermanos Durando e Ignazio Ribotti, por ejemplo, habían formado parte de la sociedad secreta *Cavalieri della libertà*, en la que también tomó parte Angelo Brofferio (ROMEO, Rosario, *Dal Piemonte sabauda all'Italia liberale*, pág. 46). En febrero de 1837 el Gobierno Calatrava dijo haber impedido el embarque de exiliados italianos en Barcelona con el objetivo de tratar de sublevar Cerdeña (ROSSELLI, *Inghilterra e regno di Sardegna*, pág. 676), aunque existen serias dudas sobre si realmente existieron tales planes.

³ NADA, Narciso, *Dallo Stato assoluto allo Stato costituzionale*, pág. 46.

revolución amenazaba a Europa entera, que era responsabilidad de cualquier monarca sensato oponerse a ella con todas sus armas, y que si Carlo Alberto lograba pararle los pies a los revolucionarios en Portugal, España o Francia, convertiría al Reino de Cerdeña en el más prestigioso de los estados europeos— la compartimos plenamente. Pero es todavía más importante destacar el hecho de que, en efecto y como hemos comprobado, Carlo Alberto ya había iniciado su apoyo al carlismo mucho antes de que Solaro llegase al Gobierno sardo, o presentase sus planes de otoño de 1834. El apoyo que el conde de España recibió en 1833, antes incluso de la muerte de Fernando VII, podría explicarse como solidaridad entre antiguos colegas de guerra, habiendo participado Carlo Alberto junto al conde en la invasión de 1823, si no fuese porque conocemos las inclinaciones carlistas sardas incluso desde 1832, con Solaro tratando de colaborar en todo lo posible con los golpistas de La Granja, y con el conocimiento, y asentimiento, del Gobierno de Carlo Alberto. Pero si alguna duda cabía, el desembarco de Romagosa en septiembre de 1834 las despejó completamente: organizado en territorio sardo, pagado con dinero sardo, y transportado el mismo Romagosa en un buque sardo. El gobierno sardo se alineó con la facción ultra del absolutismo español en su lucha contra la moderada desde el primer momento —y podría ser interesante revisar los contactos que el mismo Carlo Alberto estableció con otros de los líderes de dicha facción durante su presencia en España en 1823—, y posteriormente los acompañó en su oposición al liberalismo. Los distintos movimientos y cambios en el Gobierno español, fruto de las vicisitudes de la revolución liberal española, pudieron modular la intensidad de la intervención sarda en España, tanto como la condicionaron los éxitos y fracasos militares carlistas —cuanto más cercana se consideraba la victoria de don Carlos, mayor implicación sarda, y viceversa—, pero no deberían quedar muchas dudas de que el objetivo fue, ya antes de que empezase la guerra civil, ver a don Carlos instalado en el trono de España y a esta gobernada por el absolutismo.

Carlo Alberto deseaba la guerra con España. La buscó con ahínco. Aunque algunos investigadores hayan negado o matizado las posibilidades y la voluntad de que estallase un conflicto bélico entre ambos estados, no es esa, a nuestro parecer, la impresión que se puede extraer de la documentación aportada. No es la impresión que nos da el memorándum Pareto, cuando menciona que era de ilusos creer que las múltiples provocaciones sardas no tendrían una respuesta contundente por parte de España; no es la impresión que nos da Foster, el embajador británico en Turín, cuando menciona que la guerra estuvo mucho más cerca de lo que nadie hubiese creído; no es la impresión que nos da el mismo Solaro, cuando en su *Memorandum* no se explicaba cómo era posible que España no hubiese acabado declarando la guerra al Reino de Cerdeña; y desde luego no es la impresión que nos da el mismo Carlo Alberto,

interesándose por la postura que adoptaría Gran Bretaña en caso que estallase una guerra en la que España fuese la agresora, viajando a Génova para preparar sus fortificaciones y ordenar que se preparasen buques de guerra para zarpar, ni advirtiendo a los gobiernos francés y británico que en caso de que España atacase su reino, procedería a enviar dinero y armas al carlismo e incautaría los bienes españoles en Cerdeña. Da la impresión, más bien, de que el monarca sardo era consciente de que la guerra se encontraba a punto de empezar, y se estaba preparando para ella. Lo único que necesitaba era que fuese España la primera en atacar, para lo que optó por una política de creciente tensión y provocaciones con el Gobierno de Madrid, aprovechando la llegada al mismo de Calatrava, quien se mostraría a su vez bastante más intransigente con los sardos que ningún presidente del Consejo anterior, o posterior. El objetivo de lograr entrar en guerra con España quedará claro en un momento, pero primero debemos hablar de qué supuso para el carlismo español la intervención sarda en la guerra civil, y en qué situación se encontraba en el momento del rompimiento sardo-español.

7.3. El carlismo, sufragáneo de la intervención extranjera

La historiografía tradicionalista ha mantenido que la importancia y perduración del carlismo en España se explica por su carácter popular. Que si la revuelta logró poner en jaque al liberalismo español durante la guerra civil de 1833-1840 (y las posteriores), fue en buena parte porque era esta la opción del *pueblo* español, mientras que el liberalismo, más allá de una minoría en España, contó solo con el apoyo de Francia y Gran Bretaña, que fueron al fin y al cabo las principales responsables de que el pretendiente —que habría contado con el escaso entusiasmo de las potencias absolutistas como única ayuda externa, si bien en muy reducidas cantidades— finalmente perdiese la guerra. Creemos que, con lo visto hasta ahora, tal explicación no se sostiene.

Por lo que a las ayudas del absolutismo europeo al carlismo se refiere, creemos que queda fuera de toda duda que estas, lejos de ser pobres y aisladas en el tiempo, fueron continuas, y en cantidades más que notables. Hemos centrado nuestro estudio únicamente en el Reino de Cerdeña, y hemos podido comprobar con creces cómo Carlo Alberto dedicó ímprobos esfuerzos, y enormes cantidades de dinero, a ayudar en todo lo posible al carlismo: se organizó el envío de fondos y armas, se permitió a los agentes carlistas reunirse en sus dominios y preparar expediciones, se les facilitó la vuelta a España para incorporarse a las fuerzas del pretendiente y se buscó cuando se consideró oportuno el enfrentamiento directo con España.

Pero es que, de atender a los mensajes y peticiones que el carlismo hacía llegar a la Internacional Absolutista, tenemos que empezar a plantearnos que el carlismo, lejos de ser un movimiento autosuficiente que se mantuvo gracias al apoyo popular, dependió en gran medida, por no decir completamente, de las aportaciones que le llegaron desde el extranjero para mantener la lucha. En nuestra opinión, el carlismo contó con un primer impulso, que le llevó a algunos éxitos militares y a plantearse la posibilidad de una victoria en la guerra. El desastre de verano de 1835, con el sitio de Bilbao y la batalla de Mendigorriá, acabaron con el carlismo como fuerza operativa capaz de llevar la ofensiva en la guerra. Lo que ocurrió a finales de 1837 —el cerco del carlismo en las Provincias Vascongadas, sin que este tuviera posibilidades de realizar nuevas operaciones militares hasta el fin de la guerra— podría haber ocurrido en la segunda mitad de 1835, o incluso peor, pues el carlismo ni tan siquiera habría contado con la ocupación de parte de Cataluña, ni Cabrera había establecido todavía su administración en el Levante español, como ocurriría en 1837. Solo las ayudas que recibió el pretendiente de las potencias absolutistas, fruto de las desesperadas peticiones de sus agentes, que presentaban a un carlismo al borde del desastre a menos que recibiese fondos, evitaron que la guerra entrase en su fase final en 1835. Todas las operaciones que el carlismo iniciaría a partir de ese momento, y muy especialmente la

expedición de don Carlos en 1837, se financiaron con dinero extranjero. Igualmente, el carlismo solo sobrevivió al fracaso de dicha expedición, gracias a la inyección de fondos de los absolutistas de toda Europa.

La expedición de 1837 es especialmente interesante, y nos permite introducir dos temas que nos parecen de gran importancia: la naturaleza del carlismo catalán y la cuestión de la guerra con Cerdeña.

Tal como la historiografía tradicionalista española ha defendido el carácter popular del carlismo, lo mismo ha hecho no solamente la historiografía tradicionalista catalana, también otras tendencias que, a pesar de apartarse del tradicionalismo, han aceptado que Cataluña fue un país carlista. Esta visión, muy contestada por estudios más recientes, nos parece ahora haber quedado todavía más discutida, cuando comprobamos que hasta que en 1837 los sardos no se dedicaron seriamente a financiar la organización de una expedición militar carlista desde Francia, que debía traspasar la frontera y ocupar importantes ciudades catalanas, el carlismo catalán puede reducirse en realidad a partidas guerrilleras. Estas, con mayor o menor éxito, lograron ocupar un importante número de fuerzas militares gubernamentales, pero desde luego no establecieron jamás el control sobre ningún territorio que no ocupasen dichas partidas, y solo temporalmente. Si a eso le añadimos que los principales personajes de lo que se convertiría en el carlismo catalán habían encontrado refugio en Turín, y de allí se dirigieron a Cataluña, y muy especialmente el omnipresente Bartolomé Torrabadella, al que encontramos en Turín negociando la participación sarda en la adquisición de fusiles para la expedición; en el sur de Francia, tratando con los traficantes de armas franceses —y aprovechándose sin ninguna duda de los contactos que el legitimismo francés, que también contaba con el apoyo sardo, tenía con ellos—; y finalmente, en Cataluña, liderando a los *universitarios*, a la Junta carlista, y prácticamente a todos los demás órganos de administración carlista, pocas dudas pueden quedarnos de que, sin la contribución de Carlo Alberto, el poder carlista en Cataluña, tal como lo conocemos a partir de 1837, difícilmente habría existido.

En 1836-1837, por tanto, encontramos a los sardos financiando la organización de dos expediciones militares carlistas: por un lado, la que debía establecer una base en Cataluña; por el otro, la que debía dirigirse a Madrid con el pretendiente a la cabeza, y que, para sorpresa de algunos, después de haber entrado en Aragón, se dirigió no hacia la capital, sino hacia Cataluña. Una vez allí, traspasó a las fuerzas militares carlistas del Principado numerosos refuerzos, y continuó su marcha hacia Madrid, fuese ese el plan inicial o bien, como decía Sambuy a sus superiores, hubiese sido el objeto de la expedición establecer el nuevo cuartel general carlista

en Cataluña, aunque la derrota de Gra fue la evidencia de que el carlismo en Cataluña todavía necesitaría un tiempo para solidificarse. Dos de las patas del plan sardo carlista ya se habían desplegado, faltaba ahora la tercera.

No nos parece ninguna casualidad que el conflicto entre España y Cerdeña llegase en estas mismas fechas a su mayor intensidad, con el rompimiento de relaciones y la amenaza de guerra. La fijación de Carlo Alberto con Cataluña existía ya desde 1834. Obviamente, cualquier intervención militar sarda en España tendría las mayores facilidades y probabilidades de éxito si se produjese en territorio catalán, tan cerca de las costas sardas. Y por supuesto, dicha intervención se produciría en una Cataluña que, hipotéticamente, habría sido ya conquistada por unas renovadas fuerzas carlistas salidas del norte gracias al dinero sardo, que realizarían un movimiento de pinza sobre Cataluña —desde Aragón y Francia— y la convertirían en la nueva capital de don Carlos. En el mismo momento en que Carlo Alberto recibió noticias que el pretendiente había cruzado el Ebro, realizó un nuevo esfuerzo para tratar de obtener el reconocimiento de don Carlos por parte de las potencias absolutistas. Si añadimos a eso la serie de provocaciones contra España que adoptó, nos parece bastante claro qué es lo que pretendía Carlo Alberto: lograr que el Gobierno español declarase la guerra a Cerdeña, lo que evitaría una intervención naval británica, al menos de la envergadura que se produciría si era él quien agredía a España; y proceder a un desembarco sardo en las costas catalanas, ocupadas ahora por el carlismo. Con el plácet de Austria —el teórico y tan esperado reconocimiento de don Carlos, que Carlo Alberto habría emulado inmediatamente—, y con el establecimiento de una base de operaciones en Cataluña, los sardo-carlistas seguramente habrían podido dar un vuelco decisivo a la guerra civil española. Y Carlo Alberto se habría podido presentar como el principal responsable del triunfo del carlismo. La falta de colaboración de Metternich, y el fracaso de los carlistas, abortaron el plan, y una vez más Carlo Alberto se encontró burlado y aislado.

Todavía se recibió una nueva tanda de ayudas internacionales en 1838, sin las que el carlismo no habría logrado mantenerse en pie. Mantenerse en pie y nada más, lo que acabó por agotar la paciencia del absolutismo europeo, incluso del más firme defensor de don Carlos, el rey de Cerdeña. El fin de las ayudas, y el gasto de las que se habían recibido sin lograr con ello organizar una nueva ofensiva militar, convenció a Maroto de dar el golpe de mano y disolver la *camarilla* de la corte carlista, pues era más que evidente que la victoria por las armas del carlismo era ya imposible. Optó entonces por retomar unas negociaciones que muchos sectores militares del carlismo buscaban ya desde finales de 1837, cuando deseaban la intervención francesa para terminar la guerra con una cierta honra. Si en 1837 estos primeros intentos de acabar con la guerra se habían abortado por la llegada de nuevas ayudas que lograron financiar durante un

tiempo más la guerra —lo que demuestra una vez más que sin esas ayudas seguir con la guerra era imposible—, el hecho de que su fin en 1839 —1840 para Cataluña— llegase casi inmediatamente después de que la Internacional Absolutista interrumpiese la inyección económica al carlismo reafirma todavía más hasta qué punto este movimiento había venido a depender del dinero extranjero. Acabadas las ayudas internacionales, se terminaba la guerra y Maroto tenía las manos libres para negociar un acuerdo que le beneficiase.

Consideramos haber enmarcado el carlismo en la red absolutista que se formó a principios del siglo XIX en Europa, que abarcó a todos los movimientos reaccionarios del continente, desde el legitimismo francés⁴ al zar de Rusia. Las contribuciones de la red absolutista tuvieron una importancia fundamental en la prolongación de la guerra civil en España, permitiendo al carlismo mantener a sus fuerzas militares en pie a pesar del agotamiento de los recursos en los territorios ocupados, y a su incapacidad para realizar ofensivas que les permitiesen ocupar otros nuevos.

De entre los monarcas absolutistas europeos, Carlo Alberto de Cerdeña se destacó como uno de los más ardientes defensores de la contra revolución, y un firme apoyo de don Carlos, hasta el punto de planear la guerra con España. Lo hizo no por influencia de sus ministros, ni por una pretendida caballerosidad. Lo hizo por sus firmes convicciones absolutistas, que le llevaban a considerarse como un dique contra la amenaza revolucionaria, y también por el interés propio de cualquier monarca absolutista, que aprovechaba cualquier ocasión para extender su influencia y sus dominios, ya fuese colaborando en el establecimiento de regímenes absolutistas en Francia, España o Portugal, que le debiesen a él su existencia; ya fuese más adelante atacando a Austria para tratar de ampliar sus dominios en el norte de Italia. Para ello, optará por una política exterior peligrosa, que le colocará en una precaria situación en muchas ocasiones, y le enfrentará tanto a aliados como a enemigos. Su fracaso final se deberá tanto a haber ignorado el contexto internacional en el que se movía, pues pocos monarcas europeos se mostrarán tan dispuestos como él a iniciar una guerra, y a su desconocimiento de la situación en España, que le llevará a sobrevalorar la popularidad del carlismo y su capacidad para ganar la guerra. Ante la evidencia de que había recaído sobre sus hombros la responsabilidad de mantener a don Carlos y su ejército, acabará abandonándolos, lo que significará el fin de la guerra.

⁴ Cuyo vínculo con el carlismo español se extendería considerablemente en el tiempo, como ha demostrado recientemente Alexandre DUPONT (*Une Internationale blanche. Les légitimistes français au secours des carlistes (1868-1883)*), Tesis Doctoral, Université Paris-1, Universidad de Zaragoza, 2015).

8. Bibliografía y fuentes

8.1. Fuentes archivísticas

Archivo Histórico Nacional

Sección Estado: Legajos 5727, 5730, 8290, 8325, 8347.

Archivo di Stato di Torino

Materie politiche per rapporto all'estero

Carte politiche diverse: Legajo 18.

Consolati esteri per A e B: Legajo 5.

Consolati nazionali Barcellona: Legajos 3, 4.

Consolati nazionali Bordeaux: Legajo 1.

Istruzioni agli ambasciatori: Legajo 3.

Lettere ministri esteri Spagna: Legajos 1, 2, 3.

Lettere ministri Spagna: Legajos 112, 113, 114, 115, 116, 122.

Missioni diplomatiche speciale e temporarie: Legajo 3.

Negoziazioni Spagna: Legajo 4.

Polizia Miscellanea: Legajo 1.

8.2. Publicaciones periódicas

Diario de Sesiones de Cortes, Senado

El Correo Nacional

El Español, diario de las doctrinas y de los intereses sociales

El Restaurador Catalán

El Vapor. Periódico político, literario y mercantil de Cataluña

Gaceta de Madrid

Gazzetta di Genova

Gazzetta Piemontese

Le Constitutionnel

8.3. Publicaciones de la época

[MAISTRE, RODOLPHE DE], *Simple récit des événements arrivés en Piémont dans les mois de mars et d'avril 1821. Par un officier piémontais*. Paris, Mèquignon, 1822.

ALBERTI, MARIO DEGLI, *La politica estera del Piemonte sotto Carlo Alberto secondo il carteggio diplomatico del conte Vittorio Amedeo Balbo Bertone di Sambuy, ministro de Sardegna a Vienna (1835-1846)*. Turín, Fratelli Bocca, 3 vols. 1914-1919.

ALFIERI, CONSTANZA, *Souvenirs historiques de la Marquise Constance d'Azeglio née Alfieri tirés de sa correspondance avec son fils Emmanuel avec l'addition de quelques lettres de son mari le Marquis Robert d'Azeglio de 1835 á 1861*. Turín, Bocca, 1884.

APPONYI, RUDOLF, *Ving-cinq ans á Paris (1826-1850). Journal du Comte ... attaché de l'ambassade d'autriche á Paris*, Paris, Plon-Nourrit, 4 vols. 1913-1926.

ARIZAGA, JOSÉ MANUEL DE, *Memoria militar y política sobre la guerra de Navarra, los fusilamientos de Estella, y principales acontecimientos que determinaron el fin de la causa de D. Carlos Isidro de Borbón*, Madrid, Vicente de Lalama, 1840.

AUGUET DE SAINT-SYLVAIN, LOUIS XAVIER, *Un chapitre de l'histoire de Charles V*, París, La Mode, 1835.

BARRÈS DU MOLLARD, ALPHONSE, *Mémoires sur la guerre de la Navarre et des provinces basques, depuis son origine en 1833, jusqu'au traité de Bergara en 1839*, Paris, Dentu, 1842.

CLAUSEL DE COUSSERGUES, JEAN-CLAUDE, *Nouvelles considerations sur la succession d'Espagne et sur la convocation des cortès au 20 juin 1833*, Paris, Pihal de la Forest, 1833.

CUSTINE, ROBERT DE, *Les borbons de Goritz et les borbons d'Espagne*, Paris, Ladvoat, 1839.

Diálogo histórico-legal sobre el modo de suceder en La Corona de España, Perpiñán, J. Alzine, 1833.

Documens relatifs aux differends entre la cour de Sardaigne et le gouvernement de Madrid, s. l., s. e., 1837.

El chasco de los pretendientes, ó sea la disolución del congreso de Toeplitz. Drama político en tres actos, Barcelona, Oliva, 1835.

ENCIMA Y PIEDRA, VICTORIANO DE, *De los sucesos del Real sitio de san Ildefonso o la Granja, a fines del año de 1832; de las disposiciones tomadas por el ministerio que se nombró en 1 de octubre del mismo año; y de las causas inmediatas del estado actual de España*. París, Librería de Rosa, 2 vols. 1837.

Fastos españoles ó efeméridas de la guerra civil desde octubre de 1832, Madrid, Ignacio Boix, 1839.

GENTILE, GIOVANNI (ed.), *Lettere di Carlo Alberto a Ottavio Thaon di Revel*. Milán, Treves, 1931.

GOEBEN, AUGUSTO VON, *Cuatro años en España (1836-1840) Los carlistas: su levantamiento, su lucha y su ocaso. Esbozos y recuerdos de la guerra civil*, Pamplona, I. Príncipe de Viana – Diputación Foral de Navarra, 1966.

HENNINGSEN, CHARLES FREDERICK, *The Most Striking Event of a twelvemonth's campaign with Zumalacarregui in Navarre and the Basque Provinces*, Londres, Murray, 2 vols. 1836.

LEMMI, FRANCESCO, “Carlo Alberto e Francesco IV (Lettere inedite)”, *Il Risorgimento Italiano*, nº XX fasc. IV (1927), 305-373.

LICHNOWSKY, FÉLIX, *Recuerdos de la Guerra Carlista 1837-1839*, Madrid, Espasa-Calpe, 1942.

MARLIANI, MANUEL DE, *Reseña de las relaciones diplomáticas de España, desde Carlos I hasta nuestros días*, Madrid, Suarez, 1841.

MASSABÒ RICCI, ISABELLA, *L'epistolario di un Re. Carlo Alberto a Maria di Robilant 1827-1844*, Turín, UTET, 1999.

Mémoires documents et écrits divers laissés par le Prince de Metternich, chancelier de cour et d'état, Paris, Plon y C^a, 8 vols. 1880-1884.

MONTI, ANTONIO (ed.), *Le “Réflexions historiques”*, Módena, Società Tipografica Modenese, 1936.

PANDO FERNÁNDEZ, MANUEL, *Memorias para escribir la historia contemporánea de los siete primeros años del reinado de Isabel II. Por el marqués de Miraflores, conde de Villapaterna, grande de España, ministro plenipotenciario de S. M. C. en Londres en el año 1834, embajador extraordinario en Londres y París en los años 1838, 1839 y 1840, prócer y senador en las épocas desde 1834 á 1841*, Madrid, viuda de Calero, 1843.

Panorama Español, crónica contemporánea, Madrid, Imprenta del Panorama Español, 4 vols. 1842-1845.

Papers relating to lord Eliot's mission to Spain in the spring of 1835, London, s.e., 1871.

RAHDEN, GUILLERMO VON, *Andanzas de un veterano de la Guerra de España (1833-1840)*, Pamplona, I. Príncipe de Viana – Diputación Foral de Navarra, 1965.

Revista historica de Portugal, desde a morte de D. João VI até o falecimento do Imperador D. Pedro, Coimbra, Trovão e C^a, 1840.

RODOLICO, NICCOLÒ; SALATA, FRANCESCO, (eds.), *Lettere di Carlo Alberto a Federico Truchsess*. Florencia, Felice Le Monnier, 1937.

SABATIER, ALEXIS, *Tío Tomas. Souvenirs d'un soldat de Charles V, par _____, lieutenant-colonel d'infanterie au service d'Espagne, deux fois chevalier de première classe de l'ordre royal et militaire de Saint-Ferdinand*, Burdeos, Granet, 1836.

SALATA, FRANCESCO, *Carlo Alberto Inedito. Il diario autografo del re, lettere intime ed altri scritti inediti*. Milán, Mondadori, 1931.

— *Il diario autografo di re Carlo Alberto*. Roma, Bestetti e Tumminelli, 1931.

SANMINATELLI, COSIMO ANDREA, *Il re Carlo quinto trionfante in Spagna ed il Trattato dei contraenti Quadrupedi agonizzante in Europa*, s.l., s.e., 1834.

SERRADILLA, ANTONIO JESÚS DE, *El último día del Conde de España y de la causa de Carlos V en Cataluña*, Palma de Mallorca, Ediciones Vich, 1949.

Traitées publics de la royale maison de Savoie avec les puissances étrangères, depuis la paix de Cateau-Cambrésis jusqu'à nos jours, Turín, Imprimerie Royale, 8 vols., 1836-1861.

TRESSERRA, FÉLIX RAMÓN [FERRER, MAGÍN] *Historia de la última época de la vida política y militar del Conde de España y de su asesinato*, Barcelona, Riera, 1840.

VAERST, FRIEDRICH CHRISTIAN EUGEN VON, *Die Pyrenäen*, Breslau, Grass, Barth und Comp., 1847.

8.4. Otras publicaciones

ALBERTI, MARIO DEGLI, *Dieci anni di storia piemontese (1814-1824): Nuove informazioni sulla restaurazione e sul ventuno in Piemonte: ricavate da lettere inedite di Carlo Emanuele IV, Vittorio Emanuele I, Carlo Felice, Carlo Alberto ed altri. Pubblicate per cura del Comitato Piemontese della Società Nazionale per la Storia del Risorgimento*. Turín, Fratelli Bocca, 1908.

ANDREOZZI, ALFONSO, *Vita di Carlo Alberto*, Turín, Crivellari y cía., 1850.

ANGELÓN, MANUEL, *Isabel II: Historia de la reina de España*, Madrid, Librería Española, 1860.

ARMARIO SÁNCHEZ, FERNANDO, “Las relaciones de España y Gran Bretaña durante la regencia de Espartero (1840-1843)”, *Cuadernos de historia moderna y contemporánea*, nº 5 (1984), 137-162.

ARRIGONI, CARLO, “La sfinge carlo-albertina ed Esculapio suo Edipo”, *Minerva Medica*, nº 12 (1957).

BALBO, CESARE, *Della storia d'Italia, dalle origini fino ai nostri tempi. Sommario*, Florencia, Felice Le Monnier, 1856.

BARRAQUER I ROVIRALTA, CAYETANO, *Los Religiosos en Catalunya durante la primera mitad del siglo XIX*, Barcelona, Francisco Altés Alabart, 4 vols. 1915.

BECKER, JERÓNIMO, *España e Inglaterra. Sus relaciones políticas desde las paces de Utrecht*, Madrid, Pérez y cía., 1906.

— *Historia de las relaciones exteriores de España durante el siglo XIX: Apuntes para una historia diplomática*, Madrid, Jaime Ratés, 3 vols. 1924-1926.

BERNELLE, JOSEPH-NICOLAS, COLEVILLE, AUGUSTE DE, *Histoire de l'ancienne légion étrangère*, París, Marc-Aurel, 1850.

BERTOLDI, SILVIO, *Il re che tento di fare l'Italia. Vita di Carlo Alberto di Savoia*, Milán, Rizzoli, 2000.

BIANCHI, NICOMEDE, *I ducati Estensi dall'anno 1815 all'anno 1850. Con documenti inediti*, Torino, Società editricie italiana, 2 vols. 1852.

— *Storia documentata della diplomazia europea in Italia dall'anno 1814 all'anno 1861*, Turín, Unione Tipografico-Editrice, 8 vols. 1865-1872.

— *Scritti e lettere di Carlo Alberto: Indicazioni documentate*. Roma, Bocca, 1879.

BISTARELLI, AGOSTINO, *Gli esuli del Risorgimento*, Boloña, Il Mulino, 2011.

BOLLEA, LUIGI CESARE, “Le idee politiche del re Carlo Alberto e un episodio della sua politica estera”, *Rivista d'Italia*, fasc. X (1910), 647-714.

BRETT, EDWARD M., *The British Auxiliary Legion in the first Carlist War in Spain, 1835-1838*, Dublín, Four Courts, 2005.

BROFFERIO, ANGELO, *Storia del Piemonte dal 1814 ai giorni nostri*, Turín, Alessio Fontana, 3 vols. 1849-1851.

BULLEN, ROGER, "France and the problem of intervention in Spain, 1834-1836", *The Historical Journal*, nº 2 vol. XX (1977), 363-393

— "Party politics and foreign policy: whigs, tories and Iberian affairs, 1830-6", *Historical Research* nº 51 (1978), 37-59.

BULLÓN DE MENDOZA, ALFONSO, *La Primera Guerra Carlista*, Madrid, Actas, 1992.

BURGOS, JAVIER DE, *Anales del reinado de D^a Isabel II*, Madrid, Mellado, 6 vols. 1850-1851.

BUTRÓN PRIDA, GONZALO, "Guerra, Nación y Constitución: La proyección europea de la Guerra de Independencia española", *Cuadernos Dieciochistas*, nº 12 (2011).

— "La inspiración española de la revolución piemontesa de 1821", *Historia Constitucional* nº 13 (2012), 73-97.

— "La recepción de la Constitución española de 1812 en la Italia preunitaria: Cádiz como pretexto y como bandera", *Historia y Sociedad*, nº 23 (2012), 37-54.

CADENAS Y VICENT, VICENTE, *Caballeros de la Orden de Alcántara que efectuaron sus pruebas de ingreso durante el siglo XIX*, Madrid, Hidalguía, 1956.

— *Extracto de los expedientes de la Orden de Carlos 3^o*. Madrid, Hidalguía, 13 vols., 1979-1988.

CALVO, JUAN JACOB; JORDÀ OLIVES, MERCEDES, "La repercusión de los sucesos de La Granja en Cataluña. Notas para el estudio de los voluntarios realistas" *Universitas Tarraconensis. Revista de geografía, historia i filosofia*, nº 2 (1977), 171-183.

CAMARA CUMELLA, MARIANO DE LA, *Las relaciones exteriores del gobierno carlista durante la primera guerra civil (1833-1839)*, Sevilla, Librería e Imprenta modernas, 1933.

CAPELLETI, LICURGO, *Storia di Carlo Alberto e del Suo Regno*. Roma, Enrico Voghera, 1891.

CÁRCEL ORTÍ, VICENTE, *Política eclesial de los Gobiernos liberales españoles (1830-1840)*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1975.

CARDOZA, ANTHONY L., *Aristocrats in Bourgeois Italy: The Piedmontese Nobility, 1861-1930*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

CASTELLS OLIVÁN, IRENE, "La Constitución gaditana de 1812 y su proyección en los movimientos liberales europeos del primer tercio del siglo XIX", *Trocadero: Revista de historia moderna y contemporánea*, nº 1 (1989), 117-132.

CASTILLO Y AYENSA, JOSÉ DEL, *Historia crítica de las negociaciones con Roma desde la muerte del Rey D. Fernando VIII*, Madrid, Tejado, 2 vols. 1859.

CAZZULANI, PIERO, "Sulle «Réflexions historiques» di Carlo Alberto", *Aevum*, nº XI, fasc. III (1937), 441-451.

CHAO, EDUARDO, *La Guerra de Cataluña, historia contemporánea de los acontecimientos que han tenido lugar en el Principado desde 1837 hasta el día, con las biografías de los principales personajes, carlistas y liberales*, Madrid, Baltasar González, 1847.

CHIERICI, LUIGI, *Carlo Alberto e il suo ideale*. Roma, Fratelli Pallota, 1892.

CIBRARIO, LUIGI, *Notizie sulla vita di Carlo Alberto, iniziatore e martire della indipendenza d'Italia, date al cav. senatore ____ ministro di Stato*, Turín, Botta, 1861.

CLARENC, VERONIQUE, "Toulouse, capitale du carlisme catalan (1830-1840)", *Annales du Midi: revue archéologique, historique et philologique de la France Méridionale*, vol. CV nº 202 (1993), 225-246.

CODIGNOLA, ARTURO, *Carlo Alberto in attesa del trono*. Florencia, La Nuova Italia, 1935.

CONDADO MADERA, EMILIO, *La intervención francesa en España, 1835-1839*, Madrid, Fundamentos, 2002.

CORNO, NICOLA DEL, *Gli scritti sani. Dottrina e propaganda della reazione italiana dalla Restaurazione all'Unità*, Milán, FrancoAngeli, 1992.

— "Don Carlos e i «nuovi mori»: la Primera Guerra Carlista nella pubblicistica reazionaria italiana dell'epoca", *Spagna Contemporanea* nº 3 (1993), 7-22.

COSTA DE BEAUREGARD, CHARLES-ALBERT, *Prologue d'un regne. La jeunesse du roi Charles-Albert*. París, Plon, 1889.

— *Épilogue d'un regne. Milan, Novare et Oporto. Les dernières années du roi Charles Albert*. París, Plon, 1890.

COURSON, AURELIEN DE, *Le dernier effort de la Vendée (1832). D'après des documents inédits*. París, Émile-Paul, 1909.

CUNHA DE PINA MANIQUE, FRANCISCO ANTONIO DA, *Portugal desde 1828 a 1834*, Lisboa, Sousa & filho, 1872.

CURATO, FEDERICO; GIARIZZO, GIUSEPPE (eds.), *Le relazioni diplomatiche fra la Gran Bretagna e il Regno di Sardegna*, Roma, Istituto Storico italiano per l'età moderna e contemporanea, 3 series 1955-1973.

Curiosità e ricerche di storia subalpina pubblicate da una società di studiosi di patrie memorie, Turín, Bocca, 1879.

DÍAZ DE LABANDERO, GASPAS, *Historia de la guerra civil de Cataluña en la última época: terminada con la emigración a Francia de las tropas carlistas en julio de 1840*, Madrid, Viuda de Jordán e Hijos, 1847.

DUNCAN, FRANCIS, *The english in Spain; or, the story of the War of Succession between 1834 and 1840*, Londres, Murray, 1877.

DUPONT, ALEXANDRE, *Une Internationale blanche. Les légitimistes français au secours des carlistes (1868-1883)*, Tesis Doctoral, Université Paris-1, Universidad de Zaragoza, 2015.

FERNÁNDEZ GAYTÁN, JOSÉ, "La Marina carlista en las guerras civiles del siglo XIX", *Revista de historia naval*, nº 20, 1998, 5-31.

FERNÁNDEZ, MARÍA ANTONIA, *Agustín de Letamendi. Político y periodista en la España liberal (1793-1854)*, Lérida, Milenio, 1999.

FERRANDO BADÍA, JUAN, "Proyección exterior de la Constitución de 1812", *Ayer*, nº 1 (1991) 207-248.

- FERRER, MELCHOR, TEJERA, DOMINGO, ACEDO, JOSÉ F., *Historia del Tradicionalismo Español*, Sevilla, Trajano, 1941-1979.
- FIORINI, VITTORIO (ed.), *Gli scritti di Carlo Alberto sul moto piemontese del 1821*. Roma, Società Editrice Dante Alighieri, 1900.
- FITZPATRICK, BRIAN JOHN, *Catholic Royalism in the department of the Gard, 1814-1851*, Tesis doctoral, Universidad de Warwick, 1977-
- “La dimensió espanyola de l’ultrareialisme del migdia francès (1814-1848)”, *Recerques: Història, economia i cultura*, nº 26 (1992), 167-176.
- FONTBONA, FRANCESC (dir.) et al., *Repertori de Catàlegs d’exposicions col·lectives d’art a Catalunya (fins l’any 1938)*, Barcelona, Institut d’Estudis Catalans, 2002.
- FOZ, JOSÉ GARCIA DE LA, *Crónica de la provincia de León*, Madrid, Rubio y C^a, 1867.
- GALLARDO, ALEXANDER, *Britain and the first Carlist War*, Norwood, Norwood Editions, 1978.
- GARCÍA SANZ, FERNANDO (comp.), *Españoles e Italianos en el mundo contemporáneo*, Madrid, CSIC, 1990.
- GARRIDO, ROMÁN, “Piamonteses y genoveses en la Primera Guerra Carlista”, Museo Zumalacarregui, en línea [<http://www.zumalakarregimuseoa.eus/es/actividades/investigacion-y-documentacion/investigaciones/piamonteses-y-genoveses-en-la-primera-guerra-carlista>].
- GENTILE, PIERANGELO, *Alla corte di Re Carlo Alberto. Personaggi, cariche e vita a palazzo nel Piemonte risorgimentale*, Turín, Centro Studi Piemontesi, 2013.
- GIACALONE-MONACO, TOMMASO, “En torno a las Crónicas de Wilfredo Pareto”, *Revista de estudios políticos*, nº 140 (1965), 61-80.
- GIOBERTI, VINCENZO, *Del rinnovamento civile d’Italia*, Turín, Bocca, 1851.
- GORRICHÓ MORENO, JULIO, *Los sucesos de La Granja y el cuerpo diplomático*. Roma, Iglesia Nacional Española, 1967.
- GUALTIERI, FILIPPO ANTONIO, *Gli ultimi rivolgimenti italiani*, Florencia, Felice Le Monnier, 4 vols., 1852.
- INCAUSA MOROS, JOSÉ M^a, “Los clérigos absolutistas: Luis Joaquín Palacín y Jerónimo Castellón”, *Jerónimo Zutira*, nº 87 (2012), 85-96.
- IZQUIERDO, XAVI, “La Subdelegación Apostólica y la Comisión del Subsidio Eclesiástico: los universitarios en el Gobierno del carlismo catalán”, *Vínculos de Historia*, núm. 7 (2018), 269-290.
- JANKE, PETER, *Mendizábal y la instauración de la monarquía constitucional en España (1790-1854)*. Madrid, Siglo XXI editores, 1974.
- JONES, PETER EDWARD, *British Foreign Policy and the carlist wars, 1833-1841*. Tesis Doctoral, Universidad de Oklahoma, 1973.
- LA PARRA LÓPEZ, EMILIO, “En vísperas de la guerra: el triunfo de Fernando VII en El Escorial y Aranjuez”, *Revista general de marina*, vol. 255, nº 8-9 (2008), 201-215.

LASSALA, MANUEL, *Historia política del partido carlista, de sus divisiones, de su gobierno, de sus ideas y del convenio de Vergara, con noticias biográficas que dan a conocer cuáles han sido don Carlos, sus generales, sus favoritos y principales ministros*. Madrid, Viuda de Jordán e hijos, 1841.

LEMMI, FRANCESCO, *La politica estera di Carlo Alberto nei suoi primi anni di regno*, Florencia, Felice Le Monnier, 1928.

LLAQUET DE ENTRAMBASAGUAS, JOSÉ LUIS, *La Facultad de Cánones de la Universidad de Cervera (s. XVIII-XIX)*, tesis doctoral, Universidad de Barcelona, 2001.

LLORCA, CARMEN, "Los sucesos de La Granja y el conde Solaro", *Revista de la Universidad de Madrid*, nº 11, vol. III (1954), 347-356.

LLORENS, ANTONI, *Solsona en les guerres del segle XIX a Catalunya*, Barcelona, Rafael Dalmau, 1981.

LÓPEZ MORELL, MIGUEL ÁNGEL, *La Casa Rothschild en España (1812-1941)*, Madrid, Marcial Pons, 2005.

LÓPEZ, ESTEVE; PERUGA, JOAN, "Andorra i la Primera Guerra Carlina", *L'Avenç*, nº 151, 1991, pp. 8-13.

LOVERA DI CASTIGLIONE, CARLO, *Carlo Alberto, "leggenda" e "realità"*, Milán, Ludovico Necchi, 1941.

LOVERA DI CASTIGLIONE, CARLO; RINIERI, ILARIO, *Clemente Solaro della Margarita*. Turín, Bocca, 1931.

LUZ SORIANO, SIMÃO JOSÉ DA, *Historia da guerra civil e do estabelecimento do governo parlamentar em Portugal, compreendendo a historia diplomática, militar e politica d'este reino desde 1777 até 1834*, Lisboa, Imprensa Nacional, 19 vols., 1866-1890.

LUZIO, ALESSANDRO, *Gli inizi del regno di Carlo Alberto. Nuovi documenti*. Turín, Fratelli Bocca, 1923.

MAROTO, RAFAEL, *Vindicación del General Maroto, y manifiesto razonado de las causas del Convenio de Vergara, de los fusilamientos de Estella y demás sucesos notables que les precedieron, justificados con cincuenta documentos, inéditos los más*, Madrid, Colegio de sordomudos, 1846.

MARTINI, PIETRO, *Memorie intorno alla vita del re Carlo Alberto*, Cagliari, Timon, 1850.

MASI, ERNESTO, *Il segreto del re Carlo Alberto*. Bologna, Zanichelli, 1890.

MONTAÑA, DANIEL, Y PUJOL, JOAN, *La Universitat Carlina a Catalunya: Solsona (1838), Sant Pere de la Portella (1838-1840)*, Valls, Cossetània, 1997.

MONTI, ANTONIO, *La politica di Carlo Alberto e le sue "Réflexions historiques"*, Milán, Hoepli, 1936.

MOSELY, PHILIP. E, "Intervention and Nonintervention in Spain, 1838-39", *The Journal of Modern History*, nº 2 vol. XIII (1941), 195-217.

MUGNAINI, MARCO, *Italia e Spagna nell'età contemporanea. Cultura, politica e diplomazia (1814-1870)*, Alesandria, Edizioni dell'Orso, 1994.

MUNDET, JOSEP M., *“El Restaurador Catalán i la 1ª Guerra Carlina*, Barcelona, Rafael Dalmau, 1979.

— *“La Subdelegació Apostòlica de Catalunya durant la Primera Guerra Carlina”*, *Anuari de la Societat d'Estudis d'Història Eclesiàstica Moderna i Contemporània de Catalunya*, 1988, 77-86.

— *La primera guerra carlina a Catalunya*, Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1990.

NADA, NARCISO (ed.), *Le relazioni diplomatiche fra l'Austria e il Regno di Sardegna*, Roma, Istituto Storico italiano per l'età moderna e contemporanea, 3 series 1961-1967.

— *Dallo Stato assoluto allo Stato costituzionale. Storia del Regno di Carlo Alberto dal 1831 al 1848*, Turín, Istituto per la Storia del Risorgimento italiano, 1980.

NAVARRETE MARTÍNEZ, ESPERANZA, *La Academia de Bellas Artes de San Fernando y la pintura en la primera mitad del siglo XIX*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1999.

NIETO SÁNCHEZ, CARLOS, “La misión de Cea Bermúdez en Berlín y Viena. Hacia el reconocimiento de Isabel II”, *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 209 – 3 (2012), 415-438.

— “Hacia una biografía política. Manuel Marliani, un luchador por la libertad”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 46 – 1 (2016), 197-217.

OMODEO, ADOLFO, *La leggenda di Carlo Alberto nella recente storiografia*, Turín, Einaudi, 1940.

PALAMENGGI-CRISPI, TOMMASO (ed.), “*Gl'italiani nelle guerre di Spagna*” en *Il Risorgimento italiano. Rivista storica*, nº VII (1914), 45-121.

PALOMEQUE, ANTONIO, *Los estudios universitarios en Cataluña bajo la reacción absolutista y el triunfo liberal hasta la reforma de Pidal (1824-1845)*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1974.

PARDO SAN GIL, JUAN, “El ejército carlista en 1839”, *Museo Tomás Zumalacarregui. Estudios Históricos 1 = Tomas Zumalakarregi Museoa. Azterketa Historikoak 1*, Ormaiztegui, Diputación Foral de Guipúzcoa, 1990, 151-206.

PARRINI, CESARE, *Carlo Alberto*, Turín, Unione Tipografico-Editrice, 1862.

PASTOR ABÁIGAR, VÍCTOR, “Juan Echeverría, cura carlista (Los Arcos, Navarra, 1794-Lyon, 1884)”, *Huarte de San Juan. Geografía e historia*, nº 13 (2006), 263-309.

PINTO, PAOLO, *Carlo Alberto il Savoia amletico*, Florencia, Camunia, 1986.

PIRALA, ANTONIO, *Historia de la guerra civil, y de los partidos liberal y carlista. Segunda edición, refundida, y aumentada con la historia de la regencia de Espartero*, Madrid, Mellado y cía, 6 vols. 1868-1870.

PISCITELLO, SALVATORE, *Carlo Alberto e Francesco IV d'Austria d'Este nella storia del nostro Risorgimento*, Roma, Società Editrice Dante Alighieri, 1896.

PIVA, FRANCESCO, “*La gioventú cattolica in cammino...*”. *Memoria e storia del gruppo dirigente (1946-1954)*, Milán, FrancoAngeli, 2003.

PONTY, VICKY, *La Communauté juive de Nice: l'exemple de la famille Avigdor, début XVIIe-fin XIXe siècle*, Trabajo de Final de Máster, Université de Nice, 2007.

- POSAC MON, CARLOS, "Repercusiones de la Primera Guerra Carlista en Gibraltar y el Campo de Gibraltar", *Almoraima: revista de estudios campogibraltareños*, nº 25, 2001, 357-368.
- PRATS, JOAQUIM, *La Universitat de Cervera i el reformisme borbònic*, Lleida, Pagès, 1993.
- PREDARI, FRANCESCO, *I primi vagiti della libertà italiana in Piemonte*, Milán, Francesco Vallardi, 1861.
- PULVIRENTI, CHIARA MARIA, *Il presagio spagnolo. Diplomazie e volontari italiani nella prima guerra carlista*, Tesis doctoral, Università degli Studi di Catania, 2011.
- QUIJADA BOSCH, JOAN MARIA; SÁNCHEZ PIÉ, NEUS (eds.), *Rebus Gestis Ecclesiae. Els llibres de notes del capítol catedral de Tarragona (1734-1930)*, Lleida, Pagès, 2014.
- RAMOS REDONDO, EDUARDO, *La hacienda militar del estado carlista (1833-1840): El cuerpo administrativo militar*, Tesis Doctoral, UNED, 2014.
- Resúmen histórico de la campaña sostenida en el territorio vasco-navarro de D. Carlos María Isidro de Borbón de 1833 a 1839 é impugnación del libro que sale a la luz con el título de Vindicación del general Maroto*, Madrid, José C. de la Peña, 2 vols. 1846-1847.
- RICHARD-JALABERT, ELAINE, "Les réfugiés Carlistes á Marseille sous la Monarchie de Juliet", *Provence Historique*, vol. XXIV nº 96 (1974), 161-173.
- RINIEMI, ILARIO, *Lo Statuto e il giuramento del Re Carlo Alberto. Studio storico con aggiunta di documenti inediti*. Roma, Befani, 1899.
- RODOLICO, NICCOLÒ, "Nuovi documenti sulla crisi ministeriale del 1835 del regno di Carlo Alberto", *Rivista Storica*, nº 4 (1931), 499-511.
- *Carlo Alberto negli anni di regno*, Florencia, Felice Le Monnier, 1936.
- RODRÍGUEZ ALONSO, MANUEL, "Espartero y las relaciones comerciales hispano-británicas, 1840-1843", *Hispania*, vol. 45, nº 160 (1985), 323-362.
- *Gran Bretaña y España: diplomacia, guerra, revolución y comercio 1833-1839*, Madrid, Actas, 1991
- ROMEO, ROSARIO, *Dal Piemonte sabauda all'Italia liberale*, Turín, Einaudi, 1963.
- ROSATI, MARIA LUISA, *Carlo Alberto di Savoia e Francesco IV d'Austria d'Este. Documenti inediti e studi*. Roma, Albrighi-Segati, 1907.
- "Nuovi documenti inglesi su Carlo Alberto Principe di Carignano", *Anuario del Reale Istituto Storico Italiano per l'età moderna e contemporanea*, vol. I (1835), 89-126.
- ROSSELLI, NELLO, *Inghilterra e Regno di Sardegna dal 1815 al 1847*, Turín, Einaudi, 1954.
- ROSSI, TEOFILIO; DEMAGISTRIS, CARLO PIO, *La Rivoluzione Piemontese del 1821. Studi e documenti*. Turín, Mondoví, 2 vols. 1927.
- ROTA, ETTORE, "Carlo Alberto nel contrastato giudizio della storiografia", en Romain Rainero (ed.), *I personaggi della storia del Risorgimento*, Milán, Marzorati, 1976.
- RUGGERIO, MICHELE, *L'eredità di Carlo Alberto*, Milán, Rusconi, 1995.

- RÚJULA LÓPEZ, PEDRO, *Contrarrevolución. Realismo y Carlismo en Aragón y el Maestrazgo, 1820-1840*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 1998.
- SAGARRA, FERRAN DE, *La Primera Guerra Carlina a Catalunya: contribució al seu estudi*, Barcelona, Barcino, 2 vols. 1935.
- SAITTA, ARMANDO, *Le relazioni diplomatiche fra la Francia e il Regno di Sardegna*, Roma, Istituto Storico italiano per l'età moderna e contemporanea, 2 vols. 1974-1976.
- SALICE, ANGELO, *Vita di re Carlo Alberto il magnanimo narrata al popolo italiano*, Tortona, Rossi, 1867.
- SÁNCHEZ, RAQUEL, "Los gentilhombres de Palacio y la política informal en torno al monarca en España (1835-1885)", *Aportes* vol. 33 nº 96 (2018), 33-64.
- SANTACARA, CARLOS, *La Primera Guerra Carlina vista por los británicos 1833-1840*, Madrid, Antonio Machado, 2015.
- SANTIRSO, MANUEL, "El convenio de Vergara y otras paces descartadas (1837-1849)", *Hispania*, vol. LV nº 191 (1995), 1063-1092.
- *Revolució liberal i guerra civil a Catalunya*, Lleida, Pagès, 1999.
 - "Gerifaltes de Antaño. Los señores catalanes en el primer carlismo", *Millars. Espai i Història*, nº 23 (2000), 137-157.
 - *Els Acords Reservats de la Junta de Berga 1837-1839*, Berga, Institut Municipal, 2005.
 - *El informe Tanski y la guerra civil carlista de 1833-1840*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2011.
- SCIROCCO, ALFONSO, *L'Italia del Risorgimento: 1800-1860*, Bologna, Il Mulino, 1990.
- SCOTTI DOUGLAS, VITTORIO (ed.), *Spagna e Regno di Sardegna dal 1814 al 1860. Studi, inventari e documenti inediti*, Alessandria, Edizioni dell'Orso, 2011.
- SEGRE, ARTURO, "Un episodio della prima guerra carlista. L'arresto e lo sfratto del Console Generalo Sardo a Barcellona Luigi Ponti (1835)", *Il Risorgimento Italiano*, nº XX (1927) fasc. II, 249-280.
- SINEO, RICCARDO, *Alcuni cenni de ____ agli elettori sugli ultimi mesi del regno di Carlo Alberto e sulla situazione attuale*, Turín, Canfari, 1849.
- SMITH ANDERSON, MATTHEW, *The Eastern Question 1774-1923: A Study in International Relations*, Macmillan, Londres, 1966.
- SOLARO DELLA MARGARITA, CLEMENTE, *Memorandum storico politico del Conte ____ Ministro e Primo Segretario di Stato per gli Affari Esteri del Re Carlo Alberto, dal 7 febbraio 1835 al 8 ottobre 1847*, Turín, Speirani e Tortone, 1851.
- SOLDEVILA, FERRAN, *Barcelona sense universitat i la restauració de la Universitat de Barcelona*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1938.
- SPAVENTA, BERTANDO, *La politica dei gesuiti nel secolo XVI e nel XIX. Polemica con la Civiltà Cattolica (1854-55)*, Roma, Società editrice Dante Alighieri, 1911.
- SUÁREZ VERDEGUER, FEDERICO, "La intervención extranjera en los comienzos del régimen liberal español", *Revista de estudios políticos*, nº 13-14 (1944), 409-471.

— *Los sucesos de La Granja*. Madrid, CSIC, 1951.

TASSONI ESTENSE, ALESSANDRO, *Carlo Alberto Principe e Re*. Fratelli Treves, Torino, 1931.

TRONCO, EMMANUEL, *Les carlistes espagnols dans l'ouest de la France 1833-1883*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2010.

URQUIJO GOITIA, JOSÉ RAMÓN, "El carlismo y Rusia", *Hispania*, vol. XLVIII nº 169 (1988), 599-623.

— "Empréstitos y ayudas financieras en favor del pretendiente carlista (1833-1834)", *Museo Tomás Zumalacarregui. Estudios Históricos*, nº 1 (1990), 107-127.

— "Los estados italianos y España durante la primera guerra carlista (1833-1840)", *Hispania*, vol. LII nº 3 (1992), 947-997.

— *Relaciones entre España y Nápoles durante la Primera Guerra Carlista*, Madrid, Actas, 1998.

— "Crisis de las relaciones hispano-sardas: de la cuestión sucesoria a la guerra contrarrevolucionaria", *Rassegna storica del Risorgimento*, vol. XC, fasc. IV (2003), 499-536.

— "Interferencias de las cortes conservadoras ante el pretendiente carlista", *Hispania*, vol. LXVI, nº 223 (2006), 583-632.

— "Hacia la ruptura de las relaciones entre España y el reino de Cerdeña-Piamonte", *Rassegna storica del Risorgimento*, vol. XCIV (2007), 163-205.

VECCHI DI VAL CISON, CESARE MARIA DE, et al (eds.), *Studi Carlo-Albertini*, Turín, Ermanno Loescher, 1933.

VECCHI, CANDIDO AUGUSTO, *Vita di Carlo-Alberto*, Turín, Alessio Fontana, 1851.

VIDAL Y SAURA, GINÉS, *La política exterior de España durante la menor edad de Isabel II*, Madrid, Reus, 1929.

VIDAL, CESAR, *Charles-Albert et le Risorgimento italien (1831-1848)*, Paris, E. de Boccard, 1927.

VILAR, JUAN B., "Aproximación a las relaciones internacionales de España (1834-1874)", *Historia Contemporánea* nº 34 (2007), 7-42

